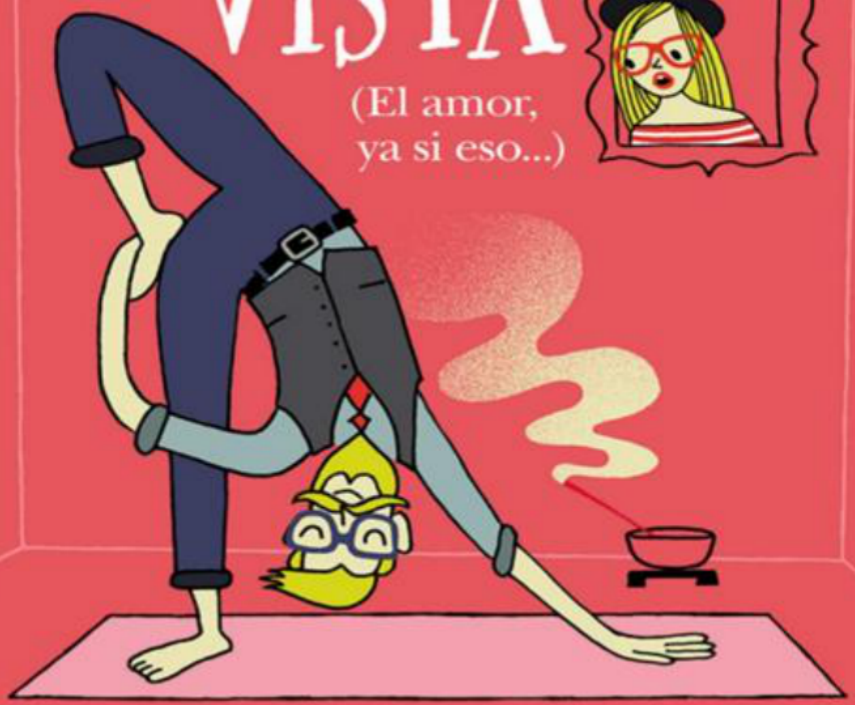
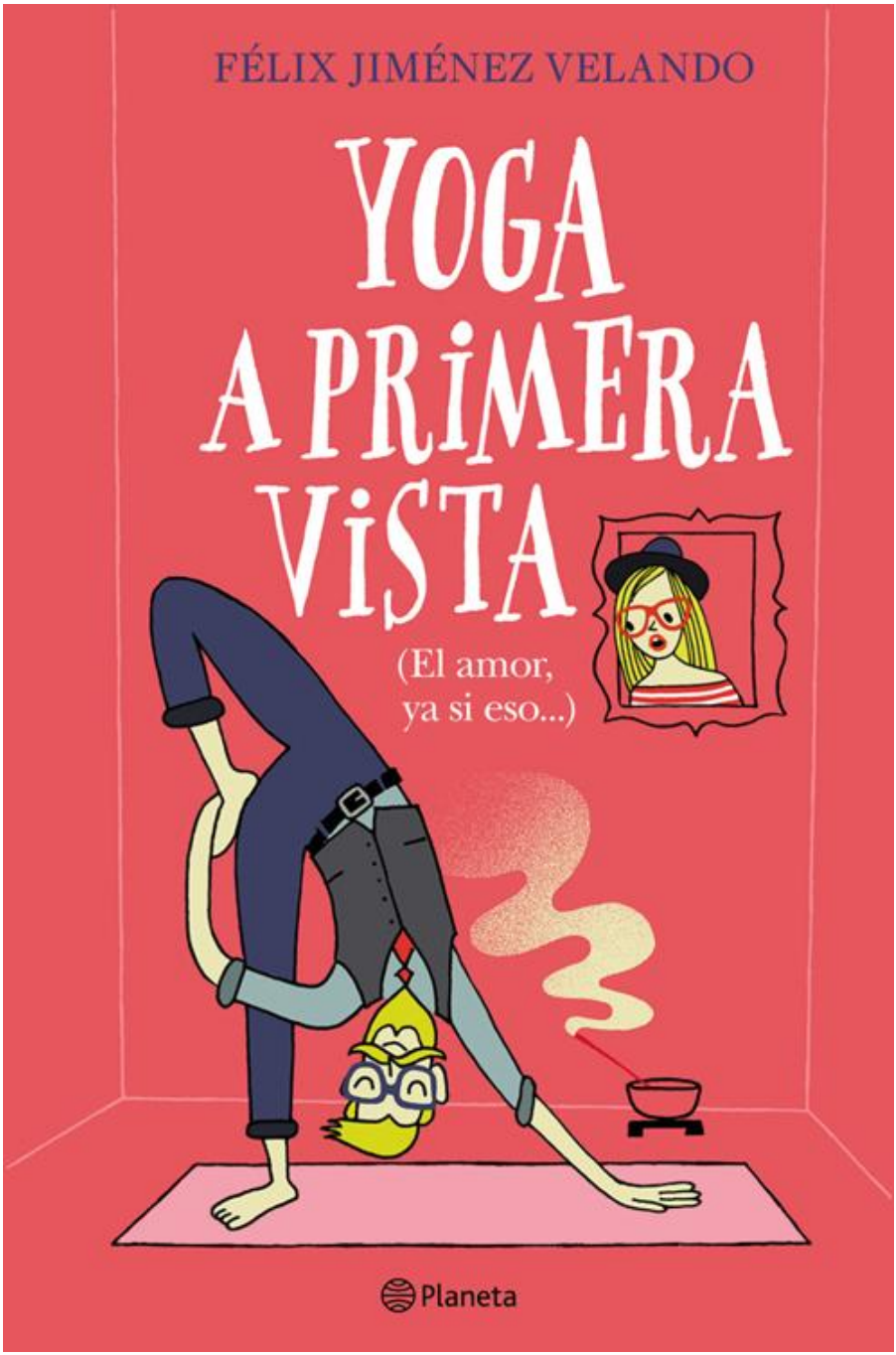
FÉLIX JIMÉNEZ VELANDO

YOGA A PRIMERA VISTA

(El amor, ya si eso...)



Planeta



Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Cuando la conocí

Primeras lecciones

El retiro

Y así pasó

Pequeñas formas de resquebrajar todo

Muestra breve de un hundimiento

Un amigo es un refugio

En la sierra entierran mucho

De cómo lo conocí yo, que nunca quise conocerlo

No traficarás en las comisarías

No hay amor por el humor surrealista

Perdiendo todo demasiado rápido

Tres mudanzas equivalen a la muerte de un familiar

Si estás vivo, no digas nunca que ya nada puede ir a peor

Breves entrevistas con hombres taxistas

Mi querida enemiga

No beberás con nonagenarias

Ser lo que no era

Yo no quería ver nada y lo vi todo

No hay sofistas en Albacete

Trabaja o muere

De yogas, perros y Rufis

Finiquitando el finiquito

Sobre la libertad de la cópula perruna

Arañando citas

Nada de aquello fue como lo imaginé

Cerdos y amores

De cómo acaban las cosas

Discurso de Peter

Agradecimientos

Créditos

PlanetadeLibros

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de

la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro

y en nuestras redes sociales:

Explora Descubre Comparte

Sinopsis

¿Qué serías capaz de hacer por amor? ¿Te inscribirías en un curso de yoga avanzado porque va la chica que te gusta, aunque tengas la flexibilidad de un palo de escoba? ¿Te irías de retiro espiritual porque ella se ha apuntado? Jorge hace eso y más para conocer a Andrea.

Comienzan así una historia de amor casi típica hasta que Jorge le dice que no puede acompañarla al entierro de su abuela y Andrea, desencantada, decide que ya no lo quiere en su vida. A partir de ese momento Jorge intentará recuperarla mientras se ve envuelto en todo tipo de desastres laborales, sentimentales y legales que dan la vuelta a su vida.

Yoga a primera vista es una novela fresca, repleta de humor, aventuras y desventuras que nos hace reír, pero también reflexionar sobre eso llamado amor de lo que tanto nos hablaron pero que nadie nos explicó bien cómo funciona.

Planeta

YOGA A PRIMERA VISTA

El amor, ya si eso

Félix Jiménez Velando

A Mari Ángeles y Pedro Ángel

El sentido del humor es la única cualidad divina del hombre.

ARTHUR SCHOPENHAUER

Cuando la conocí

La primera vez que la vi estaba sola en una cafetería de Malasaña, sentada junto a la barra con un libro entre las manos. A su alrededor, gente de pelos azules, violetas, plateados, con bigotes, tatuajes, barbas, piercings, gente que miraba pantallas de iPad, iPhone, MacBook. Algunos comían *cupcakes* fluorescentes; otros, tartas de zanahoria o tostadas de pan de centeno o sin gluten, y bebían infusiones de *rooibos*, de tés chai, verdes, rojos, cafés ecológicos mientras galgos diminutos y bulldogs franceses los miraban ansiosos a la espera de alguna migaja. Y de banda sonora, el runrún del exprimidor que llegaba desde la cocinilla y música de fondo que sonaba a música de fondo. Yo era uno de ellos, MacBook, té verde con jengibre, pantalones pitillo, gafas de pasta naranjas, uno más en un bar de modernos que quería parecer antiguo. De todos los que estábamos allí, tan solo ella y el camarero no miraban a cada poco una pantalla. Por entonces, ella era morena y yo llevaba barba, a la que ya asomaba alguna cana, un toque de madurez que, si no había alcanzado mi cerebro, al menos sí algunos de mis pelos.

Muchos clientes se conocían y, al encontrarse, se besaban y abrazaban. A mí no me abrazaba ni besaba nadie, estaba solo en un rincón con mi portátil, algo culpable por ocupar toda una mesa en la que cabían tres modernos más, con el deseo de que llegaran otros solitarios como yo para no ser el único esa mañana en la cafetería. Aún quedaba alguna mesa vacía y eso me aliviaba, pero pronto se llenarían todas, entraría un grupo de tres o cuatro clientes buscando dónde sentarse y me mirarían, mirarían

apremiantes mi taza ya vacía, y entonces yo me sentiría aún más culpable.

Aun así, intentaba trabajar mientras envidiaba a los que se reunían en las otras mesas y quería ser uno de ellos y que aquella cafetería se convirtiera en mi segundo hogar, si no el primero, y poder decirle al camarero «Ponme uno de lo mío» o ni siquiera tener que decirle nada. Pero aquella era mi segunda semana en esa cafetería, así que dudaba que los camareros pudieran distinguirme aún entre los muchos barbudos que tenían por clientes, y pensaba que, si cualquier día dejaba de ir, ni se darían cuenta de mi ausencia.

Había escogido esa cafetería porque al pasar junto a sus ventanales se veían tipos solitarios con ordenadores. Los solitarios queremos estar junto a los nuestros para así sentirnos más acompañados en nuestra soledad.

Pensaba que, si seguía frecuentando la cafetería, llegaría a hacerme amigo de los otros solitarios y tendríamos nuestra propia mesa, nuestros abrazos y besos, y nos quitaríamos de la soledad. Pero, tras dos semanas, mi conversación más larga había consistido en darle la clave del wifi a una chica y decirle a un tipo dónde estaban los baños: *tucafeamigo*, al fondo a la derecha. Eso había sido todo.

Y ahora allí estaba ella, también sola, concentrada en su libro, ajena a ese desconocido que la miraba de reojo a cada poco desde un rincón. Yo, como casi siempre que veía a alguien con un libro, quise saber qué libro era ese. Pensé en acercarme a la barra para pedir un vaso de agua e intentar atisbar la portada. Igual me lo había leído y podía dejar caer una frase ingeniosa que nos llevara a una apasionante conversación literaria, si es que yo era capaz de decir algo ingenioso. Pero pasaban los minutos y no me levantaba de la mesa. Casi deseé que ella se fuera y así tener una excusa para no acercarme, pero no se iba, leía concentrada, tanto que a veces movía una mano para coger su taza y tan solo asía el aire. Me dije: «Si cuento hasta cien y no se ha ido, me acerco a la barra y averiguo qué libro es». Llegué hasta cien, pero no me acerqué, y al poco ella pagó y se fue y

yo me limité a ver impotente como se alejaba. Quise consolarme pensando que igual era una clienta habitual y volvería a verla, o que el libro podía ser cualquier bazofia y que por lo tanto no merecería la pena conocerla. Cuando fui a pagar, le pregunté al camarero.

—Oye, ¿conoces a la chica que estaba en la barra? Es que me suena, pero no sé de qué —dije, un truco patético que algunos utilizan con las chicas que quieren conocer y yo solo alcanzo a emplear con los camareros que tal vez conozcan a esas chicas.

—Ha venido cuatro o cinco veces el último mes —me respondió—. Se toma un café con leche y se pasa un buen rato leyendo.

—¿Y sabes qué lee?

—Libros —dijo encogiéndose de hombros.

Era un camarero discreto o para él todos los libros eran iguales. Pero al menos ya sabía que ella no había ido a esa cafetería por casualidad y tal vez podría volver a encontrármela allí. También sabía que nunca le diría nada.

Y deseé ser otro, uno con labia, recursos, desparpajo, capaz de acercarse y decir algo oportuno, divertido, esa frase que podía separar una vida gris de la felicidad.

Seguí yendo por la cafetería, aunque no lograba conocer a nadie, aparte de un poeta medio alcohólico del barrio que vendía sus poemas por allí y un africano que ofrecía brazaletes y pequeños elefantes de madera. Yo ya tenía la manada. Así que solo me relacionaba con gente a la que le compraba cosas.

Un día en el que todas las mesas estaban ocupadas, una chica me preguntó si podía sentarse en la mía. Hablamos unos minutos sobre trabajar y estudiar en bares antes de ponernos a teclear y, cuando ella terminó su tecleo, nos dijimos adiós. Me pareció un paso importante. Otro día, un vecino de mesa me preguntó si sabía reiniciar un ordenador colgado y le

ayudé. Esas eran mis conversaciones en aquella cafetería. Y, aunque yo levantaba la mirada de mi ordenador cada vez que alguien entraba, ella no regresaba.

Hasta que dos semanas después, cuando estaba a punto de irme a comer, la vi entrar. Se sentó junto a la barra, pidió un café con leche y sacó un libro. Aunque desde mi mesa no podía ver el título, sí supe que era uno diferente al de la última vez y también qué editorial lo publicaba. Me quedé en mi mesa pensando en cómo acercarme sin parecer un pesado, un graciosete, un fantasma, un ligón de bares. Sabía lo que no quería ser, me dibujaba en negativo. No se me ocurría nada que decir y por eso seguía paralizado. Hasta que le sonó el móvil, contestó y al momento pagó y salió.

Entonces ya pude moverme, también pagué y salí tras ella. Pero ya no

se la veía. Conocía a gente que presumía de ser dueña de su destino. Yo no sabía quién era el dueño del mío, pero yo no.

Aun así, tomé varias decisiones: ir más por la cafetería, prepararme frases por si la volvía a ver y llevar siempre en la mochila un libro de la misma editorial que el que le había visto a ella y facilitar así una conversación si me decidía a acercarme. Como estrategia de acercamiento podía ser patética, pero al menos era una estrategia.

Comencé a hablar algo de fútbol con uno de los camareros hasta que descubrimos que a ninguno nos gustaba gran cosa el fútbol. Nos reímos y sentí que a partir de aquel día le caía mejor, y aquello me gustaba, porque siempre quise el aprecio de los camareros. Pasaron dos semanas sin verla y pensé que se había mudado de barrio o de bar o que ahora solo leía en su casa, y que todo mi interés por ella era absurdo, una triste fijación de solitario. No sabía si tenía pareja, si la quería tener, si era hetero, no sabía nada. Pero, aun así, me pasaba por la cafetería dos o tres veces por semana, hasta que una mañana me la encontré cerrada, con un precinto de la Consejería de Sanidad en la puerta. Pensé que la olvidaría pronto, que sería

una más de esas mujeres que se cruzaban como fogonazos por mi vida, o más bien por mi fantasía. Y rápidamente, como un fogonazo, desaparecían.

Ya casi la había olvidado cuando una tarde, dos meses después, la vi salir de un edificio en la calle San Vicente junto a otra chica, sendas esterillas de yoga en sus manos. Ella se había hecho una coleta y vestía mallas y una chaqueta de chándal que le llegaba a la cintura. Tenía un cuerpo bonito, delgado, pero con unas curvas que contenían esa proporción que hace que algunos hombres se giren, se den codazos y digan, hagan o escriban estupideces. Pensé en seguirla, pero me pareció patético ponerme a seguir a desconocidas, así que me quedé parado. Al final siempre me quedo parado.

Vi cómo ella y su compañera llegaban a San Bernardo, cómo cruzaban hacia el otro lado de la calle y desaparecían entre los coches en dirección a Conde Duque. Me di media vuelta y fui al portal del que habían salido.

Sobre el dintel había un cartelito de plástico: Escuela de yoga y pilates Amanecer. Y allí, una tarde de invierno, frente a aquel letrero, pensé que estaba en mis manos hacer algo medianamente arriesgado, algo más allá de desear que mi vida cambiara y lamentarme porque nada

cambiaba. Abrí la puerta de la academia y entré. Dentro la luz era débil y de color anaranjado y olía a un incienso tan intenso como el del perfume de una tía abuela. Vi unas barritas que se quemaban en el suelo deshaciéndose en volutas que subían hasta difuminarse por el techo tras culebrear unos metros por él. Se oía el borboteo de una fuente que se entremezclaba con el sonido de unos cuencos tibetanos que iba y venía como un eco perpetuo. Me sentí de pronto en un mundo muy distante del que había quedado al otro lado de la puerta.

—Hola —oí decir a una voz de chica que me llegaba desde la penumbra.

Me acerqué al origen de esa voz y distinguí un poco más adelante un pequeño mostrador y, tras él, lo que podía ser un humano. Mis ojos

comenzaban a acostumbrarse a la escasa luz, y ya junto al mostrador pude ver que me hablaba una chica sonriente, los dientes blanquísimos, tal vez por alguna luz ultravioleta, un punto rojo pintado en la frente.

—Hola —dije—. Venía porque quería hacer un curso de yoga.

—Kundalini —dijo ella.

—Encantado. Yo, Jorge —y alargué mi mano.

Ella se carcajeó, lo que no correspondía con aquel ambiente de calma.

—Perdona. Que si quieres hacer yoga *kundalini* —se explicó—. Es nuestra especialidad. Pero también hay *iyengar, hatha*. ¿Tienes alguna preferencia?

—Yo sí... esto... sí... tengo... tengo un montón de preferencias —dije mientras notaba cómo me sonrojaba.

—¿Y qué yoga prefieres ahora?

—Pues... un yoga así, tipo... en general —respondí.

—¿Yoga en general?

—El que tengáis, la verdad. Lo único que mejor que sea los miércoles y que comience como a las siete de la tarde.

—Ya... Pues de siete a ocho y cuarto los miércoles solo tenemos *hatha* yoga. Acaba de irse el profesor; si no, te lo presentaba para que te hablara de cómo son sus clases.

—No hace falta, el *hatha* me va muy bien.

—¿Lo conoces?

—Sí, he tenido algún contacto.

—La clase de los miércoles es de nivel avanzado. ¿No preferirías ir antes a iniciación los martes?

—No, si estoy muy iniciado —dije con un aplomo que no me conocía.

—¿Qué nivel tienes?

—Bueno —respondí—. Un nivel bueno, iniciación avanzada.

Se encogió de hombros, se colocó frente al teclado y me tomó unos cuantos datos. Minutos después ya estaba en la calle, feliz porque iba a ir a

yoga con la chica que leía en las cafeterías. O que al menos leía en una cafetería. También feliz porque tenía la esperanza de que en mi vida sucediera algo nuevo, distinto, bueno. Y es mejor vivir con alguna esperanza, aunque sea pequeña y frágil.

Durante los días siguientes vi horas de tutoriales de yoga en el ordenador mientras intentaba copiar las posturas, a las que los yoguis llaman *asanas*.

Mis manos no alcanzaban más allá de mis tobillos sin doblar las rodillas; me desequilibraba cuando hacía posturas como el águila, el árbol, la media luna y, en general, en casi todas las posturas en las que solo uno de mis pies tocara el suelo, y también en unas cuantas en las que tenía ambos pies en tierra. Me parecía imposible que mi cuerpo pudiera hacer bien algún día las posturas del arado o el puente. Intentar esta última me daba ganas de ventosearme, lo que me parecía peligroso si de lo que se trataba era de comenzar una historia de amor. El arado me parecía una invitación a luxarte varias vértebras. La única postura que se me daba bien era la del muerto. Y

eso no me gustaba. Sabía que podía hacer el ridículo en aquella clase, pero tenía una estrategia para mi primer día: situarme en un rincón del aula, donde apenas se me viera, e intentar pasar desapercibido. Agazaparme en los rincones me había funcionado en muchos momentos de mi vida y pensaba que lo haría una vez más. No era una estrategia arriesgada, no había ni rastro de arrojo en ella porque todo mi valor se había agotado al apuntarme al nivel avanzado de *hatha*

yoga.

Primeras lecciones

—Vente, vente aquí adelante, que como tienes buen nivel podrán fijarse en ti tus compañeros más atrasados para corregir sus posturas —me dijo el profesor nada más verme entrar al aula mi primer día de clase. Y toda mi estrategia quedó destrozada con una sola frase.

Ese día había llegado a la academia un cuarto de hora antes con mi flamante esterilla agarrada con las dos manos, como si fuera mi salvavidas en medio del océano yóguico. Mi cuello estaba rígido como una viga; mi corazón, acelerado; mi mandíbula, tensa. Nunca acudió nadie menos relajado a una clase de yoga. Cuando entré en la escuela, la chica del mostrador estaba junto a la puerta, encendiendo unas barritas de incienso.

— *Namasté*, Jorge —me dijo con su gran sonrisa, que resaltaba en la penumbra.

— *Namasté* —respondí, aunque me dio vergüenza saludar así, como si ya fuera un yogui que se manejaba con soltura en el mundo de los *namastés* y las asanas.

—Los vestuarios de chicos están en la primera puerta a la izquierda. La clase es en el aula dos, al fondo —me dijo.

Avancé casi a tientas por un pasillo en el que el humo del incienso se espesaba aún más que en la recepción, la esterilla por delante, a modo de bastón, y entré en los vestuarios. No había nadie, pero de una percha colgaban una camisa de lino blanco y uno de esos pantalones multicolores que se llaman *cagados* con gran acierto. Me puse mi pantalón de chándal y una camiseta y me fui para el aula a coger sitio cuanto antes al fondo. Abrí

despacio la puerta y me llegó una bocanada de incienso, pero de otro no tan intenso como el que se olía en la recepción. El aula también estaba en penumbra y solo distinguía bultos oscuros sobre las esterillas, que estaban colocadas en filas. Ella debía ser uno de esos bultos.

Me quedé junto a la puerta unos segundos hasta que mis ojos se acostumbraron a la oscuridad y pude avanzar sin pisar a nadie. Distinguí una esterilla solitaria colocada junto a un gran espejo, y pensé que sería la del profesor, así que me fui a un rincón en la pared opuesta e intenté sentarme con las piernas cruzadas. La rigidez de mis

caderas no me lo permitía, así que opté por ponerme de rodillas, con la esperanza de que mis nalgas llegaran a reposar en mis talones. Lo lograron, pero no era una postura que pudiera mantener más allá de unos segundos sin destrozarme las rodillas. Cambié de posición y un ser humano que estaba en la esterilla de al lado se giró hacia mí.

—Las zapatillas —oí que me susurraba la voz de un hombre. Y pese a que era una voz susurrante, noté algo de crispación en ella.

—¿Cómo?

—Las zapatillas —me repitió.

—Nike —le dije. Le iba a dar más explicaciones, eran para correr, minimalistas, pero no me dejó.

—Que te tienes que quitar las zapatillas —me dijo.

Me pareció que algunos cuerpos se giraban hacia nosotros. Aunque nadie pudo percibirlo, me sonrojé.

—Sí, claro, las zapatillas —dije, y me las quité rápidamente y las pegué a la pared, como si fueran unos objetos vergonzantes.

Decidí tumbarme boca arriba, como había hecho alguno de los bultos en el aula, y esperar. Seríamos ya como unos quince cuando llegó un hombre calvo con una coletilla que le nacía en la nuca, delgado y moreno. Estos detalles los pude distinguir porque nada más llegar accionó un interruptor e iluminó suavemente la estancia. Y allí estaba ella, en mallas de nuevo, a tan

solo dos metros de mí. Eran todo mujeres, salvo el que me había dicho que me quitara las zapatillas, un tipo delgado con rastas y un aro pequeñito en la oreja, como de pirata venido a menos.

— *Namasté* —dijo el profesor.

Todos le respondieron al unísono.

—Hoy daremos una clase en la que intentaremos sobre todo abrir el plexo solar para cargarnos de energía. Hay que abrir el plexo, tenemos ahí un chacra muy importante. Y respirar, respirar —nos dijo con un tono muy suave, como si sufriéramos algún tipo de alteración mental que hacía recomendable hablarnos flojito y despacio y recordarnos que era conveniente respirar de vez en cuando. Algunos asintieron, estaban de acuerdo con lo de respirar. Yo no lo estaba. Dos días antes

habían aconsejado no hacer deporte al aire libre por la alta contaminación de Madrid y lo ideal en aquella ciudad por un tiempo era no excederse en lo de respirar. Pero no dije nada.

—Creo que tenemos a alguien nuevo —dijo después.

Todos comenzaron a mirar de un lado a otro, a la búsqueda del nuevo, menos mi vecino, que ya me tenía localizado. Levanté con miedo la mano, como si me la fueran a robar al verla.

—Jorge, ¿verdad? —dijo leyendo una hojita de papel que llevaba en la mano.

—Sí —admití a mi pesar.

—Vente, vente aquí adelante, que leo aquí que tienes buen nivel, y así tus compañeros más atrasados podrán fijarse en ti para corregir sus posturas.

—Bueno, buen nivel, buen nivel... Quien dice buen nivel también dice que algo sé.

—La modestia es una gran virtud, pero ahora no es necesaria. Ven.

Y, como si fuera a un patíbulo, me levanté, agradecido porque mi vecino me hubiera dicho que me quitara las zapatillas, me fui adelante y puse mi

esterilla en la primera fila.

Comenzamos la clase con el saludo al sol. Creo que con mi primer movimiento el profesor ya detectó que yo no tenía buen nivel ni nivel de ningún tipo. Cuando yo intentaba hacer una asana, él se colocaba junto a mí y empujaba mi cadera para un lado, estiraba de mi cabeza hacia otro, hacía descender mis hombros o levantaba más mis brazos, como si fuera un muñeco articulado que se articulaba mal. Y lo hacía a la vista de toda la clase y de la mía propia, porque enfrente tenía un espejo que ocupaba la pared entera. A veces buscaba el reflejo de ella en el espejo, para comprobar si estaba atenta a lo que ocurría a solo un par de metros. Pero, cuando la miraba, parecía concentrada en sus posturas, con la vista en el infinito o en su reflejo, y eso me aliviaba.

—Esta hora es para cuidarnos, para mimarnos —dijo el profesor mientras tiraba de mi cadera para alinearla con mis piernas; después elevaba mis brazos no sé bien para qué y giraba mi cuello tal vez con el propósito de intensificar la tortura.

Tras sesenta minutos que se me hicieron muy largos, terminamos la clase tumbados boca arriba, en la postura del muerto, única que dominaba, mientras el profesor hablaba de brazos y cabezas que pesaban mucho y músculos faciales que se relajaban, cuellos que se distendían, hombros y brazos que se fundían con el suelo por su peso... Pero yo seguía tan tenso como al comienzo, lamentando el ridículo que había hecho y el haber quedado como un embustero.

—Ahora, despacio, giráis hacia vuestro lado derecho y, sin prisa, podéis incorporaros y salir —dijo por fin con una voz que casi parecía un susurro y nos invitaba a dejar el aula como empujados por una pluma.

Esperé a que unos cuantos salieran y me levanté.

—Espera, espera, Jorge, que quiero que hablemos —me dijo el profesor.

Me recordó a mis tiempos de instituto, cuando algunos profesores me decían lo mismo al finalizar sus clases, y pensé que me iban a expulsar del

yoga o a mandarme a primero de asanas. El profesor despertó a una chica que se había quedado dormida y, cuando ella salió bostezando, cerró la puerta.

—¿Dónde has ido antes a clase?

—¿De yoga?

—Claro.

—Pues... En Albacete. Academia Unicornio, se llamaba. Ya no existe.

Como... como el unicornio.

—Ya... Pues creo que no eran muy ortodoxos.

—No, nada. Eran de la sierra de Albacete y allí nadie es ortodoxo. No está bien vista la ortodoxia.

Me miró un poco extrañado, tal vez preguntándose si yo estaba hablando en serio o en broma. Pero yo tan solo estaba diciendo lo primero que pasaba por mi cabeza, como casi siempre que me pongo nervioso.

—Ya. ¿Qué tal tu primera clase con nosotros? —me preguntó el

profesor.

—Más ortodoxa. No la olvidaré —le respondí, y no mentía.

—Bien... No quiero que te estreses, esto no es una competición —me dijo.

—Gracias.

—Aquí cada uno hace lo que puede, sin presiones. Ni pretensiones. Las pretensiones no ayudan.

Me fui a los vestuarios pensando si no habría un mensaje oculto en su última frase. Mi compañero de clase estaba dentro, frente al espejo, soltándose la coleta que había hecho con sus rastas. Lo sorprendí en pleno movimiento de cuello, de esos que hacen las modelos en los anuncios de champú para desplegar su pelo a cámara lenta. Pensé que se gustaba. Iba en calzoncillos, unos muy pequeños que casi eran un tanga. No me gustó ver aquello. Me saludó con un leve movimiento de cabeza.

—Hola —dije.

—Al aula se pasa descalzo. Con los zapatos traes la mala vibra del mundo exterior.

—Son... son minimalistas —dije, no sé muy bien por qué.

Me miró como si yo fuera algo curioso, casi digno de estudio, algo muy lejano a su rico mundo interior; se puso sus pantalones cagados, su camisa de lino de cuello mao, aunque era pleno invierno, y se fue sin despedirse. El karma no había fluido entre nosotros, la vibra no había vibrado nada de nada.

Cuando salí a la calle, sentí no encontrarme en la puerta a alguna de mis compañeras de clase, porque me gustaba el concepto, hacía mucho que no tenía compañeras de clase. En lugar de irme a mi piso, decidí hacerme el remolón en la puerta unos minutos y, para disimular un poco, saqué el móvil y me puse a escribir mensajes que podían esperar, como casi todos los mensajes. Tenía la esperanza de que mis compañeras salieran en grupo, dispuestas a tomarse algo, y me ofrecieran acompañarlas. Pero salían desperdigadas y al pasar a mi lado lo más que hacían era saludar con la cabeza o con un breve adiós. Por fin apareció ella. Busqué sus ojos. Me sonrió levemente, hizo adiós con la mano y se fue hacia San Bernardo. Me conformé con eso, había sido el primer día.

Pero los miércoles siguientes fueron parecidos. El profesor seguía colocándome junto a él, pero ya no para que sirviera de ejemplo ante mis compañeros, sino para poder corregir mis posturas sin moverse demasiado.

Me enteré de que ella se llamaba Andrea. Mis conversaciones en los vestuarios con mi compañero de las rastas se limitaban a «hola» y «adiós».

Cuando terminaban las clases, cada uno se iba para su casa con su esterilla enrollada bajo el brazo, como si portáramos un gran diploma en paz interior. No sé en qué momento se me había ocurrido pensar que tras las clases de yoga podía haber cervezas, como tras las pachangas de fútbol, porque nunca las había. Ni siquiera un mal té sin teína, un *rooibos*, una

triste manzanilla. Ya no me encontraba a Andrea en ninguna cafetería del barrio. Hasta que un día se abrió el cielo, el plexo solar, todo se abrió.

—Dentro de tres semanas, la escuela organiza un retiro de yoga, meditación y senderismo en la sierra. En recepción tienen folletos y, si os interesa, podéis inscribiros ahí mismo —dijo el profesor.

—A mí me interesa. ¿En qué pueblo? —preguntó ella.

—Es una casa de campo cerca de una aldea, pero no me acuerdo del nombre de la aldea —dijo el profesor.

Y decidí que a mí también me interesaba.

El retiro

El retiro de yoga destinado a conseguir paz espiritual se acercaba y yo cada día estaba más nervioso. Me inquietaba pasar dos días rodeado de gente que respiraba diafragmáticamente y hablaba de chacras como quien habla del tiempo. Pero en un impulso de optimismo ya había pagado la inscripción y, aunque a veces deseaba que pasara cualquier desastre que obligara a suspender el retiro, me repetía en los momentos de debilidad que debía ir.

Ese mismo fin de semana tenía la fiesta de cumpleaños de un amigo, pero conté que debía viajar a Albacete a ver a mis padres. Me daba vergüenza confesar que me iba a un retiro de yoga. Algunos de nosotros nos reíamos de los abraza-árboles, de la meditación, de la debilidad de los que confiaban en el reiki o en cualquier método que

les prometiera una vida mejor. Pero nosotros también éramos débiles y sufríamos ansiedad, depresiones, y muchos tomaban pastillas e iban a psicólogos o a psiquiatras y hasta a las consultas de tipos que se hacían llamar *coaches* y te decían que tu destino estaba en tus manos tras poner en las suyas cincuenta euros la hora o más.

Pero nos habíamos creado unos personajes de pseudoartistas mundanos y descreídos ya de vuelta de todo, pese a que muchos aún no habíamos llegado a ningún sitio, y por lo tanto tocaba reírse de todo lo espiritual, de los que querían conocerse a sí mismos, equilibrar sus canales de energía, colocar muebles según el *feng shui*, beber gotas de Bach como si fueran agua o irse de retiro de yoga a la sierra.

Pero yo había elegido ser espiritual al menos ese fin de semana y me preparaba para ello. Terminé de leer por fin mi libro sobre yoga, compré

uno de meditación para llevármelo al retiro por si su presencia ayudaba a que surgiera alguna conversación con Andrea, me enteré de que más de quinientos millones de personas practicaban yoga, con sus correspondientes esterillas, que amontonadas podrían llegar cerca de la Luna o de Katmandú, y de que habían inventado un yoga para perros y amos y otro para bebés y padres, y me compré unas coloridas botas de montaña. Y un viernes de final de mes metí en mi mochila el libro de meditación, las botas y mis pantalones casi blancos, y no eché condones porque me parecía de un optimismo excesivo y también porque en aquellos días lo que pretendía era conocer a Andrea, no acostarme con ella. Bueno, tal vez acostarme también, pero después de haberla conocido. Me fui a la rotonda donde nos iba a recoger el profesor. Allí estaba ella, con una pequeña mochila, un abrigo de color zanahoria y manoplas multicolores, y al verla pensé que se había colado sin permiso en aquel invierno tan gris. Me dio dos besos y fue la primera vez que nos tocamos, porque en la clase los yoguis no se besaban, o al menos a mí, como en la cafetería de modernos ya cerrada, no me besaba nadie.

—¿Es tu primer retiro? —me preguntó.

Sí, lo era. En el yoga todo era nuevo para mí: los retiros, los dolores en músculos olvidados, las visualizaciones de luces blancas con los ojos cerrados, el meterme agua salada por las fosas nasales en lugar de otras sustancias, la vergüenza al decir *ommm* en voz alta, yo, que había coreado en festivales por todo el país las letras más tontas del *indie* nacional. Y

decidí no mentirle, no hacerme pasar por un experto en yoga. Además, ella había contemplado cómo me tambaleaba y hasta caía al suelo en clase al intentar hacer el arquero, el árbol y otras cuantas asanas, así que no tenía sentido mentir.

—Sí, el primero, no llevo mucho practicando, hasta ahora solo había hecho yoga en ciudades.

—¿Por qué has comenzado? —me preguntó.

—Por la espalda y el estrés —le dije—. Paso muchas horas en el ordenador.

Continué contestando a sus preguntas. Preguntaba mucho y escuchaba bien, no como esa gente que pregunta como preámbulo a hablar de sí misma. Ella no solía interrumpirte, aunque de eso tardé un tiempo en darme cuenta, porque cuando nos dan la oportunidad de hablar de nuestro tema favorito, nosotros mismos, la percepción de lo que está pasando se altera.

Aquel día me preguntó a qué me dedicaba. Yo, que a veces me inventaba oficios para no contestar una vez más a preguntas aburridas sobre famosos televisivos o cómo se hace un guion; yo, que había llegado a contar que era analista de procesos o gestor de logística, sin saber en verdad qué hacía esa gente, le dije la verdad, que era guionista de televisión, porque sentía que aquello me haría ganar puntos, parecer más interesante de lo que yo mismo me consideraba, darme una pátina que solo existía a los ojos de los demás, no a los míos propios, porque yo sabía bien qué género se estaba vendiendo allí. Ella soltó un escueto «Ah, qué bien», pero no me preguntó dónde era guionista, si conocía a algún actor, ni de dónde sacaba las ideas, ni ninguna de las preguntas típicas que la gente solía hacernos cuando se enteraba de nuestro oficio. Yo, algo torpe y nervioso, le dije, como un niño que flexiona su bíceps ante sus padres para enseñarles la bola, que el año pasado habíamos ganado varios premios a la mejor serie. Y nada más oírme, me sonrojé por lo patético que aquello había sonado.

—Mira qué bien —dijo ella.

Le faltó darme un azucarillo y pedirme que trotara un poco alrededor de la rotonda. Avergonzado por mi torpeza, no le pregunté a qué se dedicaba, que era lo lógico, y me quedé callado. Andrea, por romper el silencio, dijo:

—Yo no tengo tele. Se me rompió y comencé a tirar del portátil, y como las series las puedo ver ahí, todavía no me he decidido a

comprar una televisión.

No tenía tele, pero no lo dijo con el tono de desprecio con que había oído antes esa frase, como si te dijeran que no tienen sífilis o gonorrea, sino como quien te comenta que no tiene horno, solo microondas. Y además, si veía series en un portátil, supuse que vivía sola o que al menos no tenía pareja, porque una de las principales actividades de una pareja es ver series juntos, y para eso un portátil es un poco incómodo. Al poco de estar allí sonó un claxon, el del coche del profesor, que llegaba a la rotonda.

Conducía un todoterreno grandote, viejo, con formas rectangulares, que no le quedaba bien a su ligereza de profesor de yoga de voz queda y andar suave. Yo, con mi vergüenza de ganador de premios televisivos a cuestas, me senté atrás mientras ella lo hacía junto al profesor.

—Altair vendrá más tarde en autobús —dijo el profesor nada más arrancar.

Altair vendrá era la peor combinación de palabras ese día. Me dieron ganas de bajarme en el siguiente semáforo. Altair era mi compañero de yoga, aunque yo pensaba que en realidad se llamaba Pepe o Manuel, pero un día decidió que el resto del mundo debía llamarlo *Estrella Muy Brillante*, que era lo que significaba *Altair* en árabe. Aunque yo sabía que era posible que él viniera, había intentado no pensar mucho en ello, porque al hacerlo comenzaba a parecerme una mala idea pasarme un fin de semana de retiro en la sierra. Tuve una última oportunidad para bajarme en plaza de Castilla cuando paramos para que subiera una señora inglesa que llevaba sombrero de paja en invierno. Pero no me bajé. La señora inglesa hablaba mucho y salpicaba cada frase con *estupendo* y *beautiful*. Yo callaba, porque hablaban de yoga y meditación, y cuanto menos dijera, menos posibilidades había de que metiera la pata.

Una hora y pico después llegamos a una aldea y luego cogimos un camino de tierra que nos llevó a la casa rural. Era una gran cabaña de madera en medio de un pequeño valle salpicado de casitas de piedra en las laderas. Y allí, pese a las montañas repletas de pinos, pese a tanto aire puro,

supe que podía sentirme atrapado con Estrella Muy Brillante cerca de mí y sin coche para huir o un mal bar donde refugiarme por un rato.

Una chica que no debía tener más de treinta y cinco años, pero que

parecía mayor porque había decidido no teñirse el pelo o se lo había teñido de gris, nos esperaba en el porche, los brazos abiertos mucho antes de que llegáramos junto a ella. Hubo abrazos para todos, incluso para mí, que no acostumbro a darme abrazos con extraños y que los recibo con la misma efusividad con que lo haría un pilar de *parking*. Después nos acompañó a nuestras habitaciones. A mí me dejó en la de los chicos, un cuarto grande con cuatro literas y una ventana que daba a un patio con árboles y varias matas que parecían formar parte de una pequeña huerta. Aunque había camas para ocho, estaría allí solo junto a Altair. El mundo del yoga es femenino.

Después de dejar las cosas en la habitación, me fui a la planta de arriba, donde teníamos la primera sesión de yoga. Llegué, saludé con una inclinación de tronco a dos chicas que ya estaban sentadas en sus esterillas en la postura del loto y me senté en el suelo en la postura de hombre adulto sin flexibilidad en las caderas: las piernas estiradas, la espalda sufriendo por no tener ningún apoyo. La sala era un gran espacio abierto que abarcaba toda la segunda planta de la casa. Tenía el techo abuhardillado, pero con la altura suficiente para que no lo tocáramos al estirar los brazos hacia arriba.

Un gran ventanal orientado al oeste permitía ver todo el valle y dejaba entrar en la habitación los últimos rayos de un sol que se ponía entre las montañas. Mientras yo seguía sentado en el suelo, sin flexibilidad pero con dignidad, llegaron a la sala, que se llamaba Espacio Ilusión, el resto de los compañeros de retiro: Andrea; la mujer inglesa; dos chicas que se miraban y se reían a cada poco tapando sus bocas con las manitas, como si les diera vergüenza reír; dos señoras con el pelo gris, y el profesor. Faltaba Altair y deseé que hubiera cambiado de opinión y no apareciera por allí.

—Este fin de semana tendremos cuatro sesiones de yoga —dijo el profesor—. Ahora vamos a hacer la primera, una sesión que os ayudará a asentaros en este espacio tan bello, a abrir vuestro corazón y liberar los sentimientos enquistados. Mañana por la mañana haremos una sesión al amanecer de *hatha* yoga, y por la tarde, yoga tántrico.

No me gustó demasiado lo de abrir el corazón, solo lo hacía borracho y ante amigos íntimos o desconocidos. Tampoco eso del yoga tántrico. No sabía casi nada de ese tipo de yoga, pero me sonaba a sexo prolongado porque había oído a un escritor algo empastillado presumir de que hacía el amor durante horas gracias al tantra, que le ayudaba a eyacular para dentro.

Poco después de escuchar aquello supe que le había dado un ataque cardiaco, tal vez por excederse en el sexo gracias al abuso de la viagra.

¿Cómo sería el yoga tántrico? ¿Habría que tocarse durante la clase?

¿Deberíamos hablar de nuestras experiencias sexuales? ¿Me enseñaría el profesor a eyacular hacia dentro delante de todas las mujeres? Cuando ya íbamos a comenzar la clase, llegó Altair. Aunque intentaba mostrar que nada le afectaba, le sorprendió verme allí. Dijo *namasté*, cogió una esterilla, la extendió con parsimonia y se sentó, con una seriedad casi litúrgica.

—Bien, comencemos —dijo el profesor.

Y comenzamos, primero a respirar profundamente, unas veces inspirando por la boca, otras por la nariz, después alternando las fosas, y luego continuamos reteniendo todo el aire, apretando incluso el esfínter.

Después vino una serie de *omms*. El profesor emitía unos *omms* profundos, graves, como de trasatlántico apacible que llega a puerto, que parecían impropios de su cuerpecillo fibroso y delgado. Todos se aplicaban en sus *omms*, los ojos cerrados, sus espaldas rectas. Yo cerré por un momento los míos, y me pareció estar entre un pacífico rebaño meditativo. Los abrí para observar a mis compañeros, y al verlos tan concentrados pensé en mis amigos, en lo que dirían si me vieran allí. Todo aquel mundo provocaría sus burlas, también las mías pocas semanas antes. Por aquellos tiempos para mí

era algo risible ese espectáculo de adultos en mallas y pantalones de lino pronunciando palabras en sánscrito cuyo significado desconocían y soltando *omms* a cada poco. Pero lo que no era risible era que los que allí estaban, como casi todos a su manera, buscaban la paz, luchar contra la ansiedad, contra el barullo de los días; buscaban, en fin, eso llamado *felicidad*. Yo me decía que no era igual a ellos, que tan solo buscaba a Andrea, a quien ni siquiera conocía, con la que apenas había hablado, como si buscar la felicidad fuera algo vergonzoso, de adictos a libros de autoayuda. Pero en Andrea no buscaba sino eso, ser feliz, aunque evitaba decírmelo así porque implicaba reconocer que por entonces no lo era. Y

también que cambiar aquello no dependía solo de mí, sino también de las decisiones de una casi desconocida.

Mientras la miraba emitir sus *omms* me decía que sí, que tenía que ser ella, y también pensé que, como bien decía nuestro profesor, no hay

que pensar tanto. Después hicimos varias asanas destinadas a abrir nuestro pecho y con ello nuestro corazón y algún que otro chacra, meditamos unos minutos y terminó la clase. Quedaba poco para la cena, así que me cambié, esquivé a la señora inglesa, que me decía que la clase había sido *marvelous marvelous*, y salí al porche a fumar con la sensación culpable de hacer algo inapropiado en aquel mundo de paz, salud, aire puro y equilibrio.

En Madrid terminaba por olvidar que el color del cielo de noche no es el naranja, que existen más de diez o veinte estrellas, aparte de Altair, que hay lugares donde se puede escuchar el sonido que hace una cerilla al encenderse, de un cigarrillo al consumirse. De la luz del sol tan solo quedaba un rastro anaranjado que se oscurecía por momentos al oeste, y por el este ya brillaban muchas estrellas. Tuve esa sensación de pequeñez, de ser poca cosa que casi siempre experimentaba cuando miraba un cielo estrellado o iba al gimnasio de mi barrio. Pero también pensé, ante aquella luz que llegaba de tan lejos en el tiempo y el espacio, que poco importaba si me iba de allí sin siquiera conocer un poco a Andrea, que en realidad nada

de lo que a mí me pasara era importante. Luego decidí que sí importaba, que no podía estar descoyuntando mi cuerpo y diciendo *ommm* en un valle perdido de la sierra para nada. Cuando ya le daba las últimas caladas a mi cigarro y comenzaba a tener frío, ella salió al porche. Recordé nuestra charla de unas horas antes, cuando esperábamos que nos recogiera el profesor y yo presumí de unos estúpidos premios a mi serie que en verdad había ganado un equipo de setenta personas. Me puse nervioso. ¿Qué imbecilidad podría decir ahora para continuar hundiéndome en la miseria?

—Qué pasada —dijo ella mirando hacia el cielo.

Yo asentí, sin apartar mi mirada del cielo, como si fuera tan sensible al espectáculo que no pudiera dejar de observar las estrellas. Ella se sentó junto a mí y, como el banco era pequeño, estábamos pegados. Apagué el cigarrillo por miedo a que temblara en mi mano por los nervios. Seguía mirando el cielo, pero ya apenas percibía las estrellas y me ocupaba solo de pensar qué decir para no parecer demasiado seco, poco sociable, demasiado sociable o directamente imbécil. Necesitaba una frase profunda y a la vez ingeniosa. Pero no se me ocurría. Lamenté una vez más el dialogarme tan mal.

—A veces se nos olvida cómo es el cielo —me atreví a decir por fin.

—A mí no —dijo ella—. De niña me pasé todos los veranos en el

pueblo de mis abuelos y es lo que más echo de menos, el cielo de las noches allí.

Yo había salido sin abrigo y comenzaba a tener frío, casi a tiritar. Pero no iba a desaprovechar esa oportunidad de estar a solas con ella, así que aguanté e intenté controlar la tiritona.

—Yo soy de Albacete —dije, como si ese dato aportara algo a la contemplación de estrellas.

—¿En serio?

—Ser de Albacete siempre es algo muy serio —dije.

—¿Se ven muchas estrellas allí? —me preguntó.

—De noche, sí —contesté, y no por hacerme el gracioso, sino porque mi mente no daba más. Pero ella se rio.

—Sí, eso ayuda. En el pueblo de mi abuela también se ven solo de noche

—dijo sonriendo.

No intenté explicarme, como si realmente hubiera querido ser gracioso.

En mi vida, la comedia siempre nacía de los pequeños dramas, trastadas y meteduras de pata que sufría, más comedia a ojos de otros que a los míos, porque la risa a veces solo es una cuestión de perspectiva. Se oyó un sonido metálico y vibrante que llegaba desde la casa.

—Es el gong para avisarnos de que la cena ya está —dijo ella levantándose.

Y pensé que allí terminaba un asalto para ganar una batalla, la de conocerla. Sentí que había perdido, y no a los puntos, ese primer asalto, y que era un desastre como guerrero en el sumo del amor.

Y se fue para dentro. Iba en mallas y no pude evitar una mirada furtiva a su culo. Furtiva porque al momento desapareció. Después regresé a las estrellas, tiré el cigarro ya apagado al suelo, lo recogí y me fui hacia dentro para echarlo a la basura y cenar.

La web del centro de yoga avisaba de que todas las comidas del retiro serían vegetarianas y que había alternativas para veganos, pero no

para crudívoros. Tuve que buscar en internet quiénes eran estos últimos, si había que temerlos. Aún no.

—¿Eres vegetariano? —me preguntó Altair cuando ya estábamos todos sentados a la mesa.

Yo tenía un espárrago pinchado con mi tenedor y todos me miraron esperando mi respuesta. Me sentí como si me preguntaran si de joven había sido nazi y cuántos judíos había matado.

—Como algo de pescado —mentí—. Pero solo pescado criado en libertad.

—El pescado criado en libertad no se cría, vive hasta que lo atrapan y lo matan —dijo Altair satisfecho de confirmar mi extrema crueldad, si no con los cabritillos, sí con los lenguados.

—Los espárragos están deliciosos —dijo Andrea, tal vez por echarme un capote.

—Los cultivo yo —dijo el señor dueño de la casa que era padre de la chica de pelo gris y que, al contrario que su hija, se había teñido su abundante mata de pelo y lucía ese rubio oxigenado con el que algunos hombres pretenden seguir siendo rubios más allá de los cincuenta años.

Gracias a Andrea, la conversación se alejó de mi afán por los cadáveres de peces y pude comerme en paz mis espárragos. Comenzaron a hablar con tanto cariño de los espárragos, de las berenjenas, de su textura, de su sabor, que pensé que les daba pena comérselos y que, si esas verduras hubieran seguido unos días más en el huerto, les habrían dado un bautizo laico.

Después de cenar, Altair nos comunicó que se retiraba a su habitación a meditar, y al poco el resto también se fue. Había fuego en el hogar y decidí quedarme un rato frente a la lumbre. Me gustaba contemplar lumbres, y además tenía la esperanza de que ella apareciera por allí antes de irse a la cama. De paso, le daba tiempo a Altair a dormirse y me ahorraba el verlo despierto. Acerqué una mecedora al fuego, cogí el atizador, removí un poco los tocones y pronto sentí ganas de comprar acres de tierras, ir a una feria agrícola a elegir una yegua trotona, vestir camisas de franela de cuadros y reunirme con otros hombres para hablar de las lluvias necesarias, de los sembrados pertinentes y de las gallinas ponedoras. Con cada golpe que daba con el atizador contra los leños, se avivaban las ascuas y surgía un chisporroteo que se perdía por el tiro de la chimenea. Yo me mecía y

los leves crujidos de la mecedora se unían al crepitar de la leña ardiendo, que dejaba escapar un leve olor a resina. Oí una puerta cerrarse, pasos. No me giré para ver quién llegaba porque habría afectado a mi imagen de hombre impasible que atiza leños, pero deseé que fuera ella.

— *It's beautiful. Isn't it?* —escuché a mis espaldas.

Me giré. La señora inglesa estaba allí con una *cup of tea*. Se sentó a mi lado.

— *Is, is* —le dije, o algo así que sonó a mis propios oídos como la respiración de un tísico.

Entonces ella comenzó a hablar en inglés, dando por hecho, como tantos angloparlantes, que todo el universo domina su idioma y que yo entendía lo que me decía. Prestando atención habría logrado entender la mitad, pero me costaba concentrarme, así que decidí no entender nada. Yo me mecía levemente, lo que podía parecer como un asentimiento de todo mi cuerpo a sus palabras, y dejaba caer algún *yes* que otro. Así estuvimos como un cuarto de hora hasta que ella clavó sus finos dedos en mi brazo y lo apretó con fuerza.

— *Do you really understand me?*

La miré inquieto. Esa pregunta sí la había entendido. Sus ojos brillaban, como si las lágrimas acecharan, y la noté muy emocionada.

—Eh... *Yes...*, *yes*... —dije, dándome cuenta de que me había contado algo importante.

— *Am I doing the right thing?* —creo que preguntó.

—Sí, sí, claro, *of course*, totalmente —le dije.

— *Thank you. I do really need to hear that*.

Se fue y pensé en seguirla para decirle algo como «A mí no me haga mucho caso, señora». Pero no sabía cómo decir algo así en inglés, así que allí me quedé, con mi atizador de leños, deseando que *the right thing* no fuera el asesinato de nadie por parte de la *amazing lady*. Cuando ya todos los leños fueron ascuas y tuve claro que Andrea no iba a aparecer, me fui a dormir. Al día siguiente teníamos yoga al amanecer.

A las siete y media de la mañana me despertó un sonido contundente que me hizo vibrar, y también al cristal de las ventanas. Era el gong. Me imaginé al profesor en calzoncillos de sumo golpeándolo. Altair meditaba en la postura de la flor de loto, impertérrito. Giró su cabeza para mirarme en silencio, como quien puede mirar un aparador que no termina de gustarle pero soporta. Se incorporó y sin decirme nada salió de la habitación. Quise pensar que tras salir del estado meditativo no está uno para decir *buenos días*, *hola*, esas convenciones del mundo civilizado.

La clase de yoga al amanecer sería en el porche en lugar de dentro de aquella casa caldeada, supongo que para que pudiéramos contemplar ese amanecer. Pero la niebla encapotaba el cielo y era imposible ver el sol ni nada más allá de cincuenta metros. La hierba frente a nosotros blanqueaba por la escarcha y salía vaho de nuestras bocas al respirar, un vaho que se desvanecía en un aire con olor a pino y tierra mojada. Algunos pájaros, pese al frío, ya piaban en los árboles, aunque no se veía a ninguno volando. Se suponía que ese yoga mañanero iba a cargar de energía nuestros cuerpos para todo el día, pero por lo pronto comenzó por llevarse todo mi calor corporal.

—Si alguno quiere ponerse más ropa, que lo haga —dijo el profesor al verme tiritar.

Pero yo, aparte de lo que llevaba puesto, solo podía coger mi chaqueta de piel, y no me pareció apropiado llevar encima el pellejo de un animal muerto para hacer yoga, y más después de haber confesado el día anterior que deglutía peces. Ya estábamos todos en nuestras esterillas salvo la señora inglesa. Pero el profesor comenzó la clase sin ella. Nos encontrábamos en pleno saludo a un sol que no asomaba cuando llegó un taxi. El taxista nos miró extrañado. Nosotros lo miramos extrañados a él. Segundos después salió la señora inglesa con su maleta de ruedas traqueteando sobre los listones de madera del suelo del porche, nos hizo un leve gesto de adiós y se subió al taxi, que arrancó al momento. Todo esto en no más tiempo del que

ocupa medio saludo al sol. Todos miramos al profesor, más que para ver cómo hacía la postura de la cobra, por si tenía una explicación a aquella marcha, pero él siguió estirando el cuello y bajando los hombros, la mirada al cielo, la pelvis contra el suelo, inspiramos, espiramos, dejad que el aire de la mañana os llene los pulmones.

—¿Podemos hablar? —me dijo el profesor cuando terminó la clase.

—Claro —dije. Pensé en qué podía haber hecho ahora y si esa vez me

iban a expulsar definitivamente del yoga.

—¿Qué le dijiste a Linda? —me preguntó cuando todos se habían ido.

—¿Quién es Linda?

—La señora inglesa que se fue hace una hora.

—Yo... no lo sé.

—Pero si me ha dicho que tus palabras le hicieron ver claro que su matrimonio está acabado.

—Yo... más que decir, escuché. Escucho bien. Decir, lo que se dice decir, lo dijo ella todo. Y en inglés.

Me miró pensativo.

—Tu escuela de yoga en Albacete no era muy ortodoxa. Pero tú tampoco lo eres, ¿verdad? —preguntó.

—Allí somos así.

—Ya...

Se fue para dentro pensativo. Desde aquel día, de vez en cuando me encontraba su mirada fija en mí, como si intentara desentrañar algo. Nunca le dije que no había nada que desentrañar porque pensé que así podría parecer interesante, que había un secreto en mí. Es más fácil que no se sepa que eres una persona vulgar y corriente si no hablas demasiado.

—No hay café —me dijo Andrea en la cocina entre asombrada e indignada.

—¿Se les ha olvidado comprar?

—No. La dueña dice que es excitante y que no puede tener cosas excitantes aquí, que va en contra de su filosofía.

Pensé que una filosofía que impide tener café debería ser perseguida por el tribunal de La Haya y probablemente por Heráclito de haber conocido el café.

—Sí, aquí no hay nada excitante, comenzando por ella —dije.

Sonrió. Me sentí como el niño que hace bien la voltereta ante sus

padres y recibe un caramelo, un caramelo en forma de sonrisa. A veces caigo en lo cursi.

—Después de desayunar tenemos tres horas libres. Yo voy a darme un paseo hasta el pueblo para tomarme un café —dijo ella.

—Ya... Pues yo igual voy también, porque todo el día sin café se me va a hacer largo. Así estiro las piernas. Aún más.

Ella miró a un lado y a otro, como para asegurarse de que nadie nos oía.

—Yo soy adicta, tenía que confesárselo a alguien. Llevo un tiempo en tratamiento. Pero no lo comentes, no creo que aquí les gusten los adictos —

dijo.

—Ya, no te preocupes, si apenas conozco a nadie —le contesté sin saber si bromeaba o me hablaba en serio.

—Estoy de coña. Lo sabes, ¿no? —dijo ella.

—Claro —mentí—. Yo, si tres o cuatro cafés te hacen adicto, también lo soy.

—Yo soy una flojilla, solo necesito uno o dos. Entonces, ¿me acompañas al pueblo?

—Sí, claro que te acompaño.

Me fui feliz hacia el comedor. Tenía casi tres horas de paseo entre las montañas junto a ella. Todo se enderezaba.

Después de nuestro desayuno vegano y ecológico me calcé las botas, me peiné, me despeiné para no parecer demasiado peinado y me fui al porche, donde habíamos quedado. Allí, junto a ella, estaba Altair, sus rastas sueltas,

sus pantalones cagados cuya entrepierna casi rozaba el suelo, su camisa de lino sobre la que llevaba una especie de abrigo que parecía robado a un pastor de los Andes, su mirada, en la que combinaba muy bien la superioridad moral con un mohín de estar oliendo algo apestoso.

—¿Estás ya? —me preguntó, como si llevaran dos horas esperando a que yo terminara de maquillarme y elegir mis complementos.

—Sí, estoy.

—Pues vamos, que solo tenemos tres horas.

Pensé en cuadrarme, hacer algún tipo de saludo militar y decir que «a sus órdenes, mi dalai», pero me contuve. Comenzamos a bajar hacia el pueblo.

Mi paseo idílico ya no lo era.

—¿Esa cazadora es de piel? —me preguntó al poco, aunque más bien parecía que lo afirmaba.

—Eso parece —contesté yo en una de las réplicas más flojas que he dado nunca.

—Ya —dijo, un *ya* cargado de todo el desdén que se puede cargar en una palabra monosílaba.

—Piel de lechal, creo —añadí—. ¿La quieres tocar? Es muy suave.

Tras aquello comenzó a dirigirse solo a ella cuando hablaba, evitando mirarme, como si yo, el hombre arropado por pieles de animales muertos, no fuera digno de sus palabras, sus miradas, de un mínimo reconocimiento a mi existencia. Altair le hablaba a Andrea de yoga, de las distintas escuelas que conocía, de la India, de todo aquello que me pudiera mantener alejado de la conversación. Él había practicado el *hot* yoga (eso no es yoga), el *kundalini* (no es mi camino), el *hatha* (la base de todo) y otros yogas que ya no recuerdo. También nos habló —le habló— de las distintas escuelas de meditación que existían, y le contó que llevaba meditando más de veintitrés años. Hice cálculos y deduje que ya de niño tenía que meditar, y esa imagen del niño meditador me pareció triste, y más ante el resultado. Porque ¿para qué todo ese trabajo si no había hecho de él una persona más compasiva

con los que nos vestíamos con pieles de animales y nos comíamos sus carnes? ¿No perseguían el yoga y la meditación transformar al hombre, hacerlo mejor, salvo en mi caso, en el que el hombre perseguía conocer a Andrea? Y, aunque mis fines al entrar en el mundo del yoga eran más prosaicos que espirituales, también creía que conocerla me haría mejor ser humano, otro más feliz, como si la felicidad se pudiera basar en compartir tu vida con otra persona, a poder ser, atractiva.

De vez en cuando, él le preguntaba algo a Andrea, como si le

interesara su opinión, pero al poco la cortaba, casi siempre para añadir datos y mostrar sus saberes. Su conversación era como pasearse con un deportivo frente a la chica que te gusta para impresionarla, pero sin terminar de subirla a dar una vuelta y mucho menos dejarle que conduzca. En este caso, el deportivo eran sus conocimientos sobre yoga, campos de energía y chacras. Hablaba de los chacras como si fueran amigos suyos de toda la vida, y de la India como yo podía hablar de algunas calles de Lavapiés. Yo miraba de reojo a Andrea, deseaba ver el aburrimiento en su rostro, pero no parecía aburrirse, porque le hacía preguntas, asentía ante lo que escuchaba, atenta. Pensé que igual eso era lo que ella buscaba, un supuesto hombre espiritual, un experto en yoga, un ser superior, equilibrado o que al menos pudiera tocarse las espinillas con la nariz, no comiera animales ni se vistiera con sus epidermis.

Mientras Altair hablaba, pensé que tal vez tenía la flexibilidad necesaria para chuparse su propia polla y que era posible que lo hubiera hecho más de una vez, y sentí ganas de preguntárselo, pero seguí conteniéndome. Tras andar dos kilómetros, nos detuvimos en un mirador que se asomaba a un barranco labrado por un riachuelo. Él calló por un momento y abrió los brazos mientras inspiraba profundamente, la inspiración más ruidosa que había oído nunca.

—Ya no respiramos, ¿verdad? —dijo mirando hacia ella tras dejar claro a nosotros y al valle que había tomado y expulsado mucho aire.

—Yo procuro hacerlo —le dije—. Me dio por ahí cuando nací y, nada, que no me quito.

Intenté ver si Andrea sonreía, buscaba su aprobación, saber de qué lado estaba, si es que estaba de alguno, pero la generosa cabeza de Altair y sus rastas me tapaban su rostro. Él me miró muy serio, y en sus ojos no había nada de paz interior ni buen karma, más bien ganas de darme dos hostias.

Me gustó ver que había conseguido molestarlo tan fácilmente. Ya había comprobado antes que no tenía sentido del humor, como si tanta asana y respiración se lo hubieran arrasado. No le hacían gracia mis tontadas, lo que era normal, pero tampoco se reía con los chistes de Andrea y ni sonreía con las ironías del profesor durante las clases. Todo para él era muy serio e importante, comenzando por él mismo. Estaba seguro de que era de esas personas que regañan a sus perros con oraciones subordinadas.

Tras aquello continuó hablando de yoga, nombrando las asanas que

más le gustaban por su nombre en sánscrito o algo así. Yo hice dos intentos de decir algo, pero mis palabras se perdieron entre los prados, ignoradas, así que intenté desconectar, observar el paisaje, y me adelanté un poco para mostrar que no me interesaba su conversación. Y así, separados por unos metros, llegamos a la aldea, en la que no habría más de cien casas.

Habíamos tardado una hora. Aún quedaba otra hora y media de aguantar aquello.

En la plaza solo había un bar, que todavía tenía colgada de la fachada una descolorida chapa oxidada de Mirinda. Dentro, cuatro abuelillos jugaban al dominó sentados a una mesa bajo un ventilador de techo de palas amarillentas. También amarilleaban las fotografías de paisajes de la sierra en las paredes y un póster del Real Madrid de cuando los jugadores llevaban los pantalones casi a la altura de la ingle y unos hermosos bigotes.

Los ancianos dejaron de hablar cuando entramos para observarnos, y uno de ellos se levantó renqueante y se dirigió hacia la barra.

—Buenas. ¿Qué va a ser? —preguntó.

—Buenas. Yo un café solo largo —dijo Andrea.

—Hola. Yo otro —dije.

—¿Tiene *rooibos*? —preguntó Altair.

El abuelo lo miró como dudando si había oído bien o no.

—¿El qué?

— *Rooibos* —repitió él con un ligero temblor en la voz, porque en ese momento todos en el bar estábamos atentos a lo que decía.

—¿Qué es eso? —preguntó el abuelo.

—Una infusión.

—Tengo manzanilla, poleo y té.

—¿Té verde?

—No creo que esté verde aún, que lo compré hace ya unos meses —dijo el abuelo, y se rio, y desde la mesa del dominó también llegaron las risas.

A mí me costó contenerme y no unirme al coro. Manolo Altair se había puesto colorado. Yo era feliz.

—Bueno, el que sea —dijo desabrido.

El anciano se dedicó a prepararnos los cafés y el té mientras Altair, por fin, callaba.

—Voy al baño —dijo Andrea.

Nos dejó solos en la barra. No sentí la necesidad de romper el silencio, no había nada que decirse. Yo miraba las botellas que tenía el abuelo tras la barra. Coñac, anís, una de ginebra Larios, varias de *whisky*, ni una de esas marcas *premium* de colorines que se veían tanto en Madrid.

—Sé de qué vas —me dijo de pronto Altair.

—¿Cómo?

—Que conozco tu rollo. No estás en el yoga por el yoga, sino por las mujeres.

Me fastidió que me hubiera calado, aunque no del todo: yo no estaba en el yoga por las mujeres. Solo por una. Y no iba a admitirlo.

—Tú qué vas a saber.

—He visto a muchos como tú en este mundo —dijo.

—¿En la sierra?

—Déjate de gracietas conmigo. ¿A qué has venido? ¿A ligarte a Andrea?

¿A la chica pelirroja? ¿A la que caiga? Os metéis en el yoga porque hay muchas mujeres, lo sé.

—¿Tú qué eres? ¿El guardián del yoga?

—Yo soy alguien que se toma en serio su práctica.

—Sí, me parece que te tomas en serio todo. ¿Te has oído alguna vez?

Igual no, porque no paras de hablar.

—¿Te fastidia no saber nada del yoga?

—Ya con oírte a ti todo este rato creo que podría doctorarme en yoga, karma y respiración profunda.

—Diafragmática —me corrigió.

—En esa también.

—Y no me gusta que se rían del yoga.

—Igual no me estoy riendo del yoga, sino de ti.

—Ahora intentas combatir tu sentimiento de inferioridad con la burla.

—¿También eres psicólogo?

—Sí, por la Autónoma.

No encontré réplica para eso. Me quedó claro que había encontrado a mi némesis y que era un yogui con rastas. Por fortuna, Andrea regresó y él cesó su ataque. Nos tomamos nuestras bebidas en un silencio denso en el que se ahogaron las pocas frases que dijo Andrea, que debió darse cuenta de que algo había pasado entre nosotros durante su ausencia y no insistió en seguir hablando. En el camino de regreso a la casa rural, nuestro particular gurú continuó callado, como ofendido. Yo también lo estaba, y además me sentía culpable por querer conocer a Andrea. La clase de yoga tántrico se acercaba, pero no me atrevía a preguntar en qué consistía para no parecer más ignorante de lo que era. Así que me aguanté la curiosidad y me puse a imaginar todo tipo de situaciones ridículas que podría sufrir durante mi

primera clase de yoga tántrico. No dominaba aquello de alejar los pensamientos negativos de los que tanto hablaba nuestro profesor, pero en recrearme en ellos era un maestro.

Por fortuna, en la clase de yoga tántrico no hubo que eyacular hacia dentro ni hacia fuera, solo llenar nuestro plexo solar y varios chacras de energía interior y aire, en especial el segundo chacra. No llené mis chacras, ellos y yo estábamos cada vez más desinflados. Cenamos casi en silencio y eché en falta a la señora inglesa exclamando extasiada tras cada bocado de hortalizas.

Al día siguiente, tras otra sesión de yoga al amanecer, nos fuimos a caminar por el monte acompañados por la dueña de la casa rural. Nos pidieron que no nos saliéramos de un sendero muy estrecho para no pisar la vegetación, aunque durante el paseo vimos pasar por encima de esa vegetación motos de trial, bicicletas de montaña, *quads*, un

pequeño tractor y unas cuantas cabras y ovejas que además se la comían. Altair se colocó al lado de Andrea y le hablaba de todas las plantas y animales que veíamos y de algunos que no veíamos. También explicaba piedras, por qué el cielo es azul y por qué los atardeceres son anaranjados. A veces, nuestra anfitriona intentaba contarnos algo y Altair la apostillaba, sin darse cuenta de las miradas ya hostiles de algunos de nosotros. Bueno, tal vez solo mías. Y, si se daba cuenta, no le importaba. Envidié esa actitud. Andrea ya no sugirió volver por la tarde a tomar café al pueblo, y por la noche, tras cenar, todos se fueron a sus habitaciones, así que me quedé solo en el salón atizando de nuevo tocones de madera, esta vez con más energía. Ya solo nos quedaba una sesión de yoga por la mañana y el retiro habría acabado. En lugar de volver a Madrid más relajado, llegaría triste, frustrado y sintiéndome ridículo por haber tenido esperanzas.

Altair regresó con nosotros en el coche del profesor. No sé cómo lo hizo, pero terminó atrás junto a Andrea, y yo, delante con el profesor, que el día anterior, cuando me caí al suelo dos veces haciendo el arquero, había comenzado a llamarme *mi pequeño saltamontes*, lo que no ayudó nada a mi autoestima. Altair hablaba sin descanso, pero en un tono de voz bajo que no nos permitía ni a mí ni al profesor meter baza en su conversación. El profesor terminó por poner música. Le gustaba el *heavy*, me contó, y me dijo que de joven había tocado el bajo en un grupo. Miré de reojo su cráneo pelado y supe que él era consciente de esa mirada. Los *heavies* sufren más por su calvicie. Se entristeció un poco, pero esa tristeza le iba bien a un viaje dominical de regreso.

Andrea y yo nos bajamos en la misma rotonda en la que habíamos subido y el profesor y Altair siguieron hacia La Elipa. Pensé que alguien llamado Altair no podía vivir en La Elipa, pero me lo callé. Ya solo frente a Andrea, yo agarraba con fuerza mi esterilla e intentaba que llegara alguna palabra a mi cerebro con la que despedirme con elegancia.

—¿Te ha gustado el retiro? —me preguntó antes de que yo dijera nada.

—Sí, yo... Vuelvo muy relajado —mentí.

—¿Sí? Se te notaba algo serio.

—¿Yo? No, no, eso es la timidez.

—¿Eres tímido? —preguntó extrañada.

—Al principio. Bueno, y al final. ¿Y a ti? ¿Te ha gustado? El retiro, digo.

—Sí, yo hago uno o dos todos los años, me va muy bien y siempre se aprende algo nuevo.

—Ya. Yo debería hacer alguno más, a ver si voy mejorando.

—Esto no es una carrera, no tengas prisa. Pero, si te apetece practicar más, un amigo da clase los jueves al atardecer, junto al templo de Debod o en el Retiro. Es barato.

—¿Altair es uno de esos amigos? —pregunté. Algo debió notar en mi voz, porque al momento me preguntó si no me había caído bien.

—Sí, claro, muy bien —mentí—. ¿Por qué me lo preguntas?

—No, nada. Que a veces leo caras. Pero, si ahora pones esa cara tan rara, ya no voy a poder leer nada en la tuya —me dijo burlona.

Intenté poner cara de normalidad, pero creo que no ayudó nada.

—¿Manos no lees? —pregunté.

—Solo caras por ahora. Aunque las caras con barba me cuestan un poco más.

—Claro que Altair me ha caído bien. ¿Le he caído yo bien a él?

—A él todo el mundo le cae bien. Este finde andaba un poco serio, pero está pasando una crisis con su chica. Se toma el amor muy a pecho. Bueno, todo en general.

—Debería tomárselo más con el diafragma, ya que es tan fan —dije.

Sonrió levemente ante mi chiste tonto. Parecía que no habían hablado de mi breve discusión con Altair en el bar. Me cambié la esterilla de brazo, ya no sabía qué hacer con ella, solo me faltaba colocármela a modo de capirote.

—Si quieres, nos pasamos los móviles y así te aviso de dónde da mi amigo la clase de yoga esta semana —me dijo—. Se les deja la voluntad, cinco euros más o menos les suele dar la gente.

Que si quería su móvil... ¿Cómo explicarle que no quería otra cosa

más que su número? Tras varios errores míos en el tecleo al apuntarlo, finalizamos el intercambio y después caminé feliz hacia mi piso porque tenía esas nueve cifras. Porque de nuevo albergaba eso tan peligroso llamado *esperanza*. Después pensé que igual me había dado el móvil porque quien daba las clases era su novio y ella le buscaba alumnos, o porque eran pocos y necesitaban más gente para mantener la clase. Era especialista en pensar cosas que no me convenían, en ser mi mejor enemigo.

Y así pasó

Al jueves siguiente, para poder salir antes del trabajo e irme a clase de yoga en el templo de Debod, les dije a mis jefes que tenía psicólogo. Como en el equipo habíamos sufrido ya varias bajas por ansiedad, la empresa no ponía pegas a las citas con psicólogos y psiquiatras, aunque sí cuando alguno quiso extenderlas a citas con *coaches*. No me daba tiempo a ir al piso a por mi esterilla, así que compré una nueva camino del parque. En poco tiempo me había hecho con dos esterillas de yoga, unos pantalones blancos como los que llevaba mi profesor, un bloque de gomaespuma que no sabía aún bien cómo usar y un aparatito de plástico que servía para hacerse lavados nasales, llamado *neti pot* que a algún amigo cocainómano le habría venido bien más de un domingo por la mañana.

Cuando llegué al templo de Debod, ya se había puesto el sol y solo quedaba de él un naranja mortecino en el horizonte, aunque también podía ser la iluminación de la noche madrileña. Cerca del templo, bajo unos árboles, vi a Andrea y los otros *yoguinis*, que así se hacían llamar, como descubrí por entonces. Hacía frío y el vaho de sus respiraciones se iluminaba al contraluz de las farolas. Estaban todos de pie, inmóviles en la postura de la montaña, como miembros de un ejército en formación que esperaba las órdenes de algún ente superior. El aire olía a césped recién cortado, a frío húmedo. Dije «buenas» y me respondieron con alguna inclinación de cabeza. Andrea se giró y me saludó con una sonrisa. Pese a que ya era de noche, la clase comenzó con una ronda de saludos al sol.

Intenté concentrarme en las asanas, pero no ayudaba tener a Andrea en

mallas a un metro y medio, ni tampoco el grupo de chavales de botellón que escuchaban trap un poco más allá, o los corredores que hacían abdominales casi al lado. Mientras saludábamos a un sol que ya se había puesto, veía a un lado el templo de Debod, esas piedras milenarias trasplantadas a miles de kilómetros de su valle en Egipto,

inspirar, veía perros con collares de luces fluorescentes zigzagueando por el césped, espirar, veía gente en patinetes deslizándose por la arena, el perro boca arriba, enamorados abrazados, inspirar, la veía a ella, el perro boca abajo, espirar, la postura de la montaña. A esa hora debía estar frente a una pizarra en un polígono industrial, pero me encontraba allí, viviendo una vida muy diferente a la mía. Y me gustó.

—¿Qué tal? —me preguntó Andrea cuando terminamos la clase mientras se frotaba las manos y les echaba el aliento para que entraran en calor.

—Bien, es genial este sitio para hacer yoga —dije.

—En primavera, cuando el sol se pone al fondo, está todavía mejor.

A partir de ese día me inventé que tenía psicólogo una tarde a la semana y me iba un poco antes de la empresa para hacer yoga en el parque. Prefería aquellas clases a las de la escuela de yoga porque por el parque no asomaba Altair y porque, cuando terminábamos, Andrea y yo caminábamos juntos hasta la plaza de España, donde ella cogía el metro. Siempre pensaba en sugerir que nos tomáramos un café o una caña por allí, pero no lo hacía y me limitaba a ver cómo ella bajaba por las escaleras de la estación mientras a mí me daba un pellizco de pena. Un día se giró y yo aún seguía allí, observándola. Ella sonrió y yo me sonrojé, como pillado en falta. Levantó la mano en un leve gesto de adiós y se perdió en las profundidades del metro. Una tarde, semanas después, estalló una tormenta a mitad de la clase. Salimos todos en estampida, riendo como niños que juegan a pillar, nuestras esterillas sobre las cabezas, como alfombras mágicas invertidas.

Ella y yo nos refugiamos en un bar camino de la plaza de España a esperar que escampara, empapados, jadeantes, eufóricos. Pedimos un vino, después

otro, olvidamos la lluvia, nuestras ropas se secaron. Estuvimos allí dos o tres horas hablando. Descubrimos ese pasado común de los que apenas se conocen, pero llevan media vida en la misma ciudad: los conciertos y festivales en los que habíamos estado tan solo a unos metros, los escritores y los discos compartidos, los viajes calcados. Nos gusta descubrir esas coincidencias del pasado, como si ayudaran a construir un futuro. Pocos días después quedamos para ir al cine; más tarde, al teatro. Seguíamos un guion ya muy trillado. El siguiente paso fue quedar un sábado por la noche a cenar. Después vinieron unas copas, un karaoke donde, borrachos, hicimos el ridículo y nos reímos y nos besamos y terminamos en su casa.

Todo esto, que necesitó meses, lo hacen algunos en un simple sábado, pero cuando llegó preferí que hubiera sido así. En su cama las sábanas olían a suavizante, como recién cambiadas, y pensé que Andrea había decidido que esa noche iba a pasar lo que estaba pasando, que ella era la directora y guionista de aquella obra.

Al principio era algo esporádico, le ofrecíamos al otro la posibilidad de vernos, yo siempre con el miedo a una negativa, a un aplazamiento, pero al poco ya nos encontrábamos tres o cuatro veces por semana, y cuando ella tuvo que comprarse unas bragas en una tiendecilla de mi barrio, cuando yo le compré leche de soja y un cepillo para el pelo y ella a mí una almohada más dura, quedó claro que estábamos saliendo. Yo caminaba esos días por el mundo como si este fuera un buen lugar, un lugar que junto a ella aún podría ser mejor. Me hice socio de dos ONG de las que tienen captadores en la calle Preciados. Me compré las zapatillas amarillas que siempre había querido llevar y nunca me había atrevido a ponerme. Los caprichos de mi jefe; las peleas de mis padres, que amenazaban una vez más con separarse; las discusiones con mi casero, que quería que yo comprara la nueva caldera de gas que necesitaba el piso; el vecino que ponía reguetón por las noches, todo eso quedó arrinconado por ella, que llevó a la esquina de las cosas que

apenas importan lo que antes hacía de mi vida un lugar árido. Así terminan muchas veces las historias de amor. Pero esta no es una historia de amor.

Pequeñas formas de resquebrajar todo En el guion de las parejas de treintañeros viene escrito que, si uno se ve casi todos los días, pagar dos alquileres es tirar el dinero, y la clase media no tira el dinero en casas y en casi nada porque a veces no es ya clase media, aunque algunos no se han dado cuenta. Así que meses después me mudé a su piso, cerca de la glorieta de Embajadores, que era más soleado y sin calderas que reparar. La decoración del piso era una transición entre uno de estudiantes y el de alguien que comienza a ganar dinero. Quedaba un póster de Audrey Hepburn en *Desayuno con diamantes* en la cocina y otro, ya muy avejentado, de *Amélie* en el pasillo, pero de las paredes del salón ya colgaban cuadros pintados por amigos artistas y los muebles iban más allá de los setenteros heredados de los dueños de la casa y los clásicos de Ikea.

Compramos una gran televisión para ver series juntos, nuestra primera compra compartida. El parqué era casi nuevo, el baño y la cocina estaban reformados y teníamos hasta una pequeña habitación libre que nos iba a servir de oficina y cuarto de invitados. Ella me había

hecho sitio en sus estanterías, pero tuve que desterrar a cajas parte de mis libros y cómics y también casi todos los CD, que terminaron en altillos. Pero eso nos daba igual, ya oíamos casi toda la música en *streaming*, y yo, en mi camino hacia la modernidad, aún no había dado el paso básico de hacerme con una colección de vinilos.

Nos fuimos presentando a los familiares que de vez en cuando se dejaban caer por Madrid.

—Tienes que venir a Albacete —le dijeron mis padres—. Verás lo bien que se come allí por cuatro duros.

Comer bien por poco dinero era para mis padres una de las principales atracciones de su ciudad. Eso, que los bares estuvieran casi siempre llenos, cosa que los enorgullecía, lo campechana que era la gente... Pequeños detalles que me hacían avergonzarme un poco de ellos, como todo buen hijo debe hacer con sus padres en ciertos momentos de la vida. Ella vino a Albacete. Comió bien por poco dinero.

—Tienes que venir a Segovia —me dijeron sus padres—. Se come muy bien.

Fui a Segovia. Comimos muy bien, aunque por algo más de dinero.

Conocí tíos y primas, sus amigos de la infancia, del instituto. Sonreí, reí chistes sobre Albacete que no me hacían ninguna gracia, dije que no, que no llevaba ninguna navaja encima, aunque a veces me hubiera gustado llevarla.

Pasaron los meses, esos primeros meses de vida en común, de tanteo.

¿Cuándo te puedes tirar un pedo cerca de la amada? ¿Se puede decir que no te apetecen esos besos mañaneros antes de lavarse la boca y eliminar el mal aliento? ¿Cuánto ventilar el cuarto de baño tras usarlo? Una historia vulgar.

¿Cómo agradecer la sorpresa de esos billetes de AVE y las entradas para el concierto de tu grupo favorito que solo actúa en Barcelona? ¿O esa fotografía enmarcada que nos tomó al descuido una amiga suya, esa fotografía en la que nos mirábamos el uno al otro como si fuéramos seres dignos de adoración? ¿Cómo olvidar esos abrazos inesperados en mitad de un paseo simplemente por la dicha de abrazarse, de estar juntos? Una historia tan cursi como preciosa que esa vez estaba viviendo yo. Intenté acostumbrarme a la existencia de su gato, un felino sin pelo de la raza esfinge que parecía el primo yonqui moribundo del resto de los gatos del mundo. Negociamos y

conseguí exiliarlo de nuestra habitación por la noche y mantener la puerta cerrada para que aquel ser del averno no saltara sobre nuestra cama a las cinco de la madrugada. Ella intentaba acostumbrarse a

mi desorden, aunque le costaba. Vacaciones en Tailandia. Vacaciones en Menorca. Fin de semana en París, en Roma. Fuimos a bodas de mis amigos, de los suyos. Nos apuntamos al mismo gimnasio con una oferta para parejas. Dejé el yoga. Ella se apuntó a meditación. Comenzaron a aparecer pequeñas grietas, las típicas. Yo no limpiaba cuando tocaba. Las reparábamos o remendábamos. Una chica vino a limpiar una vez por semana. A ella no le gustaba cómo lo hacía la chica. Compré un robot que barría los suelos por nosotros. Tampoco le convencía, aunque costaba más enfadarse con un robot, así que se enfadaba conmigo por haberme gastado trescientos euros en aquello. Pero a mí me gustaba irme de casa y dejarlo allí, tan afanoso.

—Estar de alquiler es tirar el dinero —dijo un día, mantra que ya escuchaba desde hacía años a amigos, padres, tíos, gente en la barra de los bares.

—Cuando se tiene. Pero yo tengo un contrato de obra renovable cada seis meses y un sueldo que no es gran cosa. Así no me van a dar ningún préstamo —dije.

No insistió.

—Me aburro en los pueblos —le dije cuando me invitó a que conociera el pueblo de su abuela, donde ella había pasado todos los veranos de su infancia con sus primos y aún seguía pasando Nochebuena.

—Me aburro con tus amigos —dijo ella más adelante.

—Yo no aguanto a Altair —le dije, porque ella lo veía casi todas las semanas y me comentaba sus progresos en el yoga, su título de profesor conseguido en un curso de dos meses en la India, su proyecto de montar una escuela de yoga, sus sabios consejos vitales.

—Tus amigos siempre están hablando de lo que leen, de lo que ven. Pero no viven, no tienen vidas —me decía ella.

Yo sabía que era verdad, que gran parte de las conversaciones con mis amigos y mis compañeros de trabajo eran sobre series, películas, libros...

Conversaciones sobre lo que otros habían experimentado y

transformado en historias. Porque había poco que contar en nuestras vidas y las mayores aventuras que vivíamos eran meternos un sábado en un *escape-room* o ir a festivales de cine. Pero yo no quería reconocer ante ella que llevaba razón.

Por entonces aún no nos atacábamos frontalmente, sino a nuestros gustos, a nuestros amigos.

Yo también me aburría con alguna de sus amigas, con los novios de ellas, y sentía que ellos conmigo. Pero cuando nos reuníamos éramos cordiales, buscábamos temas de conversación, gastábamos una amabilidad algo sobreactuada.

Seguíamos adelante, con los trompicones usuales. A veces yo tenía la nostalgia de esas noches de Madrid que dan mil vueltas, nostalgia de esa aventura que es terminar en la cama con una mujer a la que horas antes no conocías. Pero luego recordaba que algo así solo me había pasado unas pocas veces y que ninguna fue especial. Descubrí que tenía nostalgia de un pasado que no había existido. Mi presente era mucho mejor. Pero la carcoma ya estaba ahí. A ella comenzó a molestarle mucho mi desorden, el que por las mañanas me pasara media hora en la cama luchando contra el *snooze* del despertador, aunque ella estuviera ya en la ducha cuando mi alarma sonaba. También comenzó a irritarla el que fuera olvidadizo, aunque eso al principio le parecía algo divertido. A mí me molestaba que fuera una maniática del orden, que no soportara ver nada fuera del lugar que le correspondía. También me importunaban pequeñeces como los ruiditos que hacía con la cucharilla buscando los últimos restos del yogur o que dijera a cada poco *por lo tanto*. Cuanto más pequeña e insignificante era la molestia que Andrea me causaba, peor me sentía conmigo mismo y más temía que llegaran otras manías mayores para ir pudriendo lo que habíamos sido.

Mi barba dejó de parecerle atractiva y ya no se perdían sus dedos alargados en ella. Decía que le irritaba la piel al besarme y que había leído en algún sitio que no era muy higiénico llevar barba. Yo comenzaba a estar

harto de ser un barbudo más en un Madrid plagado de ellos, harto de los picores, de las migas que se refugiaban entre la pelambre, pero no quise afeitármela. Sentía que sin barba sería otro más pusilánime, un Sansón venido a menos, y no quería ver unas mejillas pálidas emerger de nuevo a la luz. Se acabaron esos sábados por la tarde en el sofá, cuando dejábamos las películas a medias para revolcarnos entre los cojines. Ahora terminábamos las películas, las temporadas enteras de

las series. Se nos olvidó escaparnos a la francesa de las fiestas para regresar al piso con el ansia de desnudarnos y follar. Me comenzó a fastidiar lo mucho que tardaba ella en correrse y a veces sentía que más que placer aquello se convertía en un trabajo. Volví a ver porno, pero ahora me sentía culpable al hacerlo y procuraba borrar el historial de la *tablet* hasta que descubrí que ella también lo veía. Un compañero de trabajo nos contó que había ido a un club de intercambio de parejas con su chica y, aunque lo pensé, nunca me atreví a proponérselo. A veces me llegaba algún mensaje de líos pasados. Les contestaba tarde y era escueto, aunque después me quedaba pensando en qué podría haber sucedido de haber respondido de otra forma. Pasaba el tiempo y amigos y conocidos cambiaban sus estados en Facebook. Aparecían *en una relación complicada*; después, *solteros*. Borraban las fotos con sus antiguas parejas en Instagram, como para borrar el pasado, y de pronto aparecían dichosos con otras nuevas. Cumplimos dos años juntos. Comenzamos a comprar los primeros regalos para bebés con los que íbamos a visitar a parejas ojerosas y con aire de fatiga constante que vigilaban cunitas donde reposaban seres minúsculos y durmientes a los que miraban con una mezcla de ternura y aprensión. De vez en cuando ella llegaba con la noticia de una nueva amiga embarazada, aunque nunca decía nada sobre tener hijos, y yo tampoco.

Como evitábamos hablar de niños, el silencio sobre ellos crecía y cogía más peso con el tiempo. Pensé que si ella nunca me hablaba de tener hijos era porque no estaba segura de que yo pudiera ser un buen padre para ellos. Y, aunque yo no quisiera niños, eso me molestaba. Varios amigos iniciaron una

peregrinación del centro a la periferia para vivir en adosados, en urbanizaciones cerradas con piscina y jardín comunitario. «En el centro no se puede vivir con niños», habían decidido casi todos en unos pocos meses, como un nuevo mantra tras el de que alquilar era tirar el dinero. «Mientras, nosotros pagando alquiler», repetía ella molesta. Pero mis contratos siempre eran de obra, mi subida de sueldo nunca llegaba y por una vez pensé que no estaba mal que fuera así. Ni el banco ni yo queríamos arriesgarnos a un préstamo a treinta y cinco años, algo que costara más tiempo pagar del que yo llevaba en este mundo.

Poco a poco había regresado esa tristeza tan cotidiana que me rondaba antes de conocerla y de pronto estaba allí instalada de nuevo. O tal vez nunca se había ido, tan solo se había agazapado empujada por la felicidad que llegó con Andrea. Yo sabía que le hacía sufrir verme así y entonces aún me sentía peor, y ese bucle me hundía cada

día más.

—No sé qué te pasa, y no voy a saberlo nunca si no hablas —me dijo un día—. Solo veo que estás cada vez más amargado.

Lo estaba. Pero yo tampoco sabía bien por qué. La tenía a ella, un trabajo soportable, un sueldo aceptable. Por eso no podía reconocer que sí, que ella llevaba razón, estaba amargado, o simplemente era un amargado y todo ese tiempo de felicidad junto a ella había sido la excepción antes de que regresara la norma, mi norma, la tristeza.

Un día ella me dijo que nuestro casero quería vender el piso y que le gustaría comprarlo. Estaba a gusto allí, sentía que ese piso era ya su casa.

Al momento se dio cuenta de que se le había escapado ese *su*, se sonrojó un poco, intentó enmendarlo, pero ya se había puesto nerviosa. Sus padres nos ayudarían para que el préstamo fuera más pequeño, me dijo, intentando que entrara en ese proyecto del piso soñado. Yo me excusé una vez más en mi contrato temporal, en mis escasos ahorros, en que mis padres, que aún pagaban la hipoteca de su piso, no podían ayudarme.

Así que compró el piso sola y yo pasé a ser su inquilino. Me hizo un buen precio. Pero aun así percibí que cuando hablábamos de aquella situación con sus amigos se sentía incómoda. Yo también. Nos rodeaban parejas de jóvenes propietarios y allí estaba el novio inquilino. Comenzó a comprar muebles nuevos, y aunque me consultaba antes, sabíamos que era un trámite, pura cortesía, y cuando me preguntaba, yo siempre decía que me parecían bien sus elecciones.

Una tarde, al salir del trabajo, desconecté el móvil y me metí en el cine.

Al salir pasé frente al café Central, donde había un concierto de *jazz*. Me pegué a la ventana, medio embobado con la música, con el público que parecía disfrutarla tanto. Entré por si conseguía recibir una porción del placer que veía en los rostros de los músicos, cuya felicidad al tocar siempre había envidiado tanto. Dos horas después, de regreso al piso, me conecté de nuevo. Tenía varios wasaps suyos, dos llamadas perdidas. Me esperaba despierta para uno de nuestros «tenemos que hablar», cada vez más frecuentes, cada vez más inútiles.

—¿Es el trabajo? ¿Soy yo? ¿Tus padres están mal? Si no me cuentas qué te pasa, no puedo ayudarte —me dijo.

A mí me conmovía su deseo de arreglar aquello, pero no sabía qué me pasaba. Y no saber me hacía sentir aún peor. Podía ser un cúmulo de cosas, y sí, una de ellas, mi trabajo. Decía Oscar Wilde que hay dos tragedias en la vida: una es no conseguir lo que deseas y la otra conseguirlo. Peor es quedarse a medias, porque eso te calma las ganas de llegar hasta donde querías y a la vez te deja la insatisfacción de no lograr lo que te proponías.

De adolescente había querido ser artista y vivir de la literatura entre buhardillas acogedoras, callejuelas laberínticas, mujeres con boina y bicicleta y cálidos cafés con música francesa. Pero en Albacete solo llevaba boina algún viejo, no había callejuelas y menos cafés con música francesa.

En Madrid conseguí vivir de lo que escribía, pero no como un artista que creaba belleza en su buhardilla, sino trabajando en un polígono industrial al

que llegaba tras una hora y pico de autobús, atascos, vagones de metro atestados, malos olores y muchos empujones. Un polígono donde los nombres de las calles eran números y en cuyos bares nunca se oía música francesa, como mucho el sonsonete metálico de una tragaperras o a algún locutor de radiofórmula demasiado optimista para una mañana industrial.

Mi puesto de trabajo no era un escritorio en una buhardilla, sino un cubículo de la planta dos de un edificio de la calle catorce. A uno y otro lado, naves. En la de la izquierda fabricaban juntas. En la de la derecha, componentes ópticos. Nosotros, en medio, fabricábamos series y programas de televisión. Alguna de esas mañanas quise entrar en las naves vecinas y preguntarles qué juntaban las juntas, qué se veía a través de los componentes ópticos, pero nunca lo hice, y continué yendo casi cada mañana a mi cubículo a ganarme una nómina que me permitía una vida de esas que se llaman *llevaderas*, como si la vida fuera una carga que soportar con el menor esfuerzo posible. Así que parte de mi amargura se la debía al trabajo. Pero había gente que tenía trabajos mucho peores y aun así se la veía, si no alegre, sin esa tristeza mía.

Pese a la tristeza, yo quería seguir junto a ella, salvarme, salvarnos, e intentamos resucitar ese sentimiento de los primeros días, aún muy cercano.

Ella repetía que el enamoramiento era fácil, que ahora nos llegaba lo difícil, el día a día, el amarse. Yo no terminaba de distinguirlo, me

parecían frases sin sentido, banales aunque aparentemente profundas, pero me lo callaba.

Buscamos amarnos como al principio, pese a la rutina, los trabajos, los polvos sin deseo y el deseo sin polvos. Pero no sabíamos bien cómo hacerlo. Ir a terapia de pareja nos pareció demasiado, solo llevábamos dos años y poco. ¿Qué nos pasaría si alcanzábamos los treinta y pico años, como nuestros padres? Tal vez nos separaríamos, como mis padres amenazaban con hacer a cada poco. En lugar de ir a un terapeuta, nos compramos el libro del terapeuta de éxito, uno que tenía un programa en la radio. Nos pasábamos el libro como una medicina amarga que ambos

debíamos consumir y después comentar cómo nos había sentado. Ella comenzó a subrayar frases que hablaban de la falta de comunicación. Yo otras que hablaban de los peligros de la idealización del amor. Así nos quejábamos al otro, por subrayados. Llegó un punto en el que casi todo el libro estaba subrayado, así que todo lo que habíamos remarcado pasó a no estarlo. El libro llevaba un capítulo final que consistía en «implementar estrategias». No me gustó el verbo, parecía un plan de *marketing*. Pero seguimos adelante. Leímos que había que fomentar la aceptación, que para mí era como fomentar la resignación, y debíamos, por ejemplo, «escuchar los ritos y patrones emocionales en la danza del amor romántico».

—Tengo el bachillerato, hasta una carrera, y no entiendo nada de lo que este señor escribe —le dije.

—¿Quieres no ser tan crítico?

Pero no podía no ser crítico con aquello. Saboteé con mis burlas la *implementación* hasta que un día Andrea se hartó y guardó el libro detrás de los que teníamos a la vista en la estantería del salón, exiliado junto a varios *best seller* que los parientes despistados nos regalaban en Navidad porque

«os gusta leer» y por lo tanto cualquier libro tenía que gustarnos. Pero poco después llegó con un folleto sobre algo llamado *constelaciones familiares*.

—Mi amiga Luisa ha ido ya tres veces. Dice que es muy revelador.

—Luisa tiene un gato que se llama Karma, y otro, Amanecer. Eso sí es revelador —le dije.

Pero no quise ser quien siempre decía que no, quien arruinaba sus

intentos de salir adelante. En el folleto se leía que las constelaciones familiares iban a restablecer la red energética entre nosotros, a restaurar el orden natural, aunque yo no tenía claro cuál era ese orden. También iban a dejarnos con doscientos euros menos en la cuenta corriente cada mes. Leí, además, que según el fundador de las constelaciones podíamos desarrollar enfermedades que habían padecido nuestros parientes si habían sido excluidos de la energía familiar. Pensé en mi tío Rodrigo, que fue separado

de la energía de la casa de mis abuelos y del patrimonio familiar por su afición a gastarse hasta su última peseta en putas y en carreras de galgos.

Según aquello, yo podía estar pagando ahora por las golferías de mi tío. Un sábado por la mañana fuimos a una sesión de constelaciones familiares. Nos recibió una señora que llevaba un jersey con un dibujo de un lobo aullándole a la luna o al cuello de la señora.

—Hola. ¿Andrea y Jorge? Soy Mamen, os esperaba.

Y nos dio unos abrazos más largos de lo que dicta el sentido común y el equilibrio mental.

Hablaba dulce y lentamente, como si tratara con gente al borde de una crisis nerviosa, y en voz muy baja, tanto que tenías que inclinarte para poder escucharla.

—¿Te pagamos ahora? —le preguntó Andrea.

—No, no, a mí no me habléis de dinero —dijo como si ese asunto le molestara—. Luego, al salir, que ya habrá llegado la secretaria. Pero pasad, pasad, que ya estamos todos —nos dijo.

Había ya alrededor de diez personas sentadas en sillas pegadas a la pared, sobre cojines tirados al suelo. Dos de ellas parecían meditar. Miré a Andrea.

—¿No vamos a estar solos? —le pregunté susurrando.

—No, es grupal.

—¿Gru-pal? ¿Ya? ¿Desde el primer día? —dije intentando controlar mis nervios.

—No te comportes ahora como un crío —me dijo.

—Me tenías que haber dicho que era grupal —le dije. Pero ella ya ni me miraba.

—Sentaos, por favor, que voy a explicar para los no iniciados en qué consisten las constelaciones, que sois varios los que no habéis constelado nunca.

En mi trabajo usábamos desde hacía tiempo expresiones como *writing room*, *one liner*, *pitch*, y aquella gente ya había creado un verbo en castellano para sus cosas. Íbamos a constelar.

—Quiero que nos olvidemos de los prejuicios —dijo la señora, y me pareció que me miraba de reojo—. De juzgar. Estamos tan acostumbrados a juzgar y analizar que todo lo que hacemos lo estropeamos.

Algunos asintieron. Yo pensé que empezábamos mal. Los prejuicios siempre me habían sido muy útiles para moverme en sociedad. También analizar. Pero intenté no analizar sus mechas de varios colores; su jersey lobuno; los mandalas enmarcados en las paredes; que cada una de sus uñas estuviera pintada de un color diferente; las lámparas de piedras de cuarzo; los humidificadores con luz psicodélica; los cuadros con arcoíris, unicornios y reproducciones del tercer ojo; los cuadritos con frases de autoayuda que parecían escritas por un imitador de Paulo Coelho al que se le ha ido mucho la mano con el azúcar. Era muy trabajoso no analizar allí.

—Hoy no podréis constelar todos, pero los que no constelen podrán representar —dijo.

Yo no sabía bien lo que era constelar, solo que no quería hacerlo.

Tampoco quería representar, fuera lo que fuera representar allí.

—La semana pasada, Elvi se quedó sin constelar —continuó la profesora

—. Y me comentó que le gustaría hacerlo hoy, así que ella será la primera.

Elvi, cuéntanos.

Elvi, una chica de la que solo se veía bien la cabeza porque vestía poncho y por momentos parecía una mesa camilla sobre la que alguien se había dejado olvidada una peluca y unas gafas de concha, nos contó. Nos contó que había abierto un negocio de comida

ecológica y macrobiótica. En Vallecas. Que la tienda no funcionaba muy bien y que si no aumentaba las ventas pronto tendría que cerrar. Nos contó también que su novio, Maximino o Maxi, no la animaba para luchar por el negocio, y tampoco sus padres le habían dado nunca apoyo, ni en la tienda ni cuando se sacó el

curso de profesora de *chi kung*, o el grado tres de reiki, o el curso de homeopatía, o el de lectora de auras y el otro de interpretar iris. Que tal vez todo venía de que su abuelo materno, marinero, había salido a por fletán a Canadá, pero nunca regresó porque se quedó allí con una señora de Terranova, abandonando a su abuela con dos niñas de cinco años. Nos contó que la tienda estaba a punto de costarle su relación. Que Maxi y ella reñían mucho y él le echaba en cara todo lo que llevaban perdido en el negocio, dinero suficiente para comprar una furgoneta. Una Berlingo. Y al decir *Berlingo*, como si fuera la palabra más triste del mundo, se echó a llorar.

—Berlingo, Berlingo —repetía Elvi mientras Mamen, sin inmutarse, le daba un pañuelo de papel sacado de un envase industrial de pañuelos que podía secar llantos de una comunidad entera de vecinos.

Después la consteladora jefe se colocó en el centro del aula y nos habló sin dejar de girar lentamente para poder mirarnos a todos a los ojos aunque fuera por unos segundos. Movía mucho las manos, como esos políticos que han digerido mal un curso para hablar en público y apoyan todas sus frases, hasta las más insignificantes, con ademanes muy exagerados.

—Ahora, Elvi, tienes que elegir quién representará a tus padres, quién a tu novio, a tu abuelo marinero, a tu abuela, quién hará del negocio.

Yo miré al suelo, como cuando por equivocación había terminado en algún espectáculo de cabaret que consistía en humillar al público, aunque de reojo le lanzaba alguna mirada de socorro a Andrea, que prefería ignorarlas.

—Tú harás de tienda —oí decir a Elvi.

Yo tenía la vista en una loseta del suelo, con la esperanza de que mi táctica del avestruz me sirviera para que no me eligieran. Una táctica inútil, porque sentí que la voz de Elvi, que las miradas del resto se dirigían hacia mí. Levanté mi mirada para confirmarlo. Así era.

—Bien, pues Jorge será la tienda —dijo Mamen.

—Ecológica y macrobiótica —recordó Elvi, y debió mover los brazos

bajo el poncho, porque toda aquella tela andina se agitó y por un momento pareció que iba a emprender el vuelo.

Una vez, en un curso de actuación para guionistas que la productora organizó, me tocó interpretar el color verde; después, una marmota de color verde y, por último, una marmota airada de color verde. Me pareció casi imposible, pero ahora me resultaba una bicoca comparado con hacer de tienda ecológica macrobiótica en Vallecas.

—Pero si no conozco a su novio, ¿cómo voy a representarlo? —preguntó el señor al que le había tocado ser el novio de Elvi y al que, desde ese momento, consideré un sabio. Yo tenía el mismo problema con mi tienda, pero no me atrevía a manifestarlo. Además, aunque hubiera conocido la tienda, me habría sido imposible representarla.

—Tú, Benito, déjate fluir —dijo Mamen—. Saca de tu experiencia vital los recuerdos de alguien que haya cortado tus alas, tus ganas de libertad.

Adiós a los prejuicios. No conocemos personalmente a quien representamos, pero sí en qué consiste el daño que causan o les han causado. Porque el daño es común, es universal.

Mamen sentó a Elvi pegada a una pared desde la que tendría una buena vista de las representaciones. Yo miré a Andrea para que contemplara mi estupefacción. Aquello era una pesadilla especialmente diseñada para mí, que sufría de vergüenza ajena y fobia a lo pseudoespiritual. ¿Cómo iba a ayudarme en los problemas con mi novia representar a una tienda macrobiótica? Todo eso deseaba decirle a Andrea con mi mirada, aunque ella prefería mirar para otro lado, como si quisiera dejarme sufrir solo aquella tortura que igual pensaba que me merecía.

Elvi eligió para representar a su abuela a una señora que, pese a que tenía pinta de estar jubilada hacía años, llevaba trenzas afro, y para su abuelo, a una joven con el pelo azul. Estaba claro que a la hora del *casting* no tenía prejuicio alguno. Mamen comenzó a distribuir por la sala a los que

teníamos que hacer las representaciones. Cogió a la madre de Elvi, un chaval de unos veintipocos, y lo situó o la situó frente a la señora que hacía de su abuelo.

—Pídele que te explique por qué te abandonó. Vamos, suéltale todo lo que lleves dentro.

A mí me cogió de un brazo y me reunió con el novio de Elvi, que era otra chica, y con la chica que hacía de la propia Elvi. Eché de menos unas pegatinas en nuestros pechos explicando quién era quién.

—Bien, dile a tu novio lo que te duele su falta de apoyo con la tienda, sus críticas.

—¿La tienda ecológica habla? —pregunté con la intención de que me oyera Andrea.

—Sí, la tienda es un elemento desencadenador, tiene derecho a la expresión —dijo Mamen.

—Claro, claro —contesté yo, como si lo que acababa de oír tuviera mucho sentido.

Azuzados por Mamen, la falsa Elvi y su no menos falso novio se pusieron a discutir. El abuelo de Elvi y su hija pronto alcanzaron una fase álgida de reproches y Mamen se acercó a separarlos. De pronto, la falsa Elvi se puso a llorar y la Elvi real se tapó la cara con las manos, no sé si por vergüenza o por llanto. Yo, como Andrea seguía ignorándome, también comencé a hablar. No me dirigía a nadie y me dirigía a todos, como el afilador que todavía pasaba por mi barrio en Albacete.

—¡Estoy muy cara! —dije—. ¡Muy cara! ¡Estoy muy cara!

Aunque lo que de verdad me habría gustado gritar era «¡Arrope calabazate, arrope calabazate!», que es un dulce que promocionaba a gritos por el pueblo de mi padre un vendedor ambulante.

La falsa Elvi seguía con sus reproches a su falso novio, pero de pronto reparó en mí.

—¿Qué dices?

Los que discutían dejaron de hacerlo, de pronto todos estaban atentos a mi respuesta, sobre todo la verdadera Elvi. Andrea, que seguía en su silla, a salvo de aquella locura, por fin me miró.

—Que Vallecas es un barrio obrero.

La consteladora jefe se acercó.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues está claro. Que la comida ecológica es más cara que la normal

y en un barrio obrero como Vallecas ni Dios va a comprarla, así que el novio de esta chica ha hecho muy bien en no apoyarla. ¡La comida ecológica la compra gente con rentas altas, no los obreros!

—¿Eso lo dices como tienda macrobiótica o como ser humano? —me preguntó la chica que hacía de novio de Elvi.

—¡Lo digo como persona que razona! Lo siento, pero no me puedo meter en el personaje de la tienda y dejarme la razón fuera. Va conmigo.

Elvi comenzó a llorar.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho? —me reprochó la consteladora.

—Tú no eres la única que puede hacer llorar a la gente. Con lo que he pagado, creo que también tengo derecho —le contesté.

Y me fui para la puerta. Allí me giré y todo dramático dije «Me voy»

mirando a Andrea, por si no le había quedado claro. Salí y ella no me siguió. Cuando llegó al piso, se fue a dormir a la habitación pequeña y durante tres días apenas nos hablamos.

Hay algo patético y a la vez infantil en el no hablarse de los adultos, y más cuando no te hablas en un piso de habitación y media en el que te cruzas a cada poco. Como era la primera vez que nos pasaba algo así, en ocasiones se nos olvidaba que no nos hablábamos y le preguntábamos algo al otro o hacíamos comentarios en voz alta esperando una respuesta que no llegaba porque no procedía hablarse. Al tercer día le dije que igual el problema lo tenía solo yo, que iría al médico de la empresa. Fui y me diagnosticó principios de ansiedad, como ya le había diagnosticado a unos

cuantos compañeros. Sentí hasta alivio. Decidí que me comportaba así porque estaba enfermo, no era yo, era mi enfermedad. Me recetó ansiolíticos, me recomendó ir al psicólogo y me dijo que sería bueno practicar algún deporte que me relajara. Volví a correr. Colocaba el despertador en el pasillo, junto a las mallas y las zapatillas, y muchos amaneceres, cuando salía a apagarlo, conseguía vestirme y lanzarme a la calle hasta llegar al parque del Retiro. No estaba solo y me preguntaba cuántos allí corrían por el simple placer de correr o porque, como yo, necesitaban su dosis de endorfinas.

Entre las pastillas y correr, comencé a dormir mejor, a sentirme hasta optimista, y el médico me bajó la dosis de ansiolíticos. Pero pronto el

tendón de Aquiles de la pierna izquierda comenzó a dolerme. No dejé de correr, necesitaba mi chute de endorfinas, hasta que comenzó a dolerme incluso el andar y tuve que dejarlo. El médico me subió de nuevo la dosis de ansiolíticos. Probé con la natación, pero a las horas en las que podía ir a la piscina las calles estaban repletas, y chapotear entre aquella marabunta más que relajarme me daba ganas de ahogar a alguien.

A partir de entonces me dediqué solo a los ansiolíticos. No eran caros y el médico de la empresa los recetaba con alegría, y cuando me faltaban, mi madre siempre tenía a mano. Mejor tener trabajadores medio aturdidos que trabajadores de baja. Un tercio del equipo los tomaba y el resto lo intentaba con infusiones, psicólogos, deporte, yoga, cualquier cosa que pudiera calmarnos o hacernos creer que nos calmábamos. Y yo, que por primera vez tenía una relación duradera con una chica a la que quería, me preguntaba de qué servía amar, que te amaran, si necesitaba seguir metiéndome aquella mierda para amortiguar lo que cada mañana nos traía la vida. Quería saber de qué servía el amor si no bastaba.

Pero hubo días en los que sentía que todo comenzaba a enderezarse, días en los que creíamos recuperar algo que no sabíamos bien qué era, pero que deseábamos traer de vuelta a nuestras vidas, y llegaron pausas que me

hacían pensar que todo iba a ir bien. Pero la carcoma avanzaba, a veces invisible, otras más evidente, aunque no quisiéramos mirarla ni supiéramos qué hacer para acabar con ella. Sin saber bien cómo, iniciamos una competición estúpida por ver quién quedaba más con sus amigos, quién llegaba más tarde a casa, quién tenía más vida fuera de nuestra vida compartida, que se quedó en algo escuálido y brumoso donde se follaba poco, se hablaba cada vez menos y apenas ya se reía. Muchos viernes, cuando salía del polígono, me quedaba de cañas con mis compañeros y las alargaba hasta muy tarde. Si al regresar al piso ella ya estaba acostada, sentía que había ganado una batalla en una estúpida guerra nunca declarada.

Ella comenzó a ir al cine sin mí porque «realmente no nos gustan las mismas películas». Tampoco compartíamos ya las series y muchas noches ella estaba en el sofá con su *tablet* y los cascos puestos y yo ante la televisión. Un sábado, en la cocina, mientras preparábamos la cena, uno de esos momentos de los que meses antes habíamos disfrutado mucho, me dijo que ya no le leía poemas como al principio. Recordé asombrado que en nuestros primeros meses seleccionaba mis poemas favoritos para después leérselos o mandárselos por carta,

como hacía la gente en el siglo veinte.

Sentí que había pasado mucho tiempo de aquello, casi como si les hubiera sucedido a otros. La carcoma avanzaba. Una tarde de desidia y esperas en la productora, después de discutir durante horas sobre la trama de una pareja que se conocía por internet, después de oír lo mucho que follaban mis compañeros de trabajo con Tinder, Grindr y otros, me instalé la aplicación.

La vida se mueve más por decisiones tomadas en medio del aburrimiento que por las que se han pensado con calma. Era tan fácil instalarse aquello, dar el primer paso hacia el engaño... Me pasé el resto de la tarde viendo perfiles, leyendo sus textos, cuando había textos que leer, y descartando a todas las chicas para evitar la tentación si alguna no me descartaba a mí.

Entre las que escribían encontré a muchas que buscaban hombres que las hicieran reír y otras cuantas que decían que odiaban las mentiras, como si

alguien las amara. Muchas eran amigas de sus amigos, «se consideraban»

tal o cual, tenían fotos en el Machupichu y les gustaba el sofá con mantita, eran más de día que de noche y buceaban o escalaban o se habían tomado una foto haciendo como que escalaban, buceaban, surfeaban. Y corrían, montaban a caballo o en bici o descendían cañones. Algunas incluían la música que oían en internet. Abundaban Zas, Ed Sheeran y Coldplay. Casi ninguna contaba qué leía, qué veía en el cine. Se limitaban a decir que les gustaba ver una buena película, una buena serie, leer un buen libro, beber un buen vino. Todo tenía que ser bueno. Yo, pese a tanto tópico, seguía viendo perfiles y me preguntaba cómo serían los perfiles de los hombres, aunque algo ya sabía por mis amigas. Muchos tíos sin camiseta, con motos o coches y en el Machupichu, escalando, surfeando o descendiendo cañones. Llegué al piso cargado de culpa, como si ya hubiera engañado a Andrea, y en realidad eso sentía. Al día siguiente desinstalé la aplicación.

Pero ya era tarde, una amiga de Andrea creyó reconocerme en la foto del perfil, una foto de hacía tres años en la que se me veía sin barba, con melena y con unas grandes gafas de sol. Una imprudencia, aunque al menos había cambiado el nombre. Y se lo dijo.

—¿Yo en Tinder? —respondí intentando mostrar todo el asombro del

que fui capaz y también un deje de indignación—. ¿Qué iba a buscar yo ahí? —añadí.

Y la verdad es que no sabía bien qué había buscado. Puede que no aventuras con otras, sino comprobar que existía la posibilidad de esas aventuras, que podía ser ese que nunca fui y a veces tanto quise haber sido.

Igual que yo simulé indignarme, creo que ella simuló creerme y tejimos una de esas mentiras comunes que elaboran las parejas para ir sobreviviendo: confiábamos en el otro. Pero la duda ya estaba sembrada y desde ese día la carcoma avanzó más rápidamente, aunque más silenciosa, como si ya trabajara a mucha profundidad, destrozando los cimientos más sólidos de lo que habíamos sido.

Muestra breve de un hundimiento

Y un día, uno de esos que crees que pasará sin dejar memoria, uno en el que te comportas como siempre, dejándote llevar o arrastrar, todo comienza a resquebrajarse, y aunque lo ves, aunque sientes que llega el hundimiento, insistes en no hacer nada para remediarlo, que es una forma de hacer algo.

Mi día del hundimiento comenzó una madrugada de enero en la que nos despertó una llamada de teléfono hablando de muerte, que es de lo que más hablan los teléfonos en los amaneceres si quien llama no está borracho. Yo dormía en la habitación que nos servía de estudio, como muchas noches por aquella época, pero oí sonar su móvil al otro lado de la pared. Entré en nuestra habitación. Ella estaba sentada en la cama y miraba el teléfono en su mano como si fuera un objeto absurdo que no terminaba de comprender.

—Mi abuela ha muerto —me dijo.

No era un sueño, lo sabía, pero yo quería despertar en otro momento que no fuera esa madrugada. Me senté junto a ella y la abracé, aunque mi postura era un tanto ortopédica. La noche anterior ni nos hablábamos, cargados de resentimiento y reproches, y ahora ella lloraba pegada a mí, dejándose abrazar. Pero tras llorar un poco se incorporó y comenzó a vestirse, a hablar de horarios de autobuses, de ramos y coronas de flores, a hacer llamadas a primos y parientes, como deseando ocupar su mente con algo que no fuera el dolor.

—Hay un autobús a las nueve, pero igual es mejor que alquilemos un coche —me dijo.

Entonces lo solté.

—Yo... yo preferiría no ir. Hoy, quiero decir. Tenemos reunión, viene mi jefe de viaje y ha convocado a todo el equipo de guion. Mañana iré para el entierro.

—¿No... no me acompañas? —preguntó incrédula.

—Mañana voy para el entierro.

Ella me miró con pena, como si yo fuera una cosa pequeñita y estúpida que no terminaba de comprender.

—¿Seguro? —preguntó.

Yo, tras un silencio de esos en los que pareces repensar lo dicho pero en los que realmente no piensas en nada salvo en reafirmarte, le contesté que sí, que seguro, aunque ya no estaba seguro de nada. Pero la inercia de la idiotez me empujaba y es una inercia muy fuerte. Ella entró en nuestra habitación y sacó la maleta pequeña de los viajes cortos, aunque ese, para nosotros, podía ser muy largo. En ese momento sentí que había rebasado un límite que desde hacía tiempo bordeaba, que todo se iba a torcer para siempre. Pero como el conductor incapaz de dar un último volantazo antes de estamparse, fascinado por el fin, no intenté remediarlo, no pedí disculpas, no le dije que sí, que la acompañaba, que estaría a su lado para aliviarla un poco, si podía, del peso de la muerte de su abuela. En lugar de eso, comencé a desgranar excusas, y conforme las soltaba, oía mi voz sin nervio como si fuera de otro, alguien ridículo y patético que intentaba una y otra vez justificar lo injustificable con una letanía gangosa que era casi un ruido de fondo que ella ya no escuchaba mientras hacía su maleta con esa mezcla de rabia y desorden con que se hacen las maletas en las películas.

Yo hablaba y hablaba de la importante reunión que tenía con mi jefe esa misma tarde, de que las cifras de audiencia habían bajado mucho e igual había despidos, de que era perentorio que estuviera allí. Sí, creo que dije *perentorio*. También le dije que solo llevábamos tres años, y dos solo compartiendo piso, y que pasar la noche de velatorio era un gran paso. Creo que en mi mente algo trastornada esa madrugada los grandes pasos eran:

irse a vivir juntos, compartir hipoteca, casarse, tener hijos y luego acompañar al otro a un velatorio.

Se me terminaron las excusas y callé y hasta a mí me alivió el no

oírme.

Ella, ajena a mis palabras, hablaba por teléfono de tanatorios, de coronas de flores, de nichos, de avisar a familiares. Después colgó y supe que tenía que decir algo que no fueran excusas, algo sentido que frenara aquello que caía con determinación hacia no sabía dónde, pero caía, tenía que decir lo que fuera para mostrar que la acompañaba en su dolor, que de verdad sentía su pena.

—¿Les has echado comida a los peces o ya les echo yo? —dije mirando nuestra pequeña pecera.

Se quitó las gafas, se secó las lágrimas y, aunque parecía que en cualquier momento iba a comenzar a insultarme o a tirarme jarrones, pantallas planas o hasta peceras, no dijo nada, solo me miró, la mirada más triste que he recibido en mi vida. Llevó al salón la maleta aún a medio hacer, la dejó allí y se fue hacia la puerta de la entrada.

—¿Dónde vas? —le pregunté.

—A por tabaco.

—Pero si lo dejaste.

No me contestó y salió al descansillo, y yo tras ella. El ascensor subía más lento que nunca.

—Te has enfadado, ¿verdad? —le pregunté, porque tenía que rellenar con lo que fuera ese silencio entre nosotros que se hacía cada vez más grande y dejaba oír hasta el leve runrún mecánico del ascensor deslizándose por su hueco para llevársela, tenía que rellenarlo incluso con obviedades.

No me contestó y se metió en el ascensor. Intentó cerrar de un portazo, pero el sistema hidráulico se lo impidió. La puerta se cerró lentamente mientras yo miraba a sus ojos, que ya no querían mirarme. El ascensor se fue y el gato aprovechó la puerta abierta para huir y yo tuve que perseguirlo descalzo y en pijama hasta el octavo piso. Como si quisiera terminar de

humillarme por lo que le había hecho a Andrea, se había meado en un escalón y pisé la meada caliente. Ya con ese ser del averno entre mis brazos, regresé al salón, donde estaba su maleta abierta en el centro, como un rostro sorprendido en una mueca grotesca que parecía burlarse del idiota que le había dicho a su novia que no la acompañaba, también conocido como *el idiota de los peces*. Sabía que

su abuela casi la había criado porque su madre trabajaba mañana y tarde, que Andrea la llamaba casi todos los días, que siempre que viajábamos le compraba postales, aunque estuviéramos en cualquier pueblucho que no mereciera tener postales, y no se quedaba tranquila hasta que dábamos con un buzón para enviarlas. También sabía que un año atrás, cuando operaron a su abuela a vida o muerte, se pasó varias noches sin dormir por el miedo a que se muriera. Y yo, aunque sabía todo eso, le dije que prefería no acompañarla.

Qué lejos quedaban de pronto nuestros comienzos, esa alegría de los primeros encuentros, los polvos locos de un martes, o de un jueves o de cuando se pudiera, la ilusión de los mensajes que llegaban a mitad de la mañana y después se releían veinte veces porque quien tú querías te decía que te quería, las llamadas interminables en las que se habla mucho para decir poco sin que eso importe, ese sentimiento de que juntos éramos mejores y hasta podíamos hacer del mundo un lugar mejor. Yo había sentido en esos primeros días una felicidad que duele un poco cuando reparas en lo dichoso que eres y comienzas a pensar que eso, como todo, acabará, y ya nunca volverás a sentir algo tan intenso. Así era, capaz de sentir nostalgia por ese amor tan grande cuando aún lo estaba viviendo. Todo eso, así de cursi, así de trillado y sublime a la vez, lo habíamos vivido nosotros, como tanta gente. Y ahora yo ya no sabía qué nos había pasado, qué me había pasado. Las revistas de sala de espera decían que el enamoramiento dura por lo menos tres años, y a nosotros ya se nos había agotado. ¿Cómo habían

llegado esos meses tan áridos, esos días que lijaban, las noches tan largas de silencio en la cama en las que el viento hacía traquetear la persiana contra la ventana y nos recordaba que afuera también era invierno y el cuerpo del otro ya no era cobijo? ¿Cómo terminamos en esa madrugada en la que le dije que preferiría no acompañarla al entierro de su abuela?

Me metí en la ducha mientras pensaba en nuevas excusas, palabras de consuelo, disculpas. Pasó media hora, ella no regresaba y yo tenía que irme a mi reunión tan perentoria. La llamé. No lo cogía. Esperé un poco más, pero como no volvía por fin me fui al polígono, sabiendo que, si al día siguiente no conseguía arreglar aquello en el entierro, se avecinaban semanas de silencios y reproches o algo peor. Cuando llegué a la productora, me dijeron que esa reunión a la que nadie podía faltar se había aplazado al día siguiente porque nuestro jefe había alargado su estancia en los Estados Unidos. Así funcionaba aquello, la vida de diez personas debía adaptarse a la de los jefes,

aunque ellos no tuvieran eso muy en cuenta, como si al entrar allí hubiéramos dejado de ser dueños de lo más valioso que teníamos, nuestro tiempo, del que ahora ellos disponían a su antojo.

La llamé varias veces desde el trabajo, pero seguía sin cogerlo. Pasé un día de mierda en la productora, lamentando ser quien era y no saber cómo cambiarlo. Al regresar por la noche vi una nota pegada en la puerta de nuestro piso: «Tus cosas están en la portería. No vengas al entierro». Al ir a abrir la puerta descubrí que había cambiado la cerradura. Ella siempre había sido muy eficiente. Le había dado tiempo a bajar todas mis cosas a la portería y llamar a un cerrajero antes de irse. La volví a llamar, pero lo tenía desconectado. Aquel iba a ser un enfado grande, duradero, sólido, el más grande que habíamos sufrido, el definitivo. Durante los últimos meses habíamos vivido de bronca en bronca y cada vez las reconciliaciones duraban menos, y el tiempo de guerra, más. Ahora me enfrentaba a la madre de todos los enfados, a una ruptura, porque no se cambia una cerradura de alta seguridad como la nuestra, veinte euros la copia de la

llave, por una bronca más. Allí, con mi llave que ya no abría ninguna puerta, me di cuenta de cuánto la había cagado esa vez y se me agarró un nudo de nervios en el pecho, como cuando se acercaba un ataque de ansiedad, y me tragué una pastilla sin agua, a golpe de saliva, y me sentí mareado, con ganas de llorar, pero no lo conseguía, tan solo podía respirar como un perro asmático tras una carrera larga. Eulalia, la vecina del portal de al lado, una señora huesuda y de pelos desmochados que le decía a todo el mundo *chiquillo*, asomó su nariz ganchuda por el resquicio de la puerta.

—¿Te has constipado, chiquillo?

—No, no, gracias, estoy bien.

—Eso es de pecho. ¿Quieres que te dé con el Vicks *Vaporú*?

—No, no hace falta, Eulalia, gracias.

—Que sí, hombre, que eso te va a más y se te hace neumonía. Lo sabré yo. Pues no se me han muerto periquitos de neumonía a mí.

Se fue para adentro. Saqué el teléfono, la volví a llamar. Nada. Eulalia regresó y me miró con pena, como si yo fuera un periquito moribundo al que nadie pudiera ya salvar. Poco después subí las escaleras entre el quinto y sexto piso, en una mano la llave inútil que ya no abriría su puerta, como un sefardí expulsado para siempre del lugar en el que fue feliz, y me senté, sin saber qué hacer aparte de llamarla cada dos

minutos para comprobar que su móvil seguía desconectado. Tras un buen rato allí, dedicado a sentir pena por mí mismo, arte en el que era experto, decidí bajar a la portería a preguntar por mis cosas. El pequeño cuarto de la portería estaba cerrado, con la luz apagada. Avancé unos metros más por el pasillo hasta el diminuto apartamento que iba con el puesto de portero, una planta baja con patio al que de vez en cuando se nos caía ropa al tender. Cuando caían unas bragas de Andrea, nunca aparecían, y el portero nos dijo un día que uno del tercero tenía una caña de pescar al preguntarle por ellas. Pero yo siempre sospechaba del portero y a veces me lo imaginaba oliendo las bragas de mi novia o con ellas puestas, lo que me bajaba la libido durante horas.

El portero parecía tener setenta y tantos años, pero no se había jubilado aún, así que debía tener menos de sesenta y cinco. Se llamaba Marcos, estaba soltero, y aunque se pasaba casi todo el día a la sombra, solía llevar gorra de plato, como los porteros de los hoteles lujosos. Vestía un uniforme de tergal que brillaba de raído que estaba, como de capitán de lancha de recreo fluvial, y siempre decía a quien quisiera escucharlo que ese año el Real Madrid sí y que León era el lugar más bonito del mundo, aunque creíamos que del mundo solo conocía León y aquel barrio de Madrid.

Cuando yo pasaba junto a la portería, él miraba con mucho interés el *AS*

para no tener que saludarme, gesto que le agradecía. Le caía mal. Me caía mal. Esa era la base de nuestra relación. En toda pareja hay uno que es más simpático y se sabe los nombres de los vecinos, les regala fruta de pueblo, porciones de bizcocho, o se los regalan, pregunta por la salud o las humedades. Ese era el papel de Andrea. Luego está el otro, el que se mete en el ascensor corriendo para no tener que compartirlo, el que lleva siempre los cascos puestos y si le hablan hace como que no ha oído nada, el que si ve un vecino por la calle siente la inmensa pereza de tener que saludarlo y es capaz de cruzar de acera para evitar una conversación. Ese era yo. Ya sabemos de qué lado estaban el portero, el edificio, el mundo.

—Me ha dicho Andrea que ha dejado aquí mis cosas.

—Las hemos metido en la carbonera —me dijo sonriente, y bajo su bigote blanquecino, que tenía las puntas teñidas de amarillo color orina por el tabaco, surgieron sus enormes y grisáceos dientes. Le quedaba grande su dentadura, como sus orejas y su nariz, que tampoco eran de la talla de su cráneo.

—Ya pasaré otro día a llevármelo todo. ¿Me puede abrir ahora? Necesito el portátil y algo de ropa —le dije.

Me miró como si estuviera calculando mi precio en una subasta y ese precio fuera a ser muy bajo.

—No, nada de pasarte otro día. Si mañana no te has llevado todo, tendré que tirarlo a un contenedor o dárselo a los pobres. Si acaso algún pobre lo quiere, claro, que no sé yo.

—Pero si tiene la carbonera vacía. ¿No puede esperar dos o tres días?

—No, según los estatutos, no se pueden hacer usos espurios de las instalaciones comunitarias. ¿Quieres leer los estatutos?

—No, la verdad es que no estoy ahora para estatutos.

—Entonces ya lo sabes: la carbonera es para el carbón, no para tus cosas.

—Pero si ya no hay calefacción central ni se compra carbón.

—¿Quién nos dice que no puede llegar una crisis que nos deje sin luz y gas? Si se para el viento, se pararán los molinos. Si hay mucho nublo, no funcionarán las placas solares. En ese caso tendríamos que meter carbón en la carbonera.

Sonreía mostrándome sus dientes conejiles, disfrutaba de aquel momento.

—Sí, y si llega un holocausto, tendremos que comernos los unos a los otros —le dije.

—Yo a alguien de tu calaña no le daría ni un bocado —me contestó.

—¿Me abre? Mañana me llevaré el resto.

Y así, en una carbonera iluminada por una bombilla de luz macilenta, como de la época en la que aún se usaba mucho el carbón, buscando calzoncillos y camisetas entre las bolsas de basura donde estaba embutida toda mi ropa, sentí que mi derrumbe, el resquebrajamiento general, iba a ser profundo.

—¿Hueles a Vicks *Vaporús*? —me preguntó el portero cuando subí con el portátil y algo de ropa en mis manos.

—Puede —le dije.

—¿Te lo ha puesto doña Eulalia? —preguntó.

—No es asunto suyo quién me pone o me deja de poner a mí el Vicks Vaporub.

—Cierto. Y ahora dame la llave del portal, que ya no vives aquí.

—Igual vuelvo a vivir muy pronto, así que me la quedo. Si se la doy a alguien será a Andrea.

Se rio con una carcajada larga que le descolocó un poco la dentadura, que resultó ser postiza y aun así había perdido su blancura. Pensé que se la había regalado algún primo de León que fumaba mucho. Tras volver a colocársela me miró burlón.

—En todos estos años de portero, y son muchos, he visto esto *cienes* de veces.

—Cientos.

—Yo sé lo que he visto. Tú aún has tenido suerte. A algunos les tiraban la ropa directamente a la calle. De hecho, a uno lo tiraron a la calle. Desde un segundo. ¿Ves este jersey del lagarto que llevo? Imagínate dónde lo cogí.

En la calle.

—¿Se lo robó al cadáver?

Ignoró mis palabras.

—Te puedo decir que ninguno de esos hombres a los que echaron ha vuelto. Y tú no serás el primero que lo haga.

Y se metió en su casita liliputiense como quien se adentra en el más resplandeciente de los palacios.

Un amigo es un refugio

Salí a la calle con una bolsa de basura repleta de ropa. Me la eché al hombro, pero me sentí muy *homeless* y probé a llevarla como si fuera una bolsa de la compra. Me di cuenta de que no se puede andar con normalidad con una bolsa de basura más de cincuenta metros, los que como mucho te separan del contenedor.

Tenía que encontrar cama para unas noches, porque todavía albergaba la ilusión de que serían eso, unas cuantas noches, pese a las palabras

del portero, el cambio de cerradura y la nota de Andrea. Aún creía que cuando ella se calmara vería que no se puede cortar con alguien por pósit. Casi todos mis compañeros de trabajo vivían con sus parejas en apartamentos de una habitación, y si tenían dos era porque había niños. Los únicos que tenían casas grandes estaban fuera de Madrid, en urbanizaciones con piscina, portero, pista de pádel, más metros cuadrados, más aire limpio, menos vida u otra vida. Yo no tenía coche y además me deprimía en esos lugares. Si había niños, mejor ni llamar, molestaba y tendría que dormir en un sofá cama o un colchón hinchable. Una vez más, como casi siempre que surgían problemas, mi principal alternativa era Matías, mi primer compañero de piso en Madrid. Antes de llamar deseé que su novia, Marta, una azafata que nunca me perdonó que la llamara *camarera de las alturas*, estuviera de vuelo en algún lugar muy lejano. Yo le caía mal a Marta, Marta adoraba a Andrea y yo no soportaba a Marta. Un esquema parecido se repetía a veces en mi vida. Así que llamé. Al otro lado, Matías jadeaba.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí, solo hacía flexiones.

—¿Está Marta? —le pregunté.

—No, esta noche creo que está en Shanghái. ¿O es en Bombay? No sé, solo recuerdo que es un sitio donde la gente lleva mascarillas y escupe todo el tiempo en la calle.

—¿Puedo quedarme esta noche en tu casa?

—Claro. ¿Pero qué pasa?

—Luego te cuento.

—¿Movida?

—Movida.

—Vente cuando quieras, ya estoy aquí. Oye, de paso, ¿te puedes traer papel higiénico? Es que no me queda, ni servilletas. Pilla también aceite. De oliva, pero con poca acidez.

—¿Algo más? —le dije molesto.

Pero él no pareció captar mi tono de voz, porque siguió con la lista de la compra.

—Pues si compras unas hamburguesas, ya tenemos cena. Y también unos pepinillos y...

Colgué.

Matías y yo habíamos llegado juntos a Madrid desde Albacete y juntos buscamos piso un septiembre en el que fuimos conscientes de que disponíamos de un presupuesto muy provinciano. Terminamos en un cuchitril en Malasaña que tenía dos habitaciones diminutas y ningún salón, así que hacíamos vida en una mínima cocina donde al abrir la puerta del frigorífico bloqueabas la entrada. Y también hacíamos mucha vida en los bares de cañas baratas que Matías pronto localizó. Más tarde conseguimos un piso con salón en Argüelles al que entraba la luz del sol unos cuarenta minutos al día, pero aun así seguimos haciendo mucha vida en los bares.

Después, él se fue a vivir con Marta y el perro de ella a un piso por Lavapiés, en la calle Casino, aunque Marta insistía en que aquello era ya La

Latina, como si hubiera una frontera clara que solo ella conocía y como si vivir en Lavapiés no procediera.

Nada más entrar en el piso, Godo, el perro de Marta, se acercó a olisquearme. No debió gustarle lo que olió, porque al momento regresó a su alfombra sin intentar siquiera que le rascara un poco. Matías me recibió en bata, un uniforme que vestía desde septiembre hasta abril dentro del piso y a veces hasta en los comercios a cien metros a la redonda. Un día hasta me lo había encontrado así en el bar de abajo tomando café.

—¡Los chinos llevan batas por las calles! ¡Y guateadas! —protestaba cuando le decíamos algo. Creo que solo por eso le hubiera gustado vivir en China.

—¿Qué os ha pasado? —me preguntó cuando me dejé caer en el sofá.

Sujetaba una mancuerna en cada mano, llevaba una cinta al pelo y bajo la bata se pegaba a su pecho una camiseta empapada de sudor en la que se leía «No todas las salchichas son cancerígenas», con una flecha señalando hacia su cintura. A veces sentía que nuestra amistad era una especie de malentendido que nació en la adolescencia y que después ninguno había intentado aclarar, y que ahora nos unía más lo que habíamos vivido juntos que lo que podríamos compartir en el futuro. Pero aun así, pese a sus trapicheos, sus camisetas y sus mancuernas, lo quería, y aunque a veces no comprendía por qué, él

también me quería. Ante él me permitía ser yo, no intentaba salvarme ni esconder mis ruindades. Eso hice aquel día mientras nos bebíamos unas cervezas, le conté mis últimas miserias.

—Pensaba que estabais genial —me dijo—. Pero, bueno, me ha pasado varias veces, envidio a alguna pareja porque creo que están genial y al poco cortan. No tengo vista para eso. Igual yo estoy ahora mal con Marta y no me he dado cuenta —dijo, y se quedó pensativo por un momento.

—Íbamos de mal en peor desde hace meses. Y luego lo de Tinder no ayudó nada.

—Lo que es raro es que no te dejara entonces. Es que a quién se le ocurre.

—Fue un día, no quedé con nadie, era solo por el tonteo.

—Sí, sí que fue tonteo. Mucho —dijo.

—Además, si hice eso era porque las cosas no estaban funcionando. Si estás bien con tu pareja, no te abres un perfil en Tinder.

—Sí, los terapeutas más al día dicen que es una de las señales de alarma.

Creo que lo han descubierto en Harvard.

—No estoy para coñas, Matías.

—Es que es de coña. Tinder...

Abrí otra cerveza. A partir de la tercera ya no las disfruto, y no sé por qué sigo bebiendo, pero lo hago.

—¿Sabes que nunca le gustó *Juego de tronos*? —le dije.

Él suspiró exageradamente y, aun así, yo volví a quejarme de que un día Andrea decidió abandonar una de mis series favoritas y la cambió por un libro. A partir de entonces dejamos de compartir esas horas que antes pasábamos juntos en el sofá tras la cena.

—Si no compartes las series con tu pareja, ¿qué compartes? —le decía a Matías—. No vas al cine todos los días. Follar, como mucho, te lleva dos o tres horas a la semana. De los libros tampoco se puede hablar tanto, porque un libro puede durarte dos o tres semanas. Los viejos amigos son un tema muy gastado si nadie se separa o sale del armario.

Al final, lo que compartes con tu pareja son las series que veis juntos. Una hora o dos cada día. Si no ves la misma serie, ¿qué queda? —argumentaba.

No alcanzaba a recordar qué hacía la gente antes de que existieran tantas series, de qué hablaban. Pero nadie me apoyaba en mi teoría y ese día Matías tampoco quería escuchar mis quejas.

—Para ya. Has hecho el gilipollas pero bien, así que piensa en algo para remediarlo.

—No me coge el teléfono, me puso una nota diciendo que no fuera al entierro, no quiere verme. No sé qué voy a hacer.

—¿De verdad se te está pasando por la cabeza no ir al entierro?

—Es que ella no quiere, no voy a ser bienvenido allí.

—Tienes que ir.

—¿Y si ya ha sido?

—Si la llamaron ayer de madrugada, el entierro tiene que ser mañana.

Hay que dejar pasar no sé cuántas horas para asegurarte de que no entierras a un vivo.

—Tampoco sé dónde la van a enterrar. Sus padres viven en Segovia, pero su abuela vivía en un pueblo de la sierra.

—¿Dónde está enterrado el abuelo?

—En el pueblo, creo.

—Entonces la entierran en el pueblo, a no ser que su abuela odiara a su abuelo. Pero, claro, si lo odiaba igual pidió que la enterraran junto a él, para joderlo eternamente. Preséntate mañana por la mañana allí. No está muy lejos, ¿verdad?

—Una hora y poco.

—Pues no te lo pienses. Ahora está frágil, seguro que cuando te vea se derrumba y hasta te perdona.

—¿Y si no lo hace? ¿Y si me manda a la mierda delante de toda su familia?

—Perderás la mañana y lo pasarás mal, pero al menos te quedará el consuelo de haberlo intentado. Porque hay que intentarlo siempre.

Lo miré extrañado. No solía decir cosas así.

—Tú te estás leyendo algún libro de autoayuda, ¿verdad? Porque eso de por lo menos intentarlo... —pregunté.

—No es autoayuda, joder. ¡Es sentido común!

—¿Me dejas el coche? —le pregunté.

—No, tengo *casting* temprano.

—¿Dónde? Igual te puedo dejar en el *casting* y sigo para su pueblo.

—No, necesito el coche, he de volver pronto porque después tengo trabajo con Godo y sin coche no llego.

—¿Sigues haciendo eso con el pobre perro?

—¿Qué pobre ni qué leches? —dijo mientras acariciaba al perro, que estaba a sus pies—. Imagina que fueras perro y pudieras llevar la vida que lleva él. Y encima, como no sabe que un día morirá, probablemente piensa que es inmortal. Es un privilegiado.

Miré a Godo, que dormitaba sobre la alfombra como una extensión más de ella, ignorante de que al día siguiente tenía que trabajar.

—Un día Marta se enterará.

—Si tú te callas la boca, no tiene por qué enterarse. Además, tampoco creo que a ella le siente tan mal, que el animal disfruta.

Decidí no discutir de nuevo sobre Godo y los trabajos que le buscaba Matías.

—¿De qué es tu *casting*? ¿Publicidad? ¿Series? —le pregunté.

—En *Carniceros*. Hago de cliente de una carnicería, es con frase, estaba repasándomela.

—¿Qué dices?

—Costillas.

—¿Costillas?

—Sí.

—¿Solo?

—Sí, solo. Y no me vengas con coñas.

—No, pero *costillas* no es una frase, es una palabra.

—A la hora de actuar, una palabra o una frase corta vienen a ser lo mismo —me dijo casi ofendido—. Y las pagan igual. Si hablo, soy figuración especial.

—Sí, algo de especial sí tienes.

Decidí no meterme más con su carrera de actor, o más bien, con su inexistente carrera de actor. Siempre que hablábamos de ella se enfadaba conmigo porque nunca le había conseguido un papel en las series en las que escribía. No lograba convencerlo de que los guionistas no pintábamos casi nada en las elecciones de actores, solo los productores ejecutivos tenían mano, y él no asumía que yo era un mindundi más en la productora. Le contaba lo poco que nos valoraban, que a veces hasta impedían que pasáramos por la alfombra roja de los festivales y galas de los premios.

Pero eso no lo acallaba.

—Pues hazte productor ejecutivo y colócame —me decía.

—Me falta personalidad.

—Tú tienes personalidad. Una. Como todos.

—Sí, pero la mía no sirve para eso. No sé hablar en las comidas con jefazos de cosas que no me interesan una mierda y simular que me apasionan. No sé ni regatear en un bazar de Marruecos por una pulserilla de cuero como para ponerme con representantes de actores y cadenas de televisión. Me falta ser más hijo de puta. Me faltan muchas cosas.

Él me miraba triste, como si le pesara que yo fuera quien era, no un amigo exitoso que lo pudiera colocar.

—Mañana te despierto temprano y te dejo en plaza de Castilla para que te pilles el bus a la sierra. Si puedes, compra antes unas flores.

—¿Para ella?

—No, joder, para la abuela. Lo mejor sería una corona, pero no sé si dejan subir con coronas en los autobuses. Hay tantas cosas que ignoro... —

dijo casi para sí—. Y ahora me voy a sobar.

Apagó la tele y se arrebujó con una manta en el sofá. Cuando no estaba Marta podía pasar días sin quitarse la bata y durmiendo en el sofá. Al poco resoplaba. Yo le rasqué el lomo a Godo durante unos segundos y me fui a la pequeña habitación que les servía de trastero y cuarto para invitados. Volví a llamar a Andrea. Dio tono de llamada, pero no me lo cogió. Decidí

mandarle otro wasap. Iba a escribir «¿Cómo estás?», pero pensé que era de idiotas preguntar algo así la noche en la que velaba a su abuela sin que yo estuviera a su lado. Solo escribí «Lo siento», y al hacerlo me di cuenta de que no podía ver ni su foto ni su estado en WhatsApp, así que tuve claro que me había bloqueado. Le mandé un SMS, por si así le llegaba el mensaje. No contestó. Intenté dormirme, pero no podía. La posibilidad de un ataque de ansiedad parecía lejana, así que lie un porro, abrí la ventana y me puse a fumar. Desde allí se veía un gran patio interior, repleto de ventanas, algunas aún iluminadas. Pero poco a poco se fueron apagando, como ojos que se cierran. Al final solo quedaron dos ventanas iluminadas a la misma altura, y en una de ellas la luz parpadeaba. Tal vez por el porro, me tomé aquello como una señal del destino, que me guiñaba un ojo, y aunque estaba en plena catástrofe, tuve mi pequeño momento de optimismo, pensé que al día siguiente todo iría bien en su pueblo, que ella me perdonaría. Sentí que vivía casi una epifanía de andar por casa en la que veía posible cambiar, llegar a ser otro, uno mejor. Poco a poco comencé a creer en ese otro, bondadoso, equilibrado, amable, que sonreía a los vecinos y les daba conversación, que cuidaba a su novia. Era un tipo muy majo ese otro yo. Hasta parecía alto y guapo. Pero al poco lo vi tan majo que comenzó a caerme mal y se rompió la ilusión.

En la sierra entierran mucho

Me dormí con la ayuda del porro, para sentir que minutos después alguien me zarandeaba y me gritaba. Era Matías.

—¡Vamos, que nos vamos!

Lo miré con ese odio casi animal que te provoca quien te despierta con brusquedad.

—¿Pero qué hora es?

—Las ocho y media, tenemos que irnos.

Miré confuso hacia la ventana. Aunque débil, ya se veía la luz de la mañana.

—¿Desayunamos aquí? —dije por fin mientras me vestía.

—No, no tengo gran cosa en el frigorífico. Desayuna en la estación.

Salimos a la calle. Era una perfecta y depresiva mañana invernal, encapotada, como dispuesta a convertirse en noche en cualquier momento.

No le faltaba ni su viento helado ni su lluvia intermitente. Los coches, con los cristales empañados, pasaban rápido sobre los charcos y salpicaban metros alrededor, y la gente andaba con prisas para escapar de todo aquello y refugiarse en algún lugar seco y con calefacción.

—Qué aire más puro —dijo Matías respirando fuerte.

Sentí ganas de pegarle. Llegamos a su coche, un viejo Megane que hacía años que no sabía lo que era un túnel de lavado y en general un lavado si no se lo daba la lluvia.

—Matías, tienes el coche en una plaza de minusválidos —le dije.

—Sí.

Se metió en el coche y quitó de encima de la guantera una tarjeta de aparcamiento para minusválidos.

—Deja de mirarme como si fuera un criminal de guerra y entra.

—¿Por minusvalías mentales también dan tarjetas para aparcar? Porque, si no, no me lo explico.

—La tarjeta no es mía, he hecho un apaño con un vecino y me la alquila.

Tú no sabes lo mal que está aparcar por aquí, aunque seas residente.

Entré en el coche y cogí la tarjeta de minusvalía.

—Es mucho más económico que alquilarse una plaza en un garaje —me explicó—. Y muy ecológico, le ahorro al mundo el humo que produce dar vueltas y vueltas hasta encontrar donde aparcar. Y sirve

para toda Europa.

—¿El dueño de la tarjeta no necesita la plaza?

—No es minusválido. Solo es actor, como yo, y eso todavía no se considera minusvalía. Pero ha decidido interpretar que es minusválido en la vida y ahora tiene un dolor crónico en la pierna y puede aparcar donde le dé la gana e igual consigue la invalidez. Digamos que ha reorientado su carrera. Ahora actúa todos los días en la vida real.

—¿Tú conoces a alguien legal? —le pregunté.

—Te conocía a ti. Pero pregúntale a tu novia..., bueno, a tu exnovia, si cree que eres legal.

Me dejó en la estación. Saqué el billete y me fui a la cafetería a esperar la media hora que faltaba para que saliera el autobús.

—¿Qué le pongo, joven? —me preguntó casi gritando un camarero hiperactivo que con sus veinte años escasos sí que era joven. Pedí un café que no merecía ese nombre por lo malo que estaba y llamé a Lucas, un compañero de trabajo, para decirle que ese día llegaba tarde, si llegaba.

—¿Pero por qué?

—Se ha muerto la abuela de Andrea, voy al entierro.

—El convenio no cubre entierros de abuelas políticas, creo. Solo suegros. Te van a descontar el día.

—Me da igual lo que cubra. Si preguntan, di que llegaré por la tarde.

—Pero hoy sí que tenemos la reunión, hay que estar.

—Me da igual. ¿Tú no irías al entierro de la abuela de tu novia? —le pregunté.

—Me gustan las mujeres de cuarenta y cinco años por lo menos, así que es muy difícil que tengan abuelas y que yo pueda ir a sus entierros. Claro que podría ir al entierro de sus madres, porque con cuarenta y cinco...

Antes de que la conversación se enfangara en los gustos sexuales de Lucas, colgué. Mientras intentaba beberme aquel líquido, oí que alguien hablaba justo tras mi cogote.

—¿Me puedes ayudar usted para comprarme un billete a Aranjuez, sí?

Me giré. Allí lo tenía una mañana más, con su olorcillo a frigorífico mohoso, la media melenita peinada hacia atrás, brillante, inamovible, como el pelo de plástico de los Clicks de Playmobil, una masa apelmazada por la grasa y la gomina, sus ojos verdes saltones, sus labios carnosos y muy rojos que parecían llevar un toque de pintalabios, las venillas perfectamente visibles en sus mejillas y en las alas de su nariz. Me mostraba unas cuantas monedas en la palma de la mano que sacudía levemente para hacerlas sonar y motivar así mi generosidad.

—¿Tú no eres el que pide siempre para un billete a la sierra? —le pregunté.

Me miró intentando recordar si me conocía y vi en sus ojos la niebla del que va fumado.

—No. Sería uno de mis hermanos gemelos.

—¿Tienes varios hermanos gemelos?

—Dos.

—Entonces no podéis ser gemelos. Seréis trillizos.

—Cuando estamos dos, somos gemelos. Y si viene el otro, trillizos, pero casi nunca viene porque es individualista. ¿Usted me das para que me vaya a Aranjuez?

—No, no te doy. Además, no creo que de aquí salgan autobuses a Aranjuez. Eso es en Méndez Álvaro y estás en plaza de Castilla.

Aquello lo dejó confuso por un momento. Pagué mi café y me fui a coger el autobús. Vi que el gemelo trillizo apuraba el café que yo me había dejado a medias. Por la cara que puso, tampoco le gustó.

El autobús intentaba salir de un Madrid atascado bajo la lluvia. Yo estaba nervioso por lo que me esperaba y a ratos deseaba que nos encontráramos con un atasco infinito, como esos que se dan en China y duran días, y así no llegar al entierro y tener una excusa para mí mismo, porque temía el encuentro con Andrea, que me dijera que me fuera nada más verme. Pero avanzábamos entre acelerones y frenazos y ya no había vuelta atrás: iba hacia el pueblo de su abuela, donde nadie me esperaba ni me había invitado.

Recordé todas las veces en que ella intentó que la acompañara allí: para las fiestas, para una romería, para el ochenta cumpleaños de su abuela. Yo siempre tenía excusas poco consistentes y ella dejó de insistir. Ahora, por fin, iba a ir, y pese al desasosiego me sentía mejor por aquello de intentarlo.

Hasta que llegamos al pueblo. Entonces, cuando el autobús se detuvo en la plaza, se me fueron las ganas de intentar nada y deseé seguir allí, calentito, sin correr riesgos.

—¿Cuándo vuelve para Madrid? —le pregunté al chófer.

—Por aquí paso de vuelta a las dos, como puedes ver en el cartel que tienes ahí enfrente, a treinta centímetros de tu cara.

A la gente que se dedica a conducir se le agria el carácter con la lluvia y los atascos. A veces también sin necesidad de lluvia y atascos. Bajé del autobús sin atreverme a preguntarle al chófer dónde estaba el tanatorio, por si había otro cartel cerca de mis narices que lo indicara. La plaza del pueblo tenía el suelo pavimentado con adoquines y casi todos los edificios eran antiguos, con recias paredes de piedra. El aire casi dolía de lo frío que era.

Me acerqué a un quiosco que había en el centro de la plaza y le pregunté al quiosquero por el tanatorio.

—Yo no soy la oficina de información —me dijo medio oculto en su cubículo, entre pilas de periódicos y revistas protegidas por plásticos de las salpicaduras del agua.

Parecía que la lluvia le agriaba el carácter a todo el mundo. Lo intenté con una señora que llevaba una bolsa de plástico blanca en la cabeza como impermeable, aunque siempre desconfié de la gente con bolsas de plástico en la cabeza.

—¿Sigue lloviendo? —me preguntó sin contestar a mi pregunta, ambas manos en las asas de la bolsa.

—Parece que no, señora. ¿Sabe dónde está el tanatorio?

—Uy, queda muy lejos. Es que vengo de la peluquería —me explicó mientras se recolocaba la bolsa que el viento no dejaba de agitar y la hacía parecer por momentos algo entre un pitufo y un nazareno de Semana Santa con capirote.

Yo sabía que nada podía quedar muy lejos en aquel pueblo, y también

que en los pueblos más de quinientos metros es lejos y entonces se encaraman en coches, motos o tractores para moverse.

—Pero ¿se puede ir andando?

—Si quieres, sí. Si no, no. Deja, que te voy a acompañar un poco. Pero no todo, que está muy lejos.

La señora se engarzó a mi codo, como si fuéramos cuñadas, y emprendimos el camino hacia el tanatorio.

—¿Quién se ha muerto? —me preguntó.

—María —le dije—. La madre de Rita.

—Ay, ¿se ha muerto? Y yo sin enterarme. Es que con este tiempo no he salido casi de mi casa y, claro, como la peluquera es de las Américas, no se entera de nada y no sabe ponerte al día.

—Fue ayer noche.

—Pobre. Este verano hablamos y la encontré bastante viva.

Salimos de la plaza y al poco ya no se veían más casas viejas de piedra, sino edificios setenteros con fachadas de ladrillo visto, otras más modernas pintadas con paredes de colores pastelosos y adornadas por gruesas balconadas blancas. Al torcer una esquina, la señora me señaló una casita.

—Ese es el tanatorio.

Era una casa de pueblo de una planta, como para velar a vecinos con poca familia, nada que ver con esos tanatorios modernos construidos a base de formas rectangulares de hormigón y vidrio que se ven en las capitales.

—¿Sabes a qué hora es el entierro? —me preguntó.

Le dije que no.

—No sabes nada —me dijo al irse. Y llevaba razón.

En la puerta del tanatorio había un corrillo de hombres, la mitad de ellos fumando. Uno contó algo que hizo carcajearse al resto, hasta que de pronto callaron, como culpables por sus risas. Me quedé a unos metros de la puerta para coger las fuerzas necesarias para entrar. Pero solo cogía frío. Pese a ello esperé un poco más por si Andrea asomaba

y me libraba de entrar y verme rodeado por toda su familia. Pero tras pasar unos minutos allí, Andrea no asomaba y me pareció que los del corro comenzaban a mirarme con suspicacia, tal vez preguntándose quién era aquel forastero que seguía a la intemperie y no porque estuviera fumando. Tenía que entrar ya, aunque no sabía qué podía decir cuando me la encontrara. Solo lo que no podía decir: «Hola, ya estoy aquí. Por si alguien no me conoce, soy el novio de Andrea». Porque ella podría contestar: «No, más bien es el cabrón de mi exnovio, que ayer me dijo que preferiría no acompañarme al entierro de la abuela y hoy, no se sabe por qué, llega cuando ya nos vamos para el cementerio».

Aun así, entré. La puerta daba directamente a un salón. Había varios sofás y muchas sillas, aunque la mayoría de la gente estaba de pie, en corros. Más de uno se giró para ver quién entraba.

—Buenas —dije.

Alguno musitó un «buenas» y al momento todos regresaron a sus conversaciones o a sus silencios. Olía a ambientador barato y a ropa mojada y se oía, muy débil, música clásica. *La consagración de la primavera*, me pareció, que no era la más adecuada para un tanatorio. Tampoco los cuadros de amaneceres en todas las paredes parecían los idóneos, aunque podían ser atardeceres. A mi derecha había una cocina; junto a ella, una puerta con un letrerito que decía *aseos*, y al fondo, otra puerta, que debía dar a la habitación donde estaba el ataúd. Allí estarían también Andrea; su prima Olga, que siempre decía que el agua de Madrid era buena, pero la contaminación, mala; la madre de Andrea, que ya le habría preguntado por qué yo no estaba allí, y sus primas, sus tías y su padre. Me acerqué un poco, intentando que no pudieran verme desde dentro de ese cuarto. Atisbé una de las paredes, alicatada con señoras sentadas. También vi un pedacito de madera del ataúd, color cereza. Pensé que era raro que te metan en algo color cereza para enterrarte, aunque nunca reflexionemos sobre esas cosas.

Aún no me veía con fuerzas para entrar allí, así que me senté en uno de los sofás del salón con la esperanza de que Andrea saliera de aquella habitación en algún momento. Un grupo de seis o siete monjas entró en el tanatorio.

Varios hombres las saludaron con inclinaciones de cabeza, alguno le dio la mano a la más anciana, que sonreía. Debían tener el convento cerca. Poco después entraron dos curas, tal vez los que oficiarían el funeral. Un anciano se sentó junto a mí resoplando, como si acabara

de hacer un gran esfuerzo.

Olía a colonia para niños.

—Una lástima —me dijo.

—Sí, mucho —le contesté.

—A todos se nos lleva el Señor —continuó.

—Sí —afirmé. Podía pasarme corroborando frases hechas durante horas.

—Esto son cuatro días.

—Vaya —dije.

—Estás ahí y, cuando te quieres dar cuenta, mira lo que te encuentras. Y

sin enterarte de que la vida ha pasado.

Observé al anciano. Debía de andar por los ochenta y tantos. Había tenido tiempo de sobra para percatarse de que el tiempo pasaba. Yo veía en él muchas señales que le podían haber dado una pista. Pero seguí corroborando.

—Cierto.

—Lo malo es que siempre se lleva a los mejores.

Ahí ya no pude callarme. Odiaba esa frase hecha.

—A los peores también se los acaba llevando, no se crea.

Me miró un poco extrañado. Calló durante unos segundos.

—Sí, al final se nos lleva a todos.

—Es que de lo contrario el mundo estaría lleno de gente muy vieja y muy mala —le dije también—. Algo así como el FMI o la cúpula de la CEOE.

El hombre decidió que a partir de ese momento le interesaba más observar atentamente los cuadros de amaneceres o atardeceres y atusarse el bigote que hablar conmigo. Las monjas, de pie junto a la puerta, habían sacado rosarios, como quien saca el móvil cuando se

aburre, y rezaban. La gente formaba corros, salía a la calle y regresaba, hablaban del frío, algunos se saludaban como si no se hubieran visto en mucho tiempo. Otros pasaban a la cocina y regresaban con humeantes vasitos de plástico, pero Andrea no asomaba. ¿Y si se había ido a descansar tras pasarse allí toda la noche y no regresaba hasta la hora del entierro?

—Oiga, ¿a qué hora es el entierro? —le pregunté a mi vecino de sofá.

—A la que Dios provea —me respondió seco.

—¿Pero el cura no ha provisto ninguna hora?

Me miró con desagrado, pero no contestó y siguió observando los cuadros. Pensé en mandarle a Andrea un SMS y decirle que estaba en el tanatorio. Pero al hacerlo perdería el efecto sorpresa y eso no me convenía.

Si le daba tiempo a pensar, a prepararse, me podía recibir como me merecía, y no me merecía nada bueno. Vi entrar a dos hombres vestidos con trajes negros. Uno llevaba *mullet*, ese peinado que combina, aunque no es el verbo adecuado, melena por atrás, pelo corto en los lados y tupé, un peinado que solo puede llevar con dignidad Nick Cave y nadie más. Pese al día tan gris, ambos llevaban gafas de sol de espejo y uno de ellos parecía ser el que vende todas las pastillas del mundo en alguna discoteca de provincias y el otro quien se las compra. Entraron en la habitación donde estaba el ataúd sin quitarse las gafas y de inmediato comenzaron a arreciar los llantos. Tal vez ya cerraban el féretro, llegaba ese momento en el que ves por última vez a alguien que te ha acompañado toda la vida. Ese, el instante más dramático, era el mejor para acercarme a Andrea. Me sentí mal por pensarlo con tanta frialdad. Aun así, me levanté y me fui hacia la habitación, pero una masa de mirones o de familiares taponaba la puerta. Al poco comenzó a salir gente. Me quedé junto a la puerta, dispuesto a sorprenderla allí. Entre los que salían vi a unas señoras de negro que lloraban y se repartían pañuelos de papel. Una debía ser mi suegra, o mi exsuegra, pero no conseguía verles bien los rostros porque salían todas en tropel. Por fin, la entrada se despejó un poco y me asomé. Andrea no estaba allí. Vi a cuatro hombres que alzaron el ataúd para sacarlo a hombros, seguidos al poco por los de la funeraria, que se habían echado a los brazos todas las coronas de flores y parecían unos coloridos parterres andantes.

Detrás de ellos salía más gente, pero seguía sin ver a Andrea. Uno de los cuatro hombres que portaba el féretro era ya un anciano, algo más

bajo que el resto. Se le veía dolorido, no sé si un dolor físico, emocional o ambos, y el ataúd se inclinaba peligrosamente sobre él, que debía llevar más peso que los demás por su estatura.

—José, ¿está usted bien? —le preguntó una mujer.

Él asintió, pero se veía cómo apretaba los dientes y se achinaban sus ojos por el esfuerzo. Pensé que si no era dolor podía ser incontinencia, pero bien

no parecía estar.

—Ande, quítese, no se vaya a marear, que hace usted mala cara —dijo el hombre que estaba a su lado portando el ataúd.

El anciano no dijo nada, pero asintió resignado.

—¡Parad, parad! —dijo otro.

—Anda, joven, ponte tú —me dijo la mujer.

—¿Yo?

Miré a mi alrededor. Solo había monjas, hombres mayores y dos curas, que no debían estar por hacer el trabajo pesado del entierro, solo el más lucido. Todos me observaban, a la espera de que me colocara de portador del féretro. No te puedes negar a algo así y más siendo hasta hace nada el nieto político de la finada. Me coloqué junto al anciano con cuidado y él me cedió su sitio aliviado. Nunca pensé que la abuela de nadie pudiera pesar tanto. O tal vez era el ataúd color cereza. Los de la funeraria habían abierto las dos hojas de la puerta principal y salimos a la calle. Allí la gente se arremolinaba en grupitos en los que se hablaba, se fumaba, se lloraba y se daba consuelo. Miré a uno y otro lado, pero seguía sin ver a Andrea, ni a sus padres ni a sus primas ni a nadie que me sonara de las fotos de mi novia. En lugar de meter el ataúd en el coche fúnebre, que era lo que esperaba, solo colocaron allí las coronas y continuamos con él a hombros por las callejuelas mientras la gente de los corros se unía al cortejo. No podía girarme para ver si Andrea iba tras el féretro, si me había visto ya.

Pensé que aquello me haría ganar muchos puntos, aunque era un poco extremo pasar de no querer ir al entierro a llevar el muerto a hombros. Tan solo me disgustaba que Andrea no podría correr a abrazarme como yo había imaginado si no quería que su abuela y tal vez yo termináramos en el suelo.

Cuatro ancianos que querían andar rápido, pero no terminaban de lograrlo, se pusieron a la altura del féretro. Traían una corona que dieron a los de la funeraria para que la colocaran junto a las otras. En la cinta de la corona se leía: «Tus compañeros galgueros no te olvidan». ¿La abuela de

Andrea cazaba liebres con galgos? Eso es algo que en tres años de noviazgo se termina por comentar. Iba a preguntarles a mis compañeros portadores a quién llevábamos ahí, pero me pareció que no era el momento. La calle desembocó en una plaza de forma elíptica. Enfrente, en una de las curvas más marcadas, se encontraba la iglesia. Entonces la vi. Estaba junto a la acera, a mi derecha, a unos cincuenta metros, entre un grupo de gente, parte de ellos enlutados, que entraba en una casa. A su lado estaba Altair, vestido totalmente de blanco, hasta las zapatillas, como si estuviera en una despedida de solteros pija en Formentera. Ella se quedó mirándome, como quien intenta desentrañar un dibujo de esos que observado con mucha atención revela una forma nueva en tres dimensiones. Debí quedarme parado, porque el portador que iba a mis espaldas tropezó conmigo y se nos desequilibró un poco el ataúd.

—¡Zagal, lleva *cuidao*! —me gritó uno de los hombres.

—¿Pero este *apalominao* quién es? —preguntó otro de los de atrás.

—No sé, no lo he visto en la vida.

—Será un pariente de la ciudad. Están alelados allí.

—Un respeto a mi dolor, señores —dije. Y cesaron sus ataques.

Andrea seguía mirándome y por un momento me pareció que sonreía.

Quien no sonreía era Altair, que me miraba con todo el desprecio que un yogui experto puede conseguir, y eso, pese a lo que se piensa, no es poco.

Iba a hacerle un gesto de extrañeza, de no saber bien qué hacía allí, pero necesitaba elevar mis hombros y no era conveniente. Vi que Andrea entraba en la casa con Altair y nosotros lo hicimos en la iglesia. Olía a incienso y a velas, y aunque el sol llegaba a través de las vidrieras, no lo hacía su calor.

Los bancos estaban casi repletos. Avanzamos por el pasillo hasta el altar, y frente a él dejamos el féretro, sobre unos caballetes. Los de la funeraria comenzaron a colocar las coronas y yo salí casi corriendo

hacia la plaza.

Hasta ese día me había equivocado de sala en el cine, de trenes, de asignaturas optativas al matricularme en la universidad, de líneas de metro,

de tamaño de condones, de terminales de aeropuertos, de terminales de ferris, de baños. Pero no de entierros. Al menos no me había equivocado de pueblo. Llegué ante la casa en la que había visto entrar a Andrea. No tenía timbre, sino un llamador. Hacía años que no usaba uno de esos, pero no es algo que se olvide. Le di varias veces y el sonido metálico se extendió por la plaza. Esperé unos segundos. Nadie abría, así que le di con más fuerza.

Algún vecino que pasaba cerca me miró. Aguardé, con el deseo de que no viniera a abrir Altair. Pero no llegaba ni él ni nadie. Pasó una señora a mi lado, con su cesta de la compra, y le pregunté:

—Señora, ¿sabe usted si han enterrado ya a la señora que vivía aquí?

—Sí, hijo. A las nueve, en Cerceda.

—¿Aquí no?

—No, su marido era de allí y la familia tiene panteón. ¿Tú quién eres?

—Yo... El novio de Andrea, la nieta.

La mujer se quedó por un momento callada, como pensativa, y después la vi contar con las manos.

—Ah, pues yo creo que tú también cabes en el panteón, porque han comentado en la carnicería que da como para diez más.

—Qué bien —dije, no sé por qué.

—¿No te abren?

—No. Igual no me han oído.

—Estarán en la cocina, al fondo. Déjame que le dé yo.

Le dio al llamador con una energía que no esperaba.

—Nada... Como no entres por el postigo...

Y se fue. Decidí llamar a Andrea por teléfono una vez más. Pero al ir a

sacar mi móvil me di cuenta de que no lo llevaba encima. Busqué en los bolsillos, me cacheé varias veces y sufrí los síntomas de la pérdida de móvil: pulso acelerado, sensación de estupidez, toqueteo y registro compulsivo una y otra vez de los mismos bolsillos. Pero no lo encontraba, había perdido o me habían robado una vez más un cacharro que costaba la

mitad de mi sueldo de un mes. Recordé que lo había sacado del bolsillo por última vez en el tanatorio. Podía estar allí, habérseme caído de camino a la iglesia o dentro de la misma iglesia. Tenía que buscar una cabina y llamarme. Pero entonces se abrió la puerta y asomó una señora de unos sesenta y tantos vestida de negro y pensé que debía ser alguna de las tías de Andrea que aún no conocía.

—¿Qué quieres? —me preguntó desabrida.

Ya ni sabía bien qué quería, pero tenía que decir algo.

—Soy el novio de Andrea. ¿Puedo hablar con ella?

—¿Estás seguro?

—¿De qué?

—De que eres el novio de Andrea.

—Sí, yo..., bueno..., solía serlo.

Ella me miró pensativa por unos segundos. Enderecé la espalda y puse lo que yo creía que era una mirada compungida, por si eso ayudaba a que me dejara entrar.

—Espera —dijo, y cerró la puerta ante mis narices con más fuerza de la necesaria. Esperé dos o tres minutos hasta que la señora regresó.

—Pasa —dijo seria, dándome al momento la espalda.

La seguí por un pasillo medio en penumbra, caminando con miedo a tropezar. Hacía frío allí dentro y olía a viejo, a medicamentos, a cera quemándose, a muerte. En las paredes, fotos en blanco y negro o en colores ya desvaídos de gente que se casaba, que juraba banderas, que tomaba comuniones. Creí reconocer en una de esas últimas a Andrea, las manos en posición de rezo, el intento de mirada beatífica. Pero la foto era en blanco y negro y me di cuenta de que quien se veía no era ella, sino su madre o una tía. Llegamos hasta una salita que tenía en el centro una mesa camilla rodeada de sillas y un sillón. Encajado en el

sillón, con las faldas de la mesa llegándole casi hasta el pecho, un hombre gordito con doble papada y el pelo corto y tieso, negro pese a los años, me miraba curioso. Supe que era el

tío Mauricio o Hervorless, como lo llamaban a veces sus sobrinos porque de niño había sufrido una meningitis y, mientras su cuerpo crecía, su mente se había quedado para siempre en los nueve años. Cuando Andrea era una niña su tío Mauricio había sido para ella un primo más, y después, un niño eterno para toda la familia. La tía de Andrea se sentó, pero no me dijo que yo pudiera sentarme, así que me quedé allí plantado, en medio del salón.

Sobre la mesa había una bandeja de plástico decorada con el antiguo logo del Colacao, una cafetera italiana ennegrecida en su base por los fogones, tazas de cristal de Duralex, como las que tenía mi abuela en su casa, y un paquete de galletas maría a medias.

—Buenos días —le dije al hombre.

—¿De qué equipo eres? —me preguntó.

—Yo... —Y me lo pensé, porque no era de ninguno y tampoco quería nombrar un equipo que él odiara.

—Del Rayo —dije por fin.

Soltó una risilla y cogió una galleta que comenzó a comerse a mordisquitos.

—Del Rayo —repitió, como si eso fuera muy divertido—. ¿Qué coche tienes?

—No tengo.

Me miró receloso.

—¿Tractor?

—Tampoco.

—¿Mula mecánica?

—Nada.

Negó con la cabeza, como si aquello fuera inconcebible. Creo que no le estaba gustando nada a Mauricio. La mujer se sirvió café, pero no me ofreció.

—¿Quieres una papeleta? —me dijo el hombre mientras se sacaba del bolsillo de la camisa un fajo de papeletas atadas por una goma marrón que

me mostró expectante—. Es un sorteo para la sociedad —añadió mientras se incorporaba y me ponía el taco en las narices y pasaba el pulgar por el borde de las papeletas haciéndolas sonar como algunos magos hacen con sus barajas.

Miré a la mujer por si tenía algo que decir sobre aquella venta. Pero ella se puso a darle vueltas a su café con la cucharilla.

—Yo..., ¿a cuánto son? —dije dudando.

—A cinco euros. Es todo a beneficio. Para la sociedad.

—Bueno, deme una —le dije, sin preguntar qué sociedad era esa.

Mauricio apretó sus puños y los elevó con energía, feliz, como quien consigue superar una prueba. Yo abrí mi cartera. Aparte de cuatro euros en monedas, solo llevaba un billete de cincuenta.

—No llevo suelto. ¿Tiene cambio?

Hervorless afirmó, me arrancó el billete de entre los dedos y me dio la papeleta.

—Ahora te lo traigo.

Pese a su gordura, se fue raudo hacia el pasillo y en segundos su silueta se desdibujó en la penumbra. Oí la puerta de la calle cerrarse.

—¿Quieres café? —me dijo la mujer. Parecía que mi gesto con el tío de Andrea la había ablandado un poco.

—Sí, gracias.

—Siéntate.

Me senté y me sirvió una taza de café. Ella no decía nada y yo no sabía qué decir.

—Le doy el pésame —dije cuando me atreví a hablar.

No me contestó. Al poco oí pasos y entró Andrea. Tenía los ojos enrojecidos por el llanto, y la falta de sueño había hecho asomar unas arruguillas en torno a ellos que hasta entonces yo solo había intuido.

Se había recogido la melena en una coleta, como hacía cuando salía a correr, y algún mechón se escapaba sobre su frente. Parecía arrastrar un cansancio

que venía de muy lejos. Se había borrado la rabia que vi en su mirada cuando se metió en el ascensor y ahora solo había tristeza, una muy profunda. Sentí que lo que yo dijera o hiciera en ese momento ya le importaba muy poco, que lo nuestro era algo diminuto y ridículo comparado con la muerte de un ser querido y que yo igual no era ya un ser querido, si es que había llegado a serlo. Me levanté sin saber qué hacer con mi cuerpo envarado, si besarla o abrazarla.

—Hola —dije.

No me dio la oportunidad de hacer nada.

—Ven —dijo, y se dio media vuelta y se fue por la puerta del fondo.

—Dígale al tío de Andrea que estoy por ahí dentro —le dije a la mujer antes de dejar la salita, y me fui tras ella.

Pasamos a una cocina y después salimos a un patio grande con una higuera en el centro, y en el suelo, junto a una de las paredes, macetas de barro verdes y rojas con geranios y claveles y otras plantas cuyos nombres no conocía, y en la pared de enfrente, pequeñas jaulas vacías empotradas, con sus puertecillas de madera abiertas, algo desvencijadas, como si los animales que un día las ocuparon se hubieran ido para no volver. Bajo la higuera, recreándose en pasar su mano muy despacio por el tronco, en un movimiento casi obsceno, como de meterle mano a un árbol, estaba Altair.

Se giró muy lentamente, y solo cuando hubo terminado su giro saludó.

—Hola —dijo.

Le devolví el saludo, pero no me acerqué para darle la mano, aunque hacía meses que no lo veía. Además, la gente del yoga era más de abrazos, y yo no me sentía con ganas de abrazarlo.

—Mi coche ya debe estar cargado, me voy a ir.

—Claro —dijo Andrea—. Gracias por venir.

—No me des más las gracias. He estado donde quería estar —le dijo, y aunque no me miró, sentí que esa frase me la decía a mí también—. Voy a desconectarlo —dijo.

Se fue a una pared en la que había un enchufe del que salía un cable que llegaba a las puertas del patio, entreabiertas, y continuaba hacia la calle.

Altair desenchufó el cable, comenzó a enrollarlo y así salió a la calle.

—Tiene un coche eléctrico —me aclaró Andrea.

Pensé que lo raro era que el coche no fuera también eólico.

Al momento regresó, ya todo el cable enrollado en sus manos, y con él se acercó a Andrea.

—Nos vemos pronto.

—Sí, ya te aviso cuando vuelva. Y ánimo con lo tuyo —le dijo ella.

—Lo mío no importa ahora —dijo él.

—Sí, sí importa.

Sentí un poco de pudor, como si estuviera contemplando una escena muy sentimental cuyo diálogo me parecía malo y ante la que no debía estar presente.

—Seguro que pronto estarás mejor —le dijo ella.

—Ya lo estoy —dijo él.

—Mil gracias por...

—Shsss —le dijo él poniendo uno de sus dedos en los labios de Andrea para callarla—. Nada de gracias entre nosotros.

Yo no quería seguir contemplando aquella despedida y menos cuando se dieron un abrazo que se me hizo muy largo, Andrea comenzó a sollozar y él le acarició la espalda para consolarla.

—Ella estará siempre contigo, allá donde vayas —le dijo—. Porque todo lo que te enseñó permanece en ti para siempre. El amor que te dio, los valores, las enseñanzas ancestrales. Tú ya eres parte de ella y ella es parte de ti.

Me callé todo lo que se me iba ocurriendo conforme lo oía, aunque me costó. El abrazo se deshizo y Andrea se secó con una manga las lágrimas que bajaban por sus mejillas. Si antes había existido la posibilidad de

abrazarla, se había perdido tras la despedida de Altair, que dejaría por los suelos cualquier abrazo mío.

—Adiós —le dijo ella una vez más.

Altair le sonrió beatíficamente, seguro que sintiéndose uno de los mejores seres humanos en el planeta, y se fue con su cable y su coche no contaminante.

Andrea se sonó, sacó un paquete de tabaco del bolsillo y, de él, un cigarrillo.

—¿Cómo se ha enterado? —pregunté.

—Se lo dije e insistió en traerme —dijo, y encendió su cigarrillo.

—Y se quedó —añadí yo.

Me lanzó una mirada de reproche, pero no dijo nada.

—¿Por qué le has dicho que pronto estará mejor? ¿Le ha pasado algo?

—pregunté.

—Cortó con su chica, hace ya un mes que no viven juntos.

—Pero... ¿no habían montado un centro de yoga juntos?

—La vida —dijo Andrea encogiéndose de hombros.

Sí, la vida, que estaba tomando rumbos peligrosos. Ella calló, más centrada en fumar que en mí. No se la veía dispuesta a hacer que mi visita fuera fácil, pero yo tenía que aprovecharla para pedirle perdón y demostrar que no era el completo imbécil que parecía ser últimamente. Y eso no resultaba fácil.

—Lo siento —dije—. No solo lo de tu abuela, también lo de ayer en el piso, lo de los últimos meses.

No contestó, tenía la mirada perdida en las jaulas vacías.

—Has vuelto a fumar —añadí.

Siguió en silencio por unos segundos.

—Lo siento, dices —habló por fin.

—Sí... Mucho.

Miró a su cigarro, como si contemplar cómo se consumía fuera mucho más interesante que mirarme a mí. Y tal vez lo era.

—Aquí criaba mi abuela conejos —dijo señalando con la cabeza las jaulas vacías—. No me dejaba que los cogiera, decía que no me podía encariñar con ellos, que eran para comérnoslos o venderlos. Pero algunas mañanas, en verano, aprovechaba cuando ella se iba a comprar para sacar de las jaulas a alguno de los gazapos. Cuando yo tenía siete años, hubo una camada en la que nació uno blanco, precioso. No sé si era macho o hembra, pero le puse Copo de Nieve. Los copos de nieve no tienen sexo, ¿verdad?

—No, no creo —dije algo confuso porque me contara todo aquello en ese momento.

—Se amansó, a los pocos días venía a mí cuando lo soltaba en el patio.

Creo que por eso la madre dejó de amamantarlo, así que yo tuve que darle leche a escondidas con el biberón de mis muñecas. Un día, mientras jugaba con él, entró el perro de caza de mi abuelo y lo mordió al momento.

—¿Tú abuelo era galguero?

—No, ¿por qué? —me preguntó extrañada.

—No, por nada, perdona. ¿Qué... qué pasó con el conejo?

—Murió, claro. Para que mi abuela no se diera cuenta, lo oculté en el fondo del cubo de basura y conseguí no llorar delante de nadie. Fue un entierro secreto, mi primer duelo. Como era un sábado y no recogían la basura hasta el lunes, el cubo estuvo en la cocina todo ese tiempo, con el conejo muerto dentro, y cada vez que pasaba por allí sentía la culpa por lo que le había pasado al pobre gazapo.

Y calló. Yo estaba allí jugándome el futuro de mi relación, pero no sabía qué decir después de aquella historia de conejos. ¿Intentaba desconcertarme? Una vez más sentí que aunque vivía de hacer diálogos se me daba muy mal dialogarme a mí mismo, que no sabía qué decir en los momentos importantes. Ya le había contado hacía tiempo la historia de mi hámster fugado. Casi todo el mundo que ha tenido hámsteres puede contarte

una historia en la que el hámster escapa de la jaula y desaparece hasta

que meses después encuentras tras algún mueble una pielecilla seca y polvorienta que parece pertenecer a un animal mucho menos entrañable que un mofletudo hámster. Así que me la callé. Ella siguió fumando en silencio.

—¿Hay moraleja? —pregunté por fin.

—No lo sé. No soy buena viendo moralejas en lo que me pasa.

—Yo tampoco. Igual la moraleja es que no hay que soltar conejos pequeños si hay perros cerca.

—Igual, aunque sería muy obvia... No sé por qué no le había contado esto a nadie. Ni a mi abuela. Tampoco es para tanto.

Me gustó ser el único que conocía aquella historia, el depositario de la anécdota del conejito muerto. Podía parecer poca cosa, pero en mi situación hasta aquello era un paso adelante.

—Creo que es lo único que le he ocultado a mi abuela —dijo, y calló de pronto, como consciente de que ya no podría hablar de ella en presente. Me pareció que una puntada de dolor la alcanzó, que se encogía un poco al darse cuenta de que ciertos tiempos verbales ya no le servirían para hablar de alguien a quien quieres, querías. Pero al momento se rehízo—. Hasta cuando perdí la virginidad se lo conté, mientras que mi madre ni siquiera sabía que tenía novio.

Calló de nuevo. Era mi turno. Había llegado a ese pueblo con unas cuantas frases preparadas durante el viaje, justificaciones, réplicas, palabras de arrepentimiento. Pero nada sucedía como yo había planeado. Ella no me echaba nada en cara, no me abroncaba, estaba junto a mí en ese patio, bajo una higuera desnuda, pero estaba más lejos. Y me hablaba de conejos y virginidades.

—Lo siento, de verdad —repetí, porque eso era todo lo que se me ocurría decir.

—Sí, eso imagino. Que lo sientes —dijo al poco.

—Me di cuenta al momento de que la había cagado. Pero como no me cogías el teléfono y me habías bloqueado...

Me callé porque no podía permitirme ni el más pequeño reproche. Eso debió pensar ella, porque su mirada se endureció por un instante. Pero al momento regresó a la tristeza.

—Días después, un domingo en el que toda la familia comía aquí, en este patio, y mi abuela había hecho arroz con conejo, dije que no quería probarlo. Aunque mi madre comenzó a regañarme y decirme que allí se comía de todo, mi abuela intercedió por mí y me permitió no comerlo. Yo sentía que aquel gazapo había muerto por mi culpa y que por lo tanto ya no podía comer más conejo en la vida. Igual no tenía sentido, lo sé, pero eso decidí. Tuve la certeza de que mi abuela sabía lo que había pasado, pero nunca me lo confesó. Por historias como esa la sentía desde niña como una cómplice dispuesta siempre a protegerme. Hasta ahora, que se ha ido.

Le dio otra calada larga al cigarrillo. No me acordaba de lo bien que fumaba.

—Y esta es mi patética historia con conejos que no sé por qué mierda te cuento ahora. Tal vez porque no quiero oírte repetir lo mucho que lo sientes

—dijo. Miró la punta de una de sus botas, donde había caído un poco de ceniza, y la limpió con un leve toque de la otra bota. Después su mirada siguió allí, como embobada, ajena a mí, que solo deseaba abrazarla, decirle que la quería, algo así de sencillo, pero no me atrevía porque sabía que me podía rechazar, que me podía decir que me fuera en ese mismo momento.

Pero yo no quería irme.

—¿Y ahora qué? —me oí preguntar.

Ella apagó el cigarro en el tronco de la higuera, en cuya corteza grisácea alguien había grabado toscos corazones que parecían alubias y unos nombres unidos por flechas que atravesaban las habichuelas cardiacas.

Junto a una de esas legumbres de amor leí su nombre y el de un chico, un tal Pedro, del que nunca me había hablado.

—¿Ahora? —repitió con una sonrisa burlona, como si esa palabra por sí sola fuera un chiste. Restregó la suela de una de sus botas sobre el cerco de piedras encaladas que rodeaba la higuera, como si quisiera desprender un barro que no llevaba. El silencio se extendió por aquel patio de paredes blancas y geranios. A lo lejos cantaba algún pajarillo pese al frío—. Tu futuro, el nuestro, en mis manos, ¿no? —dijo.

Afirmé. Así era. La puerta del patio que daba a la calle se abrió y entró su tío.

—Tu tío —dije.

—Sí. Ven, tito.

El hombre se acercó y ella le pasó su brazo por los hombros y le dio un beso en la mejilla. El hombre me miraba. Estaba aún más gordo de lo que me había parecido al verlo en el salón.

—Es el gilipollas, ¿no? —le preguntó él.

Ella afirmó, apretando los labios para no sonreír, y su mirada se cruzó con la mía, que buscaba una explicación.

—Cuando me preguntó por mi novio, le dije que no había querido venir al entierro y mi tío decidió que eras un gilipollas.

—Vaya, vaya, el gilipollas —dijo el tío, y me miró como si hubiera descubierto una nueva especie de animal que merecía una atenta observación.

—Pues sí, un poco gilipollas sí he sido. Si hasta he llevado un féretro que no tocaba.

Andrea sonrió, aunque en cuanto vio que yo también sonreía dejó de hacerlo.

—Sí, es bien gilipollas —confirmó su tío.

—A mi abuela la enterramos esta mañana a las nueve en el pueblo de al lado. Mi abuelo está enterrado allí porque era su pueblo.

—Sí, eso me han dicho.

—El gilipollas —dijo para sí su tío sin dejar de mirarme, el cuello ladeado en su atenta observación.

—Esto..., Andrea, ¿podemos estar a solas tú y yo un momento? ¿Podría irse?

—Es su casa.

—Es mía. Me la ha dejado mi madre. ¿Quieres ver el testamento, gilipollas? —dijo su tío.

—Pero... es que tenemos que hablar.

—Habla. ¿Quién te lo impide? —dijo ella.

Su tío cogió una silla de enea que estaba pegada a una pared, la colocó junto a la higuera y se sentó orientado hacia nosotros, como si fuera a disfrutar de una obra de teatro.

—Eso. Que hable.

—No es fácil hablar así —dije mirándolo.

—Hablar... ¿Cuántas veces hemos dicho lo de «tenemos que hablar»? —

dijo Andrea—. ¿Cuántas horas de cháchara hemos tenido? ¿Y para qué?

¿Hablando y hablando vas a descubrir lo que quieres? Porque, si no es así,

¿de qué nos va a servir hablar?

—Eh, gilipollas, ¿de qué? —añadió su tío al ver que yo no contestaba.

E intenté hacerlo.

—Ahora sí que sé lo que quiero. Todo lo que ha pasado me ha hecho darme cuenta —dije.

—¿Seguro? ¿Y no sucederá lo de siempre, que dentro de tres o cuatro semanas todo comenzará a pudrirse de nuevo? ¿No volverán esos días en los que estás callado, triste, y te preguntaré qué te pasa y tú dirás que nada y yo ya no querré preguntar más?

—El gilipollas es muy gilipollas, ¿verdad, Andre? —añadió su tío.

—Un poco, tito.

—Yo así no puedo —me quejé.

—No quería que vinieras y aun así te he abierto, Jorge. Pero puedes irte cuando quieras.

—Esta es mi casa —añadió su tío—. Me la ha dejado mi madre. Una viña también. Diez mil cepas. Monastrell.

—No, no me voy —le dije—. Tú lo has dicho muchas veces, lo importante es intentarlo. En todo. A eso he venido, a decirte que quiero intentarlo.

Me miró como si buscara en mis ojos una clave, algo que la ayudara a decidir. Pero no pareció encontrar nada. Negó.

—Hoy no tengo la cabeza para decisiones. Estoy rota, demasiado cansada. No, hoy no voy a decidir nada.

—¿Estás triste, Andre? —preguntó su tío mirándola con pena.

—Un poco —dijo ella.

—Espera, que yo te alegro —dijo su tío levantándose de la silla.

—No, tito, ahora no.

Pero él se fue corriendo hacia la casa con sus pasos cortos y rápidos, bamboleándose como un tentetieso.

—Nos podemos ver en unos días, cuando vuelvas a Madrid, y hablamos con calma —le dije.

Por la puerta del patio asomó la mujer que me había abierto.

—Andrea, ¿cuándo nos vamos?

—Ahora mismo, tía.

Volvió a meterse en la casa.

—Tengo que llevar a mi tía a otro pueblo.

—¿Ya?

Afirmó. Por la puerta apareció Hervorless. Llevaba una corneta en la mano.

—Te voy a tocar una pieza para que te alegres —le dijo a Andrea.

—Tío, ahora...

Pero el hombre comenzó a tocar la corneta, notas largas, tristes, como de saeta. Paró un momento.

—Es una marcha de procesión. Se llama *Nuestro padre Jesús* —me explicó—. Es mi favorita. —Y continuó tocando.

—Me tengo que ir —me dijo ella casi a gritos para que pudiera oírla.

—Sí, pero ¿me vas a desbloquear de WhatsApp? —dije casi gritando

para que me pudiera oír entre las notas de la corneta—. ¿Y del Facebook?

Solo te puedo escribir por el LinkedIn y eso es patético.

—Todo lo es, sí.

El tío terminó su interpretación.

—¿Te gusta, gilipollas? —me preguntó.

—Sí —le dije, con la esperanza de que no continuara.

—¿Te la cucas? —me preguntó—. Venga, cúcatela.

—¿Qué es eso? —le dije a Andrea.

—No, tío, no se la cuca.

—¿Qué es eso? —pregunté de nuevo.

—Mejor que no lo sepas. Adiós, Jorge —dijo ella, un adiós de los que te invitan a salir de las casas.

Recordé los cincuenta euros que le había dado al corneta, que abrillantaba con un pañuelo moquero su instrumento.

—Esto..., le he comprado una papeleta de un sorteo a tu tío y no me ha dado el cambio —le dije.

—No ha salido tu número. Una pena. —me dijo él sin levantar la mirada de la corneta que frotaba con brío.

—Pero ¿y el cambio de los cincuenta euros?

Se puso a tocar de nuevo.

—¿Le has dado cincuenta euros? —me preguntó asombrada Andrea.

Afirmé. Volvió a sonreír. Al hacerlo levantaba un poco la barbilla y se le achinaban los ojos. Sentí otra vez ganas de abrazarla.

—¿Qué pasa? ¿Por qué te ríes? Era un sorteo benéfico para no sé qué sociedad. Mira. —Le mostré la papeleta.

Ella suspiró al verla.

—Tío, ¿y el cambio? —le preguntó.

El tío dejó de tocar.

—La máquina, la máquina —respondió él, y se encogió de hombros, como si aquello de la máquina fuera algo inevitable.

Andrea suspiró.

—Mi tío es la sociedad y el único beneficiario. Esto no vale nada, las imprime con una impresora a color que le regalaron hace un año, pero no hay sorteo, no hay nada.

—Una HP. Pero *HP* no es de *hijo de puta*, gilipollas. Es una marca inglesa que fabrica muy fino —me explicó su tío.

—No hay premio, Jorge. Se habrá jugado todo a las tragaperras.

—Sí, hoy no hubo suerte —dijo él—. Saqué tres plátanos, pero después, cuando ya tenía la especial, saqué mandarina. ¿Te haces cargo de la situación?

—Pero... No se puede haber gastado ya cincuenta euros.

—Sí, claro que se puede —dijo él—. Hay una máquina nueva, muy rápida. Si quieres, nos vamos a jugar y lo ves.

—¿Por qué tu tía le permitió que me vendiera la papeleta? —le pregunté a Andrea.

—No creo que le caigas muy bien, sabe quién eres.

—El gilipollas —dijo el tío.

—Gracias —le dije.

—Que aproveche —me replicó cortés.

—De hecho, ella no quería que te dejara entrar —dijo Andrea.

—Yo sí —dijo su tío—. Me gustan las visitas.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿Cuándo hablamos con más calma? —dije, dando por perdidos mis cincuenta euros.

Ahora fue ella quien se encogió de hombros. Aquello era parte de mi castigo o mi nuevo destino, la indiferencia.

—No lo sé —dijo por fin—. Mejor lo dejamos estar por un tiempo.

—¿Vamos a hacer eso de darse un tiempo? ¿Nosotros?

—No quiero ponerle nombre. Pero sí, un tiempo. Es lo mejor.

—¿Sabes cómo terminan casi siempre los que se dan un tiempo? Se dan tanto tiempo que cada uno acaba por su lado.

Afirmó sabia.

—¿Y el gato? Persona también es mío. Lo tendré que ver, ¿no? —dije a la desesperada, como podía haber dicho que el sofá era de los dos.

—¿Hablas en serio? —dijo sorprendida.

—Sí, claro. ¿Quién le compraba el pienso casi siempre? Quiero seguir viéndolo.

—Pero si no te gustan los gatos, y menos el mío. Si siempre has dicho que si Satán tuviera gatos serían así.

—¿Al gilipollas no le gusta Persona? Pero si es un gato como de terciopelo sin pelo —dijo sorprendido el tío.

—No me gusta acariciarlos, pero ellos en sí, como concepto, me gustan...

—Jorge, por favor... ¿Esto de querer ver a Persona no es un poco patético incluso para ti?

—Sí, lo es. Estoy siendo muy patético últimamente, hablas con alguien que se ha recorrido ochenta kilómetros para llevar el ataúd de un desconocido y al que le acaban de timar cincuenta euros de una forma muy tonta. Así que no pasa nada por ser un poco más patético todavía. ¿Puedo seguir viéndolo?

—Ya hablamos, ahora me tengo que ir. Dame unos días —dijo.

—Está bien, pero pienso darte el coñazo en cuanto pasen esos días. Y tú, tú me debes cuarenta y cinco euros.

El tío me mostró sus palmas, como mostrando su inocencia o su pobreza.

—Ahora sí, nos vamos —dijo Andrea.

Me acerqué a darle un beso y ella se quedó envarada, los brazos como estacas cayendo por su tronco. Solo me atreví a rozarle la mejilla con

los labios y luego le pasé la mano por la espalda, como un abrazo incipiente y diminuto o como si fuera a pegarle un pósit, y quité la mano rápido, como si tocarla me quemara pese a su frialdad.

—¿Cuándo vuelves a Madrid? —le pregunté antes de salir a la calle por las puertas del patio.

—No lo sé, mañana, pasado. Tengo que hablar con mi jefa, ayudar a mi madre y a mis tías con los papeles. Morirse lleva mucha burocracia.

Se fue hacia la cocina, pero no podía dejar que se fuera. Aún no.

—¡Andrea! —grité.

Se giró. Yo no sabía qué decirle, solo que necesitaba algo bueno, transcendente.

—Adiós —dije por fin mientras alzaba un poco la mano.

Desapareció sin decir nada.

—¿No me vas a devolver el dinero? —le pregunté a su tío.

—No, pero te puedo tocar una pieza. Me sé muchas. ¿Te toco *Fervor*? Es otra marcha de procesión preciosa.

—No, da igual.

Salí a la calle por la puerta del patio.

Fui a mirar la hora y entonces recordé que aparte de una novia había perdido el móvil. Al llegar a la plaza vi en el reloj de la iglesia que solo faltaban quince minutos para que saliera el autobús hacia Madrid. Busqué un teléfono público desde el que llamar a mi número. En un rincón de la plaza había una cabina telefónica. Pensé que ya no existían, tal vez aquella era la última de su especie. Entré, descolgué el teléfono con poca fe, pero funcionaba. Llamé a mi número y daba tono, pero nadie lo cogía. Recordé que al llegar al tanatorio lo había silenciado. Tal vez se había colado entre los cojines del sofá y allí seguía. Me acerqué al tanatorio, pero estaba

cerrado. Sobre el cristal de la puerta había una pegatina con un número de teléfono para localizar al dueño en caso de defunción, aunque tal y como estaba redactado parecía que había que buscar al dueño en caso de que este se muriese. Aun así, lo apunté y me fui

hacia la parada de los autobuses. Si mi móvil estaba en el tanatorio, podría pedirle a Andrea que me lo llevara a Madrid y así tendría una excusa para verla en cuanto ella regresara.

Entonces oí unos toques de corneta a mis espaldas. Me giré. Allí estaba el tío de Andrea, a unos diez metros, tocando de nuevo.

—Es el *Soy rebelde*, de Jeanette. ¿La conoces? Yo soy rebelde porque el mundo me ha hecho así... —canturreó.

Yo continué andando para alejarme de él, que no dejaba de tocar mientras me seguía.

—Por favor, para —le pedí sin dejar de andar. Pero no me hizo caso, así que aceleré el paso camino de la parada del autobús, mientras Hervorless me perseguía sin que yo lograra dejarlo atrás pese a su gordura.

—Vete, vete —le dije en voz baja mirando a mi alrededor por si alguien nos estaba observando.

Así era, la gente con la que nos cruzábamos miraba con curiosidad aquel desfile mínimo. Me hubiera metido por una alcantarilla de encontrar una abierta.

—Vamos, vete, no me sigas —insistí en voz baja.

Pero cada vez que le hablaba me saludaba con una mano sin dejar de soplar su corneta. Cambió de canción y ahora interpretaba algo que podía ser un pasodoble torero mientras intentaba marcar el paso como los legionarios en los desfiles. Pero ahí no había cabra y a la vez sentía que la cabra era yo.

—¿Qué haces, Mauri? —le gritaron unos paisanos que fumaban en la puerta de un bar, botellín en mano, sonrisa grande, caricia redonda a las barrigas.

—Acompaño al forastero.

—¿Un amigo?

—Es el gilipollas, el novio de mi Andreíta. ¿Verdad, gilipollas?

Yo levanté la mano levemente e intenté sonreír con condescendencia, como si estuviera por encima de aquella situación. Pero no era esa mi sensación real, ni creo que la de nuestro público. En la marquesina de

la plaza ya estaba el autobús a Madrid. Unos abuelos hacían cola junto a su puerta delantera, que estaba cerrada. Dentro vi al chófer, al que no parecía importarle que estuviéramos fuera soportando cinco grados centígrados, al tío Mauri y a su corneta.

—¿Cuál quieres que te toque ahora?

—¿Ninguna?

—Esa no la llevo en el repertorio. Mira, de despedida te voy a tocar *Señor*, de los Pecos. Reza así: «Háblame de ti, de la libertad, si las clases te aburren, ¿hacia dónde vas?». ¿Te gusta?

—No, mejor no toques nada.

Pero una vez más no me hizo caso. Mauri arrancó a tocar y también arrancó el motor del autobús. El chófer abrió la puerta y saqué mi cartera para pagar el billete. Pero solo llevaba tres euros y el billete hasta allí me había costado cuatro. Los ancianos subían y ya me tocaba entrar y pagar.

—¿Alguien... alguien tiene un euro para prestarme? —dije en voz alta, ya casi toda la vergüenza perdida tras el paseíllo por la plaza.

Parecía hablar en el desierto. Me giré hacia el tío de Andrea.

—Mauricio, ¿me puedes prestar un euro? Lo descontamos de lo que me debes —le grité.

Dejó de tocar.

—No ando yo bien de cuartos —dijo, y sacó una cartera panzona, como él, de la que asomaban muchos papelillos, tarjetas, recortes de prensa. La abrió y dentro lucían varios billetes de cincuenta, pero pese a ello él negaba con la cabeza al contemplarla.

—No, no me viene bien —dijo.

—¡Ese es mi billete! —dije.

—Oye, tú, ¿subes o qué? —me preguntó el chófer.

—¡Dame el billete! —le grité, y cuando intenté coger su cartera, él se la guardó rápidamente en un bolsillo.

—¡Estos billetes son míos! El tuyo me lo jugué —me dijo.

—Da igual que no sea el mismo. ¡Me debes cincuenta euros!

—Te debo tu billete. Pero ese billete está ausente, así que no te lo puedo dar. Estos son otros billetes muy distintos.

—¡Págame lo que me debes! ¡Que me has dejado sin dinero para el viaje!

—Oiga, joven, ¿está intentando engañar a un retrasado? —me dijo una anciana que hacía cola tras de mí.

—Señora, yo no soy retrasado, estoy convaleciente de la cabeza —

respondió digno el tío Mauricio.

—Él me engañó antes a mí, me timó cincuenta euros —le expliqué.

—Así que está diciendo que una persona con deficiencia le ha engañado,

¿no?

—Pues sí, me ha engañado.

—Es que es el gilipollas —le explicó Mauricio—. Y el pobre... Qué lastimilla, no hace una a derechas. Si usted supiera, Enriqueta.

—Ah —dijo la señora, como comprendiendo algo—. Siendo así. Ten, anda, te voy a dar yo el euro que te falta —dijo abriendo su monedero.

—¿Suben o no? —preguntó cabreado el chófer, ya aburrido por nuestro sainete—. Que tenemos que salir ya para Madrid.

—Sí, sí, ya —dijo la señora—. Es que estoy aquí ayudando a este pobrecillo.

—Pero... Yo, yo estoy bien —le dije a la mujer.

—Claro, claro. Pero coge tu eurito.

Me puso el euro en la palma de la mano y la cerró con fuerza, como si temiera que se me cayese.

—De despedida te voy a tocar una del Puma, *Pavo real*. Reza así:

«Numerao, numerao, viva la numeración, ¿quién ha visto matrimonio

sin correr un maratón?». Bien bonita —me dijo Hervorless. Y sí, se puso a tocar de nuevo. Yo subí y pagué.

—Anda, siéntate aquí delante junto al chófer, no sea que te marees. Y

ten, una bolsita de plástico por si se te revuelven las tripitas —me dijo la señora mientras me daba una bolsa. No sé por qué la obedecí y me senté con mi bolsa en primera fila, a la derecha del chófer, que a cada poco me miraba de reojo.

—¡Adiós, el gilipollas! —me gritó Mauricio, y retomó la interpretación, y durante unos metros siguió al autobús, casi corriendo, sin dejar de tocar por el Puma, hasta que salimos a una avenida y el chófer aceleró y el sonido de la corneta se perdió.

Miré hacia los asientos de atrás. Todos me observaban. Alguno sonreía.

Miré hacia delante.

De cómo lo conocí yo,

que nunca quise conocerlo

Cuando se me pasó un poco la sensación de ridículo y vergüenza, ya cerca de Madrid, me sentí triste, al poco esperanzado, de nuevo triste, como si fuera por el borde de los estados emocionales y cayera de un lado a otro con el traqueteo del autobús. Así llegamos al intercambiador de plaza de Castilla.

—¿Quieres que te acompañe a algún sitio? —me preguntó la señora que me había dado el euro al bajar del autobús.

—No, gracias, estoy bien, señora, mi cabeza funciona perfectamente.

—Claro, claro. Pero lleva cuidado, y si algún señor por aquí te dice que entres al baño con él para meter tu cosita en su boca, dile que no. Aunque te dé unos buenos cuartos.

Aquello me dejó algo descolocado. Mucho.

—Es que a mi nieto le pasó —explicó la señora al ver mi cara—. Dijo que no, claro. —Y se fue.

Saqué dinero de un cajero y aproveché para mirar lo que me quedaba en la cuenta. Apenas cinco mil euros. Si tenía que buscar piso y dar dos o tres meses de fianza, me iba a quedar sin nada. Compré un

paquete de chicles para tener cambio y busqué algún teléfono público para llamar al tanatorio, pero no veía ninguno. Tras unos minutos buscando, me di cuenta de que ya apenas quedaban teléfonos públicos. Por fin encontré uno y llamé al tanatorio. Saltó el contestador. Colgué antes de gastar todo el saldo y llamé

a mi móvil. Daba señal, pero nadie lo cogía. Lo intenté de nuevo. Se oyó un clic y la voz de un hombre mayor.

—¿Dígame? —oí gritar a alguien.

—Oiga, ese móvil con el que habla es mío. ¿Dónde se lo ha encontrado?

—Ah, es usted. Se sentó a mi vera en el tanatorio y se lo dejó al irse.

—¿No me lo pudo dar al encontrarlo?

—Se lo iba a dar, joven, pero se puso usted a llevar el féretro y no era el momento. Después salió antes de que comenzara el funeral, cosa que, perdone que le diga, está muy fea. Ya no lo volví a ver, así que no hubo manera.

Oí otra voz más lejana.

—¿Pero tiene fotos? Mira a ver. Estos todos tienen muchas fotos ahí dentro. Mi nieta tiene.

—¿Quién habla? —pregunté.

—Nada, nada, una amistad.

—¿Podría enviarme el móvil por mensajero a Madrid?

—Yo no conozco a ningún mensajero.

—Yo le mando uno. Deme su dirección.

—Mira a ver si tiene fotos —se oyó decir a la otra voz.

—¿Quién paga eso? —me preguntó receloso el hombre.

—Yo, yo lo pago. ¿Me da su dirección?

—No se la des, que seguro que luego quiere timarnos con una inspección de gas —oí a la otra voz.

—¿Pretende usted ser inspector del gas, joven? —me preguntó el hombre.

—¡No, no inspecciono nada ni quiero timar a nadie, solo mi móvil!

¡Dígale a su amigo que no diga tonterías!

—Calla, Ramiro, que así no hay quien se aclare —dijo el hombre.

Oí un pitido, se me estaba acabando el saldo y no me quedaban más monedas.

—¡Deme su dirección y mando a un...!

Pero se cortó. Después compré una revista y más chicles para tener de nuevo cambio y llamé a Andrea para contarle que mi móvil perdido seguía en su pueblo. Pero no lo cogió. Volví a llamar a mi número. El abuelo sí me lo cogió.

—¿Diga?

—Soy yo, el dueño del teléfono.

—Sí, le recuerdo de hace un momento. ¿Qué quiere ahora?

—¿Qué voy a querer? Ya se lo he dicho, que me devuelva mi móvil.

—Oiga, ni que se lo hubiera robado.

—No, pero lo tiene usted.

Se oyó un pitido.

—Esto pita, joven.

—Ya lo he oído. Se le está acabando la batería, tiene usted que cargarla.

—¿Eso cuesta dinero?

—No. Lo enchufa a un cargador y ya está.

—Ya, claro, como si enchufar las cosas no costara dinero, ¿no? Qué poca hambre ha pasado la juventud...

Se cortó. Se le había acabado la batería, y si no lo recargaba, ya no podría hablar con él.

No quería ir al trabajo, pero los entierros de las abuelas de las ex no contaban como días libres y aún podía llegar a tiempo. No me sabía de memoria el número de teléfono de ningún compañero ni el de nuestra empresa, así que llamé a información para conseguir el número de la productora. Me pasaron de una centralita a otra hasta que logré que una de las secretarias de recepción avisara a mis compañeros. Lucas se puso al teléfono.

—¿Por qué llamas desde un fijo y a la secretaria? ¿Te han pinchado el teléfono? —me preguntó.

—¿Quién coño me va a pinchar a mí el teléfono?

—Eso es cierto. A no ser que andes metido en algo raro. No andas en nada raro, ¿verdad?

—No sé qué decirte, igual sí. Me ha dejado Andrea, he perdido el móvil, alguien con deficiencia mental me ha timado cincuenta euros y casi he tenido que pedir dinero en la calle.

—Sí, eso raro es. ¿Vas a venir? Aún no hemos celebrado la reunión, será en una hora y algo.

—¿Sabes ya de qué quiere hablarnos Jeremías?

—Igual sobre las audiencias de las últimas semanas. Ayer solo hicimos un trece. Por lo visto, Jeremías ha vuelto de su viaje a los Estados Unidos medio alterado.

—Ahora salgo para allá, pero no sé si llego a tiempo.

—Tengo que colgar —dijo Lucas.

—¿Por qué? ¿Viene alguien?

—No, me estoy meando —dijo antes de colgar.

Regresé al intercambiador. Cuando estaba frente a la máquina expendedora de billetes, oí su voz de nuevo.

—¿Llevas usted algo suelto, joven? Es que me falta para pillarme el autobús a la sierra y si usted me ayudara o *ayudásere*.

Me giré. El mismo tipo que por la mañana estaba pidiendo para irse a Aranjuez quería ahora marcharse a la sierra.

—¿No te querías ir esta mañana a Aranjuez?

Me miró pensativo, como si intentara recordarme. Negó.

—Sería un hermano que tengo —dijo sin inmutarse—. ¿Me das *usté* algo?

Me costaba muy poco darle unos céntimos, pero ¿por qué no pedía para comer aunque fuera mentira? Uno necesita comer a cada poco, pero no está siempre intentando irse a la sierra o a Aranjuez. Días antes tal vez le habría dado algo, como en otras ocasiones, pero no ese día. Así que saqué mi bonobús, cogí las monedas que me devolvía la máquina y le contesté.

—No llevo suelto para ti.

Él me miró flipado. Debía estar acostumbrado a cierto disimulo en las mentiras aunque él no lo usara en las suyas.

—Enróllate, tío —me dijo cuando reaccionó.

Pero no quería enrollarme. Estaba harto de enrollarme. El límite entre ser un tío enrollado y un pringado es muy delgado y yo ya lo había superado muchas veces.

—¡No, no me enrollo! —casi le grité—. ¿Qué te crees? ¡¿Que soy gilipollas? ¡Pues no, no lo soy! ¡Joder, por lo menos podías fijarte un poco si es que te queda una puta neurona y darte cuenta de a quién le pides y a quién no!

Después de desfogarme me quedé en silencio, ya sin energías ni

palabras. Pero toda mi rabia no pareció afectarle lo más mínimo. Me miró con atención, como intentando recordar si me conocía, pero parecía que mi cara de pringado no se había grabado en su memoria.

—No, no sería a mí. Sería a mi gemelo. Siempre quiere ir a la sierra. O a otros sitios. Varios.

—¡Era a ti!

—Te estás liando, usted. Y te estás enervando.

Dijo *enervando*.

—Mira, no me jodas, era a ti. Llevabas el mismo jersey.

—Sería otro. Mogollón de gente lleva el mismo jersey.

—No, nadie lleva un jersey que dice *Sálvese quien beba*.

—¿Me dejas algo para un jersey nuevo? Así podré ir con él a la sierra.

Allí hace un gélido frío.

—¡No! ¡No te doy pasta para nada! ¡Vete de aquí!

—Pero, usted, tengo problemas... Es jodido. ¿Te cuento? ¿Mis problemas?

—Mejor no.

Unas tres ancianas que pasaban por allí se detuvieron.

—Jóvenes, no discutan —dijo una de ellas.

—No estamos discutiendo, señora —le dije.

—Yo sí —dijo él—. Discuto en abundancia.

—¿Qué os pasa? ¿Tenéis hambre? ¿Queréis algo? ¿Os compramos un bocadillo? Para vicios no damos.

—No, gracias, señora, no quiero nada —dije incómodo porque ya había demasiada gente que comenzaba a mirar hacia nosotros.

—Venga, os doy algo suelto y vosotros os compráis lo que queráis. Pero en drogas no os lo gastéis.

—Claro que no, señora. Las drogas son cosa fea —dijo el mendigo—.

Me lo voy a gastar en ir a la sierra. Es que aún me falta para el billete —dijo mostrando unas monedas en su mano.

—Pobrecito —dijo la señora.

Mientras ellas se apiadaban del mendigo, fui a sentarme en un banco, indignado porque pensaran que era un pedigüeño y me ofrecieran dinero, aunque ese mismo día yo ya había pedido dinero por ahí. La señora que se sentaba al otro extremo del banco aferró con fuerza su bolso y se levantó al verme llegar. Mi separación y una noche sin apenas dormir estaban afectando a mi imagen.

Unos metros más allá, el pedigüeño seguía con las tres abuelitas que nos habían ofrecido dinero. Una de ellas, con el pelo tintado de un suave color violeta, lo escuchaba muy atenta, con una sonrisa plácida. Dejó que él terminara su letanía y entonces le agarró con firmeza de una mano y se lo llevó, y las otras ancianas los escoltaron. Yo me levanté y me acerqué un poco para ver a dónde iban con tanta determinación.

Sin soltarle la mano, la anciana lo condujo hasta una taquilla, le compró un billete y, en lugar de dárselo, se lo llevaron hacia los andenes. El tipo miró inquieto a su alrededor, y aunque él intentó desasirse, otra de las viejas lo agarró del brazo libre y así, con una anciana agarrada a cada brazo,

marcharon hacia las dársenas. Un chaval que trabajaba en un quiosco de prensa se asomó al vernos pasar.

—¡Que se llevan al Rufi! —gritó, y unas cuantas cabezas surgieron de las tiendecillas de complementos del intercambiador. En sus rostros sonrientes se veía que la marcha del Rufi los apenaba poco. En un momento, diez personas más se habían sumado a la procesión encabezada por el tal Rufi y las señoras, y el número fue creciendo conforme recorríamos las dársenas.

El Rufi no sabía qué decir, aunque tampoco hubiera tenido oportunidad de decir mucho, porque la señora bondadosa hablaba sin parar, casi gritaba para que se la oyera entre el ruido de los motores, sobre lo contenta que se iba a poner su madre (la del Rufi) cuando lo viera aparecer en su pueblo de la sierra, aunque yo veía difícil que la llegada del Rufi pudiera causarle alegría a nadie.

Llegaron hasta un autobús que sí, iba a la sierra, y las señoras empujaron al Rufi hasta las escalerillas, que subió como si fuera al patíbulo. Ya arriba, se giró y contempló a toda la gente que se había

reunido para observar su marcha. En la megafonía de la estación sonaba el *Himno a la alegría*, y quise creer que no era casual. El Rufi agachó la cabeza y caminó hacia los últimos asientos del autobús. La señora de pelo violeta le pidió al chófer que cuidara del Rufi, quien no debía bajar hasta el lejano pueblo de la sierra. El chófer miró hacia su pasajero, tal vez pensando que era él quien necesitaba ser cuidado del Rufi y no al revés. Las señoras se pusieron a la altura de la ventanilla donde este se había sentado. Aunque el chófer ni siquiera había arrancado el motor, ellas comenzaron a hacerle adiós al Rufi con sus bracitos mientras él las contemplaba en silencio, pensativo, igual intentando saber qué había hecho mal en su vida para llegar a aquel momento en el que unas ancianas de pelos cardados a las que no conocía de nada lo despedían en un viaje hacia un pueblo al que probablemente nunca había ido ni quería ir.

Poco después, el autobús arrancaba entre las risas y los palmeos de los trabajadores del intercambiador y los adioses sentidos de las señoras, a las que se les veía en sus rostros sonrientes esa satisfacción de los buenos.

Engarzadas por los codos, como japonesitas de pasos breves, se dieron la vuelta felices. La señora de pelo violeta me vio.

—¿Y tú? ¿Quieres que te compremos algún billete para irte a algún sitio?

—Señora, que yo no voy pidiendo por ahí.

—Si no pasa nada por pedir, que son malos tiempos, no te tiene que dar vergüenza. Ten, anda, para que te compres champú. Pero no te lo gastes en *coñá*.

Me cogió la mano, puso un euro en mi palma y se fue con sus amigas.

Miré a mi alrededor, por si alguien nos había visto. Ese nuevo euro en mi mano me parecía un ente extraño, pero aun así me lo guardé. Ya llevaba dos euros en limosnas ese día. No estaba mal para un comienzo involuntario en el mundo de la mendicidad. Me toqué el pelo para ver si estaba tan sucio.

Sí, era mejor gastarse el euro en champú antes que en coñac.

No quería llegar a tiempo a la reunión de Jeremías para ahorrarme la crónica de su viaje a los Estados Unidos, así que decidí caminar un poco y coger mi autobús fuera de la estación, en la primera parada. Me fui hacia la calle por la salida de autobuses, aunque estaba

prohibida para los peatones.

Entonces vi como, ya fuera de la estación, la cabeza del Rufi asomaba por una de las ventanillas traseras del autobús en el que lo habían subido las ancianas, después sacaba medio cuerpo y se dejaba caer sobre el techo de un taxi que entraba en la estación. El Rufi resbaló por el parabrisas hacia el capó, el coche frenó en seco y la caída se aceleró, dejándolo en el suelo, a un palmo de las ruedas delanteras. El chófer del autobús continuó su viaje, ajeno a todo, mientras el taxi frenaba en seco para no atropellar al Rufi. Del taxi surgió un conductor que tenía el cuerpo como un yunque, sólido, contundente, y la cabeza como un yunque más pequeño, repleta de un pelo

corto, negro y brillante como granos de café. El taxista, desconcertado, miró al cielo, tal vez con el temor de que la lluvia de Rufis continuara. Y cuando vio que no caían más, se fue cabreado hacia él, que estaba desparramado en el suelo, medio ido. El hombre buscaba a su alrededor algo que pudiera explicar ese fenómeno. Me descubrió.

—Tú, ¿qué mierda ha pasado aquí? —me preguntó.

—Pues que se ha tirado del autobús por una ventana.

—Pero... Pero... será gilipollas el tío. Me ha abollado la chapa. Ahora tendremos que llamar a una ambulancia. ¡Tú! ¡Tú! ¿Estás bien?

El Rufi se había sentado en el suelo y musitaba algo ininteligible, pero no se dirigía al taxista, sino que parecía hablar consigo mismo.

—¡Tú, llama a una ambulancia! —me gritó el taxista—. ¡Y a la policía, que tenemos que solucionar esto!

—No llevo móvil y además me tengo que ir a trabajar —le dije inquieto porque me incluyera en sus planes de futuro.

—¿Que no llevas móvil? ¡No digas gilipolleces y llama!

—¡Que no llevo, lo he perdido! ¡Y me tengo que ir!

—De aquí no te vas a ir hasta que llegue la policía y testifiques, así que hazte a la idea.

—Es que llevo prisa, tengo una reunión. Ya le he dicho lo que he visto, se ha tirado del autobús, ya está, no parece grave. Mírelo, si está bien.

Me acerqué al Rufi, que ahora se estaba poniendo de rodillas sin dejar

de farfullar algo.

—Oye, estás bien, ¿verdad?

Pero el Rufi no me contestó, y se puso a buscar algo en los bolsillos de su abrigo, tal vez su móvil para llamar él mismo a la ambulancia.

—¿Lo ve? Está bien, me voy.

El taxista dejó caer sus dos manazas sobre mis hombros y sentí como si de pronto llevara un chaleco de metal de esos con los que te aseguran en algunas atracciones de feria. Me sacaba una cabeza y su espalda era más

ancha que el largo de mi tronco. Su cabeza era un rectángulo con una mandíbula dibujada con tiralíneas y pude ver que de sus fosas nasales asomaban levemente unos matorrales que parecían peinados afro.

—No, tú te quedas.

Y decidí quedarme.

El taxista se puso a hablar por la emisora sin dejar de vigilarnos. Miré al Rufi. No se le veía sangrar, sus gorgoteos comenzaron a aclararse y ya se entendía lo que decía. Nada que no esperara, algo sobre *hijosputas*. No sabía qué hacer en la espera, así que me puse en cuclillas junto a él y tomé su muñeca para buscarle el pulso. Ahora su olor me parecía una mezcla entre tienda de ropa de segunda mano y perro empapado.

—¿Qué haces usted? —me dijo dando un respingo.

—Te buscaba el pulso.

—Quita, maricón —me dijo desasiéndose.

Se puso a gatas, después se levantó y comenzó a andar renqueante hacia la zona comercial de la estación. Pero el taxista, atento, lo agarró del cuello del abrigo y simplemente le dijo:

—Ni te muevas.

Tras intentar unos pasos en los que no avanzó nada, el Rufi se sentó resignado en un bordillo.

—Ahora que ya tiene al Rufi recuperado, no hace falta que yo me quede

—le dije al taxista.

—¿Quién es el Rufi? —preguntó el taxista.

—Él.

—Ah, que lo conoces.

—No.

—¿Entonces cómo sabes cómo se llama?

—Bueno, oí que lo llamaban así en la estación.

—Ya... Ahora que sé que sois conocidos, sí que ya no te vas.

—¿No me voy?

—No.

—Vale, pero me voy a quejar a la policía. Me está reteniendo contra mi voluntad.

—Has sido testigo de un accidente o de un delito, tu obligación es quedarte, por si no lo sabías.

—Me pienso quejar igual a la policía.

—Me la suda —dijo el taxista.

—A mí sí que me la suda la policía —dije yo por no ser menos.

—¡A mí! ¡A mí me la suda mogollón la policía! —gritó el Rufi.

Allí nos quedamos los tres esperando a unos policías que nos la sudaban a los tres. Y tal vez nosotros a ellos, porque tardaron quince minutos en llegar con un coche patrulla en el que no traían ni las luces azules de emergencia puestas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó uno de los polis al ver a un taxista que caminaba en círculos en torno a un indigente sentado en el suelo mientras los observaba un gafapastoso barbudo con cara de aburrido y camino de la indigencia, o sea, yo.

—¡No sé bien cómo, pero este desgraciado se ha tirado encima de mi coche! ¡Miren, miren la abolladura! ¡Ese lo ha visto todo! —dijo el taxista señalándome.

Los policías se pusieron guantes y examinaron al Rufi. Se los veía muy aburridos y ni siquiera la peculiaridad del caso parecía divertirlos.

—¿Te duele algo? —le preguntó uno de los policías.

—¿No van a dibujar la silueta del Rufi con tiza? —pregunté por entretener un poco.

Uno de los policías me miró con muchas ganas de darme una hostia y el Rufi salió de su mutismo.

—¡Mi silueta no la dibuja ni Dios sin orden jurídica!

—Igual pueden hacerle la respiración boca a boca —añadí, ya sumergido en un torbellino de imbecilidades, como casi siempre que me pongo

nervioso y no sé qué decir y pese a ello digo algo.

Ahora los dos policías me miraban con ganas de darme varias palizas, pero al taxista le hizo gracia y soltó una carcajada grande, estrepitosa, como el sonido de una carraca, que sobresaltó al Rufi y a unas cuantas palomas que merodeaban perezosas por las papeleras cercanas.

—¡A mí no me hace la respiración boca a boca un madero! —gritó el Rufi.

—¡A ti te hará la respiración boca a boca quien me dé a mí la gana! —

dijo un policía.

—Oye, no le vamos a hacer la respiración boca a boca a nadie —dijo el otro policía—. Y menos a ese.

—¿Por qué no quieren hacerme la respiración boca a boca? —casi gritó el Rufi—. ¡Se me discriminan los derechos míos!

Los policías no le contestaron y uno de ellos sacó una libretilla y nos pidió los DNI.

—¿Esta es tu dirección? —me preguntó un policía, como sorprendido de que alguien que tuviera el domicilio en Albacete estuviera metido en asuntos como ese.

—Ya no, es la de la casa de mis padres, yo vivo en Madrid.

—¿Dónde?

¿Dónde vivía? Ya no lo sabía.

—Vivo normalmente en el piso de mi novia —dije, y les di la dirección del piso de Andrea, como si al hacerlo formulara el deseo de regresar allí.

—Haznos un relato pormenorizado de lo que hayas visto —me dijo.

No sabía que la policía dijera *pormenorizado*. Creo que es porque ven muchas series sobre policías y la ficción está cambiando su realidad. Pero eso nos pasa un poco a todos.

—Yo acababa de llegar a la estación, hace como veinte minutos. Iba a coger un autobús cuando vi a este... —y miré al Rufi, sin saber cómo

describir lo que era, y lo describí mal— a este señor acompañado por tres ancianas...

—¡Yo no soy un señor! —dijo el Rufi.

—No lo jures —dijo el taxista.

—Así que tres ancianas —apuntó un policía.

—Hijas de puta... —añadió el Rufi.

—¿Quiénes eran esas tres? —me preguntó uno de los polis.

—¿Un café y un cruasán no me traes ustedes ambos? —les preguntó el Rufi.

—Si le traen a él, yo también quiero —dije yo.

—¿Tú eres gilipollas, chaval, o qué coño te pasa? —casi me gritó un policía.

—Yo creo que va drogado —dijo el otro.

—¿Qué te has *metío*? —me preguntó el Rufi con cierto deseo en su mirada.

—Él no, tú —dijo el poli—. Bueno, igual van drogados los dos. Hoy en día...

—Venga, ¿qué has visto? —apremió el otro poli.

—Este lo ha visto todo, señor comisario, se lo digo yo —dijo el taxista.

—No es comisario —dijo su compañero.

—Ya, pero este lo ha visto todo —se reafirmó el taxista.

—¿Qué has visto? —insistió un policía.

—Bueno, yo si me dejan hablo, pero, si no me dejan, pues no hablo, señor comisario —dije yo.

—Que no es comisario —dijo uno de los polis.

—Bueno, Artiaga, ya vale, ya sabemos todos que no soy comisario —le dijo con fastidio su compañero.

—¿Pero va a opositar? —pregunté yo intentando ser cordial y dar conversación.

—¿A ti qué coño te importa? Venga, ¿qué has visto?

—Pues eso, yo estaba en la estación camino de mi trabajo, al que por cierto voy a llegar tarde, cuando lo vi con dos señoras agarradas...

—Hijas de puta...

—¿Pero ellas lo agarraban a él o él a ellas? —preguntó el taxista.

—Oiga —dijo cabreado un policía—, las preguntas las hago yo.

—Bueno, bueno, no se me ponga así, que yo no tengo la culpa de que no sea comisario —le respondió el taxista.

—A ver, ¿quién agarraba a quién? —me preguntó el poli menos enfadado.

—Pues había una que parecía la cabecilla que lo agarraba fijo. Otra, también, y la última los seguía de cerca.

—Tú —le preguntaron al Rufi—, ¿quiénes eran esas ancianas?

—Hija de puta...

—¡Que quiénes eran! —gritó el poli que no iba a ser comisario.

—Tengo derecho a una llamada telefónica —dijo el Rufi.

—¿Pero tú estás tonto? —respondió el policía—. Si no estás detenido.

—¿No? Pues me voy.

—No, no te vas.

—¿Pero puedo mandar por lo menos un wasap?

—La juventud, que está a todas horas con los móviles —dijo el taxista

—. Mis sobrinas igual, me tienen harto, siempre colgadas del teléfono. Pero este mes le he dicho a la mayor...

—¿Se quiere callar? —lo cortó un policía.

—Bueno, pues me callo, a ver si usted se aclara —contestó indignado el Rufi.

—¡No, tú no, usted! —le gritó un poli al taxista.

—Yo también tengo que llamar a mi trabajo para decir que llego tarde, pero no tengo móvil —dije yo.

—¿No tienes móvil? —me preguntó incrédulo el Rufi.

—No, lo he perdido.

—Si me das un euro, te dejo llamar con el mío —me dijo el Rufi mientras sacaba un iPhone.

—¡Aquí no llama nadie! Y como os detengamos a los tres, sí que vais a tener derecho a una llamada, os lo aseguro.

—¡Oiga, está violando mis derechos constitucionales! —dijo el taxista mostrando una pasión democrática que no le suponía.

Los dos policías se miraron perplejos. Hasta el Rufi parecía sorprendido por la defensa del taxista de sus derechos constitucionales. Llegó la ambulancia y con ella más curiosos. Oí a uno explicarle a otro:

—Dos mendigos, que se estaban peleando.

El taxista era un tipo lustroso y robusto, iba muy limpio y su ropa olía a suavizante, así que yo era, por eliminación, el segundo mendigo. Quería irme de allí. Ya. Pero aún no podía. El médico reconoció al Rufi.

—No parece que tenga nada, solo alguna contusión sin importancia y un probable abuso de sustancias tóxicas.

—¡Todas con receta! —clamó el Rufi.

—Pero eso no es de hoy —continuó el médico—. Nos lo podemos llevar a hacerle una placa, pero no parece tener nada roto.

—¡A mí nadie me hace una placa sin orden mandatoria! —gritó el Rufi.

—Que nos tengamos que gastar los dineros de la sanidad pública en esto

—dijo el taxista.

—Tú —preguntó uno de los polis al Rufi—, ¿te tiraste a propósito encima del taxi?

—¡No voy a declarar nada sin la presencia de mis múltiples abogados!

—¿No?

—No.

—Te voy a dar múltiples hostias bien dadas y verás si declaras —le dijo el taxista, y se le acercó muy dispuesto a cumplir lo que había dicho.

Entonces un policía se puso de por medio.

—Usted quieto o lo vamos a tener que detener —dijo un poli.

—¿A mí? ¿Me vais a detener a mí y dejar a este delincuente libre? ¿Esta es la democracia que tenemos? ¡Todo nuestro dinero para que los drogadictos vivan como reyes!

—Ya quisiera —dijo el Rufi triste de pronto.

—Se acabó, estoy harto. ¡Venga, vamos, los tres para comisaría a declarar! —dijo uno de los polis—. Usted —le dijeron al taxista—, o se viene con nosotros o nos sigue en su taxi.

—¿Pero no ven que me van a hacer perder medio día de trabajo? —les dijo el taxista.

—¡Yo también voy a perder medio día! —dije yo, como si llegar tarde a la reunión en la productora me importara ya.

—¿Puedo ir yo en taxis? —preguntó el Rufi.

—En el mío no subes ni de coña —dijo el taxista.

—Ya he subido una vez, no sé para qué te pones así. En el techo —le contestó el Rufi.

El taxista se fue a por él de nuevo y los policías lo frenaron una vez más.

—¡Que termina encerrado! ¡Y tú, venga, al coche patrulla!

Y antes de que la cosa fuera a más, metieron al Rufi en su coche.

—¡Si desaparezco, llamen a mi familia y a mis herederos! ¡La finca de Teruel para mis ahijados! —gritó el Rufi—. ¡Bueno, para Pedro Alberto, nada!

—Calla, que me tienes muy harto —dijo un poli—. Venga, vosotros, para comisaría. Detrás de nosotros ya mismo.

El taxista suspiró resignado y con el suspiro parecieron írsele las ganas de darle hostias al mundo, hasta al Rufi.

—¿Subes o qué? —me preguntó ya más tranquilo.

—¿Me va a cobrar? —pregunté—. Si me cobra, me voy en metro.

—No, joder, sube, vamos todos a comisaría. Mejor que vayas conmigo que junto a ese sarnoso en un coche patrulla, como si fueras un delincuente.

Subí en el taxi y salimos tras la policía. Era un taxi espartano. Toda su decoración consistía en una rama de tomillo medio seca enganchada al espejo retrovisor, un cartelito luminoso que decía que el taxi llevaba wifi gratis y, sobre el salpicadero, las fotos de dos adolescentes y otra de una mujer cercana a los cincuenta. Encendió la radio, pero no puso ninguna emisora apocalíptica, sino música clásica.

—¿Sabes lo que más me jode a mí? —me preguntó el taxista.

—Pues... no, no tengo ni idea —le dije temiendo que fuera cualquier cosa que yo hubiera hecho al subirme a su coche.

—Los conductores que pitan en los semáforos cuando el monigote verde comienza a parpadear. No sabes cómo me jode.

—Y a mí, y a mí... —dije por congeniar.

—¿Pero tú tienes carnet? Porque no tienes pinta tú de tener carnet.

—Tengo carnet, pero no coche. Voy en bicicleta.

—¡Tenían que estar prohibidas! ¡Y los patinetes! —gritó, y durante unos segundos se hizo un silencio de los tensos en el taxi.

—A Embajadores, nos llevan a la comisaría de Embajadores, encima...

—dijo cabreado el taxista al ver la dirección que tomaba el coche patrulla.

Yo seguí callado, cualquier comisaría dentro de Madrid me parecía bien si la comparaba con el polígono industrial de la productora.

No traficarás en las comisarías

—Pasad por aquí —dijo uno de los polis mientras él mismo entraba por la única puerta de la comisaría a la vista. Ese hombre confiaba poco en nuestra inteligencia.

Entonces el Rufi, que estaba a mi lado, me abrazó.

—Yo no quiero entrar. ¡Seguro que somos torturados! ¡Nos torturarán variamente! ¡No pienso confesar nada! —comenzó a gritar como un actor malo que sobreactúa mucho.

El otro policía y uno más que vigilaba en la puerta se quedaron por un momento desconcertados, sin saber cómo obrar. Algún peatón se detuvo para mirarnos. Nadie parecía querer torturar al Rufi.

—¡Aquí no se tortura a nadie, pero como no dejes de montar el numerito, te pasas la noche en el calabozo! No te lo digo más —le dijo el poli.

Al Rufi se le pasó de inmediato su ataque de miedo.

—Vale. Pero que no se me sea torturado —dijo calmado de pronto.

—¡Venga, delante de mí! —le gritó un policía.

Con el Rufi ya más tranquilo, entramos. Nos dejaron esperando en un pasillo sin bancos en los que sentarse. El Rufi se me acercó.

—No la pierdas o lo lamentarás —me dijo en voz baja al oído, hablando muy claramente.

—¿El qué? —le pregunté extrañado.

—La coca que te he metido en el bolsillo.

Y se separó de mí. Desconcertado, vi cómo se alejaba. Entonces noté un bulto en el bolsillo del abrigo y sentí cómo al momento se me disparaba el corazón. Metí la mano en el bolsillo y palpé una pequeña bolsa de plástico con algo blando dentro. El Rufi se había ido unos metros más allá y estaba ante una máquina expendedora de bebidas desde donde parecía controlarme de reojo. Entreabrí el bolsillo para mirar qué llevaba dentro. Era una bolsa transparente llena de unos polvos blancos que podían ser perfectamente coca. El taxista se me acercó.

—¿Te pasa algo, chaval? Que te has puesto más blanco que la cal —me preguntó.

—No, yo... La tensión. Que la tengo alta... O baja.

—Eso es por el día que nos está dando ese. Tómate una coca-cola.

—Sí, será lo mejor.

Me fui hacia la máquina expendedora, donde el Rufi no despegaba su mirada de las bebidas al otro lado del cristal, como si le interesaran mucho.

—Coge lo que me hayas metido en el bolsillo —le dije con rabia, pero sin levantar la voz.

—No tienen *Pesi*. No sé por qué casi nadie tiene *Pesi* ya. ¿Qué está pasando con la *Pesi*? Creo que hay una campaña en su contra de la *Pesi*.

—Coge esa mierda. ¡No puedes hacerme esto! ¡No puedes!

—Shsss, baja la voz. Ya ha sido hecho.

—¿Y si te meto ya a ti ahora la bolsa? ¿Eh? —le amenacé.

—¿Aquí? Mira al techo, hay cámaras grabando. Me pondré a gritar fuertemente.

—También habrá cámara en la puerta. Se lo voy a decir. Les voy a decir que es tuya. Seguro que me creen.

—Cálmate tú. A ti nadie te va a cachear. A mí igual sí, hasta puede

que haya detención por cosillas del pasado, pelillos a la mar. Así que ahora te irás con eso a la calle y ya fuera haremos retornamiento. Es todo sencillo, mantén la calma y la calma será mantenida.

Uno de los policías se acercó, el que le había dicho al otro que no iba a ser comisario, Arteaga.

—Tú, venga, a declarar —le dijo al Rufi.

—¡No puedes hacerme esto! —le repetí al Rufi antes de que se lo llevaran.

El policía se detuvo.

—¿Qué te ha hecho?

Tenía una mano en el bolsillo y sentía el plástico de la bolsa con mis dedos sudorosos, como ya todo mi cuerpo. El Rufi me miraba tranquilo, con media sonrisilla. Él si mantenía bien la calma, tal vez porque quien llevaba encima lo suficiente como para pasarse algún año encerrado era yo.

—Nada, perder medio día de trabajo —dije por fin—. Eso me ha hecho.

—No padezcas, ahora mismo estás fuera —me dijo el policía.

Y se fue con el Rufi.

—¡Mi abogado! ¡Invoco a mi abogado!

—Que aún no estás acusado de nada —le dijo el policía.

—¡Exijo que se me acuse velozmente! —contestó.

Al poco nos llamaron al taxista y a mí y nos condujeron a un cubículo donde tuvimos que contar todo de nuevo ante el otro policía del coche patrulla y un tipo que tecleaba ante un ordenador con un cigarro liado colgándole apagado de los labios, como un tubérculo pocho.

—Te puedes quitar el abrigo —me dijo un policía.

—Sí, ahora. Es que creo que tengo fiebre —contesté.

Yo estaba más pendiente de los policías que iban de un lado a otro por aquella comisaría que de los que nos interrogaban porque temía que viniera alguien con un perro policía capaz de oler la cocaína. ¿Vivirían

esos perros en las comisarías o tendrían una residencia canina? El taxista expuso una teoría en la que el Rufi era un vago que se dedicaba a simular atropellos, con los que obtenía mucho dinero para gastarse en drogas y peleas de gallos. Ni el policía ni yo comprendíamos lo de los gallos. Cerré la

cremallera del bolsillo de mi abrigo, me lo quité y me lo puse sobre las rodillas. Así, si me cacheaban, igual se olvidaban de él. Después de unos minutos contando todo lo que habíamos visto, llegó otro policía.

—¿Os queda mucho? —preguntó a sus colegas—. Nosotros salimos a tomar algo.

Cinco minutos después habíamos firmado la declaración.

—¿Y el Rufi? —le pregunté a uno de los policías.

—Lo tenemos retenido, comprobando si ha incumplido la libertad condicional.

—¿Ha... ha estado antes en la cárcel?

—No te lo puedo decir por protección de datos —dijo—. Pero, entre tú y yo, estuvo unos meses por trapicheos con las drogas.

—¿Lo van a volver a meter?

—No creo. En este país tienes que matar a alguien para que te metan en la cárcel y aun así no te creas que es tan fácil.

—¿Puedo despedirme de él?

—¿Es que le tienes aprecio a esa piltrafa?

—Me da pena.

—En fin... Ven, anda.

Me acompañó a una habitación donde solo había una mesa y dos sillas.

Sentado en una de ellas estaba el Rufi.

—Tu amigo, que quiere despedirse.

Miré al policía, esperando a que se fuera. Pero no se movía.

—Podría... ¿podría dejarnos a solas un momento?

—No, inspector, no me deje solo con él en la soledad —dijo el Rufi.

El policía nos miró pensativo y de pronto una revelación le llegó a la cabeza.

—¡Ya sé! ¡ Ya sé lo que está pasando aquí!

Mi corazón se aceleró de nuevo.

—No... no está pasando nada —dije.

—Ni que uno fuera tonto. ¡Vosotros estáis liados! Por eso le has dicho antes que no podía hacerte eso. Esta mañana habéis reñido por algo, él se fue enfadado a la sierra, pero de pronto cambió de idea y en lugar de bajarse del autobús como las personas normales, se tiró. O se quiso suicidar por amor, quién sabe, vosotros sois muy pasionales.

—¿Nosotros quiénes? —pregunté.

—¿Amor? ¿A ese? —preguntó el Rufi mirándome como si le dijeran que tenía que amar a una pústula que supurara caudalosamente.

—Sí, algo así ha sido —dijo el policía, muy ufano por sus deducciones.

—¡Yo no estoy liado con ese bujarrón! ¡Nunca resguardaré mi miembro en su ano! —gritó el Rufi.

—Sí, eso es —dijo el policía, cada vez más convencido de su teoría e inmune a las protestas del Rufi—. Y ahora este sigue rabioso por algo que le has hecho tú. Cuernos, imagino, que vosotros sois muy promiscuos. En estas condiciones no os puedo dejar solos porque igual os liais aquí mismo.

Sé cómo os conducís.

No intenté desmentir la teoría del policía. Yo solo quería salir de allí y deshacerme de lo que el Rufi había metido en un bolsillo de mi abrigo.

—Rufi, me voy. Yo... no quiero saber nada de eso —le dije intentando que comprendiera lo que quería decirle en realidad.

—Normal —dijo el policía.

—No te queda otra que seguir sabiendo —me dijo el Rufi.

—¿No decíais *entender* en lugar de *saber*? —dijo el policía algo desconcertado—. No hay manera de seguiros la pista, sois promiscuos hasta con el lenguaje.

—¿Le queda mucho para salir? —le pregunté al policía.

—¿A mí o a él? Yo no pienso quedar contigo, ¿eh? —me contestó el policía.

—¡Ni yo con usted! Digo al Rufi, si le queda mucho en comisaría.

—Este va a pasar la noche aquí. Y que no se lo lleven a la cárcel.

—¡Nunca, nunca eso! —dijo vehemente el Rufi—. ¿Qué he hecho?

¡Nada ha sido hecho! ¡Que vengan de una vez mis abogados! ¡Y un notario!

—¡Calla! ¿Es que no le has contado a tu amiguito que tienes antecedentes y que estás con la condicional?

—Eso es información confidencial —dijo el Rufi—. ¡Le denunciaré a la SGAE!

—Que sepas que voy a deshacerme de todo lo tuyo —le dije al Rufi.

—Pero... ¿vivís juntos? Yo pensaba que tú vivías con tu novia —dijo el policía.

—Ni se te ocurra tirar nada —me dijo el Rufi.

—La verdad es que no te conviene tirar sus cosas. Si lo haces, podría decir que se las has robado. Y si sus pertenencias valen más de cuatrocientos euros, tendrías un problema —añadió el policía.

—Valen más, fantásticamente más —dijo el Rufi—. Así que no tires nada, que volveré a por lo mío. No se me va a olvidar la dirección.

—¿Qué... qué dirección? —pregunté yo temiendo que me hubiera oído darle a la policía la dirección de Andrea y la recordara.

—Iré al piso donde vives con tu novia.

—Ah, que tú llevas doble vida. Vives en dos sitios —me dijo el policía, que se veía muy entretenido haciendo deducciones.

—¡No, no llevo doble vida ni estamos liados!

—Ya... No es mi problema, pero si te acosa, puedes poner una denuncia, que aunque los dos seáis tíos tienes derecho.

—Gracias, pero no. Mejor me voy ya —dije.

—Haces bien —dijo el policía.

—¡Nos veremos cercanamente! —me gritó el Rufi—. ¡Quiero hacer una llamada y la quiero hacer ya! ¡Que me lleven a la sala de comunicaciones!

—le gritó al guardia.

Sentí alivio al salir a la calle y alejarme unos metros de la comisaría, pero solo me duró unos segundos, porque no sabía qué hacer con la bolsita

que llevaba en mi abrigo. No faltaban papeleras para tirarla, pero el Rufi podía dar conmigo y pedirme que le pagara lo que valiera su droga. Allí llevaba más de cien gramos. Si era coca ya cortada, podría costar a cincuenta euros el gramo, y si no estaba cortada, mucho más. Y también podía arruinar definitivamente mi relación con Andrea si aparecía por su piso. En la estación de autobuses hubiera dudado de que fuera capaz siquiera de memorizar el nombre de su camello, pero ahora parecía ser otra persona, capaz de hablar casi bien a ratos, de pensar y de recordar. Decidí no tirar aquello e intentar dar con el Rufi al día siguiente en plaza de Castilla o Méndez Álvaro.

El taxista seguía en la puerta hablando con un policía. Le decía que había que multar a todos los motoristas, los patinadores, a los ciclistas, a los de Uber y a la gente que cruza las calles con la mirada en el móvil. El policía asentía con poco entusiasmo, tal vez pensando en por qué tenía que aguantar la monserga de un taxista sobre cómo arreglar el país si no se había subido en ningún taxi. Me acerqué a despedirme del taxista, aunque pensaba que era el culpable de que me viera en ese lío.

—Me voy al trabajo —le dije—. Adiós. —Y alargué mi mano. Por primera vez me despedía de un taxista sin que fuera algo frío, mecánico, con unos billetes y monedas por medio.

—Adiós, chavalillo. Como pille a ese cara a cara, se va a enterar.

—No lo dudo.

—Ahora a ver cómo cobro yo lo que me va a costar arreglar la

abolladura del techo. Porque de esto el seguro no se hace cargo. Bueno, chaval, perdona si he estado un poco brusco, es que el taxi me pone de los nervios.

—Es lo normal, a mí también. Adiós.

—Espera, espera. Mira, si quieres, te acerco al curro ese al que tenías que ir. A mí hoy ya se me han quitado las ganas de trabajar, no me importa.

—Es que no sé si llevo bastante... Y es por Alcobendas.

—Es gratis, hombre. Además, me viene casi de paso, que tenía que acercarme por San Sebastián de los Reyes. Sube, anda.

Subí.

—Atrás no, que vas como invitado, no como cliente.

—Claro, claro.

Y me senté en el asiento del copiloto.

—Tienes wifi si quieres —me dijo señalando un cartelito que decía «wifi gratis en este taxi».

—Gracias, pero no llevo móvil encima.

—Es verdad, ya me lo dijiste. Es un poco raro no llevar móvil con tu edad, ¿no?

—Lo he perdido.

—¿Te da igual si pongo música? —preguntó.

Y sin esperar a que dijera nada, metió un cd en el reproductor.

—Wagner —dijo al poco, y suspiró melancólico, como si oír aquella música le recordara días mucho mejores.

Conducía en silencio, pero, como me llevaba gratis, me sentí obligado a darle conversación.

—Usted aquí tiene que oír de todo —dije.

—Más que nada, Wagner. Nada de Barroco. Nada. Lo odio. Esas flautitas de pico y esos clavecines. Habría que quemarlos a todos. A

todos los que les gusta el Barroco, digo. Para quemar a los compositores barrocos ya no estamos a tiempo. Cada vez que paso por la calle Preciados y oigo esa orquestilla de músicos de Europa del Este tocando a Vivaldi o a Pachelbel, los deportaría al momento. ¿Tú no?

—Bueno, yo... Yo no soy mucho de música clásica. Ni de deportar.

—No, la gente ahora no lo es.

—No crea, tengo amigos que sí controlan.

—¿De deportar?

—No, de música clásica. Pero no tanto como usted.

—Llámame de tú. No nos llevamos tanto, o tú te cuidas poco.

—Creo que es lo segundo. Ayer no dormí.

—¿De fiesta?

—No... Me ha dejado la novia y tuve un día movido.

No dijo nada durante un rato.

—A mí también me dejó una novia —dijo por fin—. Y yo dejé a otras.

Pero de la única que me acuerdo es de la que me dejó. Cada día. Pero no debería.

Miré de reojo la foto de la mujer que llevaba pegada a la guantera. Él también la miró.

—No es esa. Esa es una foto que recorté de un folleto. Ayuda a que las clientas no te tiren los trastos. En fin, de eso que me libré, que el matrimonio no es sino una celada que nos tiende la naturaleza, como decía Schopenhauer.

Uno no está acostumbrado a que un taxista le cite a Schopenhauer. Ni a que nadie lo cite. No tenía nada que decir a la altura de Schopenhauer, así que me callé un rato mientras circulábamos hacia el polígono oyendo a Wagner. Pese a sus manazas y fuerza, el taxista conducía con suavidad, moviendo el volante casi como si lo acariciara, y en algunas partes de la ópera, o lo que fuera aquello, sonreía, como si la música le produjera una alegría íntima, reposada. Lo envidié, como a todos los que disfrutan de placeres que soy incapaz de apreciar con intensidad aunque estén a mi alcance. Pero de pronto dejó de

sonreír, se puso tenso y comenzó a mirar a cada poco por el retrovisor, a cambiar de carril cada dos por tres y adelantar a otros coches con brusquedad.

—¿Pasa algo? —le pregunté.

—No, nada —contestó, pero seguía sin quitarle ojo al retrovisor.

Yo también miré hacia atrás. Mi mente, más paranoica de lo normal por lo que llevaba en el bolsillo, se puso a maquinar, y pensé que tal vez el Rufi

había avisado a algún socio para que fuera a la puerta de la comisaría y ahora me seguían a mí, que era quien llevaba su droga.

—¿Nos siguen? —pregunté.

—¿A ti quién coño te va a seguir? —me dijo mientras no dejaba de mirar por los retrovisores.

Detrás se veía una larga fila de coches, alguna moto, pero me resultaba imposible saber si uno de ellos nos seguía. Al poco, el taxista tomó una carreterilla que no era el camino habitual para llegar a mi trabajo.

—Por aquí se acorta cuando hay mucho tráfico —dijo.

Pero en todo aquel tiempo en la productora nadie había comentado que por allí se pudiera atajar. Detrás ya no se veían coches. Un aria de Wagner después, llegamos a la puerta de mi empresa. Me alargó una tarjeta.

—Ten, si algún día necesitas a un taxista de confianza, dame un toque.

La cogí.

—¿Peter? —pregunté como queriendo saber el origen de ese nombre.

—Sí. Mi abuelo era de Soria.

No quise preguntar por la asociación entre los Peter y Soria, ya no quería preguntar nada ese día.

—Gracias, sí, yo te llamo si eso —le dije mientras guardaba la tarjeta en un bolsillo del pantalón.

Necesitaba justificarme por no darle mi tarjeta por si alguna vez

necesitaba un guionista de confianza.

—Yo no tengo tarjeta —le dije, y era verdad.

—¿Ah, no? ¿Aquí no curran periodistas? Yo he traído alguno.

—Sí, pero también guionistas, que es lo que soy. Guionista de series —le dije—. Y muchos no tenemos tarjeta.

—Vaya una mierda de series que hacéis y lo mucho que se ven. Pero, bueno, es comprensible, quien escribe para necios siempre tiene un gran público —me dijo sin que pareciera importarle que aquello me pudiera ofender.

Yo nunca respondía a frases parecidas, por desgracia me había acostumbrado a que la gente criticara con crudeza nuestro trabajo, como si al ser público les estuviera permitido decirnos a la cara que lo que hacíamos era una basura. Esa misma gente podía luego ver a un pintor destrozando una fachada, a un constructor levantando el más horrible de los edificios, a un padre gritándole a su hijo en un campo de fútbol, pero nadie se atrevía a decirles: «Lo que hacéis es una mierda». Hasta entonces me había callado cuando me pasaba algo así, pero esa vez no lo hice. Eso sí, esperé a salir del coche y alejarme dos metros para hablar.

—Mucho de lo que hace la gente en este país es una puta mierda, no solo las series. Además, estamos mejorando. Yo he subido en taxis que apestaban a tabaco, taxis en los que el taxista ponía emisoras de mierda o con programas de fútbol a todo trapo, he dado con taxistas que han intentado engañarme con rutas absurdas pensando que iba borracho. E igual iba borracho, pero no tanto. He subido en taxis donde el taxista no ha parado de mirarle las tetas a mi chica por el retrovisor, o me ha echado un discurso sobre sus ideas políticas que yo no le había pedido. Así que vale, igual las series que hacemos son una puta mierda. Pero muchas cosas más lo son en este país y no por eso yo voy recordándoselo a los culpables cuando me da por ahí. ¡Porque vivimos en sociedad y a veces hay que ser amable, comprender que no todo es como quisiéramos que fuera!

Me sentí muy a gusto tras terminar mi discursito, que había querido soltarle a más de uno durante años. Peter me miró en silencio desde su asiento. Sus cejas espesas parecieron precipitarse sobre sus ojos, su entrecejo se arrugó. Por un momento pensé que igual no había sido buena idea comenzar a decir mis verdades ante alguien que podía rodear mi cuello con una de sus manos y estrujarlo. Yo estaba a solo

diez metros de la entrada a la productora, no iba a pillarme corriendo a no ser que intentara entrar con el taxi. Pero no salió tras de mí. Ni siquiera citó a Schopenhauer.

—Me gusta cómo hablas —me dijo.

—¿Sí? —pregunté yo incrédulo, aún preparado para ponerme a salvo corriendo en cualquier momento.

—Sí, y me parece que no te falta razón. Nos volveremos a ver.

Y el taxista que citaba a Schopenhauer arrancó y se marchó en dirección a San Sebastián de los Reyes, que es una forma poco gloriosa de marcharse.

Leí su tarjeta. «Peter Rodríguez Fasbinder. Taxista miembro de la Unión Sindical del Taxi.»

No hay amor por el humor surrealista Mientras llegaba a la puerta, busqué la acreditación en mis bolsillos. No la llevaba, lo que era normal en los días de caos que vivía. Llegué junto a la garita de los vigilantes y de allí salió Mercado, uno de los seguratas, con toda la pompa con que puede salir una persona de uno sesenta y cinco de una garita prefabricada de tres por tres metros, y se cruzó en mi camino para impedir que continuase. En lugar de mirarme, tenía la vista fija en el cielo como si allí hubiera algo muy interesante, aparte de la bóveda celeste.

Yo también miré, pero no vi nada destacable. Algún pájaro, las nubes medio anaranjadas del atardecer de Madrid, esas nubes que no sabes si contienen vapor de agua o algún tipo de ácido corrosivo que va a extinguir por fin a la humanidad.

—¿Y tu acreditación? —me dijo todavía con la vista en el cielo.

—Pues, mira, me la he olvidado —le contesté mientras observaba las nubes.

—Pues, mira, no vas a poder pasar.

—Pero, Mercado, que soy yo, hombre, que llevamos un año con lo mismo.

—¿Quién me dice a mí que tú eres tú si no llevas la acreditación?

—Te lo digo yo.

—¿Tú?

—Sí, yo. Tú sabes que yo soy yo.

—Tal vez lo sepa, pero si no exijo la acreditación a la gente, ¿para qué sirve mi puesto? ¿Qué quieres? ¿Cargarte el trabajo de los demás?

—Mercado, ya hay sistemas de reconocimiento facial, así que deberías ponerte al día e incorporar uno a tu cerebro, como cualquier vigilante normal, y dejar pasar a los conocidos.

Suspiró, una vez más lo estaba aburriendo. Pero sacó fuerzas para continuar con aquello.

—Tú tienes que mostrarme la acreditación, lo dice el reglamento. A ver, dime, ¿de qué color es la máquina de café automática que tenemos en la primera planta? —me preguntó.

—Mercado, por favor, otra vez no...

—El color...

—En la primera planta no hay ninguna máquina de café, Mercado, está en la segunda. Ves muchas series americanas malas.

—Ya, ya... Pues ese truco lo saqué de una de las vuestras. ¿Y quién ha ganado el torneo de fútbol sala de la empresa?

—Los Seguratas Balompédicos. ¿Puedo pasar ya?

—Pasa, pero el próximo día si te olvidas tu acreditación no pasas.

Avisado quedas.

Entré. Qué bonito es llegar al trabajo.

Crucé con prisa pasillos al son de la marcha turca de Mozart, como un turco apresurado que llegaba muy tarde ese día a recuperar Constantinopla.

En aquella productora siempre sonaba de fondo Mozart porque uno de los directivos insistía en que escuchar su música elevaba la inteligencia de los trabajadores de la empresa. No debía confiar mucho en nuestra inteligencia natural. Pero que ese directivo siguiera en su puesto, yo en el mío y Mercado en su garita señalaba que no se había logrado el objetivo. De las paredes de los pasillos colgaban fotos descomunales de los actores de nuestras series, siempre sonrientes,

demasiado, tanto que a veces esas sonrisas me llegaban a inquietar y pensaba que más que comedias amables teníamos todo un catálogo de series protagonizadas por psicópatas. En las fotografías estaban nuestras estrellas, caracterizadas como policías,

bomberos, carniceros, pero afables, de buen rollito, porque seguíamos produciendo dramas humanos con final feliz; comedietas con algo de mala leche, pero de sentimientos nobles. Era lo que hacíamos, de eso vivíamos.

Pero cada vez vivíamos peor y las audiencias bajaban. La gente se estaba acostumbrando a series americanas, inglesas, danesas, en las que el final feliz y el buen rollito no existían, y hasta las series nacionales de otras productoras cambiaban. Pero allí seguíamos nosotros con nuestras monsergas.

En la segunda planta, frente a la máquina de café color café, estaba Lucas esperando con los cascos puestos. Casi siempre los llevaba porque odiaba a Mozart y casi cualquier música que no fuera tecno industrial. Le toqué en el hombro. Dio un respingo. No conocía a nadie que diera más respingos que él.

—¡Tío! ¿¡Dónde te has metido?! ¡Te has perdido la reunión! —me dijo gritando.

Ni se me pasó por la cabeza contarle la verdad. Como tantas veces, no sonaba nada verídica.

—¡Quítate los cascos, que estás gritando! —le grité.

Se los quitó.

—Al final tuve que ir de médicos cuando estaba en plaza de Castilla y por eso he tardado tanto —le dije cuando se quitó los cascos.

—¿Y eso? ¿Te ha dado otro ataque de ansiedad?

—No, hace ya que no me dan.

—¿Seguro? Últimamente le dan a todo el mundo. Yo creo que a mí debería darme uno, pero no sé qué me pasa que no —me dijo como preocupado.

—No, yo estoy bien, ¿es que no me ves?

—Por eso te lo digo, porque te veo. Tienes muy mala pinta.

—No es para tanto. He dormido mal, ya está. ¿Qué ha pasado en la reunión? ¿Qué han dicho?

—La audiencia sigue bajando y Jeremías quiere cambios. Ha vuelto muy flipado del viaje a Los Ángeles.

—¿Pero qué tipo de cambios?

Lucas se encogió de hombros.

—Ya lo conoces, no se explica muy bien. De guion, de realización, nos hará un *briefing* o algo así. Por lo visto, estuvo en los estudios donde ruedan *Rochelle, Rochelle* y habló con los guionistas.

—Pero si apenas sabe inglés.

—Bueno, ha dicho que habló, no que escuchó. No sé, llevaría traductor.

Se le puede haber ocurrido cualquier cosa. Si estos, cuanto menos viajen, mejor para todos.

No pude estar más de acuerdo con él.

—Entonces, crisis, pero renovamos la serie, ¿verdad? No va a haber despidos —quise asegurarme.

—Creo que no. Parece que hemos firmado trece capítulos más con la cadena, pero que si seguimos bajando, igual suspenden la emisión. Quieren tres puntos más de audiencia.

—¿Tres puntos tal y como está el patio? ¿Están locos?

Busqué una moneda para sacar un café que me despejara un poco, aunque fuera con el aguachirle espumoso de cincuenta céntimos de aquella máquina. Miramos por un momento en silencio al cacharro, que no daba señales de actividad.

—Lucas, ¿tú estabas aquí esperando que salga un café?

—Sí.

—¿Le has echado dinero a la máquina?

Hizo memoria.

—Creo que no.

—Entonces por eso igual no sale nada.

—Puede —dijo.

Poco después, en el pasillo, con un vasito de café ardiendo en la mano, me crucé con mi jefe, Jeremías, que vestía una camisa hawaiana.

—Jorge, no has venido a la reunión —me dijo.

—¡Sí, ya lo sé! —le contesté sin detenerme en mi carrera a la búsqueda de una mesa donde dejar el café antes de que la piel de mis dedos se escaldara. No pude ver la expresión de Jeremías, pero sabía que mi imagen de guionista descerebrado no daba para permitirme semejantes desplantes.

Así que en cuanto dejé el café y escondí la bolsa con la droga en el cajón de mi escritorio, me fui en su búsqueda. Ya no se le veía por el pasillo, de modo que me fui hacia su despacho, donde no solía estar. Toqué a la puerta y abrí. Estaba, encorvado ante el ordenador, tal vez navegando por las páginas de porno, que sabíamos que visitaba porque alguna noche en la que tuvimos que quedarnos trabajando le habíamos espiado el historial. Todos frecuentábamos esas páginas, pero en nuestras casas, no en el curro. Y ver que él le dedicaba tiempo al porno en el trabajo nos causaba una sensación de estúpida complacencia, como la de pecadores que descubren que hay otros que cometen faltas aún más graves. Mientras observaba la pantalla, se acariciaba el bigote. Desde que lo llevaba me hacía pensar en un prusiano que quería fornicar con todas las siervas de la aldea, pero sin quitarse la casaca. Pero ahora que llevaba camisa hawaiana parecía más un proxeneta de la costa mediterránea que vive acodado a la barra de un chiringuito.

—Perdona lo de antes, Jeremías, es que me estaba quemando con el café.

—Pasa, pasa, aquí me tienes, todo para ti.

Y entré.

—Vamos de culo, mira qué curva más mala —me dijo.

Giró la pantalla de su ordenador para que yo pudiera ver la curva. En mis tres años de guionista había llegado a entender algo sobre la bondad de una curva de audiencia. La nuestra era una curva pésima. De hecho ni siquiera era una curva, sino una línea recta descendente. Comenzábamos alto, con unos tres millones de espectadores que nos

dejaba un programa de cotilleos

presentado por una descerebrada hetero y un descerebrado gay que parecían vivir en la alegría perpetua de los idiotas. Pero, pese a sus carencias mentales, hacían más audiencia que nosotros con mucho menos presupuesto, y en cuanto comenzaba nuestra serie se iniciaba un lento pero constante descenso.

—Es flojilla la curva —dije, por intentar quitarle dramatismo al asunto.

—La curva es una mierda —dijo Jeremías—. Yo sabía que esto iba a pasar, no había más que ver el capítulo. No tenía *push* —dijo pronunciando la parte final de la palabra como si estuviera siseándole a alguien para que se callara. Era la primera vez que le oía lo del *push*. Sí, algo había aprendido en el viaje a Estados Unidos.

—Bueno, un poco sí tenía —le dije, sin saber bien qué consideraba él que era el *push*.

—No, no tenía, ya lo sabía yo.

No quise seguir discutiendo con él porque, como todo jefe, era un gran adivino de hechos pasados y así es difícil discutir.

—¿Quieres una copa? —me preguntó.

—No, gracias.

Desde que había visto *Mad Men*, se había puesto un minibar en la oficina, y si antes solo estaba bebido por la tarde, cuando regresaba de comer inflado a chupitos de licores verdosos y morados que servían tras el postre en muchos restaurantes de los alrededores, ahora ya era posible encontrárselo medio colocado de *whisky* a cualquier hora del día. Por aquella época también le dio por llegar con un traje impoluto al polígono, como Don Draper iba a su oficina en Manhattan, pero el día en el que un actor lo confundió con uno de los chóferes de producción dejó de vestir trajes y llevó su estilo hacia la ropa desenfadada y al gafapastismo de colores.

—¿Tú has estado en los States? —me preguntó mientras sacaba un vaso de culo gordo del mueble bar.

—¿Dónde? —dije simulando no entenderlo.

—En los Estados Unidos.

—No, no he estado.

—Eso sí que es un país —dijo, y dejó caer con parsimonia dos cubitos en el vaso—. Ahí deciden hacer una serie y hacen una serie. Desde el principio al fin.

—Claro —corroboré.

—Porque, a ver, las cosas, si uno las hace, las tiene que hacer bien.

—Por supuesto.

—¿Y nosotros estamos haciendo bien las cosas? —preguntó. Después él mismo negó con la cabeza y echó un chorro generoso de *whisky* en el vaso, tal vez para así poder hacer mejor las cosas.

—Bueno...

—Bueno, no. No tienes más que ver esa curva de audiencia. A esto hay que darle un giro radical si queremos terminar los diecisiete episodios que hemos firmado. Radical, radical. Y homérico.

Y se calló, como degustando el silencio que se hace tras las palabras contundentes. Yo estaba algo desconcertado con sus adjetivos. Jeremías era lo menos radical que conocía. Tampoco lo veía muy homérico. Él se sentó, apartó una jarra y varias carpetas que había sobre la mesa, como si no quisiera ningún obstáculo entre nosotros, e inclinó su cuerpo hacia delante.

Yo incliné el mío hacia atrás. Demasiado, porque casi me caigo de espaldas y tuve que agarrarme con fuerza a la mesa.

—No estarás borracho —dijo él mientras dibujaba suaves círculos en el aire con su vaso de *whisky* para deshacer los cubitos, que tintineaban contra el vidrio.

—No, estoy bien.

—Ya... —dijo no muy convencido—. Pues tienes una pinta un poco mala.

—El insomnio.

—De fiesta entre semana, ¿no?

—No.

—Ya... Mira, Jorge, tú sabes que te aprecio —dijo. Y yo comencé a inquietarme. *Apreciarme* es lo que habían hecho varias mujeres antes de dejarme. Normalmente, quien te dice que te aprecia lleva ya un buen tiempo despreciándote.

—Eh..., sí, claro —mentí algo mosqueado.

—Te lo digo desde la verdad —dijo como un actor intenso que para apoyar algo abre más los ojos y no pestañea.

—Ya, eso quiero pensar...

—Y como no has ido a la reunión, no he querido decir nada allí.

—Es que me han surgido contratiempos.

—De farra, ¿no?

—Que no, que he tenido unas movidas.

—¿Cuáles? —preguntó mientras levantaba el vaso y lo miraba al contraluz, como buscando en el ámbar del *whisky* alguna verdad lejana.

—He llegado tarde porque un tipo se tiró de un autobús y cayó sobre un taxi y el taxista me hizo quedarme y después nos llevaron a los tres a comisaría a testificar.

Jeremías soltó una carcajada.

—Lo digo en serio —le dije, ya arrepentido por haberle contado la verdad.

Me miró ladeando un poco el cuello y entornando los ojos, que era su mirada para hacer parecer como que pensaba.

—¿Seguro que no has bebido o fumado algo? —me preguntó.

—Que te digo que no. Solo me he tomado dos cafés.

—Seamos serios, ¿no, Jorge? En los States son serios. Por eso les va bien. Así que en comisaría. Tú ya no es que tengas una imaginación desbordante. Es que la tienes desbordada.

Se rio mucho de su chiste y al hacerlo un poco de *whisky* se derramó sobre un guion que tenía sobre la mesa y él lo cogió y lo tiró a la papelera.

—Seamos serios —repitió mientras pasaba una manga sobre la mesa para secar los restos de *whisky*.

—Sí, seamos serios —dije.

—En la reunión no he querido decir nada porque no estabas. Y además, esto se cuenta en privado, *face to face*, de hombre a hombre, cara a cara.

Pero ahora vas a ser el primero en enterarte. Tenemos que reestructurar el equipo para intentar levantar la serie.

—Pero tú me aprecias, ¿no?

—Sí, claro.

—Y me vas a echar, ¿no? Porque, si no, no me dirías que me aprecias.

—A ver, Jorge, no se trata de algo personal, la cadena nos ha dado una oportunidad, otra temporada, pero necesitamos un cambio de rumbo, algo que haga levantar la audiencia, porque no habrá segunda oportunidad. Así que tenemos que reestructurar el equipo de guion, renovarlo. Unos van, otros vienen.

—Y yo me voy, ¿no?

—No, hombre, para nada, para nada, ¿cómo te vas a ir? Bueno, sí, tú te vas.

—Así que al paro.

—No, no, de eso nada. En esta empresa no se echa a nadie. Bueno, a unos cuantos sí que hemos echado. Pero a ti no. Nos importan las personas.

Tú también. Te trasladamos si tú quieres. Pero no te vas.

—No me voy, pero me voy, ¿no?

—Más o menos.

—Ya... ¿Te vas a cargar a todo el equipo?

Jeremías se levantó, y con el vaso en la mano se acercó al ventanal y se quedó mirando hacia el otro lado del cristal, con pose de asomarse al Atlántico desde la proa de un trasatlántico o a Madison Avenue desde un

rascacielos de Manhattan en un anuncio de colonia en blanco y negro; pero desde allí solo se veía una carretera y al otro lado de ella los restos de un poblado chabolista.

—Bueno, eso ahora da igual.

—No... no me estarás reestructurando a mí solo, ¿verdad?

—No. Lucas también se va.

Me sentí humillado. Si hubieran echado a la mitad del equipo, mi vergüenza habría sido menor. Refranes como el de «Mal de muchos, consuelo de tontos» funcionan en mi caso. Pero solo éramos dos los despedidos, y uno de ellos, Lucas, el más friki del equipo, alguien que para Jeremías, un tipo con adosado en la Moraleja, todoterreno para moverse por Madrid, chalecos acolchados, caballos, hijos en colegios bilingües y mujer actriz de éxito, era muy prescindible. Pero ¿yo también? Pensé que, para Jeremías, Lucas y yo éramos más o menos lo mismo, que mi jefe me miraba con la misma condescendencia con la que yo miraba a mi compañero. Y lo que más me agobiaba era que igual el resto del equipo también me veía así.

—Pues vaya mierda de reestructuración. ¿Qué más os da que sigamos nosotros dos?

Se sentó sobre la mesa, se subió una pernera del pantalón hasta la rodilla y comenzó a rascarse la espinilla. Era una posición muy rara para despedir a alguien.

—¿Es que quieres que eche a todos tus compañeros? —me preguntó mientras miraba su espinilla con curiosidad, como si acabara de descubrir que tenía una.

No pude reconocer que sí, que eso quería porque así todo sería menos humillante para mí.

—No —le dije.

—Ah. Por un momento había pensado eso. Lo que pasa es que vamos a cambiar el concepto de serie y vuestro sentido del humor es muy surrealista, no va a encajar en el nuevo giro.

—Yo puedo escribir como me digas. ¿Qué concepto va a ser ese para que no encaje yo? —pregunté.

—¡Alto, alto, alto! Que tú encajas en cualquier sitio. En cualquiera —

dijo muy digno, como si yo, el despedido, lo estuviera ofendiendo. Pero todo en él era muy sobreactuado y falso, tanto que me dio uno de mis pequeños ataques de vergüenza ajena—. Vayamos al tema, Jorge. Aquí no estamos hablando de personas —dijo intenso—, tú encajas en muchos sitios, y Lucas en algunos. El problema es vuestro sentido del humor. Es muy absurdo, no te vas a sentir realizado escribiendo para el nuevo concepto y yo no quiero eso para ti.

—Vaya, pues gracias por el favor. Pero, de verdad, no comprendo, ¿por qué es muy absurdo mi sentido del humor? Escribo diálogos absurdos, otros más normales...

—Mira —me dijo mientras se rascaba la espalda con una larga regla de madera que no sé bien qué hacía allí—, te voy a confesar algo. Ayer me fui a ver la serie a la casa de mi tía de Getafe.

—¿Me vas a contar eso de que tu tía representa la audiencia media? Ya no hay audiencia media.

—Lo sé mejor que nadie y no te voy a contar eso. Fui a su casa, pero mi tía no estaba. Se había ido a Benidorm. Pero pasé porque vivo cerca y le tenía que regar las plantas. Se me había olvidado y estaban un poco secas, sobre todo los geranios.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo y mi despido?

—Eh..., pues... creo que nada. Pero sí, algo tiene que ver. Si no riegas algo, se seca. ¿Comprendes?

No terminaba de comprender a cuento de qué venía eso y se lo dije.

—Ya. Es que te falta apertura de mente —me dijo—. *¡Open mind, open mind!* Este problema en los States no lo tienen. Bueno, la cuestión es que luego me fui a mi casa y me puse a ver el capítulo, que era tuyo y de Lucas, y estaba lleno de chistes surrealistas que no comprendía.

—¿Quién? ¿Tu tía?

—No. Te he dicho que mi tía está en Benidorm. No atiendes. Fui yo quien no comprendía los chistes.

—Entonces igual el problema lo tienes tú.

Se hizo un silencio incómodo. Jeremías dibujó de nuevo circulitos en el aire con el vaso, ya casi vacío, pero se pasó de energía y uno de los cubitos se salió. Él hizo como si no se hubiera dado cuenta, yo

también. Me percaté de que sonaba de fondo, muy suave, *bossa nova*. Usted abusó, sacó partido de mí. Una ambulancia se acercaba y acalló con su sirena los otros sonidos.

Se alejó. El silencio seguía allí.

—Ese capítulo no lo comprendía yo ni mi tía ni nadie salvo cuatro frikis a los que les gusta el humor surrealista —dijo entonces—. Además, llamé a mi tía para decirle que había regado las plantas y me dijo algo que se me había pasado por alto.

—¿Sobre el capítulo?

—No. Mi tía casi no ve la tele. Me dijo algo sobre el abono. También las macetas necesitan abono. Y podas. Y puede que trasplantes. A veces ella tiene un geranio que no está a gusto en una maceta y lo trasplanta a otra y el geranio crece mejor. ¿Comprendes?

—Comprendo que en esta historia yo soy un geranio, ¿no?

—No te ofendas, Jorge. Solo te quiero decir que esta serie no es tu maceta. Es como plantar petunias en Groenlandia. Lo vas viendo, ¿no? No nos sirven tus chistes por muy graciosos que sean si no los entiende el español medio. Ni yo. Ni mi tía. No agarran en el sustrato.

—Pero si tu tía no ve la serie.

—Igual es porque no la entiende.

—Pero en los Estados Unidos no hacen las series para que les gusten a las señoras de Getafe.

—Ah, los States —dijo melancólico, como si hubiera pasado allí los días más felices de su vida—. Esa gente juega en otra liga, pueden hacer lo que

les dé la gana. Pero nosotros debemos llevar mucho cuidado con lo que escribimos.

—Pero tú te leíste el guion de ese capítulo, le diste el visto bueno.

—No me puedo leer todos los guiones con atención.

—Pero si eres el productor ejecutivo, es tu trabajo.

—Si me tuviera que leer todas las versiones de los guiones que escribís, sería lector de guiones, no productor ejecutivo. No puedo

estar siempre encima de vosotros. Tenéis que caminar solos, volar libres.

Me miró fijamente a los ojos.

—¡Porque sois libres para volar! —dijo lírico, y apuró de un trago el *whisky* mientras yo sufría otro ataque de vergüenza ajena, cosa que me sucede varias veces al día si estoy en España o si estoy en el extranjero y hay españoles cerca.

—Tú no te preocupes, Jorge, se te va a buscar algo en la empresa, un puesto donde te encuentres a gusto y escribas todas las cosas absurdas que quieras.

—¿En el departamento de nóminas?

Rio falso.

—¿Lo ves? —dijo—. La gente no va a comprender tu sentido del humor, es muy absurdo.

—¡Pero... si era un chiste muy normalillo! —supliqué.

—Mira que siempre de broma... Este Jorge. Bueno, te voy a dar el teléfono de Andrés, de personal. Le he hablado de ti. Y muy bien, ¿eh? Ten

—dijo, y me alargó una tarjeta—. Cuanto antes te pases a verlo, mejor, con esto de la posible fusión con los italianos se están cociendo muchas cosas.

Si al final vas a salir ganando.

—¿Nos estamos fusionando con unos italianos?

En ese momento se dio cuenta de que no debía haber dicho eso.

—Eh, no... Bueno, tal vez un poco.

Se levantó, como dando por finalizada la reunión. Pero yo aún tenía una duda.

—Esto..., ¿cuál es el nuevo concepto de la serie?

—Ah... Pues, mira, después de mi viaje a los States he pensado mucho, mucho.

—Pero si llegaste ayer.

Me miró molesto de nuevo.

—Estaba incubando. Ha sido un viaje de experiencias. He hablado con los mejores, con guionistas a los que no les caben los Grammys en sus casas.

—Serán los Emmys.

— *Whathever*. He hablado con productores que están revolucionando la televisión mundial. He estado cenando al lado de mitos, como el creador de *Prognosis Negative*.

—¿No está muerto?

—No me lo pareció. Pero igual era uno de los guionistas. Pero, en resumen, he visto que hay que cambiar el concepto.

—¿Y cuál va a ser ese nuevo concepto?

—Hay que darle más sensualidad a la serie.

—¿Enseñar más cacho otra vez?

—Sí, eso también, más sensualidad, argumental y visual. Tenemos actrices guapas, ¿pero de qué nos sirve si no se les ven las tetas más que en una secuencia o dos? ¿Para qué los quiero a ellos si no enseñan el culo? Y

estoy pensando en dar un gran paso en la ficción nacional, un punto de giro histórico. Que se vea algún rabo, sí, un buen rabo, en un plano frontal. Tal vez empalmado si nos metemos ya en un *prime time* tardío. Así que vamos a construir un nuevo decorado en la serie: unos vestuarios. Para que ahí los veamos a todos en bolas.

—Pero... si la serie va de un bar. En los bares no hay vestuarios.

—Sí en los States. Mixtos. Tendrá más morbo. Además, hay que introducir la música.

—Ya tenemos música.

—Más integrada. La *sitcom* musical. Y darle un punto de *thriller*.

Se echó otro lingotazo de *whisky*. Estaba disparado.

—¿Una *sitcom* musical con *thriller*?

—Sí. Ellos lo están haciendo ya.

—¿En qué serie?

—No ha llegado aún por aquí, pero lo están haciendo. Pero no cuentes nada por ahí. Me hablaron de proyectos, de grabaciones. Como comprenderás, en un proyecto así no hay cabida para el humor absurdo.

No, no comprendía nada.

—Pero no te preocupes, te encontraremos un sitio. Perdona, me llaman

—dijo de pronto.

Sacó el móvil de un bolsillo, un móvil que no había sonado, y se puso a hablar con un tal presidente de algo, y mientras hablaba me hizo un gesto como de despedida. Esa era una de sus formas de terminar las conversaciones, simular llamadas importantes o decir que lo esperaban en algún sitio para después meterse en un despacho vacío. Aunque nos pedía coherencia en nuestras tramas, él no la mostraba en sus excusas. Así era nuestro jefe. Creo que a veces su cara de pasmo venía por lo sorprendido que estaba de haber llegado a ese puesto y permanecer en él durante años sin que nadie lo echara. Al salir, pisé el cubito que se le había caído, resbalé y me tuve que agarrar al perchero para no terminar en el suelo.

—Deberías dejar el alcohol —me dijo mi jefe interrumpiendo su llamada ficticia—. Para beber hay que saber beber.

Dicho esto, se sirvió otro *whisky* sin parar de hablarle a nadie por el teléfono.

Salí, me bebí mi café, que ya estaba tibio, y me fui hasta mi cubículo.

Abrí el cajón de la mesa, donde había dejado la bolsita con la droga del

Rufi. Allí seguía. Miré a un lado y a otro. No solo el meterte coca te vuelve paranoico. Poseerla también. Si es que aquello era coca. También podía ser heroína, ketamina o a saber qué. Cerré el cajón y me fui junto a mis compañeros, que estaban ante una pizarra discutiendo sobre las tramas para la siguiente temporada. Me dio

vergüenza contarles que estaba despedido.

Miré a la pizarra, pero era incapaz de leer dos frases seguidas.

—Tú que has tenido perros, ¿crees que podemos meter que el perro de Genaro es gay? Vamos, que si hay perros gais declarados —me preguntó uno de ellos.

Cuando se llevan ochenta capítulos, suelen plantearse estas cosas. No parecía un giro radical radical y mucho menos homérico, así que pensé que tal vez aquello no sería suficiente para mi antiguo jefe.

—¿Por qué tiene que ser gay el perro? Siempre estamos cayendo en tópicos. ¿Y si fuera perra y lesbiana? —replicó otro.

—¿Y si el perro fuera hermafrodita? —soltó alguien.

Ese era nuestro trabajo, repleto de «y si...», de barbaridades que a veces se transformaban en una historia divertida; otras, en algo insostenible.

Había gente que salvaba vidas, que fabricaba objetos útiles o criaba pollos.

Nosotros los entreteníamos cuando llegaban a sus casas, o al menos lo intentábamos. Pero a veces entretener no era nada entretenido.

—No lo sé. Creo que todos mis perros eran heteros.

La conversación derivó hacia la posibilidad de que un perro hermafrodita se preñase a sí mismo. Decidieron llamar al documentalista. Pobre. Yo no tenía nada que aportar sobre ese tema, sobre ninguno, y sin decir nada me fui a buscar un teléfono fijo para llamar a mi móvil y después a Andrea para pedirle, si descolgaba, que recogiera mi teléfono en su pueblo. Hacía tiempo que habían quitado los teléfonos fijos de nuestros cubículos y me acerqué a la secretaria de recepción para llamar desde el suyo.

—Me he olvidado el móvil —le dije cuando me miró como si fuera a robarle la grapadora—. ¿Puedo llamar con este?

Hizo un gesto como de perdonarme la vida, me dijo que sí y regresó la vista a su pantalla. Llamé primero a mi móvil. Dio señal. Lo cogieron.

—Oiga, soy el dueño del móvil.

—Buenas, joven —me dijo el abuelo—. Le hemos conectado un

cargador, modelo universal mini-USB, por lo visto, y el aparato está cargando favorablemente. No para de hacer ruiditos, pero no hay manera de ver la pantalla. Bueno, ahora al llamar usted se ha iluminado y al darle al verde parece que se puede hablar.

—¿Ruiditos? ¿De WhatsApp?

—¿Cómo? —preguntó.

—Dile que sí, que igual es el WhatsApp —oí a una voz de mujer que pronunció *WhatsApp* como media España octogenaria, algo entre *guasa* y *guas*.

—Oiga, dígame dónde vive y le mando un mensajero o a una amiga a que recoja mi móvil. O voy yo. —Mientras hablaba, oí el sonido que indicaba la llegada de otro wasap.

—¿Ha oído, joven?

—Sí, sí. Eso es un wasap que ha llegado. ¿Pueden dibujar una ele en la pantalla? Eso la desbloquea.

—No creo yo que esto esté bloqueado, joven. Si lo estuviera, no podríamos hablar.

—Sí, está bloqueado por defecto, pero para las llamadas entrantes, no.

—¿Qué defecto?

Aquello iba a ser difícil.

—Oiga, ¿me da una dirección?

—Estamos en la residencia.

—¿En qué residencia? —pregunté.

—Déjame a mí —oí decir a la mujer.

—Que no, que estoy hablando yo.

—¡Que me dejes! —dijo la mujer.

Se cortó. Volví a marcar. La secretaria a la que le estaba secuestrando el teléfono comenzó a dar golpecitos con su boli sobre la mesa. Le hice un gesto suplicando su paciencia.

—Oye, bonito, que necesito el teléfono para mi trabajo —me dijo.

—¿Qué trabajo? ¿Mirar el Facebook? —le dije sin pasar antes la pregunta por alguno de mis filtros cerebrales.

—Si miro el Facebook es porque tú estás usando mi teléfono para algo que no creo que tenga que ver con tu curro y menos con el mío —contestó enfadada.

—Vale, vale, perdona, ahora mismo termino.

Volví a llamar a mi móvil. Ahora no daba señal, estaba apagado y saltó el buzón. Oí el saludo supuestamente gracioso que había grabado hacía ya más de un año, un saludo en el que intentaba sonar entre cínico y divertido.

Pero ahora me sonaba a gilipollas. Me dio vergüenza oírme, como cuando contemplas fotos de hace unos años, con vestimentas pasadas de moda, y no comprendes cómo pudiste ponerte eso. Me quedaba avisar a Andrea de que un tipo con pinta de mendigo posmoderno podía pasarse por su piso preguntando por mí. Pero no quería hacer una llamada así enfrente de la secretaria y además no creía que Andrea quisiera hablar conmigo.

Me senté ante un ordenador y entré en Facebook para intentar mandarle un mensaje. Seguía bloqueado. Regresé junto a mis compañeros, que aún discutían sobre sexualidad perruna. Lucas estaba con ellos, opinando, sin saber que también lo iban a despedir. Ya estarían preparando los papeles en el departamento de personal y nadie se había molestado en avisarlo. Pensé en contárselo, pero decidí que ese mal trago iba en el sueldo de Jeremías.

Como en las oficinas ya no pintaba nada, bajé al plató por si había algún técnico fumando en el patio. Allí, entre muebles desvencijados de series que ya no existían, entre paredes de cartón piedra deformadas por la lluvia, estaban dos sonidistas y un cámara fumando tabaco y porros. Tras unas caladas de lo segundo, vi absurdo volver a la oficina para trabajar en una

serie de la que me iban a despedir. Pero subí y me acerqué a la secretaria de recepción, le pedí que me dejara llamar de nuevo y, antes de que pudiera quejarse, ya estaba marcando el número de la comisaría de Embajadores.

Pregunté por Artiaga, que era el único apellido que recordaba de los dos policías que nos habían interrogado. Al poco se puso.

—Soy Jorge Andrade, el que ha testificado este mediodía por el accidente del taxi y el Rufi.

—Sí, me acuerdo perfectamente, no tengo memoria de pez —dijo.

—Llamaba por si me puede decir si el Rufi sigue por allí, está en la cárcel o dónde.

—No puedo darte esa información por protección de datos.

—Pero... necesito saberlo.

—¿Te maltrata?

—Que no estamos liados.

—Si te maltrata, tienes que denunciar.

—Por favor, dígame si lo han soltado.

—Veamos...

Lo oí teclear.

—Sí, hace media hora que le dejaron irse. Así que, si está enfadado contigo, ándate con ojo.

—¿Me puede decir cuál es su domicilio?

—Ya, que tú no lo sabes —me contestó.

—No, no lo sé. Ni es mi novio ni estamos liados ni nada. Lo conocí esta mañana.

—Mira, chaval, este tío no te conviene. Es un delincuente, tiene ya un historial y tú pareces buena gente, así que deja de drogarte y olvídate de él, que hay más tíos que días.

—Por favor, necesito verlo y no sé dónde vive.

La secretaria había dejado de navegar en Facebook y parecía entretenida con mi llamada.

—Ya, ya... Lo que tú digas —y me colgó. Últimamente me colgaba mucha gente.

La secretaria ya no me miraba cabreada. Estaba más bien pasmada.

—Todos los hombres son iguales, ¿verdad? —dijo.

—¿Yo qué coño sé? —dije casi ofendido, como cualquier hetero rancio al que confunden con un gay.

Cogí la bolsa con la droga y la metí en el fondo de mi bolso, y para camuflarla coloqué encima unos cuantos folios y un buen taco de currículums de aspirantes a guionistas que llegaban cada día y nadie se molestaba en leer. Podía buscar al Rufi por plaza de Castilla y devolverle aquello si lo veía, pero, si no daba con él allí, no sabía qué más hacer que no fuera tirar la droga. Pero no me atrevía a algo así por si el Rufi era realmente peligroso pese a su apariencia de *homeless*. Todos esos años escribiendo sobre criminales, matando a gente en las series, y ahora, cuando me veía por primera vez enfrentado a un delincuente de verdad, no sabía qué hacer. Lo mismo me había pasado con las mujeres. Tantas secuencias escritas sobre parejas, tantas reconciliaciones, tanta frase cursi pero resultona y, cuando tocaba dialogar mi vida, no sabía, balbucía, decía sinsentidos y, por último, la cagaba.

Perdiendo todo demasiado rápido

El comedor de la productora ya estaba cerrado, por lo que me bajé a uno de los bares del polígono a comer algo. Como Andrea no me cogía el teléfono y me tenía bloqueado en todo tipo de aplicaciones, pensé que escribirle una carta era una buena idea. Al principio nos escribíamos cartas aunque los dos vivíamos en Madrid. Cartas de tres o cuatro folios en las que yo incluía hasta poemas, siempre de otros, fotos que nos hacíamos con la cámara Lomo que ella me había regalado, hojas cogidas en los parques por los que paseábamos, esas cosas cursis que dan grima salvo cuando las vives tú y no se las cuentas a nadie. Qué remotos esos momentos cuando yo era alguien ilusionado que buscaba entre los poemas de Salinas, de Ángel González, alguno que pudiera gustarle. «¡Si me llamaras, sí; si me llamaras! / Lo dejaría todo, todo lo tiraría.» Ese fue el primero que le envié. Pero ahora ella ya no iba a llamarme, y si lo hacía sería para decirme que pagara mi parte de la factura de la luz de los dos últimos meses y me llevara mis últimos trastos del piso. No sabía explicarme qué había pasado para que yo dejara de escribirle cartas. Tal vez que viviéramos juntos era una pista que me hizo pasar de las cartas a los pósits en el frigorífico. Fui del soneto al haiku, luego a la nada. Como muchos enamorados que pierden el sentido del ridículo, no solo le había mandado poemas de otros, sino que se los había leído. Pero eso también se había acabado hacía tiempo, sin saber bien cómo. No es fácil encontrar un momento que señale cuándo comienza a romperse

todo, si hubo un punto que marcó el no retorno. No tiene por qué ser una gran crisis, tal vez una pequeña grieta por la que comience el

derrumbe. Tal vez fue el día en el que cada uno comenzó a ver una serie distinta, o cuando yo abandoné en las primeras páginas el libro de Murakami, que ella me había regalado con tanta ilusión, por uno de Chuck Palahniuk. O puede que no hubiera un momento clave, sino un cúmulo de amaneceres resacosos, de bolsas de basura que bajar porque el otro no lo había hecho, de listas de la compra y pasillos de supermercado un lunes, de suelos que limpiar, ropas que tender, amigos del otro que aguantar, de rutinas que antes nos gustaba compartir pero un día comenzaron a ser aburridas. Recuerdo un viernes en el que regresé al piso y me alegró recordar que ella estaría fuera el fin de semana. Y esa misma alegría se tornó al momento en una tristeza muy grande porque acababa de ser consciente de que algo había cambiado, sin saber bien por qué. Cuesta concretar las causas por muy claras que parezcan las consecuencias. Y

ahora allí estaba, sin novia y con una bolsa de cocaína que guardé en mi bolso, tan sólida y real como si llevara un alienígena en mi vida que no quería junto a mí, pero del que no podía desembarazarme.

Al salir de la productora pasé junto a la garita de los seguratas. Mercado estaba dentro, pero asomaba la cabeza por la ventanilla, como una gárgola cuelligorda, más románica que barroca. Si él hubiera sabido lo que llevaba en mi bolso, me habría detenido, pensé, y habría sido feliz al hacerlo.

—¿Dónde vas ya? Aún te queda una hora para que salgan los de tu serie

—me dijo.

—A cagar —contesté.

No replicó, sorprendido. Yo también lo estaba por decir algo así y porque él callara. A veces lo tosco funciona.

Al salir a la calle vi que un taxi, que estaba parado junto a la puerta de la productora, arrancaba y me seguía. Miré hacia atrás sin dejar de andar, pero no conseguía ver bien el rostro del taxista. Por el bulto que hacía dentro del coche supe que no era Peter, sino alguien mucho más pequeño. Aceleré el paso. El taxi continuaba tras de mí, a cuatro o cinco metros. Me paré. Se

detuvo. Giré en la calle Siete y giró también. Giré de nuevo en la Diez

y después tomé la Seis. El taxi continuaba a mis espaldas, apenas a cinco metros. Pensé que el Rufi podía ir dentro, pero no tenía sentido, habría bajado para pedirme su droga y se habría marchado. Ahora, con el taxi apenas a tres metros, podía ver que el chófer era un hombre con gafas de sol y bigote y no se distinguía si viajaba alguien en los asientos traseros.

Avancé muy despacio para ver si se ponía a mi altura. El taxi se caló, pero, tras arrancar, siguió tras de mí en una persecución tan poco trepidante que ni Tarantino podría haberle dado vida. Pero yo estaba cada vez más nervioso, así que aceleré el paso y casi corriendo llegué hasta el bar. Dentro solo estaban un camarero, una anciana que con una mano agarraba el asa de un carro de la compra y con la otra echaba dinero a una tragaperras, y un borracho con gabardina que le estaba contando algo al grifo de cerveza sobre invertir en bonos del Estado. El taxi se detuvo junto a la puerta. ¿Esa gente me defendería si el taxista entraba y pretendía atacarme? El borracho bastante tenía con no caerse al suelo, el camarero era muy delgado y bajito, y la señora no abandonaría por cualquier cosa la tragaperras porque acababa de ganar unas monedas que caían con un jolgorio muy triste. Estaba solo.

Pero el taxi, tras unos segundos en la puerta, se alejó. Decidí quedarme.

Siempre podría huir llamando a otro taxi para que me sacara de allí.

Pedí caña, bocata y un bolígrafo, porque no llevaba uno encima, como buen guionista, y me senté a una mesa junto a un ventanal, más por ver si seguía merodeando por allí el taxi que por las vistas. Una vez leí que Vargas Llosa comenzó a escribir *La ciudad y los perros* junto al ventanal de una tasca de Madrid. ¿Por qué no iba yo a escribir la carta que lograra mi perdón junto al ventanal de un bar de polígono industrial? Enfrente tenía el muro de un solar con un letrero que decía «Calle Seis». En la misma pared había un cartel que anunciaba un método adelgazante y una pintada que decía: «Salvad a los madrileños. Firmado: las ballenas». Ese era el ventanal indicado para la carta de amor definitiva.

Tampoco llevaba encima mi cuadernillo de apuntar tontadas, así que cogí una servilleta y la desdoblé. Yo era guionista, vivía de escribir. Ahora escribir debía servirme para algo más que para ganarme el sueldo. Aquella servilleta daba para unas cuantas frases. Pero pese a su tamaño, la servilleta en blanco impresiona casi lo mismo que la página o la pantalla en blanco, y tras cinco minutos me di cuenta de

que solo había escrito una palabra: *Andrea*, como cuando de chaval escribía, casi sin darme cuenta, los nombres de las chicas que me gustaban sobre vidrios empañados y carpetas de bachillerato. Iba para atrás. Quería escribir una carta de amor, pero ya no sabía bien si la amaba. Porque ¿alguien que ama no está al lado del otro en los peores momentos, ya sea un entierro o la comunión de un sobrino político? Aunque la monogamia sea una imposición social, ¿no se intenta aceptarla al menos durante los primeros años? ¿Alguien que ama y tiene novia se instala Tinder?

—¿Quiere algo más, joven? —me preguntó el camarero.

—No. ¿Por qué?

—No, como parecía que estaba musitando y no sabía si era a mí.

—¿Musito? —pregunté sorprendido.

—Un poco.

—¡Deja al joven musitar! ¡Musita usted muy bien, joven! —gritó el borracho desde su rincón, y alzó su vaso de tubo, como en un brindis por mí.

—Gracias —dije—. Un café. Sí, quiero un café.

Arrugué la servilleta avergonzado, y me sentí ridículo por musitar y por pensar que una simple carta me serviría para que Andrea me perdonara.

Escribiera lo que escribiera, terminaría por sentirlo ridículo, como ridículas veía Pessoa todas las cartas de amor. Pero también decía el poeta que al final solo eran ridículos aquellos que nunca escribieron cartas de amor. (Y

también decía que eran ridículas las palabras esdrújulas, aunque eso nunca había terminado de comprenderlo.) Yo ya había escrito unas cuantas cartas

de amor, a ella, a otras, y el recuerdo me las hacía ver ahora esperpénticas.

Sí, casi todo lo pudre el recuerdo. Horas de apasionantes conversaciones por teléfono me parecían ahora pesadas y vacías chácharas de enamorados que sienten esa necesidad tan urgente de contárselo todo; regalos que guardé como tesoros se habían convertido

en trastos inútiles que arrastré en alguna mudanza antes de tirarlos, salvo unos pocos que habían sobrevivido y estaban ahora en una carbonera, dentro de bolsas de basura, a la espera de que yo reuniera el coraje para deshacerme de ellos.

—Su café, joven —me dijo el camarero.

Para los camareros de Madrid, la mitad de su clientela era *joven*, aunque pasaran de los cuarenta, y la otra mitad, *caballeros*, aunque esos caballeros hablaran a voces, escupieran huesos de oliva al suelo y se mondaran los dientes con palillos junto a la barra. Le eché un poco de azúcar al café y lo probé, y entonces vacié todo el sobrecillo en la taza, porque solo más dulzor podía hacer aquello aceptable. Pensé que Andrea, solo al primer sorbo, se habría cabreado y hasta le habría dicho algo al camarero. El odio hacia el café torrefacto se lo debía a ella. Si no conseguía volver con Andrea, me tocaría recordarla cada vez que tomara un café malo, o cuando oyera los grupos que habíamos descubierto juntos, o cuando corriera solo por el Retiro, o al leer a los escritores que más nos habían gustado. Me tocaban años de olvidar o de aprender a ser un hombre dejado, un abandonado al que ella había dado forma esos últimos años para luego irse. ¿La olvidaría huyendo de todo lo que me la recordaba o esa huida me haría recordarla aún más? Pensé que mejor habría sido que no me hubiera enseñado qué era un buen café ni tantas otras cosas. Todos los bares de Madrid me habrían servido entonces. Pero ya no.

Aun así, me terminé aquel café, porque casi todo adicto puede consumir sucedáneos de su droga favorita si no hay otra cosa, aunque no Andrea. Ella prefería no tomar nada. Decía que por mal que vinieran las cosas podría sobrevivir si tenía para buen aceite de oliva, café rico, una ducha caliente al

día y los amigos cerca. Yo no estaba en ese cuarteto de indispensables y me dolió imaginar que le iría bien sin mí y que con el tiempo yo no sería más que un recuerdo borroso que acudiría a su memoria cada vez con menos frecuencia, que puede que en el futuro resumiera toda nuestra historia en alguna frase como «Una vez tuve un lío con uno de Albacete» y a quien la escuchara aquello le parecería exótico y divertido, como cuando le dije la primera vez de dónde era.

—¿De Albacete? ¿En serio? —me preguntó asombrada, tal vez más sorprendida que si le hubiera dicho que era de Finlandia, aunque Albacete solo estuviera a hora y media de tren de Madrid y no tuviéramos renos, solo cabras.

Una cascada de monedas comenzó a salir de la máquina tragaperras y me olvidé por un momento de mis problemas. La señora del carro de la compra movía de un lado a otro sus manos intentando contener las monedas que caían sobre la bandeja metálica de la máquina y rebotaban hacia el suelo. El camarero llegó corriendo a darle un gran vaso de plástico en el que ir metiendo el premio, lo que la hizo parecer una jubilada con cubalitro en un bar de polígono. La máquina, mientras daba el premio, desplegaba todas sus luces y sonidos y el borracho se vino arriba, se puso a bailar y agarró un taburete como pareja de danza mientras el camarero recogía alguna moneda del suelo. Tras casi un minuto la máquina terminó de vomitar monedas y volvió al silencio, pero el borracho continuó el baile unos segundos más, como si a él aún le llegara la música desde el país del alcohol. La señora se acercó a la barra con su gran vaso repleto de monedas y se lo dio al camarero, que lo guardó.

—Hijo, ¿qué te traigo del mercado? —le preguntó.

El camarero me miró incómodo. Su señora madre se dedicaba a limpiar la tragaperras para la familia.

—Pues... dos kilos de lenguados y los tomates. Y el lomo, que ya está encargado.

La señora se fue con su carro. El borracho se quitó la gabardina, la dobló con parsimonia, la depositó en un taburete, se arremangó y se colocó frente a la máquina tragaperras que acababa de vaciar la señora, donde comenzó a meter monedas con frenesí. Sí, estaba muy mal o era un optimista irredento.

Me acerqué a la barra a pedirme otra caña.

—¡Joven! —me gritó el camarero señalando mi mesa.

Me giré. Acababa de entrar un tipo delgado, con melena y gafas de sol, que había cogido mi bolso y ya salía a la calle con él. Corrí tras el ladrón, pero solo alcancé a ver cómo a unos metros de la puerta se metía en un taxi que arrancó al instante y se alejó. Cuando se me ocurrió memorizar la matrícula el taxi ya doblaba la esquina y solo retuve las tres primeras letras y la marca del coche, un Skoda, como un tercio de los taxis de Madrid y como el taxi que minutos antes me había estado siguiendo. Acababa de perder la cocaína de un loco que igual se sabía la dirección de mi novia y también mi cartera, el DNI, mis dos tarjetas de crédito y unos cuantos euros.

—Ya estoy llamando a la policía —dijo el camarero con el teléfono en

la mano.

—No, no, mejor que no llame a nadie —le dije.

—¿Seguro que no? —preguntó extrañado.

—No, solo llevaba un libro y una cartera con diez euros. No quiero perder la tarde en una comisaría solo por eso —dije.

—Pero... si igual están cerca y te toman declaración aquí mismo.

—Sí, de verdad. Mejor dejarlo pasar —dije pese a la insistencia del camarero. Me busqué en los bolsillos para pagarle. No llevaba ni una moneda—. ¿Le da igual si le pago mañana? Trabajo aquí al lado.

—¡Yo convido al joven! —dijo el borracho—. Anda, tómate un *cubaslibres*, que te invito también. Las penurias, mejor en compañía.

Conseguí convencerlo de que no era el mejor momento para que yo me tomara unos *cubaslibres* con él, pero sí le acepté cinco euros que insistió en

darme para el autobús y tampoco pude negarme al bocadillo de tortilla de patata que se empeñó en que me llevara.

Tres mudanzas equivalen

a la muerte de un familiar

Llegué a plaza de Castilla y salí como un prófugo del intercambiador de autobuses por si rondaba por allí el Rufi y nos encontrábamos sin que yo llevara su droga encima. Pensé que podría habérmela robado él, pero eso no tenía sentido. Yo no quería otra cosa que dársela y olvidarme de todo aquello y él querría recuperarla cuanto antes. Ya era de noche cuando me metí en el metro. Dos quinceañeras hablaban alegres, reían, y sentí una hostilidad silenciosa hacia ellas en el resto de los viajeros, en mí, como si su felicidad nos incomodara. Pronto comenzó a agobiarme aquel aire de segunda mano del vagón, así que me bajé cuando aún quedaban unas cuantas estaciones para llegar a la casa de Matías.

En la boca del metro, un hombre negro que vestía traje y gafas de sol pese a que ya era de noche me dio un folleto por si necesitaba la ayuda de un brujo africano. Sí, y de varias tribus también, necesitaba ayuda en cantidades industriales, una factoría de ayuda solo para mí.

—Aquí pone que puede hacer que el dinero venga a mí —le dije.

—Sí, dinero, mucho.

—¿Por qué no has ido tú a hacerte rico y estás aquí pasando frío y repartiendo esto?

—El dinero también viene a mí. Siete euros la hora. Siete, siete —

repitió.

Unos metros más adelante me dieron un folleto de una academia de azafatas de vuelo. Me guardé ambos. Todas las opciones estaban abiertas.

Decidí pasear por la ciudad, por si andar me aclaraba las ideas, si es que alguna idea llegaba a mi cerebro. Tras un buen rato llegué al Retiro. Era de noche y ya solo se veía a algún corredor, a unos pocos dueños de perros que hacían corros y hablaban mientras sus mascotas corrían unas tras otras o se olían y lamían los sexos y los anos, y pensé que tal vez algunos de aquellos dueños bajaban cada noche con el deseo de llegar a lamer a los otros dueños, pero, al contrario que sus perros, se contenían. Me senté en un banco, solo, como hacen los jubilados asociales y los tristes. Yo estaba triste, triste y agobiado, pero no por mi despido, sino por perder a Andrea.

La idea de que se acabara mi trabajo en el polígono comenzaba a gustarme, me hacía sentir casi liberado, como si desde hacía tiempo hubiera querido dejar aquella serie por la que a veces nos felicitaban los conocidos, esa serie que te hacía quedar bien en las fiestas al decir que escribías allí, que conseguía que la gente pensara que eras alguien ingenioso si no hablabas demasiado, pero que nos hacía llevar una vida de mierda, casi siempre escribiendo contra reloj para un jefe al que no respetábamos ni nos respetaba. Y después de acudir cada día a que me diera órdenes alguien a quien no respetaba, había terminado por no respetarme a mí mismo.

Ahora esa vida se había acabado, el propio Jeremías me había dado el empujón que necesitaba para salir de allí. Así se dirigía el rumbo de mi vida, por las decisiones de otros. Un patinador en mallas verdes, con calentadores multicolor en los tobillos, cascos fosforescentes sobre sus orejas que aplastaban su exuberante mata de pelo rizado, casi afro, pasó ante mí con un rumor de rodamientos. Bailaba más que patinaba, sonreía y tarareaba y todo parecía darle igual. Quise tener patines, patinar así por la vida. Pero había cosas más urgentes y menos divertidas que aprender a patinar. Hablar con gente. Con mis padres,

para que no se alarmaran si nadie les contestaba al llamarme o les contestaba un señor jubilado. Con Andrea, para avisarla de que un traficante de drogas podía pasar por su piso preguntando por mí. Busqué de nuevo un teléfono público y tras un buen

rato di con uno que funcionaba. Llamé a la casa de mis padres. Me los imaginé al otro lado discutiendo por ver quién cogía el teléfono. «A mí no me llama nadie al fijo», diría mi padre, al que no llamaba nadie ni al fijo ni al móvil. «A mí, a estas horas, tampoco», diría mi madre. Al final sería ella quien descolgara.

—No pienso comprar nada —me dijo mi madre antes de darme tiempo a hablar.

—Soy yo, mamá.

—¿Dónde estás? ¿Quién tiene tu teléfono?

—¿Me has llamado?

—Llevo haciéndolo dos horas y a veces lo coge un señor que dice que te lo está guardando y que si quiero comprar miel de romero.

—Me lo olvidé ayer en el pueblo de la abuela de Andrea y se lo encontró ese hombre.

—¿Qué hacías tú allí entre semana?

—Se ha muerto su abuela.

—¿Se ha muerto? ¿Cuándo pensabas avisarnos para que le diéramos el pésame?

—Iba a hacerlo, pero perdí el móvil. Te llamaba para que no os asustéis si no contestaba, estoy bien.

—No, hijo, no estás bien. Has perdido dos móviles en un año, cinco o seis en toda tu vida. Las llaves de nuestra casa como diez veces. Llevas como cinco DNI perdidos y te han llevado a comisaría una vez para identificarte. Has suspendido exámenes por equivocarte de día. Bien no estás.

—Mamá, estoy en una cabina...

—No mientas, no quedan cabinas... Hijo, tienes que cambiar, porque no se puede ir así por la vida. Me gustaría tanto que fueras de otra forma, pero tú...

—Mamá, se me acaba el dinero. Hablamos, y no llames más a mi número viejo.

Le colgué. Era la primera vez que lo hacía y pensé que debería haber comenzado mucho antes. Cogí el metro y me fui a la plaza de Sol, a una tienda de móviles de mi operador que cerraba tarde.

—Quiero bloquear mi tarjeta —le dije a una chica que atendía en el mostrador.

—Para ese trámite necesitaré tu DNI, por favor —me contestó con una sonrisa y tuteándome, tal vez para cumplir órdenes corporativas de mostrarse cercana con gente que no le importaba nada.

—No lo tengo. Me han robado. El móvil, el DNI, las tarjetas y un libro.

—Vaya faena —dijo intentando simular que le afectaba—. ¿Tienes la denuncia?

—No la he puesto aún.

—¿Algún documento que acredite quién eres?

—No, ya te digo que me han robado todo lo que llevaba encima.

—¿Te sabes el PUK?

—Veintitrés cero ocho.

—No, el PUK. Eso debe ser el PIN. El PUK es más largo.

—¿No es PUK?

—No, es PIN. El PIN no sirve.

—El PUK no lo sé. Solo el PIN.

—PUK, necesito PUK.

—¡¿Podemos dejar de hablar como si fuéramos duendes del bosque y me bloqueas el teléfono para que nadie lo use?! ¡Yo soy yo!

—Sí, ya imagino que no es el vecino de enfrente —dijo abandonando su sonrisa y el tonito amistoso—. Pero necesito el PUK. Ocho cifras. El IMEI no se lo sabrá —dijo cambiando al *usted* ahora.

—¿El qué?

—Nada, déjelo. Pero, si no se sabe ni el PUK, no puedo hacer nada.

—¿Cómo me voy a saber ocho cifras de memoria si tardé años en aprenderme el DNI?

Se encogió de hombros, no era su problema.

—¿No tenéis una ficha con mi foto? ¿Reconocimiento por huella dactilar? Vivimos en el siglo XXI. Algo habrá para que yo pueda bloquear mi jodido móvil.

—No. Solo con DNI, pasaporte, carnet de conducir o PUK. Si encuentra el PUK, puede bloquear el móvil llamando por teléfono a la compañía. Si conserva la caja del móvil, tal vez encuentre ahí el IMEI.

—No tengo casa donde encontrar nada de eso.

Me miró pensando que me estaba riendo de ella. Pese a ello, intentó sonreír, pero ya solo le salía una mueca extraña.

—Entonces no puedo hacer nada por usted —dijo, y miró detrás de mí, como buscando a otro cliente al que atender porque parecía haber acabado conmigo.

—Ya, así que vengo hasta aquí, yo, el dueño, y no me dejas bloquearlo.

Pero si llama quien sea con el PUK de los cojones puede bloquear mi móvil.

—Estimado cliente, está usted empleando un lenguaje algo rudo.

—Sí, lo sé. ¿Puede darme el libro de reclamaciones?

—Por supuesto. ¿Me deja el DNI? Tenemos que acompañar su queja de una fotocopia del DNI.

—No llevo DNI. Me lo han robado.

Se encogió de hombros, volvió a mirar detrás de mí y le hizo un gesto a dos señoras que estaban a mis espaldas para que se acercaran al mostrador, cosa que hicieron con brío, desplazándome a un lado.

—Díganme, señoras —les dijo, dando por terminado mi tiempo.

Se me pasó por la cabeza ser más rudo aún, pero no me quedaban energías, así que me di media vuelta y me fui hacia la casa de Matías.

—¿Y tus llaves? —me preguntó por el interfono.

—Ahora te cuento.

Cuando entré, Matías estaba en el salón descalzo, con unas mallas cortas y una camiseta de tirantes, haciendo ejercicios con dos mancuernas frente a la tele. Dejó las mancuernas sobre el sofá y me dio un abrazo. Matías podía abrazarte varias veces el mismo día, aunque solo hubieran pasado unas pocas horas desde la última vez que te había visto. Y pese a que en mi familia apenas nos tocábamos, me había acostumbrado a sus abrazos, aunque siempre refunfuñaba cuando me los daba, lo que hacía que aún me abrazara más, porque disfrutaba al hacerme rabiar. Pero ese día no refunfuñé, necesitaba ese abrazo. Él, una ducha.

—¿Qué ha pasado con las llaves que te dejé? —me preguntó cuando deshizo el abrazo.

Le conté lo del robo, pero no le dije nada sobre la bolsa con la supuesta cocaína porque Matías tenía el pequeño defecto de contarle casi todo a su novia, y si Marta se enteraba de aquello, lo haría Andrea.

—No es tu día —me dijo—. Casi mejor que ya no pises la calle hoy. ¿No es un poco raro que te robe un tío que va en taxi? ¿Los ladrones se mueven ahora en taxi?

—No sé, será un ladrón burgués.

—Es muy extraño. ¿Seguro que no conocías a ese tipo?

—No lo había visto en mi vida. Creo, porque llevaba gafas de sol y apenas le vi el rostro.

—¿Qué tal el viaje al pueblo de Andrea? ¿Ha servido para algo?

Y le conté el viaje.

—No, está claro, no es tu día.

—Tengo el peor de los días, sí.

Y para no hablar más de mí, le pregunté por su *casting*.

—Mal, éramos muchos. El mundo del *casting* se ha llenado de chavalillos que no quieren ser actores, quieren ser famosos. Son actores porque les parece el camino más rápido a la fama. Tendrías que hablar con ellos. ¡No saben quién es Chéjov! —dijo escandalizado.

—¿Tú has leído a Chéjov?

—No, pero sé quién es. Uno no puede leer a todos los rusos. Eran muchos y escribían demasiado.

Y se fue a la cocina para regresar al poco con un cepillo y el cogedor.

—Ahora tengo que limpiar un poco, ha llamado Marta, vuelve antes de lo que pensaba, no la mandan de Moscú a Dubái como creía. Ah, y que sepas que Marta ya ha hablado con Andrea. Así que ahora Marta dice que eres un cabrón y que no te quiere aquí.

—¿Tú qué le has dicho?

—He intentado defenderte, pero, en fin, es su piso.

—Pero... tengo que sacar mis cosas de la carbonera hoy mismo y las iba a traer aquí mientras encuentro donde mudarme.

—Se lo comenté, pero dice que te busques la vida.

—¿No me has defendido?

—No mucho. Sé cómo funciona Marta. Cuanto más te defienda yo, más pensará ella que lleva razón y más difícil será que dé su brazo a torcer. Es nuestra dinámica.

—Pero... con tu estrategia tampoco has conseguido que me pueda quedar unos días.

Se quedó pensativo por un momento.

—No —dijo por fin—. Como estrategia es una mierda, pero de todas formas era imposible conseguir que te quedaras. Quita, Dogo —dijo, e intentó desalojar al perro del sofá. Pero el animal se limitó a mover la cola.

—Parece muy cansado.

—Lo está, sí. Hoy ha tenido tres trabajitos —me dijo.

—El día en que Marta se entere de lo que haces con su perro no le va

a gustar nada.

—Dogo se queda contento; los demás, también.

—Marta no se va a quedar tan contenta.

—No tiene por qué enterarse. Y ahora, si quieres, vamos a por tus cosas a esa carbonera, pero tienes que pensar dónde dejarlas.

—Alquilaré uno de esos trasteros por días mientras encuentro piso. ¿Me puedes dejar pasta para el trastero?

Asintió resignado y nos fuimos a hacer mi mudanza. Un buen amigo es el que no se escaquea en las mudanzas, y esa era la segunda en la que él me ayudaba.

El portero pareció decepcionado al verme llegar.

—Ya iba a dejar tus cosas en el contenedor de la basura —dijo fastidiado.

—Me dijo que esperaría un día.

—Sí, veinticuatro horas.

Estiró el brazo con parsimonia para mirar el reloj.

—De más he esperado ya.

Matías miró con curiosidad el reloj del portero.

—Es inteligente —dijo el portero con orgullo.

—Alguien tenía que serlo en esta portería, ¿no? —le dijo Matías sonriendo.

El portero lo miró con ganas de darle una hostia.

—Calla, Matías —le dije cogiéndolo del brazo para llevármelo hacia dentro.

—¡Vino un tío muy raro preguntando por ti! —me gritó el portero cuando ya bajábamos por la estrecha escalera de la carbonera.

—¿Raro cómo?

—¡Un perdido! Casi como tú.

—¿Le dijo cómo se llamaba?

—No me da por preguntarle nada a gente de esa ralea.

—¿Le contó que ya no vivo aquí?

—Sí, le he dicho que tu novia te echó. Y que no volviera. Por aquí no quiero escoria. —Y más que decir *escoria*, casi lo escupió.

—Gracias. Es usted muy amable.

El portero, que nos vigilaba desde la puerta de la carbonera, se quedó por un momento pensando si eso era un elogio o una ironía.

—Dejádmela bien limpia —dijo por fin.

—¡Sí, para ponernos a limpiar toda la mugre que usted ha acumulado todos estos años estamos nosotros ahora! —le gritó Matías.

—Matías, calla y vamos para abajo —le dije tirando de nuevo de él.

—El servicio está fatal hoy en día, ¿no? —dijo Matías bien alto mientras continuábamos bajando.

Ya con las dos últimas bolsas en mis manos me detuve en el portal, desde donde el portero supervisaba mi mudanza.

—¿Sabe si Andrea ha vuelto de su pueblo? —le pregunté, con pocas esperanzas de que me quisiera contar algo.

—No acostumbro a dar información sobre los vecinos a gente ajena a la comunidad.

—No me lo va a decir, ¿no? —dije.

—No. Y si no te vuelvo a ver por aquí, mejor que mejor.

—Pues igual vuelvo a vivir en el piso, ¿sabe?

—No creo. No va a querer volver contigo. No la llenabas ni le dabas lo que se necesita.

—¿Cómo dice?

—Lo que oyes. Todo el mundo lo sabía en la vecindad, no había más que ver a esa pobre muchacha cuando hacíais cola en la pescadería. No te amaba, reconócelo. También lo dice el paquistaní de la frutería.

—No voy a discutir sobre mi vida sentimental con usted.

—Tú ya no gastas vida sentimental.

—Mire, mejor se calla.

—No, si ya me lo había dicho la del cuarto, que os oye pelear. Esa es tu forma de discutir, a lo visto, decirle al otro que se calle, ¿no? Para no oír lo que no quieres oír.

—¿Pero qué dice?

—No gastas ninguna inteligencia emocional, no, eso dijo Paqui la pescadera, que se te nota cuando vas a su negocio y no tiene boquerones. Y

no le falta razón.

—Escúcheme: volveré a vivir aquí, con Andrea. Y entonces presentaré una queja sobre el portero en cuanto haya reunión de la comunidad.

—A las reuniones de la comunidad solo van los propietarios. La propietaria es ella, que tú no le dabas ni para la luz. Y hazte a la idea de que tú no vas a ser propietario en tu vida.

—¿Y usted? Vive en un micropiso de mierda que no es ni suyo. En cuanto se jubile, fuera de aquí.

—Tengo parcela en León. Y ahora dame la llave del portal.

—Ni de coña.

Me fui hacia la calle sin darle la llave, intentando hacer algo digno ese día.

—¡Ninguna inteligencia emocional! ¡Tú de eso no gastas! —me gritó.

No supe qué contestarle desde mi falta de inteligencia emocional.

Antes de alejarme toqué en el interfono del piso de Andrea. Nadie respondió, no había vuelto. Mejor así, el Rufi aún no habría podido hablar con ella.

En la calle, Matías discutía con un tipo bajito y delgado que parecía haber pasado una mala noche. Más bien varias malas noches seguidas.

—¡Te digo que no te llevo, que ni loco! —le gritaba Matías mientras

tiraba del abrigo del tipo para que dejara de aferrarse a la manilla de una de las puertas traseras de su coche.

Pese a su delgadez, el hombrecillo se agarraba a la manilla como si al soltarla se enfrentara a un precipicio.

—¿Es por dinero? —decía—. ¡Si es por dinero, yo te pago el viaje, pero llévame a la Cañada!

Llegué junto a ellos con las últimas bolsas en mis manos.

—¿Qué pasa? —pregunté sin terminar de comprender la situación.

—Que se piensa que esto es una cunda y quiere que lo llevemos a pillar.

Miré el coche de Matías. Sí, un poco de pinta de cunda tenía.

—Tú también vas, ¿no? —me preguntó el tipo, aunque más bien lo afirmó—. ¿A quién le pilláis? ¿A la Ramona?

—Yo no le pillo nada a nadie.

—¿Vendes? —preguntó esperanzado.

Vi que el portero asomaba su cabeza por el portal. Distinguí bajo los bigotes sus dientes grises, que asomaban al sonreír.

—¿Qué mira? —le grité.

—Qué bien ha hecho esa muchacha, qué bien. ¡Un yonqui!

—¡A mucha honra! —dijo el yonqui.

—Vámonos, Matías.

—Sí, vámonos ya —dijo el yonqui, que en un descuido de Matías había abierto la puerta, se había metido dentro y se estaba poniendo el cinturón de seguridad. Era yonqui, pero prudente.

—No, tú no te vas. Sal del coche.

—Venga, tíos, enrollaos. ¿Qué más os da si tenéis que ir igual? Cinco euros os doy si me lleváis.

—¡He dicho que fuera de mi coche ahora mismo! ¡Vamos, fuera de una vez o te saco a hostias! —le gritó Matías con una energía que le

había visto pocas veces—. ¡Ya!

Al poco, las nubes fluorescentes del cielo de Madrid comenzaron a descargar el líquido que llevaran dentro y el tráfico se hizo más denso. Los pitorrazos fueron a más, como un coro que intentaba afinar sin lograrlo, y

las luces de freno de los coches se encendían y apagaban ante nosotros, como marcando el pulso arrítmico de la ciudad bajo la lluvia. Comenzó a sonar música de Camela. «Ella ya se marchó de mi lado y un recuerdo solo me dejó y una espina clavada en mi corazón y una espina clavada.»

—No os importa, ¿verdad? —dijo el yonqui desde los asientos de atrás mientras se ponía el móvil pegado a una oreja, su cuerpecillo de niño viejo embutido entre mis bolsas de ropa—. ¿Entonces no le pilláis a la Ramona?

—Apaga eso —le dijo Matías cabreado—. Y te dejamos en la entrada, yo no me meto en la Cañada Real.

—Pero está lloviendo.

—Como si graniza.

El yonqui se quitó del regazo una bolsa que se le había caído encima y se encogió de hombros. Yo lo miraba de reojo, con la intranquilidad de los que poseen cosas, aunque no tengan mucho valor y estén metidas en bolsas de basura. Pero él parecía más interesado en indicarle a Matías por dónde podíamos atajar que en robarme nada. En esas bolsas y cajas estaba casi todo lo que yo poseía. Mientras los amigos comenzaban a acopiar hipotecas, monovolúmenes, hijos..., yo tenía unas cuantas pilas de cajas con libros, bolsas de basura repletas de ropa y una moto en un garaje de Albacete que no conseguía arrancar desde hacía tres años. Pronto tendría todas mis posesiones en un trastero alquilado, lo que añadiría un toque más de perdedor a mi vida.

Llegamos a la entrada a la Cañada Real y Matías le dijo al yonqui que se bajara.

—Entonces..., ¿no vais a pillar?

—Que no, que te bajes.

Nos miró muy extrañado, se quitó el cinturón de seguridad y se alejó,

girándose de vez en cuando, como para comprobar que nos íbamos de allí sin comprar nada. Y por fin se perdió entre los barrizales y la oscuridad de la Cañada. Tuve claro que nunca sería drogadicto. Fuimos a Delicias y

alquilé un trastero con el DNI de Matías donde dejamos mis bolsas. Pensé en qué pasaría si en nuestro país se hiciera algún programa de televisión como esos americanos en los que subastan trasteros de gente que dejó de pagar su alquiler y alguien se quedara con el mío y descubriera que allí solo había libros, cómics, CD y ropa usada.

—¿Sabes dónde podría comprarme un móvil barato? —le pregunté a Matías ya de regreso a Embajadores—. Necesito uno mientras recupero el mío, no puedo seguir sin móvil.

—¿A estas horas?

—Andrea puede pensar que ya tengo móvil y llamarme, necesito uno nuevo.

—Pero antes tendrías que recuperar tu número de siempre. Y para eso hay que bloquear la vieja tarjeta SIM y conseguir una nueva con ese número. ¿Has anulado la vieja? Llamando a tu compañía con el PUK lo puedes hacer.

—¡No me hables de PUK! —casi le grité.

Matías me miró extrañado por mi reacción y siguió conduciendo en silencio durante unos segundos.

—¿Has pensado en volver a ir al psicólogo? —me preguntó por fin.

No le contesté, pero, sí, lo había pensado.

Llegamos al barrio y Matías encontró rápidamente aparcamiento en una plaza para minusválidos.

—¿Ves qué bien viene tener esto? —me dijo Matías mientras ponía el cartelito de minusválido en la guantera de su coche—. Horas me ahorra.

—Algún día te pillarán y pagarás por todo.

—Ya pago. Quince euros mensuales. —Se miró el reloj—. Vamos a Tribulete, a ver si hay alguna tienda abierta para encontrarte móvil.

Me llevó a una tienda diminuta con un pequeño escaparate abarrotado

de móviles que tenían los precios escritos a mano en cartoncitos. Tras un mostrador muy bajo estaba un tipo regordete, de ese moreno paquistaní que

a veces parece casi negro. El hombre sonreía como si la vida fuera algo bueno.

—Buenas, Zartosht. Mi amigo necesita un móvil baratito pero bueno.

—Y bonito, ¿no? —dijo, y se rio.

—También. ¿Qué tienes?

—¿Nuevo o no nuevo?

—Saca los no nuevos. Pero los buenos —dijo Matías, cargando la palabra *buenos* de un significado que se me escapaba.

El hombre le guiñó un ojo y se fue para dentro.

—¿Segunda mano? —pregunté inquieto.

—Tranquilo, este tío maneja género de calidad. ¡Zartosht, dile a mi amigo qué significa tu nombre!

—¡Vete a la mierda! —le gritó el otro desde el interior de su tiendecilla.

—No significa eso, sino propietario de camellos dorados. Vaya tela, ¿no?

Al poco, el propietario de los camellos dorados regresó con una caja de cartón en la que había unos doce móviles. Matías cogió uno.

—Mira, un iPhone 6. ¿Cuánto?

—Doscientos —dijo el hombre.

—No me quiero gastar tanto, que igual en dos días tengo mi móvil aquí

—dije.

—Tú calla. Vamos, Zartosht, ciento veinte.

El otro le arrebató el móvil de la mano y giró la cabeza hacia la pared, como ofendido.

—Me estás insultando.

—No, más tarde te insulto. Ahora regateemos. Ciento cuarenta —dijo Matías sin que pareciera importarle el enfado del vendedor.

—Ciento cincuenta.

—Hecho.

—Pero que yo no quiero un iPhone.

—Pero, míralo, está nuevo. Ni una raya. Esto te cuesta en eBay doscientos cincuenta por lo menos —dijo Matías.

—¿Y no es un precio demasiado... demasiado barato? —pregunté.

Zartosht me miró como si yo fuera idiota y Matías suspiró y sacó su cartera para pagarle.

—Tampoco tengo tarjeta SIM —dije.

—Para tarjeta necesito DNI —dijo el hombre—. Que están cosas muy serias.

—No tengo DNI. Me lo han robado.

El paquistaní me miró receloso.

—Este que no tiene nada ¿quién es? —le preguntó a Matías.

—Un amigo. ¿Ahora te vas a poner en rollo legal, Zartosht? Seguro que le puedes dar una tarjeta sin que te enseñe el DNI. No es ningún delincuente, tan solo guionista de televisión —le dijo Matías.

—Treinta euros.

Tras regatear otro poco salí de la tienda con mi primer iPhone y una tarjeta SIM con un nuevo número de teléfono.

—¿Y ahora qué? ¿Nos tomamos esas cervezas? —me preguntó Matías.

—¿Seguro que no es robado? —pregunté mirando a mi nuevo móvil como si fuera un criminal.

—Segunda mano, y no pienses más. ¿Nos tomamos una cerveza?

—Debería meterme en internet y buscar piso antes de que tu novia

vuelva y me eche a la calle. Que ya no puedo soportar que me sigan echando de los sitios. Y también tengo que mandarle mi nuevo número a Andrea, por si me quiere llamar.

Matías me miró con pena, pero no dijo lo que pensaba sobre una posible llamada de Andrea.

—Marta me ha mandado un wasap —me dijo—. Su vuelo ha perdido una conexión o algo así y creo que no vuelve hasta pasado mañana. Y una

cervecilla te vendrá bien antes de ponerte a buscar piso. Vamos, que te hace falta después del día de mierda que has llevado.

—Sí, más que nunca.

Pasó uno de sus brazos por mis hombros, me despeinó con la otra mano, se la miró con asco porque yo debía llevar el pelo algo grasiento y nos fuimos para el bar de debajo de su casa, donde lo trataban como a un visir y lo conocían hasta los ludópatas, que casi nunca levantaban la mirada de las máquinas tragaperras, y también los viajantes de las patatas fritas y el vermú.

Dos horas después regresamos a su piso medio borrachos. Pensé que debía cambiar ya de amistades. Tal vez Matías pensaba lo mismo. Él se tumbó en el sofá y yo me di una ducha y después me conecté a internet con el portátil para buscar piso. Quería tener casa cuando Marta regresara y no darle el gusto de echarme, aunque en realidad ya me había echado. Pero para alquilar un piso en Madrid necesitaba avales, dinero para fianzas de meses, contratos de trabajo, ahorros, buen aspecto y, lo más complicado, dar con el piso. No tenía nada de eso; con suerte, un contrato si mi empresa me ofrecía un puesto digno, así que tan solo podría permitirme el compartir piso. Encontré tres habitaciones algo caras, pero con buena pinta. Todas se definían como *luminosas* o *soleadas*, estaban por el centro y podría pagarlas si seguía trabajando. Decidí llamar al día siguiente.

Si estás vivo, no digas nunca

que ya nada puede ir a peor

A las seis de la mañana ya estaba despierto. Era temprano para comenzar a llamar a la gente que alquilaba habitaciones, pero no conseguía dormirme de nuevo, así que decidí salir a la calle y esperar a que fuera una hora prudencial, aunque no tenía muy claro cuándo era eso. Subí por Lavapiés, pasé por Tirso, atravesé Sol y llegué por

Montera a la Gran Vía. Me senté en un banco para atarme los cordones de las zapatillas y desenrollar los cables de los cascos. En esta última tarea se me han ido muchas horas de mi vida. Las últimas prostitutas y los chinos que vendían bocatas y cervezas habían desaparecido, y ya estaban en las bocas del metro los repartidores de periódicos gratuitos. Alguien me habló.

—Guapo, te la chupo por quince euros.

Me giré. No, no todas las prostitutas se habían ido.

—¿Quince? Yo cobro treinta —le dije.

—No, soy yo la que cobra —me dijo.

—Yo también.

Me miró de arriba abajo.

—Pues con ese cuerpo y esos precios, facturarás poco.

—No mucho.

—No me extraña. Está mal el patio —dijo mirando triste a los primeros oficinistas que pasaban por allí con esas prisas que terminan por llevar en Madrid hasta los que no tienen prisa.

—No te haces una idea —le dije.

—Te aseguro que sí —contestó.

—A mí me ha dejado la novia —le solté, no sé muy bien por qué.

—Al menos tenías alguien que te dejara. Yo no tengo novio desde hace quince años. De hecho, hace quince años lo que tenía era novia.

—¿Te dejó o la dejaste?

Pero no me contestó, tenía de pronto la mirada perdida, como si recordara historias muy tristes que quedaban lejos. Me levanté y me fui sin que pareciera darse cuenta. Hacía tiempo que no veía a alguien tan triste y eso me consoló. Todo podía ser aún peor.

De Gran Vía bajé hacia la plaza de España. A mi alrededor veía gente con rumbo y decisión, aunque había otros que, como yo, no parecían tener prisas por llegar a ningún lado. El mendigo que aún pedía *pecetas* tirado en el suelo también había madrugado, el quiosquero que

siempre sonreía cortaba con tajos secos de cúter las cintas que unían los fardos de periódicos y los colocaba en su puesto. Le compré uno solo por ver su sonrisa. Pese a que hacía cuatro años que ya no vivía por allí, me pareció que aún se acordaba de mí. O al menos me sonrió como si lo hiciera y me deseó buen día. En ese momento quise que fuera mi amigo, contarle lo que me pasaba y que me diera un abrazo aunque manchara mi jersey con sus guantes ennegrecidos por la tinta de los periódicos. Entré en una cafetería y abrí el periódico. Intenté leer, pero mi cabeza se iba a pensar en Andrea a cada poco, sin dejar espacio para nada más. Se me acercó una camarera asiática.

—Unas porras y un café —le dije.

Ella gritó «café y porras» con las erres mal pronunciadas. Sonrió al dejar ante mí las porras. La gente que sonríe temprano merece un monumento, o al menos propina. Decidí que era el momento de mandarle un wasap a Andrea para que tuviera mi nuevo número. Instalé el programa con la wifi del bar y al momento se descargaron casi doscientos mensajes. Comprendí que no solo mi móvil era de segunda mano, también la tarjeta de prepago lo era, y todos esos mensajes estarían destinados al anterior dueño, que no

debía haber dado de baja el número. Podía ser hasta una tarjeta robada, pero dentro de mi flamante carrera criminal me pareció un delito menor. Decidí no leer ninguno de esos wasaps que pertenecían al anterior dueño de la tarjeta y le escribí a Andrea para contarle que ese sería mi nuevo número por unos días.

Me quedaba decidir qué hacer con el Rufi y la bolsa que me habían robado. El ladrón viajaba en taxi y el taxista tenía que saber que su cliente me había robado. Y el único taxista que yo conocía era Peter. Por fortuna no había metido su tarjeta en mi cartera, sino en un bolsillo, y la saqué para llamarlo. Cuando descolgó, oí de fondo música clásica.

—¿Diga?

—Peter, soy yo, el guionista que fue contigo a la comisaría.

Calló por un momento, como si hiciera memoria.

—Hola, chaval. ¿Sabes que los del seguro me dicen que no me pagan la abolladura que me hizo ese degenerado? Que no cubren caídas de gente desde autobuses, dicen, que me ha de pagar la empresa municipal de transportes. Pero el chófer del autobús ni lo vio, así que, mira, me viene bien que me llames, le voy a dar tu teléfono a los del

seguro. Como coja a ese desgraciado...

—Te quería preguntar algo, Peter. Ayer, cuando aún estaba por el polígono de mi empresa, me siguió un taxi...

—¿De qué color? —me interrumpió al momento.

—¿De qué color va a ser? Blanco.

—También es verdad. ¿Y qué pasó?

—Primero el taxi fue detrás de mí por el polígono, hasta que me metí en un bar. Entonces desapareció, pero cuando me acerqué a pedir algo a la barra, entró un tipo, me robó el bolso y huyó en el taxi.

No dijo nada por unos segundos.

—¿Peter? ¿Estás ahí?

—Sí, sí, aquí sigo. ¿Viste la matrícula?

—Me acuerdo de las tres letras y del modelo. ¿Tú podrías enterarte de quién era el taxista? Me han dejado sin DNI, sin tarjetas y sin dinero.

—¿Has puesto denuncia?

—No, no creo que sirva para nada.

—Dame esas letras de la matrícula... Pero no ahora. Mejor que no sigamos hablando de esto por teléfono.

—¿Por qué?

—Te voy a mandar un wasap con un *mail* para que me escribas y yo te contestaré diciéndote dónde nos tenemos que reunir.

—¿Un *mail*? ¿No me lo puedes decir ahora? ¿Por qué? ¿Qué pasa?

Pero ya me había colgado. Al momento me llegó el wasap con el *mail* y le respondí para que tuviera mi dirección de correo.

Pagué y salí a la calle. Los bancos ya habían abierto, así que me fui a una sucursal del mío a intentar que me dieran algo de dinero de mi cuenta corriente y encargar una nueva tarjeta.

—Necesito el DNI —me dijo un cajero, que aunque acababan de abrir ya parecía derrotado por el día.

—Tengo un problema —le dije—. Cuando perdí la tarjeta también perdí el DNI.

—¿Has puesto denuncia por la pérdida?

—No.

—¿Justificante de haber solicitado otro DNI?

—Tampoco.

—¿Carnet de conducir?

—También lo perdí.

—¿Tienes algún documento que acredite que tú eres tú?

Demostrar eso cada vez se me estaba haciendo más difícil y ya comenzaba a dudar si podría volver a ser yo ante la sociedad, si merecía la pena el esfuerzo de seguir siendo yo.

—Ahora mismo no.

—Ya... Comprenderás que así no te podemos dar dinero. Como mucho, encargarte una tarjeta nueva para que vengas a recogerla cuando ya tengas algún documento o enviártela al domicilio que figura en el sistema.

—Pero... cuando me abrí la cuenta corriente les di una fotocopia de mi DNI, la tendrán por ahí, pueden ver que yo soy yo. O puedo firmarles y comparan la firma.

—No funciona así, no se puede dar dinero sin el DNI porque yo tenga una foto de tu DNI en el ordenador y tú te parezcas al de la foto. Si al menos esta fuera tu oficina habitual, te conocería. Pero yo a ti no te conozco.

—Ya. Yo a usted tampoco.

Y pese a no conocernos, nos miramos unos segundos a los ojos sin decir nada.

—Ahora que ya llevo aquí unos minutos y nos vamos conociendo, ¿no podría darme algo?

—Lo siento, pero son las reglas.

—Por favor, no tengo un euro, mis padres viven fuera, necesito dinero

—dije, y sentí que estaba pareciendo demasiado desesperado—. Busque en su ordenador mi DNI y verá que yo soy yo.

Parecí darle un poco de lástima, porque me dijo que esperara porque iba a llamar a la directora. Al poco regresó con ella, una señora a la que le habían hecho un cardado en el cardado de su pelo.

—Así que no tienes documentos —me dijo ella con el mismo tono con que me podía haber preguntado si no era yo un famoso violador de chihuahuas.

—No... He perdido la cartera.

—Ya. Vamos a ver.

—Dime tu DNI —dijo el cajero.

Se lo di y tecleó los números. Ambos miraron la pantalla del ordenador, me miraron a mí, se miraron.

—No te pareces mucho.

—Ya... Es que he cambiado el peinado, antes lo llevaba más corto, y la barba más larga. Las gafas no son las mismas, las de las fotos eran de patilla fina.

—Ya...

—¿La nariz no parece más pequeña ahora? —preguntó la directora.

—Es que me hicieron la septoplastia, que tenía desviación de tabique y ahora está más recto.

—Septoplastia... —repitió ella como si fuera una enfermedad muy contagiosa.

Siguieron mirándome.

—¿Papada también te has quitado? —preguntó la directora.

—¡No, no me he quitado nada, solo he adelgazado!

—Ya... —dijo escéptica.

—Podemos mandarte un SMS a tu teléfono con tus claves para que

operes desde internet —dijo el cajero—. Eso te permitiría hacer transferencias por lo menos. Le puedes hacer una transferencia a un amigo y que él te abone el dinero.

—También he perdido el móvil. Tendrían que mandarme el SMS a otro número de teléfono.

—También has perdido el móvil —repitió ella, como anotando mentalmente todos mis fallos—. ¡Romina, ¿puede venir?! —gritó.

De los baños llegó una señora con bata, pañuelo a lo pirata en la cabeza y una bayeta en la mano. Ahora eran tres los que me comparaban con la foto de mi viejo DNI en la pantalla del ordenador. Romina, tras unos segundos de observación, negó con un movimiento enérgico de su cabeza y los demás parecieron de acuerdo con el veredicto.

—Lo siento, pero no podemos darte el dinero. Vete a la policía para que te hagan un DNI y vuelves —dijo la directora.

—Pero ¿qué se creen? ¿Que estoy tan loco como para presentarme aquí y pedir dinero de otra persona?

—Uy, cosas peores hemos visto —añadió la directora mientras ya volvía a su despacho dando por acabado el debate sobre mi identidad. El cajero se encogió de hombros, la autoridad había impartido justicia, él poco podía hacer.

—Llevas manchas en el abrigo —me dijo Romina.

—¿Pues saben qué pienso hacer? ¡Pienso llevarme todo mi dinero de este antro! —grité airado.

—Intentaremos superarlo —me dijo impasible el cajero.

—¡Todo! —grité ya en la puerta, y me fui a sacarme un nuevo DNI aunque me pusieran una multa por haber perdido varios.

—Veo aquí que has perdido ya cinco DNI —me dijo el policía de la calle Luna cuando llegó mi turno.

—Pero este no lo he perdido, me lo han robado.

—¿Y la denuncia? —me preguntó.

—Aún no la he puesto.

—Pues primero has de ponerla, porque si no hay denuncia te cobraremos seiscientos euros de multa por mala custodia reiterada de documento público.

—¿Seiscientos?

—Sí. Pero te aviso que si la denuncia es falsa te pueden condenar hasta a dos años de cárcel.

—Ya... No, no es falsa. Yo... voy... voy a coger número para denunciar

—dije. Y cuando me alejé de su ventanilla salí de la comisaría.

Sin dinero ni documentos era absurdo buscar habitaciones para alquilar.

Así que me fui a la productora para hablar de mi posible nuevo trabajo. Tal vez allí conseguiría un adelanto, una copia del contrato para mostrar a mis futuros caseros, un préstamo de algún compañero o todo ello.

En el intercambiador de plaza de Castilla me acerqué con precaución a la zona donde tenían las máquinas expendedoras de billetes por si el Rufi andaba por allí, a la caza de alguna moneda. Aunque no terminaba de comprender qué hacía un tipo que trapicheaba a esos niveles con drogas pidiendo limosna, a no ser que aquella estación fuera su punto de venta, y su papel de mendigo, una tapadera. Ya en el autobús hacia el polígono miré mi WhatsApp. Andrea aún no había leído mi mensaje. Me decidí a llamarla y antes de marcar respiré diafragmáticamente, como hacíamos en las clases de yoga para relajarnos. No me relajé, pero llamé igual. No me lo cogió.

Llegué a la puerta de la productora y recordé que no llevaba encima la tarjeta que me acreditaba como trabajador de la empresa. Pero no pensaba claudicar ante Mercado. Él tampoco ante mí. Nada más verme salió de la garita y se plantó junto a la verja con los brazos cruzados, como un coloso de un metro sesenta y cinco.

—Si no traes la acreditación, por mis santos cojones que hoy no pasas. Y

menos después de que ayer me dijeras que te ibas a cagar.

—Era verdad. A lo largo de la tarde cagué.

—Que no pasas.

—Mercado, ¿cómo pueden ser santos unos cojones? Por lo menos los tuyos no creo, porque el semen expulsado por el onanismo es semen pecaminoso —le dije.

—A mí no me vaciles. Hoy no pasas.

—Pues nada, cuando mi jefe me llame para ver por qué no he llegado a currar, le digo que el segurata me tiene aquí en la puerta porque después de tres años aún no me conoce.

—Le dices lo que te dé la gana, las reglas están para todos.

—Ya, seguro que a los jefazos no les pides la acreditación.

—Los jefazos no pasan por esta puerta. Pero, si pasaran, se la pedía.

—Hay unas ratas sin pelo que pueden pasarse dieciocho minutos bajo el agua y no se mueren —le dije.

Se quedó perplejo por un momento, sin saber qué decirme. Me gustaba desconcertarlo.

—Como te dé dos hostias bien dadas, te desmonto la cabeza —me dijo.

Le gustaba amenazarme.

Yo no sabía muy bien qué decir tras una amenaza, pues no me salía una amenaza mayor ni a veces llegaba la réplica necesaria. Horas después de mis trifulcas se me ocurrirían réplicas ingeniosas que ya no había forma de colocar. En esencia, discutía de forma parecida a cuando tenía diez años. Lo único que había cambiado un poco era mi vocabulario, que se había ampliado y a veces podía rozar lo pedante. En pleno intercambio de frases nada ingeniosas llegó Lucas, quien me sirvió de testigo para confirmar ante Mercado que yo era quien decía ser, cosa que los tres ya sabíamos.

Mercado, que estaba duro esa mañana, quería que Lucas firmara un documento por el que se hacía responsable de mis actos dentro del edificio, pero el ordenador que tenía en la garita se colgaba al abrir el procesador de textos.

—Si yo soy de Mac, no sé por qué me ponen esta mierda —musitaba

cabreado mientras le daba cachetes al PC, como si fuera un alumno torpón.

Así que por fin entré sin que Lucas firmara nada.

—¿Por qué no te traes tu acreditación? —me preguntó Lucas ya dentro.

—Es una cuestión de principios. Hay que enfrentarse a la burocracia, rebelarse.

—Es por joder, ¿no?

—Sí, un poco eso y un poco porque nunca la encuentro y ahora menos.

¿Has hablado con Jeremías? —le pregunté, porque lo veía muy animado para ser alguien que estaba prácticamente despedido de la empresa.

—¿Yo? ¿Por qué?

—No, por nada, por nada. Como yo sí hablé.

—Ya, pero a ti te tenía que despedir.

Por su tonillo al decirme eso me dieron ganas de contarle que a él también lo iban a despedir muy pronto. Pero conseguí contenerme, porque no era a mí a quien le tocaba hacer aquello ni quería causarle más tristeza a nadie. Llegamos ante la máquina del café.

—¿Leíste lo que puse ayer en Facebook? —me preguntó.

—No, tengo mucho lío estos días como para meterme en Facebook.

—Ya me extrañaba que no me felicitaras.

—¿Por qué hay que felicitarte?

—Hay un editor que está interesado en la novela que acabo de terminar

—me dijo Lucas.

—No, no sabía nada. Me alegro.

—Pues ni Jota ni Patri le han dado a «me gusta» —me dijo.

—No se habrán enterado —le dije intentando defender a esos colegas que como Lucas también dedicaban su tiempo libre a escribir cuentos y novelas.

—Pero sí tuvieron tiempo para darle a «me gusta» en los muros de otros.

—¿Te has puesto a mirar si le dieron *likes* a otros?

—Sí, no lleva tanto trabajo.

—No te rayes, no todo el mundo está pendiente de lo que tú publicas en Facebook. Ni de lo que publica nadie.

Pero a Lucas no parecían convencerle mis explicaciones. A las afrentas de la vida real se habían sumado las virtuales. Llevábamos la cuenta de los

«me gusta» que nos daban los amigos, de los retuits, de las menciones, como yonquis a la búsqueda de un corazoncito colorado, de un *like* más.

Elogiábamos en Facebook o Twitter las series, las novelas o los cortos de otros con la esperanza de que, si algún día nosotros creábamos algo, los demás lo alabaran, y ya después, en la intimidad de un bar, criticábamos sin

piedad. Tal vez era la hipocresía de siempre, pero que quedara su rastro grabado en algún servidor en Groenlandia, con copia de seguridad y todo, me hacía sentirme más ruin al criticar lo que poco antes había elogiado. Yo, como ahora Lucas, también había sido muy sensible a la vida social paralela que sucedía en las redes.

—No me has dado ningún *like* en un mes —le recriminé un día a Andrea cuando mi cortometraje estaba de gira por muchos festivales del país y recibía algún premio en los más modestos.

—Ya sabes que me gusta tu corto. También que me entero la primera de todos los premios que te dan. ¿Para qué quieres que además le dé al «me gusta»? Si ya sabemos tú y yo que me gusta.

—Yo le doy a «me gusta» a tus cosas.

—¿Qué cosas? ¿Las fotos de la boda de mi primo? Porque es lo único que he puesto en los últimos meses.

—Por ejemplo. Tu primo estaba muy guapo con ese chaleco y la corbata liada a la frente.

—Mira, te voy a decir la verdad. —Y se puso seria y se apartó un mechón de la frente que apenas necesitaba ser apartado—. Le he dado a

«saber menos de ti» en Facebook —me confesó sin más rodeos.

—Estás de coña, ¿verdad?

—No, es en serio.

—Pero ¿por qué? ¿Me he puesto muy pesado con el corto?

—No, eso es normal, aunque me parece un poco infantil que anuncies cada logro, como si a alguien le interesara mucho que seleccionen tu corto en un festival de Lugo.

—¡El último festival fue en Segovia! Y se trata de promoción.

—¿Promoción entre quién? Casi todos los que tienes en Facebook son tus amigos. ¿Te imaginas que vas a un bar y comienzas a contarles a tus colegas las cosas que dicen buenas de ti por ahí, lo bien que te va? ¿No sería un poco vergonzoso?

—No puedes comparar Facebook con una charla de bar.

—Para mí es parecido —me dijo—. Pero eso no me molesta, todo el mundo lo hace, ya me he resignado. Lo que me fastidia es que a veces pontificas o intentas ser ingenioso y no lo logras, y queda más bien triste.

No sé, no me gusta la persona que eres ahí, pareces otro, así que antes de que la manía que le tengo a quien eres en Facebook se contagie a ti, al de carne y hueso, prefiero no leerte.

Ese mismo día releí mi muro de Facebook. Hablaba casi siempre de mí y mis tontadas, lo que era normal, pero cuando escribía sobre lo que me gustaba era sentencioso, casi pedante. Otras veces me mostraba cínico, hiriente, y algunas veces, sí, quería ser ingenioso, pero no lo lograba, y caía como un trapecista que salta de un trapecio a otro y ni roza al segundo. No, no me acercaba a parecer quien yo pretendía ser en mi Facebook. Desinstalé la aplicación del móvil y me limité a publicar de vez en cuando sobre la marcha de mi cortometraje.

—Yo le doy a «me gusta» a todo el mundo —me dijo Lucas—. Es como saludar cuando te saludan. De hecho, es como saludar el primero. Pero la mitad de mis colegas apenas me dan algún *like* de vez en cuando.

—Pero al final, si le damos «me gusta» a todo, pierde valor. Es como decirse «te quiero» todos los días, se hace una rutina —le dije.

—Puede, pero para mí las redes son importantes si quiero publicar un día mis novelas. El último editor con el que hablé me dijo que, si tuviera más presencia en internet, se arriesgaría a publicarme. Tengo ya quince mil seguidores. Si alcanzara los treinta mil y un cinco por ciento de ellos comprara un libro mío, venderían mil quinientos libros. Pero ya no sé qué hacer para conseguir más seguidores. Tampoco puedo subir muchas más fotos de los actores de la serie grabando o me van a dar un toque.

—Ya te lo dieron, ¿no? —le recordé.

—Bueno, sí, un aviso —admitió algo avergonzado.

—Pues... no sé cómo vas a conseguir más seguidores —le dije.

—Ni yo, ni yo. Pero algo se me tiene que ocurrir.

Se alejó pensativo por el pasillo, sin que yo me atreviera a decirle que más que por conseguir seguidores debía preocuparse por encontrar un nuevo trabajo. Yo también necesitaba un nuevo trabajo, así que me fui hacia el departamento de personal, que estaba en un edificio junto al nuestro al que se llegaba por una pasarela que parecía rescatada de una Estrella de la Muerte con orden de demolición. Tras recorrer la pasarela se entraba a una planta repleta de cubículos en los que se agazapaba gente que miraba pantallas de ordenador y de móvil. Me acerqué a un cubículo donde había una chica guapa. Esta es mi regla a la hora de elegir cubículos.

—Oye, ¿el departamento de personal?

Me señaló con un desganado movimiento de cabeza uno de los pocos despachos acristalados que había en esa planta. La puerta estaba entreabierta, así que toqué levemente y me asomé. Dentro había un tipo que podía tener dos o tres años más que yo y vestía traje. ¿Qué hacía esa gente para ser jefe tan pronto? Escribía algo en su móvil. Carraspeé. Me miró.

Hablé.

—Hola, soy Jorge, de la serie *Caricias*. Me ha dicho Jeremías que me pasara, que ya había hablado contigo.

El tipo dejó con mucha parsimonia su móvil sobre la mesa, como si fuera una pieza muy delicada que encajara sobre un trocito determinado del tablero.

—¿Ah, sí? ¿Me ha hablado de ti? Pues... ahora no caigo —me dijo mientras entornaba un poco los ojos al mirarme, como si eso le ayudara a recordar. Me sentí algo humillado y, una vez más, poco memorable.

—Jorge Andrade, guionista en *Caricias* —añadí.

Tecleó en su ordenador, me miró, volvió a mirar a la pantalla y negó levemente con la cabeza, como si algo no le cuadrara.

—¿Me dejas tu acreditación para que teclee tu número de empleado?

Perdona, pero hay tantos cambios de personal últimamente que no caigo.

—Pues... hoy no llevo acreditación, la he olvidado.

—¿Te ha dejado pasar Mercado? —me preguntó extrañado.

—Sí, ya hay mucha confianza...

—Espera, voy a llamarlo por teléfono.

—¿A Mercado? —pregunté inquieto.

—No, a Jeremías.

Cogió el teléfono y se repantigó en el sillón. Sobre la mesa tenía una foto de su familia, él y su mujer con dos niños más un perro de aguas, en un jardín tras el que se veía una casa con porche. Él ya tenía casa con porche y familia. Yo, un trastero alquilado a nombre de otra persona y una exnovia.

Debía evitar por unos meses la costumbre de comparar mi vida con la de otros porque me iba a traer mucha infelicidad. Pensé que la foto sobre la mesa estaba más orientada a que la vieran las visitas que a contemplarla él.

Mientras marcaba en el teléfono, giró su silla para poder apoyar las pantorrillas sobre el pico de la mesa. Estaba claro que a los jefes les

gusta subir las piernas sobre cualquier objeto, tal vez para mostrar de forma simbólica sus huevos a todo el que se acerque. La conversación con Jeremías se limitó a unos cuantos síes y noes en los que igual se jugaba mi futuro. Tras colgar me miró durante unos segundos en silencio, como si estuviera intentando cuadrar mi imagen con lo que le había dicho Jeremías sobre mí. Me costó mantenerle la mirada.

—Por cierto, soy Andrés —se presentó por fin, y me alargó su mano, con la que me dio un apretón de los que han ido a cursos de manejo del lenguaje corporal y el apretón de manos—. Ya me ha explicado Jeremías tu situación. —Y sonó como si le hubieran contado que yo estaba enfermo terminal—. La verdad es que ahora mismo está complicado meterte en otra serie porque solo tenemos un culebrón y un proyecto de comedia en marcha.

—Yo siempre he hecho comedia, vengo de *Caricias*, que es una comedia.

—Sí, ya, pero esto es otra cosa, es un humor como más familiar.

—Pero yo también puedo hacer ese humor —dije.

—Eh..., sí, no lo dudo, pero Jeremías me ha dicho que tienes un sentido del humor un poco... surrealista. Habría que explotar eso, digo yo.

—¿Yo? ¿Surrealista? Qué va, si yo soy un tío muy normal, me gusta el fútbol, la paella, si yo me río de lo mismo que todo el mundo.

—Entonces, tú dirías que te gusta el humor de la calle, ¿no? —me preguntó.

—¿De qué calle?

Se rio.

—Sí, lo que decía Jeremías, muy surrealista.

—Pero... eso no es ser surrealista —dije desesperado como podría estarlo Breton si le hubieran dicho que era cubista.

—Claro, claro. Mira, creo que tengo un trabajo genial para ti. Seguro que te va a gustar. Es algo loco, nuevo, fresco.

Algo «loco, nuevo, fresco» me sonaba fatal en cualquier sitio, y más en esa productora. Es como oírle decir a tu madre que se ha comprado un

vestido moderno y diferente en un mercadillo *hippie* de verano.

—¿En esta productora hay algo nuevo, loco y fresco? —le pregunté simulando mucha extrañeza.

Aquello no le gustó ni le pareció surrealista, porque se puso serio.

—Ahora tenemos un hueco en *¿Me lo cuentas?*

—Eso..., ¿eso es el programa de testimonios?

—Ahí mismo. Solo llevan unas semanas y ya lo están petando, así que vamos a aumentar su duración y necesitan otro guionista. Te mantendremos el sueldo que tenías, que es algo más alto que los que tienen los de programas.

—Pero... yo no soy guionista de programas, solo de series.

—Esto se aprende rápido, no te preocupes. Es un programa tres punto cero, seguro que das mucho juego en él.

No sabía qué quería decir con lo de tres punto cero, ni qué tipo de juego pensaba que podía dar yo. Solo que no quería dejar de escribir ficción y menos para trabajar en *¿Me lo cuentas?*

—No, si no es por el aprendizaje. Es que soy de ficción, no quiero hacer programas.

—En ficción no tenemos nada que ofrecerte. Y tampoco creo que nazcáis siendo de ficción o de programas, como se nace rubio o moreno.

—Pero, si no es de ficción, no quiero ningún contrato nuevo. Dadme el finiquito y me voy al paro.

Él negó, y chasqueó con la lengua varias veces para enfatizar su negativa.

—No, eso no va a poder ser —me dijo como si le apenara mucho la situación.

—¿Por qué no?

—Porque si renuncias al trabajo, no habrá paro ni finiquito, no te estamos despidiendo, te vas tú porque quieres. Y si te pones chulito, no creo que la empresa vuelva a contratarte. Y ya te digo que hace mucho frío fuera de esta empresa.

—No es que os lo pida. Es que tengo derecho a un finiquito, ¿no?

Negó de nuevo mientras sonreía, tranquilo como el que sabe que tiene un póquer de ases y tú no tienes ni cartas. Se levantó, sacó una carpetilla de un armario, y de ella, unos folios.

—Veo que no tienes ni idea sobre derecho laboral. Para comenzar, aquí está tu último contrato con nosotros —me dijo—. Un contrato tipo para casi todos los de ficción tras las últimas renovaciones. Como puedes leer en esta cláusula, no estás contratado para esa serie en particular, sino para desempeñar la labor de guionista en la productora. No es un contrato de obra propiamente dicho.

Leí lo que me señalaba. Sí, en pequeñito, una Arial cuerpo siete como mucho, pero ahí lo ponía bien claro.

—Yo... yo no sabía que tenía esa cláusula.

—Os beneficia. Si se acaba la serie, podéis seguir currando. Es que hay que leer lo que se firma. Espero que al menos os leáis lo que escribís. —Y

sonrió contento por su chiste.

—Voy a llevarle este contrato a mi abogado.

—No te lo puedes llevar, pero seguro que tendrás la copia que firmaste hace un año, ¿verdad? Es una buena oferta, yo que tú no me lo pensaría más.

—Llamar oferta a este trabajo es mucho llamar.

—Tendrías el mismo sueldo y el programa no está mal. Conozco gente que lo ve y le divierte mucho.

—Pues deberías cambiar de conocidos. Eso solo lo ven ninis y gente que ha perdido masa cerebral en algún accidente.

Aquello no le gustó y se le endureció la mirada.

—Mi madre lo ve, ¿vale? Casi tres millones de personas lo siguen. Y yo no estoy aquí para aguantar impertinencias. Esto es lo que hay. ¿Qué haces?

Me miró seguro, satisfecho tras su escritorio con fotos de adosado con porche. Me hubiera gustado decirle que no, que se quedara con su programa de mierda, pero hasta para alquilar una habitación me

podían pedir un contrato que demostrara que tenía ingresos. Y por desgracia llevaba razón, hacía mucho frío fuera de esa empresa, fuera de cualquier empresa.

—Me lo quedo —dije resignado.

Sonrió de nuevo, ganador, y me hizo firmar las siete u ocho hojas de un contrato que, pese a todo, no tuve ganas de leer con atención.

—Pásate mañana por el plató, te estarán esperando. Si quieres, te puedes acercar hoy mismo a presentarte.

—No, mejor mañana, hoy tengo mucho que hacer.

Salí de allí avergonzado de mí mismo. Pese a mis deseos de cambiar de forma de ser, de rebelarme ante la vida, seguía dejándome llevar por ella.

Ellos habían decidido que se acababa mi trabajo, dónde me tocaba trabajar ahora, y yo había aceptado. En solo unos años de profesión había conseguido pasar de una comedia de supuesto prestigio a un *reality* repleto de invitados con serios problemas de ego, capaces de ir a la tele a contar intimidades familiares, a humillarse o a humillar a los suyos. Aunque puede que para ellos esos minutos fueran los más gloriosos de sus vidas, lo que recordarían y contarían siempre. Y yo iba a contribuir a que esos minutos existieran.

Crucé de nuevo la pasarela galáctica, esta vez con ganas de tener una espada láser e ir dando mandobles a mi paso, y regresé al rincón donde mis compañeros, frente a una pizarra, preparaban argumentos para la nueva temporada. Cuando me acerqué, callaron y pensé que igual hablaban de mí, de mi despido.

—Lo siento —me dijo Lucía dándome un abrazo.

Los demás la imitaron, me dieron palmadas en la espalda y dijeron unas cuantas frases hechas de esas que tanto ellos como yo tanto odiábamos.

—Te saldrá algo pronto, y mejor que esto —dijo alguno.

—Ya me ha salido. Pero no es mejor. Me han ofrecido trabajar en *¿Me lo cuentas?* —dije medio sonriendo, como si me pareciera algo divertido y hasta extravagante que añadir a mi currículum.

—¿Y qué les has dicho? —me preguntó otro, casi temeroso de oír la

respuesta.

—Que sí. Si decía que no, era como si me despidiera yo mismo y me quedaba sin paro ni finiquito. ¿Vosotros sabíais que según nuestros contratos pueden cambiarnos de puesto como les dé la gana?

Se miraron. No, no parecían saber. No quería seguir dando lástima, así que dije que me iba a por un café. Al pasar junto a la *writing-room*, que era como llamábamos a la habitación donde nos metíamos todos juntos a hacer

las últimas versiones del guion, vi a Lucas allí solo, como ausente. Pensé que también le habían dicho que estaba despedido. Pasé.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

—Me han dado un aviso —me dijo—. Si no les gusta lo que escriba en los próximos dos meses, me voy fuera.

Me alegré por él, pero a la vez me sentí algo ruin por ser el único despedido. Aquello era humillante. Muy humillante.

—Pero no me quejo, que peor es lo tuyo —dijo Lucas intentando no mostrarse afectado.

—Me han dado trabajo en *¿Me lo cuentas?*

—Sí, peor es lo tuyo —se reafirmó—. Aunque esto de estar en la cuerda floja durante dos meses no mola nada.

—Solo espero que haya suerte, te despidan también y mi ego se sienta algo mejor. Anda, vamos con los otros —le dije.

Nos fuimos con el resto de los compañeros y juntos nos dedicamos a criticar a Jeremías durante un buen rato. Un jefe inútil, dubitativo o simplemente imbécil puede hundir cualquier proyecto, pero une mucho a su equipo y se convierte en un tema de conversación casi inagotable. Nuestro jefe era un haragán ocupado. Siempre iba de un lado para otro pregonando lo mucho que tenía que hacer, aunque apenas hacía nada. Durante esos años, criticarlo nos había servido para rellenar horas y horas muertas de oficina en las que no teníamos ganas de trabajar o comidas en las que a los tres minutos ya se había agotado el tema de lo malo que es el menú en el comedor de la empresa. Lo peor era que no solo lo criticábamos en horas de trabajo; cuando salíamos juntos de cañas, siempre terminábamos borrachos hablando de él y, aunque era triste reconocerlo, más que la afición común por el cine, los cómics o algunas series, lo que más nos unía era el desprecio hacia alguien que dirigía nuestras vidas profesionales. Sacábamos de ello un extraño placer, como el de un niño que se recrea en el llanto cuando tiene público. Pero nosotros éramos a la vez los niños y el público.

Mis compañeros repetían ahora las críticas que tantas veces habíamos hecho sobre Jeremías y se los veía indignados por mi despido, pero yo dudaba que esa indignación fuera del todo auténtica y pensaba que más de uno creía que me lo merecía, que no daba la talla. Pero ya no importaba, fuera justo o no, me iba, dejaba el equipo.

—¡Jorge Andrade! Al teléfono —me llamó la secretaria de recepción.

—¿Sigues sin móvil? —me preguntó extrañado Lucas.

—No, ya tengo, pero es un número nuevo y no se lo he dado aún a nadie.

Me fui intrigado a ver quién me llamaba. Desde la adolescencia nadie me llamaba a un teléfono fijo.

—¿Quién es? —le pregunté a la secretaria.

—Es un tío muy raro. No deberías darle el número del departamento a gente así.

Cogí el teléfono.

—¿Con quién hablo?

—Te hablo en nombre de Peter, pero no soy Peter —dijo alguien con la voz muy nasal y aguda a la vez si eso es posible, y lo era.

—Ya, ya imagino que no eres él si me hablas en nombre de él. Sería imposible.

—¿Cómo que es imposible? ¡Si Peter me dice que hable en su nombre, yo hablo en su nombre! —me dijo enfadado.

—No quería decir eso.

—¡Pues lo has dicho! Te hemos escrito un *mail* y no nos has contestado.

Nos hemos pasado una hora llamando a tu número de móvil hasta que nos lo han cogido.

—Yo no les he dado mi número. ¿Cómo lo han conseguido?

—Eso no importa. Por cierto, tu abuelo dice que nunca vas a visitarlo a la residencia.

—Es que no es mi abuelo.

—Ya, cualquier excusa es buena para no visitar a los abuelos. Ya podrías ir a verlo alguna vez.

—¡Que no es mi abuelo!

—¡Renegar de un abuelo para no visitarlo! A lo que hemos llegado —

dijo—. Seguro que a la hora de la herencia no reniegas tanto.

Me hablaba casi a gritos y pensé que la secretaria estaría oyéndolo sin problemas. Me apreté el auricular a la oreja para impedir que nos

escuchara.

La miré. Pese a los roces del día anterior, ahora parecía encantada de tenerme allí.

—Peter quiere verte. Tenemos que reunirnos ya mismo.

—¿Quién es usted?

—Eso no importa.

—Digo yo que sí. ¿Cómo sé que me llama Peter?

—No, no te llama Peter, te llamo yo. En nombre de Peter, eso sí.

—Ya, ya me he dado cuenta de que me llama usted. Pero si no me dice quién es, ¿cómo puedo saber que me llama en su nombre?

—Soy Armando, su mano de derecha.

—¿Para qué quiere verme Peter?

—Algo urgente.

—¿Han encontrado mi bolso?

—¿Qué bolso?

—Pues el mío. ¿Lo tienen?

—¿Tú llevas bolso? ¿No te podías apañar con una mochila, como los hombres? —me preguntó indignado.

—Sí, llevo bolso. Muchos hombres llevan bolso.

—No me parece bien que los hombres lleven bolso.

—Mire, me da igual lo que a usted le parezca bien.

—Tienes que venir esta tarde.

—Lo que había en el bolso no es mío. Pero no puedo perderlo. Déjele eso claro a Peter —le dije.

—¿Quieres dejar de hablarme de una puta vez de bolsos? ¡Los taxistas no hablamos de bolsos, y menos de bolsos de tíos!

—No frecuento taxistas, no sé de qué hablan.

—¿Qué eres, uno de esos degenerados que usan Uber?

—¡No, no uso Uber!

—¡No me grites! —me gritó—. ¿Dónde te recogemos?

—Quiero mi bolso. ¿Lo tienen?

—Puede.

—Quiero quedar en un lugar neutral.

—Jefe, este tío está fatal. Dice no sé qué de lugar neutral —oí que le decía a alguien.

—¡Que venga de una vez, cojones! —escuché decir a un hombre, tal vez a Peter.

—¿Has oído? —me dijo el otro.

—No voy a ningún sitio hasta que me aseguren que me van a dar lo que es mío.

—Sí, como sigas así te lo vamos a dar, vaya si te lo damos.

Le colgué. La secretaria buscaba mis ojos. Los encontró.

—¿Qué llevabas en el bolso? —preguntó intrigada.

—Creo que no deberías escuchar conversaciones privadas.

—Si mantienes esas conversaciones privadas con mi teléfono de trabajo y a medio metro de mis narices, sí, las pienso escuchar. Enteritas.

Como decía mi abuela, no eran palabras que se pudieran discutir, así que me fui sin decir nada.

Aún quedaban unas horas para mi cita con los taxistas y me fui a mi bar del polígono, a pensar en la carta pendiente que le iba a escribir a Andrea, la carta que nunca comenzaba a escribir, pero que sería la carta definitiva. Era optimista porque aún no había escrito ni una línea y no me había estrellado con la realidad ni con mi prosa epistolar. Al cruzarme con Mercado en la puerta hasta le sonreí.

—¡¡De mí no se ríe nadie!! —me gritó.

Es difícil ser bueno.

En el bar, la madre del camarero intentaba de nuevo sacarle la especial a la tragaperras y su hijo hacía como que abrillantaba unos vasos con un trapo con el que solo podía ensuciarlos más. En la barra, el borracho del otro día, la corbata encima de un hombro, como los parientes alegres de las bodas, aguantaba en una mano un vaso que parecía de cubata. Le quise devolver los cinco euros que me había prestado.

—No lo conozco de nada, joven —me dijo—. Y no acepto nada de extraños. ¿Quiere una copa? Yo convido.

—No, gracias.

—¡Un *cubaslibres* para el joven! —gritó.

—No, se lo agradezco, pero no tomo cubatas a estas horas.

El hombre me miró sin comprenderme.

—Pero ¿por qué no? —preguntó descorazonado.

—Me dan ardor. Pero gracias.

—¿Has puesto denuncia por el robo? —me preguntó el camarero.

—No, ¿para qué? Nunca los pillan.

—A Rumanía. ¡Había que mandarlos todos a Rumanía! —gritó su madre.

—Pero si era un taxista, mamá.

—¡A Rumanía! —insistió su madre sin dejar de echarle a la máquina.

—¿En taxi? —preguntó el borracho—. Pues eso ha de ser un dineral,

¿no? Yo una vez fui a Seseña y no veas lo que me cobraron. ¿Por qué iría yo a Seseña? —preguntó, y nadie supo darle respuesta y se quedó callado y pensativo, acodado en la barra como una gárgola del revés.

—¿Te traigo uno de lo tuyo? —me dijo el camarero.

—¿Qué es lo mío? —pregunté, porque no sabía que tuviera un *lo mío* en aquel bar ni en ninguno.

—Ah, no sé, tú sabrás lo que es lo tuyo, ¿no?

—Creo que no tengo lo mío.

—¿No? —me contestó como decepcionado. Era el primer camarero al que le gustaba más que al cliente que existiera un *lo mío*.

—No, aún no.

—Entonces, ¿qué te traigo?

—Una clara de limón.

—Ahora mismo.

—Pero no lo vamos a llamar *lo mío*, ¿vale?

—Vale.

Me fui a una mesa con una libretilla barata que imitaba a las Moleskine, que igual me ayudaba más a inspirarme que las servilletas de papel. Miré mi nuevo móvil. Andrea seguía sin haber leído mi wasap. La llamé sin saber bien qué decirle si me lo cogía. Pero no lo hizo. Se acercó el camarero con mi caña y comenzó a oírse un soniquete que llegaba de la máquina tragaperras y al poco cayeron unas monedas. La madre había conseguido de nuevo algún premio. Le dio las monedas al hijo, cogió su carro y salió. Yo, con la cerveza ya sobre la mesa, me dispuse a escribir mi carta a Andrea cuando un taxi frenó en seco en la puerta del bar. Se abrió la puerta del conductor y salió un tipo delgado y calvo, la piel del rostro color amarillo pálido, con manchas marrón claro por el sol, como de plátano maduro, y un abrigo de cuero color garbanzo con solapas grandes que pudo ser moda entre los proxenetas del Bronx durante los setenta y por lo tanto también era moda ahora, aunque no parecía que aquel hombre siguiera ninguna moda.

No me recordaba al mismo tipo que me había seguido en taxi el día anterior, pero por si acaso agarré la aceitera que estaba sobre la mesa, dispuesto a usarla como arma si era necesario. Vi que el camarero agarraba con las dos manos el asiento de un taburete, no supe si para atacar o defenderse. La cara del tipo que acababa de salir del taxi estaba chupada, como si quisiera posar para un selfi o absorber el palillo que asomaba por su boquita de piñón, y tenía la piel del rostro, aparte de amarillenta, muy picada, como si hubiera

sufrido viruela o acné juvenil, aunque costaba imaginárselo joven.

Entró, se acercó a mi mesa y dejó caer un sobre.

—A mí no se me cuelga el teléfono —me dijo, y se fue.

—Se te está derramando el aceite en la entrepierna —me dijo el camarero cuando el del palillo ya había salido.

—Ah, sí, claro —le contesté, como si aquello de echarme aceite en los pantalones fuera una costumbre mía.

Ya más calmado, dejé la aceitera e intenté secarme un poco con unas servilletas de papel que no absorbían nada.

—Creo que tengo quitamanchas en algún sitio —dijo el camarero buscando tras la barra.

—¡Espere, joven! ¡Yo le dejo mis pantalones! —dijo el borracho, muy contento por poder ayudar en algo.

—No, gracias —le dije.

Pero no pareció oírme y se sentó en una silla para desprenderse de los pantalones, pero sin quitarse antes los zapatos, por lo que la operación resultaba imposible. El camarero lo observó por un momento, suspiró resignado y se metió en la cocina sin decirle nada.

—No puede ir usted por el mundo con esa mancha. Yo le dejo estos, que son de un tergal muy bueno. Y de corte italiano. Yo, aquí donde me ve, soy muy vanidoso —me dijo el borracho.

—Pero si me da sus pantalones, ¿qué va a llevar usted?

Aquello lo dejó pensativo, como si fuera un acertijo zen, y abandonó su lucha para quedarse sin calzones, aunque tampoco se los subió. Al momento salió el camarero de la cocina con un espray quitamanchas.

—Braulio, haga el favor de subirse los pantalones —le dijo al borracho, y me dio el quitamanchas sin dejar de mirar el sobre que el del taxi había dejado encima de la mesa. Me apliqué el quitamanchas, que dejó un cerco demasiado blanco y demasiado cerca de mi paquete.

—Se seca al poco —me tranquilizó el camarero.

—Esperemos, porque si no... Gracias.

—De nada —contestó con la vista de nuevo en el sobre, como

pidiéndome que lo abriera. Lo comprendía. No era normal que un día alguien te robara y huyera en un taxi ni tampoco que al día siguiente llegara otro taxi y me dejara un sobre que yo no abría al momento. Me sentí presionado por su curiosidad, pero ¿por qué me importaba lo que pensara ese camarero al que apenas conocía? Si ni siquiera tenía un *lo mío* digno en su bar. Así que esperé a que se fuera con su quitamanchas para abrir el sobre. Dentro no había ni dinero ni cheques. Tan solo una pequeña nota escrita a mano con mayúsculas: «A las siete de la tarde en la puerta del café Comercial, en la glorieta de Bilbao. Acuda solo. Lleve el móvil apagado.

¡Arriba la UST!». ¿Arriba la UST? ¿Qué era eso? Lo busqué en internet con el móvil. Una universidad chilena. No me parecía lógico que nadie de una universidad de Chile quisiera reunirse conmigo en el Comercial. Pero aquello de la UST me sonaba. Recordé la tarjeta que me había dado Peter.

Era miembro de un sindicato. Google me decía que UST era también la Unión Sindical del Taxi. Me metí en su web. Estaba en construcción, solo había una foto de un taxista sonriente que ayudaba a una anciana a bajar de su taxi. Metí la nota en el sobre, sonreí al camarero con lo que yo pensaba que era naturalidad y me acerqué a la barra a pedirme una clara de limón. El camarero me miró raro.

—¿No está buena la que te he puesto?

Miré hacia la mesa. Allí seguía casi intacta mi clara. No estaba muy centrado, y menos para ir de reunión con unos taxistas que, si habían recuperado mi bolso, podían pensar que yo era narcotraficante y que igual querían secuestrarme, encargarme más droga o quién sabía qué. Varios años inventándome tramas y ahora no tenía ni idea sobre la trama que tanto afectaba a mi vida. Pero es que era una trama deslavazada, algo absurda, como lo era mi sentido del humor según mi jefe. Igual ese era el tipo de trama que me merecía. Como guionista había creado asesinos, camellos,

pederastas, camellos que eran pederastas y asesinos a la vez, pero en realidad no sabía nada de esas gentes y pensé que más que un guionista era un farsante de clase media que escribía de oídas sobre vidas muy ajenas. Y

ahora, cuando se había cruzado en mi vida un delincuente de verdad, no sabía qué hacer. Así que decidí quedarme allí un rato, más que nada para no tener que tomar en ese momento una decisión.

Hora y pico después salí del bar con tres cubatas en mi cuerpo. Four Roses con cola. Habíamos decidido que esa combinación sería lo mío. En el bolsillo, mi libreta, con varias páginas repletas de ideas para mi carta a Andrea que no terminaban de convencerme, aunque Rogelio, el camarero, decía que ante los problemas sentimentales lo importante era la sinceridad, desnudarse, aunque a él no le había funcionado muy bien su estrategia porque tenía más de cuarenta y vivía con su madre, que no le permitía tener televisión en su cuarto y le desconectaba el módem a las doce de la noche.

Aún faltaba bastante para mi cita en la puerta del Comercial, pero decidí regresar a Madrid. Caminé por las calles del polígono hasta la parada del autobús interurbano. Aunque miraba a cada poco a mis espaldas, nadie me seguía. Pasé junto a la puerta de la productora. Allí estaba Mercado, dentro de la garita, y fuera, otro segurata. Me acerqué.

—Mercado, mira la hora que es. Pues YO ya me voy.

—Vas borracho.

—Sí, pero YO ya me voy.

—¡Mercado!, ¿nos vamos? —le gritó otro de los seguratas desde un coche.

—Sí, voy.

Mercado salió de la garita ya sin su uniforme.

—¿Te vas ya? ¿Tan pronto? —pregunté.

—Sí, hoy solo tengo media jornada.

—¿Me lleváis?

—Que te den —me dijo.

Así que regresé en la apasionante combinación de autobús interurbano y metro, que deja mucho tiempo para pensar sobre la conveniencia de llevarse bien con la gente y también sobre acudir o no a citas raras. Al ir a abrir la puerta del piso de Matías con la nueva copia de las llaves que me había dado, luché un poco con la cerradura. Entraba, pero no había manera de que girara, como si al otro lado hubiera una llave puesta o algún cerrojo.

Entonces oí unos pasos y que abrían desde dentro. Allí estaba Marta, la novia de Matías, en chándal, despeinada y con ojeras, como casi siempre que regresaba de algún vuelo transcontinental. Dogo estaba junto a ella, pero, al ver que era yo quien llegaba, se dio media vuelta. Marta me miró con un desprecio algo forzado, que le quedaba muy teatral y le daba cierto toque estrábico. Sonreí.

—¿De qué te ríes?

—De nada, que me ha hecho ilusión verte.

—Matías te ha dicho que tenías que irte, ¿no? Te lo ha dicho, ¿verdad?

—me dijo.

—Que sí. Pero tú no venías hasta dentro de un día o dos.

—Hueles a alcohol.

—Tú a fritanga.

—«Preferiría no ir» —me dijo—. ¡Era su abuela! ¡Se había muerto su abuela!

—No te metas en mi relación.

—Tú ya no tienes una relación.

—Oye, ¿por qué no nos dejamos de sarcasmos?

—Ah, ahora el gracioso no tiene ganas de sarcasmos...

—No, no es eso, es que tengo más ganas de vomitar...

Y me fui corriendo al baño.

Salí secándome el sudor y con la garganta irritada tras la vomitona. No me encontraba bien, pero a ella no pareció importarle y siguió atacándome.

—Borracho. A estas horas. Genial. ¿Qué pasa? ¿Ahora eres alcohólico?

—No, no soy alcohólico. Que se ha liado la cosa.

—Estás alcoholizado, ¿verdad? Si ya me decía Andrea que te notaba raro.

—Joder, no, solo soy bebedor social, es cosa solo de hoy.

—Ya, solo hoy. Y a estas horas —dijo incrédula.

Tenía que justificar esa situación o en unos minutos Andrea sabría que estaba borracho entre semana.

—Me he quedado sin curro. Por eso me he tomado cuatro copas con los compañeros. Pero no voy borracho. ¿Quieres que me toque el codo con la rodilla? Verás.

Me lo toqué, pero al hacerlo caí de lado sobre el sofá, mi cabeza muy cerca de los genitales de Dogo. Ella no dijo nada, se limitó a observarme con los brazos en jarras. Yo también callé y decidí incorporarme, no era elegante ni ayudaba a discutir con dignidad el seguir tumbado en el sofá.

—Si no te importa, voy a ducharme, que tengo una cita —le dije.

—¿Acabas de cortar con Andrea y ya andas de citas?

Pensé si el confirmarle que aún era un hombre capaz de tener citas me ayudaría de alguna forma a volver con Andrea. Mi cerebro no estaba en su mejor momento, pero pronto decidió que no, que no convenía marcarse ese farol.

—No, una cita de trabajo. Necesito encontrar curro ya.

Y me fui hacia la ducha.

Breves entrevistas con hombres taxistas Después de la ducha me fui para la glorieta de Bilbao y pasé al café Comercial. Lo habían reformado, y también su carta. Ahora todo era más caro, y pedí lo más barato, un café. Saqué mi libretilla con las ideas que Rogelio, el camarero del polígono, y yo habíamos apuntado para mi carta a Andrea. Me ganaba la vida escribiendo diálogos de comedia, ideando tramas. Pero aquella carta a Andrea correspondía a otro género, casi publicitario, pero de tono dramático. Tenía que venderme a mí mismo, lo bueno de nuestra relación, lograr que me perdonara. Yo como producto no era gran cosa. «Escribe desde dentro», me había dicho Rogelio, que hacía unos años había hecho un curso de escritura creativa a distancia. Pero ese dentro estaba vacío, como arrasado, era un lugar donde, tras mis fugaces alegrías, ahora solo crecía una pena muy grande hacia mí mismo y un pesimismo profundo. Casi sin darme cuenta había comenzado a hacer garabatos en la libreta cuando una mano dejó un papel con un dibujito sobre mi mesa. Di un respingo y

me eché para atrás, y no caí al suelo porque a mis espaldas la pared me frenó. Pero al momento me calmé, allí estaba uno de los personajes del barrio, un tipo que vivía de vender por los bares sus poemas y unas caricaturas en las que siempre siempre todo el mundo se parecía a Mortadelo.

—No, gracias, no quiero nada.

—Yo tampoco. Pero lee la parte de atrás —me pidió.

—No, de verdad, si no te voy a comprar el poema.

—Ya, vale, pero lee.

—No, que entonces tendré que darte algo y la moneda más pequeña que tengo es de euro, y un euro no te lo pienso dar.

—Joder, que no tienes que darme nada, pero lee la parte de atrás.

—Que no leo.

—Está bien —dijo el artista callejero algo cabreado. Cogió el dibujito, le dio la vuelta y leyó: «Sal a la calle, te estamos esperando. Firmado: Peter, presidente de la UST».

Se oyó un bocinazo. Me levanté para poder mirar a través del ventanal y vi, detenido en la rotonda y con las luces de emergencia puestas, un taxi.

—¿Una monedilla no me darás? —preguntó el poeta dibujante que me había seguido hasta la barra, donde intentaba pagar.

—No tengo suelto —le dije.

—Pero ahora tendrás —dijo al ver que iba a pagar con un billete de cinco.

Cuando me trajeron el cambio, le di cincuenta céntimos al poeta.

—Gracias. Ten, quédate con este poema.

—No, de verdad, no hace falta.

—Que sí, yo no soy ningún mendigo.

Le iba a decir que no estaba de acuerdo, pero me callé y acepté el poema, que guardé en un bolsillo.

—¿No lo vas a leer?

—Me están esperando, más tarde lo leo.

—¿Cómo que más tarde? Pero si se lee en un momento —me dijo.

—Es que, si leo de pie, me mareo. En coche también, pero en avión no.

No sé por qué.

Salí a la calle.

El taxi seguía en la puerta. En el asiento del conductor vi a un tipo aún más grande que Peter y que bien podía contener a otro hombre dentro de su enormidad. El cristal de la ventanilla de atrás se bajó. Allí estaba el de la cara picada que había ido a buscarme al bar del polígono. Seguía llevando

un palillo en la boca; por el color amarillento de la madera, tal vez el mismo.

—¿Y Peter? —pregunté.

—Esperándote. Vamos, sube —dijo el del palillo. El grandullón se inclinó lentamente hacia la derecha, como un menhir tambaleante, para alcanzar con su brazo la manilla de la puerta delantera derecha y abrírmela.

Subí.

—¿Sabéis para qué me ha llamado Peter? —les pregunté.

—Eso solo te lo puede decir él.

El chófer vestía una camiseta sin mangas que dejaba ver unos bíceps del grosor de mis muslos. De los dos juntos. En el derecho llevaba tatuada la palabra *Diésel*.

—¿Dónde vamos? —me preguntó el hombre grande.

—Pues... con Peter —dije desconcertado—. Se supone que ustedes me mandaron la nota para que saliese —contesté.

—¡Dónde vamos a ir, Francisco! —le dijo el del palillo, tal vez cabreado, aunque era difícil saber cuándo estaba enfadado, porque los rasgos de su rostro parecían solo hechos para mostrar disgusto.

—Es la costumbre —le dijo el otro.

El taxista calló, giró por la Palma, bajó por San Bernardo a la Gran Vía y, tras dejarla, enfiló Alcalá.

—¿Qué coño estás haciendo? —le preguntó el del palillo al otro.

—Pues... rodeando —contestó.

—Pero si el *pasmao* este no te va a pagar la carrera.

—No, no pienso pagar nada —les aclaré.

—La costumbre —repitió el otro.

El del palillo se puso el cinturón de seguridad y me miró inquisitivo.

—Así que según tú te llevamos con Peter, ¿no? —dijo como enfadado.

—¿Yo? No, me lo ha dicho usted. También lo he leído en la nota que me ha llevado un hombre al café.

—Ya..., ya veo. ¿Así que confías en el primero que llega y te deja una nota?

—No..., yo... yo conozco a ese hombre, está siempre por Malasaña vendiendo sus poemas y sus dibujos.

—Ah, ¿sí? ¿Lo conoces? ¿Cómo se llama?

—Pues...

Aunque alguna vez lo supe, no recordaba su nombre, así que saqué la nota y busqué la firma del poema. Había firmado como *el trovador del amor*.

—El trovador del amor, se llama el trovador del amor.

—Buen fichaje hemos hecho —dijo el del palillo—. Ten, ponte este antifaz, no puedes saber dónde te llevamos. —Y sacó de un bolsillo un trapito negro.

—¿Me están secuestrando? No pienso pagar rescate. Mi familia es pobre. Mi padre es podólogo.

—Ponte el pañuelo y deja de decir chorradas.

—¿Quita durezas? —me preguntó el hombre grande.

—Sí. Pero solo en Albacete.

—¿Son igual de duras que las durezas de Madrid? —me preguntó.

—Yo... no... no sé. Creo que las durezas cerca de la costa son más blandas.

—¡Silencio! —gritó el del palillo.

Me había metido en un taxi con dos tipos de los que apenas sabía nada y que querían que me pusiera un antifaz. Y el único testigo de mi partida que podría ser interrogado por la policía era un alcohólico llamado *el trovador del amor* que siempre rimaba todo en consonante. Mi corazón comenzó a acelerarse; mi boca, a secarse. Estaba sintiendo miedo, pero no el miedo de siempre, ese miedo de algunas noches de insomnio en las que aparece de pronto la idea de la muerte y arrasa el sueño. Este era un miedo mucho más

concreto, animal, que me provocaba unas ganas muy grandes de huir de aquel taxi.

—¿Te pones el antifaz o no? —me dijo el del palillo dándome golpecitos en el hombro con un dedo.

Me puse como pude el supuesto antifaz, aunque no me quedó muy bien, porque no sé hacer nudos si no los miro fijamente sin pestañear. Pero estaba decidido a mostrarme colaborador para que no notaran mi nerviosismo y así poder sorprenderlos, si era necesario, saltando por la ventanilla en cuanto frenaran un poco. El del palillo terminó de apretar el nudo. Yo simulé que me picaba un tobillo y me metí el móvil en el calcetín para que no me lo encontraran si me cacheaban y poder llamar a la policía en caso de secuestro.

Por los sonidos que me llegaban y los muchos frenazos y acelerones, seguíamos por las calles de Madrid, sin salir a ninguna de las radiales.

Decidí comprobar si la puerta estaba bloqueada por si tenía que huir.

Porque, si lo estaba, la única alternativa era bajar el cristal y saltar por la ventanilla, si es que no la habían bloqueado también. La manilla estaba un poco dura y tuve que tirar de ella, pero me pasé y la arranqué.

—¿Qué haces con el ambientador en la mano? —me preguntó el del

palillo.

Yo palpé aquello con las dos manos y me lo llevé a la nariz. Si era una manilla olía a limón.

—Yo... no, nada, quería... quería olerlo.

—¿Para eso tienes que arrancarlo?

—Es... es que solo huelo bien de cerca. Es... es como una miopía olfativa

—respondí.

—Menudo fichaje hemos hecho —dijo fastidiado el del palillo—.

Menudo fichaje.

—¿Quién me ha fichado? —pregunté.

—Espero que aún nadie —dijo él.

Al poco noté que frenábamos, apagaban el motor y abrían las puertas del coche. Un aire frío entró en el coche, pero me alivió escuchar que había gente hablando a unos metros y confirmar que seguíamos en la ciudad. Me agarraron de un brazo para sacarme. Ya fuera, oí a Peter.

—¿Se puede saber para qué coño le habéis puesto esa mierda en los ojos? —preguntó cabreado.

Silencio...

—Nosotros..., pues para que no se enterara... —dijo el del palillo.

Peter me desató el antifaz de un tirón. Estábamos en la glorieta de San Bernardo, habíamos dado una gran vuelta para terminar a poco más de trescientos metros del punto de partida.

—¿Para que no se enterara de qué? ¿De que si se viene por los bulevares llega antes? ¿O de que lleváis el taxímetro trucado? —gritó Peter muy cabreado.

—Pues... no sé, yo... —balbució el del palillo, al que ante Peter parecía borrársele toda su chulería.

—¡Loco, me vais a volver loco! Perdona, chaval, estos son gilipollas.

Pasa, anda, pasa —me dijo invitándome a entrar en un bar.

Lo seguí, ya más tranquilo al ver que el bar estaba lleno de gente y que Peter parecía más enfadado con ellos que conmigo.

—Peter, que sepas que yo no tengo nada que ver —le dije.

—¿Con qué?

—Con nada —dije a modo de exculpación, pero sin querer nombrar la droga que había en mi bolso, por si la habían encontrado.

—¿Con qué nada?

—Con toda. Toda la nada, digo. En general. Yo con la nada nunca tuve nada que ver.

Se detuvo por un momento y me miró fijamente, sin saber qué decir.

—Pasa, anda, pasa, ahora te explico por qué te necesito con tanta urgencia —dijo por fin, y dejó caer su manaza en mi hombro para guiarme

por el bar.

Peter entraba en los sitios como si le pertenecieran, daba igual que se tratara de un bar o una gran plaza, era su forma de llegar y así entró en aquel bar, que era un pasillo largo con una barra al lado izquierdo que terminaba en un pequeño salón. En lugar de echarme a correr hacia la calle, lo seguí, y tras nosotros vinieron el del palillo y el señor casi gigante. El bar estaba lleno de hombres de mediana edad que hablaban con esa camaradería de los machos que saben qué equipo de fútbol le gusta al otro y se dan codazos o farfullan burradas cuando pasa cerca de ellos una mujer estupenda, como aún las llaman algunos. Tal vez eran taxistas de descanso en mitad de su jornada o a punto de comenzarla. Tras la barra, una mujer se afanaba con la plancha. Aunque eran más de las doce de la noche, muchos cenaban en las mesas.

Junto a la señora de la plancha, un camarero atendía la barra mientras comentaba a gritos algún partido de fútbol con unos tipos que bebían cafés o carajillos y parecían felices por un momento, y segundos después muy enfadados, y después regresaban a la felicidad. Todas las mesas del fondo estaban ocupadas, pero, cuando llegamos, unos hombretones se levantaron solícitos para dejarnos la suya. Peter se lo agradeció con unas palmaditas en sus espaldas.

—¿Qué quieres tomar, chavalillo? —me preguntó.

Pedí un cuatro rosas cola, porque había decidido en el bar de Rogelio que era lo mío y también para no quedar como un chavalillo y parecer así quien no era, base esta de mi vida. Ellos pidieron un café descafeinado y dos poleos. Menta.

—No serás alcohólico, ¿verdad? —me preguntó Peter.

Era la segunda vez que me lo preguntaban aquel día, comencé a pensar que serlo no lo era, pero tal vez lo parecía.

—No, bebedor social.

—¿Socializas mucho?

—No creas.

—Es que tienes muy mala pinta, ya te lo dije cuando te conocí.

—Se me han juntado muchas cosas.

—Ya, como a los alcohólicos —dijo el del palillo.

—Te habrás preguntado qué cojones queremos y por qué tanto misterio

—me dijo Peter.

—Un poco sí.

—Haces bien en preguntártelo. A mí me gusta la gente con inquietudes.

¿No digo yo eso siempre, eh? —preguntó Peter a los otros.

El del palillo asintió para confirmar las inquietudes de Peter. El grandullón estaba concentrado en echarle varios sobres de azúcar a su poleo menta y diluirlos y no confirmó nada.

—Me dijiste por teléfono que te habían robado un bolso, ¿no?

—Sí, un taxista.

—Ya estamos con los prejuicios —dijo el del palillo—. No todos los que suben en taxis son taxistas.

—Bueno, un tipo que huyó en un taxi, no estoy seguro de que fuera taxista.

—Supongo que era el mismo taxi que me estuvo siguiendo cuando te dejé en tu curro —dijo Peter.

—¿Nos seguían?

—Sí.

—¿Por qué?

—Eso igual lo sabes tú —dijo el del palillo.

—Calla, Palillo. ¿Llevas el móvil apagado? —me preguntó Peter.

Busqué en el calcetín y saqué el móvil mientras ellos me miraban extrañados.

—Mal, este tío está mal —oí decir al Palillo.

—Hay gente que lleva el móvil en un calcetín para que no se raye —dije para defenderme.

—Sí, pero llevan el calcetín en un bolsillo —dijo el Palillo—. No en el pie.

—La gente lleva los calcetines en los pies —intervino el hombre gigante.

—¡Basta, basta! No quiero que comencéis con vuestras discusiones —

dijo Peter.

—El móvil está apagado —le dije a Peter—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque lo puedes tener hackeado y te pueden haber estado siguiendo.

—¿A mí? ¿Quién coño me iba a seguir a mí o hackearme el móvil?

Se miraron. Parecía que había algo que no sabían si contarme o no.

—Nuestros rivales, los del Sindicato Unificado del Taxi —dijo por fin Peter bajando un poco la voz, como si pese al barullo del bar alguien nos pudiera oír.

Pensé que podía haber cámaras ocultas. Siempre lo pienso cuando pasa algo raro en mi vida o cuando tengo mucha suerte. A veces comienzo a actuar como una buena persona para quedar bien cuando todo salga en la tele, aunque después nunca haya cámaras ocultas y lo único que pasa es que la vida puede ser extraña y rara. Como en ese momento, cuando me decían que un sindicato de taxistas me podía estar siguiendo.

—¿Por qué me iban a seguir a mí? No soy taxista y casi nunca monto en taxi.

—¿Por qué no montas en taxi? —me dijo mosqueado el Palillo.

—Porque es caro y no tengo dinero.

—Ya, seguro que para drogas sí tienes.

—Hay drogas más económicas que el taxi —dijo el hombre grande—. El vino en brik, por ejemplo...

—¡Callad! —gritó Peter. Le hicieron caso—. Creemos que los del Sindicato Unificado te pueden haber seguido porque piensan que estás trabajando para nosotros.

—¿Yo? ¿Por qué? Si apenas nos conocemos ni soy taxista.

Peter suspiró, como cansado. Explicar todo aquello parecía suponerle un esfuerzo.

—El mundo del taxi está muy complicado últimamente. Hace dos días debieron ver cómo yo te llevaba a tu trabajo, te dejaba allí sin cobrarte la carrera y te daba mi tarjeta. Así que ahora pueden pensar que eres de los nuestros. Nos siguen a todos. Hasta al Palillo.

El Palillo afirmó orgulloso.

—Sí, el otro día hasta la puerta de mi casa.

—Puede que por eso te robaran el bolso, por si llevabas ahí información sobre nosotros.

—Esto no es una broma, ¿verdad? —pregunté—. ¿O sí?

—Jefe, ¿tú crees que nos sirve? —le preguntó el Palillo a Peter.

—Tiene que servirnos.

—¿Pero por qué os vais a espiar entre taxistas? ¿Para saber qué?

—Tú no tienes ni idea de nada —me repitió el Palillo mientras el bloque humano miraba distraído a un hombre que jugaba en la máquina tragaperras.

—No, y por eso pregunto. ¿Por qué coño se van a seguir entre sindicatos y robarse cosas?

—El mundo del taxi está muy alborotado. Hace unos meses nos escindimos en dos: el Sindicato Unificado del Taxi y la Unión Sindical del Taxi, que es el nuestro. Tenemos unos asuntos comerciales pendientes y por eso están encima de nosotros.

—Pero ¿a mí para qué me habéis hecho venir? ¿Me van a devolver el bolso?

—Ya está con los bolsos —se quejó el Palillo.

—Podemos intentarlo, pero no será fácil. ¿Qué llevabas? —dijo Peter.

—Eh... Una libreta, bolis, y... cosas de valor para mí.

—Seguro que llevaba drogas o algo. No hay más que verlo —dijo el Palillo.

Yo me puse rojo. Le pegué un trago al cubata por hacer algo con las manos y que se me notara menos el apuro.

—Bien, chaval, tú me dijiste que escribías historias para la tele, ¿no? —

preguntó Peter.

—Bueno, sí, más o menos.

—Más o menos no me sirve. ¿Escribes historias para la tele o qué cojones haces?

—Sí, escribo historias para la tele.

—Vale, eso ya me gusta más. Te he hecho venir no solo para avisarte de que te pueden estar siguiendo. También para proponerte un trabajo: necesitamos a alguien que nos escriba un discurso. El mejor de los discursos. ¿Qué me dices?

—Yo..., bueno, yo escribo guiones, pero no discursos.

—Tú has escrito monólogos, hemos visto tu currículum en internet.

Trabajaste en ese programa en el que salen famosos intentando ser graciosos con los monólogos.

—Sí, pero...

—Pues no hay más que hablar. ¿Qué es un monólogo si no un discurso con chistes?

—Bueno, no es lo mismo exactamente.

—Nada es exacto. Pero, antes de seguir hablando contigo, quiero saber si eres discreto.

—¿Eres discreto? —repitió el Palillo.

—Sí, yo..., sí, claro.

—Bien, bien, vamos asentando cosas. Tú eres discreto y nosotros somos taxistas, ya lo has visto. ¿Qué son los taxistas para la mayoría de la gente?

Se hizo el silencio. Hasta el hombre grande dejó de mirar hacia la tele y me observó, esperando mi contestación. Tres taxistas me miraban y unos cuantos más ocupaban las mesas cercanas, así que busqué una respuesta que no complicara más mi situación.

—¿Tengo que responder o es una pregunta retórica? —dije por fin.

Se miraron desconcertados.

—¿Jefe, le doy? —sugirió el Palillo.

—¡Palillo, cállate de una puta vez o te daré yo a ti!

Peter me agarró un hombro con una de sus manazas y tiró de mí hacia él.

Nuestras cabezas se acercaron. Parecía el momento de las confidencias.

—No nos gusta la retórica, somos más de dialéctica. La retórica solo pretende epatar, abrumar, pero la dialéctica busca la verdad. ¿Estamos o no estamos de acuerdo en eso?

—Sí, yo... Claro. Así es —dije.

—Sabemos que el taxi no tiene buena fama. Los taxistas somos para mucha gente unos hijos de puta que se pasan el día cabreados, que gritan a la mínima, machistas, ignorantes, fachas, timadores... Una especie en extinción acosada por las plataformas de los móviles. Pero pese a todo resistimos. ¿Es así o no es así como se nos ve?

—Bueno, yo no diría tanto. Hay taxistas amables. Tal vez la opinión general es esa, pero la opinión general es cambiante... Yo...

—¡Qué opinión general ni qué leches! —gritó Peter—. ¡Eso somos para mucha gente, las encuestas lo señalan, se oye en cualquier sitio! Los taxistas españoles son los peor vistos tras los de Malasia y los de Italia.

—Hijos de puta malayos —dijo resentido el Palillo.

—Y ahora nosotros queremos cambiar esa imagen.

—Pero... yo no sé nada de sindicatos, ni de relaciones públicas ni...

—Todo a su tiempo, todo a su tiempo —dijo Peter.

—Plumilla —dijo el Palillo, como acusándome de algo.

—Yo no soy un plumilla...

—¿No es plumilla, jefe?

—Palillo, ya te he dicho que es guionista.

—Ya, ya..., así que guionista. Vaya, vaya, guionista... —dijo saboreando la palabra, como si cada vez que la pronunciara le descubriera algún nuevo

significado oculto que me delatara.

—Palillo, anda, tráeme un cortado de leche condensada —le pidió Peter ya cansado.

—Pero si aquí no tienen leche condensada, jefe...

—¡He dicho que quiero un cortado de leche condensada!

—Vale, vale.

Palillo se alejó cabizbajo. El hombre armario seguía viendo la tele aunque alguien le había bajado el volumen al programa. Era una

tertulia del corazón y los participantes discutían airados, tal vez sobre algo banal que así, sin sonido, parecía muy importante. Peter apartó los vasos que había entre nosotros, como si le molestaran para hablarme, y se inclinó hacia mí.

Clavó sus ojos en los míos.

—¿Nunca llevas tirantes? —me preguntó en voz baja palpando mi hombro.

—¿Tirantes? —pregunté desconcertado.

—Los tirantes son un gran invento. El cinturón corta la circulación, pero los tirantes sustentan sin cortar y reafirman los hombros.

—Claro, claro —dije.

—Y tan claro. Ten, estos de regalo para ti.

Puso sobre la mesa una bolsita de plástico transparente con lo que parecían un par de tirantes amarillos que llevaban escritos en letras negras *Unión Sindical del Taxi*.

—Quiero que nos ayudes —me dijo mientras yo intentaba comprender lo de los tirantes—. Se ha adelantado el congreso nacional del taxi y en él nos jugamos la presidencia. No puedo permitirme el lujo de perderla. No en este punto de mi carrera. Aunque, claro, tú en realidad no tienes ni puta idea de quién soy yo.

—Pues... no, la verdad es que no.

—Pero nosotros sí sabemos quién eres tú. Google y el portero de tu finca nos han puesto al tanto.

—¿Qué les ha dicho ese?

—No te preocupes, tampoco ha contado mucho. Pero tenemos que saber quién eres si vamos a trabajar juntos.

—Me imagino que no os habrá contado nada bueno —le dije.

—No demasiado. Pero no le solemos hacer mucho caso a los porteros.

Como fuente de información pueden distorsionar mucho la realidad. Ten, mi otra tarjeta. Peter Rodríguez Fasbinder. Director de la Unión Sindical del Taxi —dijo orgulloso.

Calló, dejando un largo silencio, de los que deja la gente cuando cree que ha dicho algo impresionante y le toca al oyente mostrar su admiración. Pero yo no sabía qué decir, si debía preguntarle algo, callar, pedir otro de lo mío.

Así que opté por una salida fácil.

—Ea —dije.

—¿Ea? ¿Qué es eso de *ea*? —me dijo un poco mosqueado.

—No, nada, una cosa que decimos mucho en Albacete y nos sirve para todo y para nada.

—¿Ea?... En el discurso no me metas ningún *ea* de esos.

—¿Pero para qué es exactamente ese discurso? ¿En qué momento del congreso lo quieres leer?

—Poco antes de las votaciones, para convencer a los indecisos. El otro sindicato ha contratado para sus discursos a un tipo que ganó varios concursos de la tele de los de saberse muchas palabras. Un tío que usa un montón de esdrújulas, las domina el cabrón. Un pico de oro, tiene la lengua alicatada. Además, el líder del Sindicato Unificado del Taxi no es un cualquiera. Trabajó vendiendo colchones por teléfono, enciclopedias a puerta fría, sabe cómo camelarse a la gente.

Sacó su cartera y, de ella, una foto recortada de un periódico. La puso sobre la mesa. Se veía a un señor con pelazo gris y bigote moreno.

—Ahí lo tienes, Raimundo Hortaleza, un tipo gracioso aunque se tiña el bigote. Usa beis claro-claro. Para el bigote, digo. Tiene gracejo, el hijoputa.

Ya sabes de lo que te hablo, el típico soriano con chispa. En la próxima asamblea nacional de taxistas, antes de la votación, tendremos una comida, y en la sobremesa cada presidente dispondrá de unos minutos para su discurso. Así que, con tu ayuda, tengo que ganarle a Raimundo Hortaleza y como menos se lo esperan: con un discurso cómico, con la risa. ¿Tú eres capaz de hacer reír a mil taxistas?

Miré hacia el techo buscando otra vez la cámara oculta, pero seguía sin descubrirla.

—¿Qué miras? —me preguntó Peter.

—La... la decoración —contesté.

—¿La decoración? —dijo observando el cuadro del escudo del Real Madrid hecho con purpurina que adornaba una de las paredes y las fotos algo descoloridas de paisajes cántabros que colgaban de otra.

—Sí... Yo... Me gusta la decoración. Es baldosa hidráulica, ¿no? —dije mirando ahora al suelo.

—Yo qué coño sé. Yo lo que quiero saber es si eres capaz de hacer reír a mil taxistas.

No, aquello parecía ir en serio. ¿Era yo capaz de hacer reír a mil taxistas? Si redactaba un discurso, ¿sería Peter capaz de darlo sin que pareciera que estaba muy enfadado y que se iba a poner a repartir hostias a todo lo que se moviera?

—Te pagaremos bien. Muy bien. Dos mil mañana, mil quinientos más cuando lo termines. Si nos gusta, podremos seguir colaborando —dijo Peter al ver que tardaba en contestar.

—¿A mil taxistas? Sí, si son mil, sí que puedo hacerlos reír —dije yo, como si con mil cien taxistas ya no hubiera sido posible.

—Bien. Pero quiero un humor que lo pueda entender igual un vasco que uno de Cádiz, ¿comprendes lo que te digo? Quiero algo universal, que guste a todos, como los chistes de Lepe y los pistachos, como oler tus propios pedos y las hamburguesas de McDonald's. ¿Sabes lo que te digo?

—Sí, claro —mentí de nuevo.

—Pero no quiero chistes de negros ni de chinos ni de moros ni de políticos ni sexistas. Bastante mala fama tenemos hoy en día. Ni tampoco chorradas. Humor claro. Que lo entienda todo el mundo. Los negros, los chinos, los moros, los blancos, la gente de Córdoba... Pero nada de surrealismo ni paridas mentales.

Estaba claro que se había iniciado una cruzada contra el surrealismo, tal vez porque la vida ya era demasiado surrealista. Ahora yo debía conseguir que un taxista hiciera reír a mil colegas de toda España. Pero antes tendría que descubrir qué hacía reír a los taxistas. Todo aquello sí que era surrealista.

—Humor para todo el mundo, sí. Creo que sabré hacerlo. Por algo trabajo en la tele —me comprometí sin pensarlo lo suficiente.

—Así me gusta.

Alargó su mano para que selláramos el trato y yo lo imité. Mi mano, perdida entre la suya, recibió un apretón de esos que dan quienes te quieren convencer de que son gente de fiar y de ideas firmes o no controlan bien su fuerza.

—Pásate mañana a las cinco por la Unión Sindical del Taxi —me dijo Peter—. Nos reuniremos y hablaremos de pasta, plazos, y te daremos información para tu discurso. Ya te avanzo que hay prisa, ese discurso tiene que estar cuanto antes. Ahí va la dirección.

Me dio otra tarjeta, esta con la dirección del sindicato.

—Pero mañana a esa hora tendré que estar en el trabajo —le dije.

—¿Qué mierda de curro tienes que no te puedes pedir una tarde libre?

—Es que me han cambiado de puesto y comienzo mañana en el nuevo.

—Me da igual. Invéntate algo, pero debes pasarte, que llevamos prisa.

—¿Mientras no podéis hacer algo por recuperar mi bolso?

—Estamos en ello, pero no sé si te conviene que intentemos recuperarlo.

—¿Por qué no?

—Porque, si ven que queremos tu bolso, confirmarán que tienes algo que ver con nosotros y eso puede ser peligroso para ti.

—Pero aún no tengo nada que ver.

—Sí tienes. ¿O es que ahora vas a faltar a tu palabra? —me dijo algo cabreado.

—No, no, no falto. Pero... ¿es peligroso tener que ver con vosotros?

—No tiene por qué. Pero, si descubres que te siguen, llámame.

Se levantó y se fue, y tras él, el hombre grande, que ni al alejarse parecía empequeñecer, como si la perspectiva no le afectara. Poco después me fui yo de aquel bar aún repleto de taxistas mientras me preguntaba por primera vez en mi vida de qué se reían los taxistas. Probablemente, de lo que todo el mundo: de las desgracias de los otros.

Me metí en el metro. Era casi la una de la noche y seguía sin piso al que mudarme. Tampoco había conseguido avisar a Andrea de que era posible que la visitara un camello desequilibrado preguntándole por mí, por una bolsa con droga o por los dos. Me llegó un wasap. Saqué al momento el móvil deseando que fuera de ella. Alguien que figuraba en la lista de contactos de mi nuevo móvil como *No coger 5* me decía que era un cabrón y que me iba a «dar *pal* pelo». Tenía que recuperar mi antiguo móvil. Era tarde para llamar a un anciano al que probablemente mandaban a la cama a las nueve, pero me dio igual. El hombre debía haber recargado la batería de mi móvil, porque daba tono.

—¿Dígame? —respondió una voz adormecida.

—Soy el dueño del móvil. ¿Puede darme su dirección y nombre para que mande a alguien a que lo recoja?

—¿Usted cree que son horas? —me dijo el hombre algo cabreado.

—No, no lo son. Pero ¿piensa devolverme mi teléfono?

—Yo, joven, no tengo espíritu de ladrón. Encontré su móvil, sí, de lo que no reniego. Si lo quiere, no tiene más que acercarse a por él.

—Si no me da su dirección, voy a bloquear la tarjeta y no va a poder llamar a nadie.

—Joven, bloquee usted lo que le venga en gana. Siempre he sido favorable a que la juventud bloquee.

—¿He recibido más llamadas?

—Sí. Hace unas horas una de un señor que decía ser taxista. Muy insistente.

—¿Algo más?

—Espere, lo tengo apuntado todo.

Oí un ruido como de un cajón que se abría.

—Sí, aquí lo tengo. También llamó una compañía de teléfonos. Nos ha ofrecido una nueva tarifa. La hemos contratado.

—¿Que ha hecho qué?

—Era muy buena. Televisión por cable. Muy rápido el cable este, más

que la internet, por lo que me han explicado. Todas las películas que quiera.

Menos las picantonas, esas las tendrá que pagar aparte. Fútbol. Cuatro partidos mensuales... Espere, hay más... Sí, cuatro horas de llamadas a móviles. La señorita era muy amable. De Argentina, me ha dicho. Qué cosas, ¿no? Llaman desde la Argentina. Debe costarles un dineral.

—Pero... ¡Usted no puede contratar por mí!

—Creo que sí. Ya lo hemos hecho.

—¡Le voy a cortar la línea!

—Eso ya lo ha dicho, joven. Cálmese, que es usted quien está llamando a las tantas, no yo. También lo han llamado de su empresa. Querían asegurarse de que mañana por la mañana está en su nuevo puesto. ¿En qué trabaja usted, joven?

—¿Algo más?

—De llamadas no, pero me ha dicho un compañero de residencia que se aclara mejor con estos artilugios que tiene usted unos cuantos *guas* de esos.

Por si le interesa.

—¿Los ha leído?

—No. Me parecía invadir su vida privada.

—¿Y contratarme una nueva tarifa no le parecía invasión?

—Era una oferta inigualable. Así me lo ha dicho varias veces esa señorita tan amorosa. ¿Sabe que en Buenos Aires tenían hoy treinta y dos grados y una cosa llamada *sensación térmica*?

Oí a alguien hablar de fondo.

—Disculpe, señorita —dijo el anciano.

—¿Qué señorita? —pregunté.

—No... Yo... No estaba dando voces, es que me está llamando un joven...

—lo oí decir. También oí de fondo la voz de una mujer.

—Pues corte, Benito, que no son horas. ¿Desde cuándo tiene usted móvil?

—Los nietos, que no les falta detalle. Sí, sí, ya termino... —dijo—.

Joven, tengo que cortar, que por su culpa mañana seguro que me castigan sin parchís. No me llame tan tarde, que aquí somos de acostarnos pronto.

Me colgó. Tenía que cortar aquella línea antes de que ese hombre me llevara a la ruina o a la locura. El metro llegó a Lavapiés y salí a la plaza.

Sonó de nuevo el móvil. Lo saqué con prisas, pero no era Andrea, sino *No coger 7*. No lo cogí. Le eché un vistazo al WhatsApp. Había mensajes de Mare, Grupo gimnasio, y muchos en los que se leía *No coger* con diferentes números. *No coger 1*, *No coger 2*. Así hasta *No coger 12*. Abrí *No coger 3* y leí su último mensaje. «Eres un hijo de la gran puta. Pero esta nos la vas a pagar. ¡Treinta kilos! ¡Pesa ya treinta!» No sabía quién pesaba treinta kilos, ni por qué alguien se enfadaba por ello. Pero decidí que, si no recuperaba pronto mi viejo número, debía comprarme cuanto antes una tarjeta SIM

legal.

Mi querida enemiga

Cuando llegué al piso de Matías temí que Marta también hubiera cambiado la cerradura. Pero la llave encajaba. Entré carraspeando con fuerza para que me oyeran llegar si seguían despiertos. La casa estaba en silencio, todas las luces apagadas salvo una pequeña lámpara en el pasillo. Encendí la linterna del móvil y avancé con sigilo hacia el salón. Vi a Godo sobre su manta.

Movió levemente el rabo, pero no se levantó para que lo acariciara. Me dejé caer en el sofá y apagué la linterna. Busqué en mis bolsillos un Lexatín. Iba a levantarme para llenar un vaso de agua con el que tragarme la pastilla cuando oí que se abría una puerta. Era Marta, que salía de su habitación. Me quedé allí inmóvil, en silencio, con la esperanza de que no me descubriera.

Marta entró en el baño y yo me levanté rápido para meterme en mi habitación, pero tropecé con una silla y caí de lleno al suelo, y conmigo, desperdigadas por el salón, todas las pastillas de mi pequeño frasco. Marta regresó corriendo desde el baño y encendió la luz. Me miró flipada. Yo, que estaba bocabajo, me giré lo suficiente para

saludar.

—Hola —dije.

—Otra vez estás borracho, ¿no?

—No —me limité a decir mientras comenzaba a recoger mis pastillitas, arrodillado en el suelo.

—¿Qué es eso?

—Pastillas.

—Tío, estás muy mal, yo ya me imaginaba algo, pero tú estás muy mal.

Debería hablar con tus padres y contárselo.

—¿Tienes el móvil de mis padres? —pregunté sorprendido.

No contestó. Se quedó mirando cómo yo recogía mis pastillas.

—No es lo que parece.

—No sé lo que parece, pero nada bueno.

—Son ansiolíticos, se me ha caído el frasquito.

—¿Ansiolíticos en frasquito?

—A mi madre se los venden así sus amigas, que consiguen recetas de más y ella me los pasa. ¿Tú no tomas?

—No, no tomo.

—Pues van muy bien para la gente con mala leche —le dije mientras continuaba recogiendo las pastillas—. Un cuarto de la población los toma.

O un tercio, no sé. Pero mucha gente.

Se sentó en el sofá y me miró como quien mira a un yonqui al que se le ha caído la papelina a un charco de meados e intenta rescatar los restos absorbiendo con una pajita.

—No me mires así. Es verdad, no son más que ansiolíticos.

Pero no me contestó. Había una gran diferencia entre esa Marta

despeinada y cabreada y la que podía verse en sus redes sociales de azafata, siempre sonriente en playas exóticas, museos o restaurantes de todo el mundo, leyendo en cafeterías modernas como si no fuera consciente de que la estaban fotografiando, casi siempre poniendo morritos aunque ya tenía más de treinta años. Terminé de recoger mis pastillas y llené un vaso de agua.

—¿Seguro que no quieres? —le dije desde la cocina—. También aplacan la ira.

Me miró con mucha ira no aplacada. Me tomé mi pastilla.

—Mañana te vas, que no se te olvide —me dijo—. Lo que le has hecho a Andrea no tiene perdón, la pobre está muy mal.

—¿Has hablado con ella? ¿Qué te ha dicho? ¿La has notado muy cabreada? —dije esperanzado porque lo que yo hiciera aún fuera capaz de

afectar a Andrea.

—No, qué va a estar cabreada —contestó burlona—. Ha cambiado una cerradura de puerta blindada por un pequeño enfado. Se muere su abuela y su novio pasa de acompañarla.

—Era mayor.

—Sí, imbécil, era mayor. Todas las abuelas son mayores.

—No te creas. El otro día leí en internet que hay una mujer que ha sido abuela con...

—¡Calla!

Y callé.

—Mañana te vas —me dijo antes de meterse en el baño.

Se había dejado el móvil sobre la mesa. Lo cogí. Probé el patrón de desbloqueo de Matías. Era el mismo, a veces las parejas hacen estas cosas para mostrarse confianza aunque la base de esos acuerdos sea una profunda desconfianza. Marqué el número de Andrea. A su amiga Marta sí que se lo cogería, aunque fueran ya las tantas de la noche.

—¿Pasa algo? —preguntó Andrea con voz adormilada.

—Soy yo, Andrea, no cuelgues, por favor. Necesito para el trabajo el

disco duro que escondo detrás de los libros del salón —mentí—. ¿Has vuelto? Es que me hace falta, tengo ahí varias copias de guiones que no encuentro en el portátil.

No oía ninguna respuesta.

—¿Andrea? ¿Estás ahí?

—Sí, estoy.

—¿Has vuelto?

—Sí, hoy.

—¿Y? ¿Puedo acercarme a por el disco duro?

Nadie contestaba.

—¿Andrea?

—Pásate mañana a primera hora, antes de que me vaya al trabajo.

—Genial, gracias. Mañana estaré allí. Oye, ¿ha ido alguien preguntando...?

Pero entonces noté como una mano agarraba el móvil y me lo quitaba.

Era Marta.

—Imbécil —me dijo—. Perdona, Andrea, ha aprovechado un descuido para cogerme el móvil... Sí, ya... Está bien, mañana hablamos.

Se metió en su habitación. Godo me miró. Sentí que le daba lástima. Me fui a la habitación de invitados y me dejé caer en la cama. Estaba nervioso, en unas horas la vería y no sabía qué iba a decirle. Ya le había pedido disculpas, no quería resultar patético pidiéndole perdón una y otra vez.

Intenté dormirme, pero no podía, así que me puse a hojear los cómics que tenía allí Matías. «Un hombre sin miedo es un hombre sin esperanzas», leí en un *Daredevil*. Por esa misma regla, yo tenía un montón de esperanzas y mucho miedo. Pero al menos algunos de mis miedos se habían calmado.

Andrea no había nombrado al Rufi, así que pensé que él no había dado aún con ella. No me dormía y comencé a leer una vez más *Sin City*. «El infierno es vivir cada día sin saber la razón de tu existencia.»

Yo al menos ahora tenía una razón. Terminé *Sin City* y el sueño no llegaba, así que, aburrido, decidí irme a la calle.

Por la plaza de Lavapiés naufragaban los restos de la noche: unos borrachos luchaban con un cajero para conseguir unos últimos billetes; una mujer descalza, con los zapatos de tacón en sus manos, caminaba de puntillas, como si sus pies aún tuvieran memoria del calzado que hace poco vestían. Un grupo pasó acelerado, dando voces, a la busca del refugio urgente de un *after*. En la esquina de la calle Lavapiés con la plaza, un negro buscó mis ojos y me preguntó qué quería. No se lo dije porque no lo sabía. Sentada en un portal, una mujer lloraba y todos la mirábamos al pasar a su lado, pero nadie le decía nada. Subí hasta Antón Martín. Cerca de la plaza entré en una tienda abierta veinticuatro horas en la que se mezclaban los últimos de la noche y los recién llegados al día. El café era de máquina

automática, las porciones de *pizza* también salían automáticamente de un dispensador, como las coca-colas y otros refrescos sin alcohol. Lo único humano que aún tenían allí eran un dependiente sudamericano que miraba a la clientela como si aún fueran parte de algún sueño y un segurata que intentaba controlar a esos mismos borrachos, tan soñados, tan reales. Me bebí un café de máquina y, cuando iba a salir para la calle, un borracho me tiró parte del suyo sobre la parka.

—Te pago uno, te pago uno —me dijo con la voz pastosa.

—Si a quien se le ha caído es a ti —le dije.

Miró su vaso vacío sorprendido. Me fui a la calle. Apenas había tráfico y hasta se oía piar a algún pájaro. Ya no recordaba que los pájaros de Madrid también pían. Decidí que, si algún día escribía una novela, la llamaría así, *Los pájaros en Madrid también pían*, pero se me pasó pronto. Caminé y llegué a la Gran Vía, y cuando subía hacia Callao salió de un callejón una pareja que parecía borracha y discutía. Él tiraba de ella hacia la plaza y ella se inclinaba hacia atrás, intentando no ser arrastrada y poder marcharse Gran Vía abajo, todo a cámara lenta, como si no tuvieran fuerzas, como si les faltaran las ganas. Al final cada uno salió para un lado y ninguno miró atrás.

No beberás con nonagenarias

Regresé al piso de Marta a darme una ducha y ponerme ropa sin manchas para ir a mi encuentro con Andrea y después a mi nuevo trabajo. Cuando llegué ante la puerta me encontré, tirada en el suelo, la pequeña mochila que había llevado hasta allí en mi mudanza

improvisada. Intenté abrir la puerta, pero habían echado el seguro por dentro o dejado la llave puesta al otro lado. Toqué al timbre. Nada. Probé de nuevo. Silencio. Aporreé un poco la puerta, un aporreo desganado, de perdedor. Nadie contestó. Marta había cumplido su amenaza y yo había conseguido que en tres días me echaran de dos pisos y de un trabajo. Decidí llamar a Matías.

—Marta ha debido dejar su llave puesta por dentro o ha echado algún seguro, no puedo entrar en el piso. ¿Tú dónde estás?

—Camino de San Sebastián de los Reyes, de *casting*.

—Pues llámala y dile que me abra.

—Espera, voy a intentarlo.

Me colgó. Marta tan solo había embutido en mi mochila la ropa que había en una de las bolsas de basura en las que ahora transportaba mis pertenencias, así que todo lo que tenía para elegir era el traje que usaba en las bodas y entregas de premios, mi vieja equipación de fútbol sala y los pantalones de lino que usaba para hacer yoga.

—¡Marta, necesito ducharme! ¡También una camiseta limpia, un jersey y unos vaqueros! Esta ropa no me sirve —grité junto a la puerta.

Godo ladró, pero ella no contestaba. Sonó mi móvil. Era Matías.

—Nada, que lo tiene desconectado. A veces toma somníferos porque viene con *jet lag*, así que apáñate hoy como puedas, ya te daré tus cosas esta noche. Te dejo, que voy a entrar al *casting*.

Y colgó. Elegí ponerme el traje, aunque estaba arrugado y olía a tabaco rancio y alcohol, como si acabara de llegar de farra. Había olvidado llevarlo a la tintorería tras la última fiesta, que por la peste debía haber sido más bien una bacanal. Al verme en el espejo del ascensor comprobé que parecía llegar de una juerga de días en un *after* muy sórdido. No era la mejor forma de ir al encuentro de Andrea, pero ya no me daba tiempo a comprarme ropa, y además seguía sin tarjetas. Ya en la calle, me metí en una droguería y olisqueé varios perfumes de hombre mientras la dependienta me seguía inquieta por los pasillos, lo que era comprensible. Al cuarto perfume ya no recordaba el olor de los anteriores, así que decidí llevarme el más económico y nada más salir de allí me apliqué una buena pulverización, con lo que ahora olía a tabaco y alcohol mezclados con perfume barato. La mezcla resultó ser peor que el olor previo.

Con ese tufo llegué al que había sido mi piso. Era temprano y el portero no había abierto aún el portal. Se me hacía raro tocar en ese interfono, me costaba dar con el botón de nuestro piso, su piso ahora. Toqué. Oí que descolgaba.

—Soy yo —dije.

Abrió.

Entré rápido camino del ascensor, antes de que el portero pudiera surgir de su cubículo. El ascensor no estaba abajo, pero decidí no llamarlo y subí corriendo por las escaleras. Todo para evitar al señor de León. En el tercer piso me di cuenta de que debía volver a hacer deporte. La puerta del piso de Andrea estaba abierta, pero me quedé unos segundos en el rellano para recuperar la respiración y coger fuerzas para entrar. Por fin la iba a ver a solas, sin nadie tocando la corneta junto a nosotros.

—¡Hola! —dije desde el umbral, como sin sentirme con el derecho de avanzar.

No me contestó, así que cerré la puerta y avancé hasta el salón. Allí, sentado en el sofá en la postura del loto, estaba Altair, con Persona en su regazo.

—¿Qué coño haces tú aquí?

Me miró con calma y serenidad mientras acariciaba al gato. Parecía la versión *new-age* de un villano de *Spectre* acariciando a un pequeño *Satán* alopécico. Odiaba que me mirara así. En general, odiaba que me mirara.

—Me ha pedido Andrea que viniera para darte un disco duro.

—¿Pero has dormido aquí?

—No, cálmate, no he dormido aquí.

—¿Está Andrea por ahí dentro?

—No. Ha preferido no estar. Cree que no le hace bien el verte por ahora.

—¿Y el verte a ti sí?

No me respondió y continuó mirándome beatíficamente. Decidí que yo también podía ser beatífico.

—La verdad es que es comprensible. Está todo muy reciente —dije—.

Es como si tu exnovia fuera ahora a hacerte una visita a tu academia de yoga, ¿verdad, Altair?

Por un momento noté una pequeña alteración en su rostro, pero al instante regresó a su mirada compasiva.

—Si crees que puedes causarme daño, estás muy equivocado.

—¿Cómo va a causarle daño un simple mortal de Albacete como yo a un ser de luz con superbondad como tú? Sería imposible.

—Venías a por un disco duro, ¿verdad? Puedes cogerlo cuando quieras

—me dijo.

—Eh, sí, sí, voy —dije yo, pese a que no había ningún disco duro que coger.

Me acerqué a la estantería donde teníamos los libros.

—Creo que estaba por aquí. —Y simulé que buscaba tras los libros.

—No me digas que no recuerdas dónde está ese disco duro tan importante —me dijo con un tonillo que aún me gustaba menos que cuando se ponía en modo dalái lama.

—No, a ti prefiero no decirte nada —le dije, siempre flojo en las réplicas cuando hablaba con él.

—Igual no hay tal disco duro —insinuó.

—¿Qué tal va la academia de yoga ahora que estás solo? Y pensar que Andrea siempre os ponía de ejemplo. «No he visto pareja más armoniosa», me decía. «Comparten tanto», me repetía. Yo creo que, a veces, más que decírmelo, me lo echaba en cara. Y ya ves, tampoco habéis durado mucho.

¿Cuatro años?

—Coge tu disco duro, por favor.

—Sí, ahora mismo —le dije—. Todo ha sido porque ella quería poner *hot* yoga en vuestra academia, ¿verdad? Ese yoga de los cuarenta grados.

—No voy a hablar de mi vida contigo.

—Yo que creía que serías más tolerante con los otros tipos de yoga.

Total, ¿qué más da si a la gente le gusta hacer yoga a cuarenta grados? En la India lo harán a esa temperatura durante todo el año, y además oliendo a mierda.

Se levantó. Por un momento pensé que iba a darme alguna hostia, pero se limitó a irse hacia la puerta del salón y abrirla del todo.

—Mira, si no hay disco duro, que es lo que parece, será mejor que te vayas.

—Me voy, sí. Pero antes voy a decirte cuatro cosas. Cuando Andrea te dijo que se había hecho vegetariana, era mentira. Nunca dejamos el jamón.

Tampoco el paté. Nos hemos comido aquí decenas de hígados de tiernas ocas en forma de paté. El cuenco tibetano que le regalaste no lo usaba para meditar, sino para picar perejil, hacer alioli y machacar la sal rosa del Himalaya que le trajiste. El alioli sale muy bien en el cuenco, por cierto.

Aunque lo veas sobre esa estantería, si lo coges, comprobarás que huele a ajo. Las sesiones de meditación que le grabaste con tu voz nos las poníamos cuando íbamos fumados, nos reíamos mucho con ellas, sobre todo cuando decías aquello de apretar el esfínter para que no se saliera la energía. Es lo mismo que hago con la diarrea, apretar el esfínter.

—¡Se llama *mula bandha*!

—Sí, claro, lo que tú digas. Y ahora sí, me voy. Dile a Andrea que gracias por abrirme, que espero que pronto se sienta preparada para verme.

Salí. No estaba avanzando nada en lo de ser mejor persona ni en lo de madurar.

Llegué a la productora un poco antes de lo habitual. Nunca me había pasado. Mercado me miró raro, conocía mis horarios. Aunque había encontrado mi acreditación en un bolsillo de la chaqueta del traje, me sentía con ganas de discutir una vez más con él. Sabía que era un acto más de inmadurez, pero ser consciente de mis actos inmaduros me hacía pensar que avanzaba hacia la madurez. Mercado acababa de

llegar y aún estaba colocándose la chaqueta de su uniforme. Me miró extrañado.

—¿Y eso? —preguntó.

—¿Eso qué?

—El traje. ¿Qué estás tramando?

—¿Tramar? Nada. Que me gusta vestir elegante.

Olisqueó.

—Tú vienes de fiesta o de algún puticlub cutre.

Entré sin responderle. A veces se nos olvida el poder del vestuario: se le había pasado pedirme la acreditación. Me fui al baño, me quité la camisa y me aseé un poco, con prisas, para que nadie me descubriera lavándome allí.

Después saqué un café de la máquina y me senté ante mi ordenador, que ya no era mío. Seguía bloqueado en el Facebook de Andrea. Pronto comenzó a llegar gente somnolienta con olor a gel y champú. Había ido por inercia a mi anterior puesto de trabajo cuando en realidad debía presentarme en la

redacción del programa al que me habían desterrado. Saqué mis cosas de un cajón. Tras tres años, solo tenía allí un cepillo de dientes, un carrete de hilo dental y dos bolígrafos. Cuando me iba llegó Lucas.

—¿Y esa pinta? ¿Vienes de farra? —me preguntó.

—Pues sí, sí —dije sin ganas de dar explicaciones.

—¿Te vas? —me preguntó al ver que metía mis escasas posesiones en los bolsillos de la americana.

—Sí. Comienzo hoy en el programa. Se ve que andan con prisa.

—Seguimos hablando, ¿no? —preguntó.

—Sí, seguimos.

—Igual me despiden a mí de aquí a nada y me mandan allí —dijo, como queriendo consolarme.

—Gracias.

Me abrazó con fuerza, apenado, y me hizo sentir mala persona, como siempre que recibo muestras de afecto que no soy capaz de corresponder con la misma intensidad. En pleno abrazo comenzó a olisquear, como si algún aroma raro llegara a sus narices, y deshizo el abrazo.

—La farra ha tenido que ser de las buenas, ¿eh?

Afirmé y le hice un gesto de adiós con el cepillo de dientes en la mano, lo que no quedó nada épico, y me fui al otro edificio de la productora por aquella pasarela en la que me habría gustado rodar un cortometraje espacial.

Llegué a la planta baja, que era donde trabajaban los de mi nuevo programa, y después de perderme un poco por naves repletas de decorados di con ellos. Busqué quién tenía pinta de jefe allí. En los platós a veces se invierte el escalafón estético de las oficinas normales y puede pasar que los que visten más desastrados sean los que más mandan. Allí había un tipo con camisa hawaiana de colores ya apagados y vaqueros rotos que hablaba algo más alto que el resto y parecía también más acelerado que los demás. Me acerqué a él.

—No, yo soy de atrezo. El director está fuera fumando junto a la salida de emergencia.

Detectando jefes no tenía precio, y así me iba. Me fui a buscar al mío.

Solo esperaba que no me dijera que mi humor era surrealista y que su concepto de sí mismo no estuviera demasiado alejado de la realidad. Lo contrario a mis últimos jefes.

Junto a la salida de emergencia, dos tipos fumaban, ambos en los treinta y muchos, barbas, ropas sin planchar, de los míos. Uno de ellos tenía que ser mi jefe, pero ya no me atreví a deducir cuál.

—Hola, soy Jorge, el nuevo guionista, me han dicho que busque a Alfredo, el director del programa.

El que tenía la barba más canosa y era más alto adelantó su mano.

Intenté darle la mía con firmeza, por si era de esos que te analizan según tu apretón de manos. El suyo era enérgico, pero no parecía ensayado.

—Soy yo. Menos mal que estás aquí ya. Hoy tenemos a un guionista y a dos redactores enfermos.

Aquello era una novedad, mi llegada se esperaba, hasta se deseaba.

—Yo nunca he hecho programas —le dije al momento para que no se hiciera muchas ilusiones conmigo.

—Para lo de hoy tampoco te va a hacer falta —dijo, y le dio una calada al cigarrillo, y aunque tenía un cenicero de pie al lado, tiró la colilla al suelo y la pisó con saña—. Ven, que te voy a presentar al equipo.

Cruzamos el plató y al hacerlo les gritaba a los que pululaban por allí quién era yo y, mientras, yo saludaba como un pontífice tímido, levantando un poco la manita. Dejamos el plató y nos fuimos a la redacción, y allí recorrimos pasillos y cubículos y me presentó al resto del equipo, como treinta personas. Cuando terminamos, como suele pasar en estos casos, no recordaba ni un nombre. Todos los redactores eran redactoras, y eso, en otra etapa de mi vida, hubiera estado bien, pero ahora me daba igual. Saludaban con leves gestos, algún «hola», pero nadie se levantaba de sus asientos o se

acercaba para darme la mano o dos besos. Igual otros como yo habían aparecido por allí para irse al poco y pensaban que con ese saludo leve era más que suficiente. Tras el paseíllo, mi nuevo jefe abrió la puerta de su despacho y me invitó a entrar.

—Así que te han echado de la serie —me dijo nada más cerrar.

Que mi nuevo jefe estuviera tan bien informado no ayudaba nada a mi autoestima.

—Sí, ayer mismo —admití.

—Jeremías es gilipollas, te lo digo yo que trabajé hace años con él. La cuestión es que sigue ahí y nadie parece darse cuenta. Aunque, bueno, seguro que la mitad de mi equipo piensa lo mismo de mí.

Estaba totalmente de acuerdo sobre lo de Jeremías, pero no quería explayarme por si aquello era una especie de trampa para que yo hablara y aquel tipo era realmente un amigo íntimo de mi exjefe.

—Yo qué te voy a decir. Me acaba de despedir y aún no sé bien por qué.

—Al menos no te han tirado a la calle. Te voy a explicar cuál va a ser tu trabajo. ¿Has visto el programa alguna vez?

—Algún rato.

—No lo has visto, ¿no?

—No. Solo algún vídeo que se ha hecho viral en internet.

—Pero sabes de qué va.

—Eso sí.

—Bien, básicamente tenemos gente que quiere contar sus miserias y lo hacen gratis. Bueno, casi. Por el viaje y un bocadillo. La verdad es que pienso que, si les cobráramos por venir, muchos pagarían. ¿Por qué? Llevo en los *talk-shows* años y no termino de tenerlo claro. ¿Ego, fama, problemas mentales? No sé, igual todo... ¿A ti te gusta contar tus mierdas?

—No mucho.

—A mí tampoco, pero a ellos sí. Tu trabajo será escribir las presentaciones de los invitados y las preguntas que les hará la presentadora.

Para eso tendrás unas fichas que te darán las redactoras. Mira, como esta.

—Me dio unos cuatro folios grapados—. Como no conoces bien el programa, ahí te dejo unos guiones para que veas el estilo. Porque tenemos hasta estilo —dijo con sorna.

Me alargó un buen taco de folios que descansaban en la mesa. No me caía mal el tipo, aún sabía reírse un poco de sí mismo, que es algo que muchos jefes olvidan pronto.

—Tenemos testimonios que llamamos *de comedia* y otros más dramáticos, de esos en los que ponemos música sensiblera para que el invitado y el público lloren. En los otros buscamos que la gente se ría del invitado o con el invitado. También tenemos testimonios que llamamos *de conflicto*. Juntamos a dos antiguos amigos, familiares, lo que sea, que ahora no se puedan ni ver, y procuramos que se peleen en el plató. Sin llegar a las manos, claro, porque parte del programa se emite en horario protegido y los putos críos pueden ver cualquier cosa en YouTube, pero en televisión no está permitida una buena pelea. Pero, aun así, buscamos que en los testimonios de conflicto se metan caña. Así que eso queremos, risas, llantos, broncas. Nada muy diferente de la ficción.

Hojeé los guiones. No debió verme contento con mi nuevo trabajo.

—¿No te gusta el estilo?

—No, no es eso... Es lo de provocar que la gente se pelee o llore.

—Saben a lo que vienen. O deberían saberlo. Piensa en ellos como si fueran personajes de una serie, no personas.

—Pero son personas.

—Para nosotros no, solo son personajes que muestran sus miserias por unos minutos de fama. Así que mejor que no te den pena. Para muchos venir a este programa es lo más importante que van a hacer en su puta vida.

Ya te he dicho que hasta pagarían por ello. ¿Tú no ves las colas que hace la gente para posar en un simple *photo-call* de un evento y luego subir la foto

a las redes? Pues imagina si saben que los van a ver casi tres millones de personas.

—Pero muchos terminan por hacer el ridículo.

—Para ti. Pero no para ellos. El ridículo es una cuestión de perspectiva, se ve distinto si lo hace uno mismo o lo hace otra persona —dijo con convicción. Pensé que no era la primera vez que empleaba ese argumento

—. Ten, aquí tienes la ficha de una invitada de hoy. —Y me dio unos cuantos folios grapados—. Las demás fichas ya las preparó tu compañero ayer. Tienes que redactar la entradilla de la presentación sobre la invitada y las preguntas que le hará después. Y hoy, además, debes hacer el acompañamiento.

—¿Qué es eso?

—Debes acompañar a la señora de la ficha hasta que le toque entrar en directo. Normalmente lo hace la redactora que dio con el invitado y después lo entrevistó por teléfono y redactó la ficha con toda la información que pudo conseguir. Pero hoy estamos en cuadro, la redactora que ha escrito esta ficha se ha puesto enferma, así que te toca a ti, porque el resto del equipo anda hasta arriba de curro con lo de haber alargado la duración del programa. Tenemos camerinos en varios puntos alrededor del plató, ahora te llevarán al de la invitada.

Como te indica aquí la redactora con este aviso en rojo —dijo señalando una nota de alerta en el primer folio—, esta mujer no puede cruzarse con su novio hasta que estemos en emisión.

Le eché un vistazo al folio.

—Tiene noventa años —dije sorprendido.

—Sí. Y está saliendo con uno más joven.

—Eso no es difícil. Quedan pocos hombres que tengan más de noventa.

—Sí. Léete la ficha —dijo ignorando mi gracieta—. Llevarán unos licores al camerino. Intenta que se tome unos chupitos para que esté más suelta ante la cámara.

—¿Quieres que emborrache a una anciana de noventa años? ¿Y después qué? ¿Me la follo?

Se rio, pero en apenas un segundo se puso serio, así que no supe si la risa o la seriedad eran falsas. Tal vez ambas. Comenzaba a no gustarme ese tipo.

—Quiero que la entones un poco. Ayuda a que estén más emotivos. Pero ve con tiento, porque es mayor y si se emborracha no nos sirve. Una vez se nos durmió un invitado que se pasó con el orujo y otra se nos mareó un abuelillo. Así que solo dos o tres chupitos, según la veas, porque algunas de estas vienen bregadas de los bingos y los salones de baile y aguantan mucho. En dos horas necesito que la jefa de redacción, Luisa, la rubia pecosa, tenga las preguntas que has de escribir. Que haya humor picantón.

—Picantón —repetí.

—No eres tan joven como para no saber lo que te estoy diciendo.

—Lo sé, lo sé —admití, y eso me fastidiaba, que sabía bien qué me pedía.

—Cuando hayas entregado las preguntas, le pides que alguien de producción te lleve con la invitada. Cualquier duda, hablas con Luisa.

Se iba a ir, pero se detuvo un momento.

—Es lo que hay —me dijo encogiéndose de hombros, como si todo lo que hacían en ese programa fuera algo que sucediera de forma natural

e inevitable, y sonrió, con ese punto medio descreído de mucha gente en la tele que parece decirte que sí, hacemos mierda, pero nos la pagan bien.

Supongo que algunos criminales piensan lo mismo. Pero es que ya ni nos la pagaban bien, al menos a mí. Y me dejó con la ficha de Elisa, noventa años, que conoció a Manuel, de setenta y ocho, en Benidorm, en un viaje del Imserso. Se enamoraron durante esos diez días. Bailaron, pasearon por la playa de Levante al atardecer, se levantaron al amanecer para plantar la sombrilla en la playa y coger sitio. Tomaron horchata. Tomaron sangría. Él es más de vermut. Ella de una cervecita. Manuel dice que se fue a Benidorm con una caja de viagra y regresó a su pueblo sin ella. Entre

paréntesis la redactora insiste en que se hagan preguntas picaronas sobre eso. Tras diez días, sus destinos debían separarse, pero él le pidió matrimonio. Es lo que tienen esas edades, la gente ya no está para pensarse las cosas demasiado.

Pero aquí llega el conflicto. Ella no quiere casarse porque podría perder la pensión de viudedad. Él tiene profundas creencias religiosas. Es presidente honorario de la cofradía del Nazareno de su pueblo. No viviría con una mujer sin matrimonio católico de por medio porque lo podrían echar de la cofradía. La relación se ha enfriado y ahora están reñidos, y en el programa quieren reconciliarlos. El pretendiente va a venir vestido de nazareno, para manifestar su devoción religiosa y promocionar a su cofradía. Ella viene acompañada por su hijo, cronista local y soltero.

(Insistirá en salir en el programa y en recitar sus versos. Evitar a toda costa.)

La ficha sobre mi invitada no especificaba de qué iba a ir vestida ella, pero sí que llegaba engañada, con la idea de que todo era un homenaje de la gente de su pueblo por su noventa cumpleaños y por ser la más vieja de la localidad. También se leía que era algo seria, no muy habladora, y quería encontrarle esposa a su hijo, el cronista. («No me extraña», había escrito la redactora, que tal vez había hablado también con el hijo.) Me leí el guion del programa del día anterior para ver el estilo de las preguntas que les hacían a los invitados. Muchas preguntas con dobles sentidos rijosos, otras sensibleras para buscar la confesión lacrimógena. Sí, era capaz de escribir aquello. En una hora había acabado, pero esperé un poco más porque si te cunde el trabajo hay posibilidades de que te den más del que te corresponde y de caerles mal a tus compañeros. Me fui a entregar el guion a la

redactora jefe y preguntar dónde estaba la señora. Una chica de producción a la que parecía gustarle su trabajo aún menos que a mí el mío me guio a toda velocidad hacia los camerinos.

—Tienes que procurar que no salga del camerino, no se puede encontrar con su pretendiente hasta que estemos en directo. Él tiene incontinencia y va mucho al baño, así que andará por el pasillo a cada poco. En una hora la llamará el regidor para que vaya al plató.

—¿Qué hacemos si ella quiere ir al baño?

—Su camerino tiene baño.

—¿Por qué no le han dado a él el camerino con baño? Es él quien tiene problemas de próstata.

—Sí, ella próstata no tiene —dijo seria.

Reí.

—Una invitada tenía próstata —dijo ella todavía seria.

Quise pensar que se estaba riendo de mí. Pero seguía sin sonreír. Abrió la puerta del camerino. Allí, en un pequeño sofá, estaba Elisa, diminuta como un pajarillo, el pelo gris cardado, sentada junto a un señor redondito, de calva destellante y con bigote fino, que debía tener unos sesenta y tantos y vestía una americana color pistacho combinada con un chaleco amarillo cuyos botones parecían a punto de reventar. En un ojal, un clavel, y en la solapa, diversas insignias, como un general de lo civil. Su madre llevaba un vestido de flores estampadas que le quedaba grande y agarraba con las dos manos un bastón con cuya base daba golpecitos rítmicos contra el suelo. No sabía si acercarme y darle dos besos, la mano o no darle nada. Mientras me lo pensaba, el hombre se levantó, avanzó hacia mí con decisión y me plantó dos besos bien sonoros en las mejillas.

—Soy Juan Elías, el cronista de la villa.

—Deja al muchacho, Juanito.

—Hola, Elisa. Este chico va a estar con usted todo el tiempo —le dijo la redactora—. Ahora les traerán algo de picoteo.

—Tú no eres la zagala con la que yo he hablado estos días por teléfono

—me dijo la mujer señalándome con su bastón.

—No, no lo soy.

—¿Dónde está la chica?

—Enferma.

—Pobrecita. ¿Qué tiene?

—No lo sé.

—¿Dónde pasa la enfermedad?

—Tampoco lo sé, en su casa.

—¿Qué enfermedad tiene?

—Madre, no sea preguntona. Tenga, joven, le voy a regalar mis dos libros. Han tenido mucho éxito en el pueblo. ¿Verdad, madre?

—¿Éxito? Una ruina. Menudo pico se llevó el sinvergüenza de la imprenta. ¿Dónde está la zagala? ¿No va a venir?

—¡Vendo más que Pérez Reverte! En el pueblo, eso sí. Fuera aún no.

¡Todo el pueblo me ha felicitado! —gritó el hijo—. Salvo el sacristán, que me tiene pelusilla.

—No sé por qué no viene la zagala —se quejaba la señora, y yo no sabía si volvía a preguntarse aquello por problemas de memoria o porque le fastidiaba no tener allí a la redactora que la había entrevistado.

Me giré buscando a la chica de producción, pero ya se había ido sin despedirse. Yo habría hecho lo mismo. Ahora estaba solo con Elisa y el hijo cronista y me tocaba acompañarlos y emborracharlos, al menos a ella. Al momento entró una chica con una bandeja en la que había algún dulce, saladitos, vasos y varias botellas de licor y de agua. El hijo se acercó raudo, con esa avidez de alguna gente ante lo gratis, y cogió una pasta con cada mano.

—Para que piquéis —me dijo la chica, y me guiñó el ojo, como para hacerme partícipe de la farsa antes de salir. Era el guiño de ojo más desvergonzado que me habían hecho nunca, pero no había nada erótico en él.

—No me habrán pintado como a una fulana, ¿verdad? —me preguntó Elisa.

Lo cierto es que se les había ido un poco la mano con el maquillaje y tenía los labios muy rojos y los párpados muy violetas para lo que uno suele ver entre los nonagenarios, como si en lugar de haberla maquillado unas profesionales lo hubieran hecho unas niñas para divertirse con su abuela.

—No, está usted espléndida.

—¿Me estás llamando gorda? —me preguntó mosqueada.

—No, madre —dijo el cronista sin dejar de masticar—. *Espléndida* es un adjetivo muy bien traído. Yo también lo uso, ¿sabe? «¡Ah, las espléndidas posaderas arborescentes!», escribí una vez.

—No, no, claro que no la llamo gorda. Se la ve a usted muy bien, señora.

—Una sílfide, una sílfide arborescente —dijo el hijo—. Voy a apuntarlo.

Sacó una libretita de un bolsillo y un lapicerito de otro y se puso a escribir. Su madre hizo un mohín y se miró recelosa en el espejo, como si no confiara mucho en mi palabra. Hacía bien, yo tampoco. Después se acercó a la mesa donde estaba la bandeja. Aparte de las pastas y los saladitos teníamos licor de orujo, crema de orujo, orujo de hierbas, brandi, Baileys, Martini y algún otro licor que yo no conocía. Era una bandeja de gustos algo viejunos, como correspondía. Elisa cogió la botella de orujo de hierbas y se la metió en el bolso. Me miró.

—Estos criminales solo me han pagado el viaje. Bien está que yo me lleve algo.

—Pues sí, señora, llévese lo que le venga en gana.

—Madre, ¿me puedo llevar yo el Martini?

—No, que cuando bebes siempre recitas.

Cogí un pastelillo y me senté en una silla.

—¿Tú cómo te llamas? —me preguntó la señora.

—Jorge.

—Una vez conocí a un Jorge. Está muerto. Casi todo el mundo está muerto.

—Como en las películas de zombis —dije.

—¿Cómo?

—Nada.

—¿Sabes que soy la más vieja de mi pueblo? —me preguntó.

—Sí, ya me lo han dicho.

—Yo no he hecho gran cosa para ser la más vieja. Solo que no me he muerto.

—No es poco, madre —dijo el hijo—. No es poco.

—No me ha costado no morirme. Me sale solo, así, como sin darme cuenta.

—Es que mi madre es también muy artista. Lo llevamos en la sangre —

dijo el hijo.

—Tú calla, que están hablando los mayores. Ya le digo. Una vive como sin darse cuenta.

—Eso es una virtud que usted tiene, madre. ¿Sabe que he sido finalista de varios juegos florales, joven? —me preguntó el hijo.

—Algo me habían comentado.

—Juanito, no incordies.

—Si el joven tiene interés por la literatura, se le ve en el traje baudeleriano y decadente, válgame la redundancia. ¿Quiere que le recite mi oda a las nalgas?

Decidí que era yo quien necesitaba un chupito, dos o más, y no ella, para poder aguantar la hora que quedaba hasta que pudiéramos llevarla al plató ante su pretendiente.

—Ahora después me recita. ¿Qué les parece si antes tomamos un licorcito? ¿Un sorbo, señora?

—Yo se lo acepto —dijo el hijo.

—Es que me voy a marear —dijo la madre.

—Según los vasitos que se beba. Uno o dos no harán nada.

—Muy bien hablado, joven —dijo el hijo—. Es como las nalgas. Una sola está bien. Dos nalgas, mucho mejor. Tres..., tres sería raro.

—Pues écheme una gotita —me pidió la madre—. Pero casi nada... Un poco más, joven.

—Y a mí, ¿madre? —casi suplicó el hijo.

—A él también, no se le salte la hiel a la criatura.

—Medio vasito le pongo, señora.

—¿Sabe que las mujeres de mi pueblo son las más bellas y los hombres los más aguerridos? —dijo el hijo.

—No estaba al tanto.

—Es algo bien conocido. Ya le mandaré el pregón de las fiestas del año pasado, para que vea cómo lo explico en pareados consonantes.

—La más vieja del pueblo. ¿Tú te crees? —dijo casi para sí misma, como sorprendida.

Se quedó mirando a la pared, triste, y parecía que miraba más lejos, hacia un lugar al que a mí no me alcanzaba la vista. Me acordé de los veranos en la casa del pueblo de mi abuela, adonde acudíamos hasta que ella murió cuando yo tenía doce años; recordé sus bocadillos de vino con azúcar a escondidas de mi madre, el tacto casi crujiente de los billetes de mil pesetas que ella apretujaba en mi palma cada vez que mi padre se descuidaba, pese a que tenía una pensión de miseria. Y decidí, puede que por dignidad o vergüenza, emborrachar a esa mujer y que no pudiera salir al plató a hacer el ridículo. O tal vez lo hacía por rencor hacia mi empresa, porque ya sabía que tras los gestos más dignos pueden esconderse los motivos más mezquinos. Así que llené nuestros vasos, dispuesto a que me despidieran.

—¿Otro poquito? —pregunté.

—Gracias, joven, es usted muy amable —me dijo el hijo.

Cogió su vaso y lo apuró de un trago y después suspiró.

—Delicioso. Néctar de ninfas —añadió.

—Es Calisay —le dije leyendo la etiqueta.

—Lo apunto —dijo el hijo—. Suena a verano que se fue. —Y sacó de nuevo su libreta.

Elisa alzó un poco su vaso, como para mirarlo al trasluz, lo vació de un trago y luego lo dejó con firmeza sobre la mesa, golpeándolo un poco contra la madera, como si estuviera en plena ronda de chupitos.

—En Benidorm ya cataba yo estas cosas.

—¿Le gusta?

—No me disgusta, que no es poco a estas alturas de la vida.

—¿Otro?

—A ver si me mareo.

—Esto no marea —mentí.

—A mí otro también —dijo el hijo—. Este néctar reconforta mi espíritu.

Media hora después ya llevábamos seis chupitos. Elisa se había mareado y yo también un poco. Estábamos en el sofá y se había agarrado a mi brazo.

—Yo tuve un novio en Benidorm —me confió—. Pero no me gustaba.

Era muy cansino. Una cosa mala. Como muchos viejos, siempre contaba lo mismo. Todo eran glorias. Todo era hablar de lo mucho que lo apreciaba la gente. ¿Por qué a tantos viejos les da por ahí?

—No lo sé, Elisa.

—En la ciudad también tendréis cansinos, ¿verdad?

—Muchos.

—Nunca serán tan cansinos como este —dijo Elisa—. Se pasaba el santo día hablando de la Semana Santa y de las gachas migas. Decía que en ningún sitio las hacían como en su pueblo. No sé, igual se meaban en ellas y por eso nadie las hacía como en su pueblo.

Me reí. Elisa también. Parecía que el alcohol despertaba su ingenio.

—Ese hombre no te convenía, madre —le dijo el hijo sin dejar de comer.

—¿Tú qué sabes si no lo conociste?

—Pero me dijiste que no sabía bailar los *Pajaritos*. ¡En Benidorm! ¿Qué era, comunista?

—Los comunistas también bailan los *Pajaritos*, hijo.

—¡No un comunista como Dios manda! Ellos son más de polca.

—Según mi hijo, no me conviene ninguno de mis pretendientes. Y mire que he tenido... Bueno, no. Dos o tres viudos que no sabían vivir solos.

Como el de Benidorm. Yo me lo eché de novio al quinto día, pero porque solo eran diez días de vacaciones, así que, aunque me hartara, no había peligro. Pero un día más y le doy puerta, que acabé hinchada —dijo con algún resentimiento—. Nunca te eches novio —me dijo.

—Descuide. Entonces, ¿él no le gustaba?

—No bailaba mal, eso sí, siempre que no tocaran los *Pajaritos*.

Envidié los tiempos en los que bailar servía de algo, tanto que podía compensar ser un pesado.

—¿Sabes que le gustaba bailar marchas de procesión? Parece que estaba ensayando para cuando lo enterraran. *Fervor* era su favorita, la llevaba puesta en el teléfono móvil. Aunque luego poco fervor, ¿eh?, no te creas. —

Y me guiñó el ojo.

Reí de nuevo al oírla.

—No me hace gracia —dijo seria.

Dejé de reír.

—Madre, no sea procaz. ¿Un chupito no precipita en mi cáliz para que sigamos libando, joven?

—¿Usted quiere otro, Elisa?

—Yo no soy de despreciar nada.

—Ni yo, ni yo —dijo el hijo sin parar de masticar un saladito—. ¿Sabe que le hice un soneto al soneto? Me quedó precioso.

—Como te me achispes te quedas aquí y me voy yo sola para el pueblo.

Que a mí no me das el viaje. Se pone muy recitador cuando se pimpla,

¿sabe usted?

Cuando llegó la redactora con el técnico de sonido que iba a ponerle el micrófono inalámbrico a Elisa, ella me estaba cantando una copla de su

pueblo sobre arriba, abajo y un novio al que se le veía el badajo, acompañada a la percusión por su hijo, que rascaba una botella de anís con una cucharilla. Elisa tenía ciertos problemas de vocalización y, cuando intentó enseñarme cómo se bailaba, vi que también otros de equilibrio, porque casi se cae de narices contra el suelo y tuve que agarrarla al vuelo.

Su hijo pensó que bailábamos juntos la jota y gritó «¡Arsa!» e incrementó el ritmo. Yo también me notaba medio mareado. La redactora se dio cuenta de inmediato de nuestro estado.

—¡Esta mujer está borracha! —casi gritó, y se fue corriendo por el pasillo.

—¿Qué ha dicho? —me preguntó Elisa.

—Que está borracha.

—Pobrecilla, a estas horas. La juventud está muy mal.

—¿Quiere otro?

—Por no hacerte el feo.

—Yo los acompañaré, más por obligación que por devoción —dijo el hijo—. No quiero acabar como un Rimbaud cualquiera.

Al momento entró el director seguido por la redactora, que lucía esa sonrisilla satisfecha de los chivatos.

—No quiero que me hagan ninguna revisión del gas butano. ¡Que hay

mucho timo! —dijo la anciana en cuanto lo vio entrar.

—¡¿Qué has hecho?! —me gritó el director, y tuve claro que se había acabado su rollo gafapasta simpático y descreído.

—Lo que me dijiste. Entonarla un poco.

Se acercó a ella.

—Camila, ¿cómo está?

—Elisa, se llama Elisa —le corregí.

—¿Quién es este espantajo? —preguntó ella.

—Soy el director del programa.

—¿Tan feo? —dijo ella.

—Madre, por favor —dijo el hijo—. Es un joven apañado, con sendas dos nalgas.

Elisa se puso a mirarse las uñas.

—Este color me avejenta —dijo ensimismada—. Tenía que haber escogido el rosa pálido.

—¿Se encuentra bien, señora? —le preguntó el director.

—¿A usted qué le importa? —le contestó—. ¿Le he preguntado yo a usted cómo se encuentra?

—¡Te dije que la entonaras, no que la emborracharas! —me gritó el director.

—Soy guionista, no experto en emborrachar ancianas.

—¡Oigan, no griten! —gritó Elisa.

—Si mi madre no está en condiciones, puedo salir yo. He traído unos poemas —dijo el hijo sacando unas cuartillas de un bolsillo.

—¡Quiero ir a mear! —gritó la madre

—¡¿Ahora qué hacemos?! —gritó el director—. ¡Esta mujer iba a ocupar un tercio del programa!

—¡Quiero ir al baño! ¡Que alguien me lleve! —dijo Elisa, y cogió de la

mano al director, que me miró sin saber bien si seguirla o no. Pero, al segundo paso, Elisa se tambaleó y se tuvo que apoyar en él, y al momento se dejó caer en el sofá, con poca fortuna, porque de ahí se deslizó al suelo.

Una vez allí suspiró largo, como si se desinflara. La cogimos de los brazos y la sentamos de nuevo en el sofá.

—Madre, creo que ha abusado usted de las pastas —dijo el hijo.

—Como una cuba —dijo el director.

—El cabello de ángel me sienta fatal. Hijo, recita.

—Voy, madre.

—Eso se le pasa pronto, Elisa —dije yo.

La redactora se puso a abanicarla con un guion del programa.

—Llama ahora mismo al médico, debe estar en el otro edificio —le dijo el director.

El hijo, con dificultad, se subió a una silla.

—Arranco —dijo el hijo—. ¡Qué bellas las mujeres de mi villa, qué aguerridos sus hombres verdaderos, qué cuartos traseros los corderos, qué nalgas hay por aquí, qué maravilla!

—¡Bájese de la silla! —le gritó el director.

—¡Qué bonita del pueblo la capilla, qué sonoro de Galicia el gallego, qué griego de la Grecia es el griego, qué tostadas me hago yo con mantequilla!

—Bien, hijo, muy fino, muy fino. Es un rapsoda de cuidado. ¡Mañana te voy a preparar un buen cocido!

—¿Qué has hecho, hijo de puta? ¡No puedo sacarla así al plató! —me gritó el director mientras el hijo recitaba y la ayudante de producción llamaba al médico de la productora.

—Esa lengua, jovenzuelo —le reconvino Elisa.

—¡Qué canto más cuántico es el mío, qué honrado de ser yo el pregonero, de mi pueblo del alma y muy bravío! —continuaba el hijo.

—¡Llama a los de seguridad! —gritó el director.

—¡Pueblo mío por el que vivo y muero, y muero y vivo de amor y de amorío, bardo cantor y trovador certero!

—¡Bravo, hijo! Con la edad mejoras. Claro que ya tienes sesenta y tantos, tiempo has tenido...

—Una pena que no salga al plató —le dije al director muy calmado, aparentando que no me importaban sus gritos, pero sí me importaban, y también que él fuera unos quince centímetros más alto que yo.

—La más vieja del pueblo —repetía la abuela—. Aunque mi vecino Paco dice que su loro es más viejo que yo. Pero es por envidia. Además, el loro no nació en el pueblo, que es forastero y tiene acento. De Murcia. No hay nada peor que un loro murciano. No se les entiende nada.

—¡¿Sabes qué?! Les voy a decir a los de personal que te preparen hoy mismo el despido. ¡A la puta calle! —me gritó el director.

—Me parece muy bien. Gracias —le dije contento de que al menos algo me saliera bien.

Me acerqué a la abuela.

—Adiós, Elisa. Ha sido un placer.

—Porque tú lo digas —me contestó.

—Madre, compraremos Calisay en el futuro, ¿verdad? No concibo ya una vida privado de esta ambrosía —dijo el hijo.

Me fui, pero antes cogí una botella de licor de avellanas y me la metí en el bolsillo de la chaqueta, no sé bien por qué, como con mucho de lo que hacía esos días. Pese a que me acababan de despedir, salí de allí contento conmigo mismo. Había realizado una buena acción: emborrachar a una anciana. Cuando cruzaba la pasarela que unía las dos partes de la productora, con ese optimismo de los borrachos, saqué mi móvil y marqué el número de Andrea. No lo cogía. Marqué el fijo, por si andaba por el piso y me lo quería coger. Tras dar tono varias veces, saltó el contestador y le dejé un mensaje.

—¡Que me han despedido del curro porque le he echado un par y he emborrachado a una vieja de noventa años! Y... bueno, la he emborrachado, sí, pero, a ver, era por su propio bien... La cuestión...

Su hijo... El Calisay...,

¿tú lo has probado? No, bueno, a ver si me entiendes, ellos... El finiquito no me lo daban, pero es que... mi contrato... A ver, la abuela... Oye, que si alguien pasa por tu piso y te pregunta por mí, no le abras, no lo escuches. Y

yo... yo... Bueno, que...

Me callé, consciente de que no conseguía decir nada coherente, y colgué, y nada más hacerlo deseé no haber llamado o poder borrar ese mensaje de su buzón de voz. Pero eso ya no era posible. Me fui hacia la salida.

Mercado estaba en su garita. Levantó por un momento la mirada, vio la botella de licor en mi mano y regresó la vista a la pantalla donde controlaba

las cámaras de vigilancia mientras negaba con la cabeza, como si hubiera algo que no comprendiera. Y ese algo era yo.

Ser lo que no era

Cuando llegué a plaza de Castilla aún no estaba muy lúcido, porque decidí que era una buena idea acercarme al piso de Andrea medio borracho con la intención de prevenirla contra el Rufi y explicarle mi caótico mensaje en su contestador. Pasé con precaución junto a las máquinas expendedoras de billetes por donde solía rondar el Rufi, pero no estaba allí. Con suerte llegaría antes que él al piso de Andrea, con más suerte Altair no andaría por allí, con muchísima suerte conseguiría arreglar todo entre nosotros. Ese era mi plan y en aquel momento me parecía bueno. Bajé al metro y cogí la línea uno para hacer transbordo en Sol. No sabía que en el metro te puedes marear, aunque igual ya lo estaba antes de subirme. Tuve que bajarme en Sol y continué andando hasta Embajadores. Cuando llegué cerca del edificio de Andrea, me aproximé al portal parapetándome tras coches y contenedores, por si el Rufi estaba acechándola cerca de la puerta. De vez en cuando miraba hacia los balcones, con el temor de que algún vecino observara mis maniobras, que desde arriba debían parecer bastante sospechosas. También desde abajo. Me alegré al ver que el portero no estaba en el portal. No quería encontrármelo para que no fuese testigo de mi conversación con Andrea por el interfono, si es que llegaba a darse esa conversación. Así que cuando ya solo estaba a quince metros del portal, eché a correr y me planté ante el interfono. Pero ahora no sabía qué decirle.

¿Que un loco traficante le preguntaría por mí? ¿Que no le abriera a extraños? Una vez más había confiado en mi habilidad para improvisar, cuando carecía de ella. Aun así, toqué en el que había sido nuestro piso, un

toque largo sin llegar a ser molesto, o eso pensé yo. Al momento descubrí que lo único que había conseguido era despertar al portero, que salió de su garita bostezando. Sonrió al verme al otro lado de la puerta.

—¡No te molestes, que no va a querer abrirte! —me gritó conforme llegaba.

—Así que está arriba —le dije.

Vi que le fastidió haberme dado ese dato sin pretenderlo.

—No comparto información sobre los inquilinos con extraños al edificio.

—Ya lo ha hecho, lumbrera.

Volví a tocar.

—No te va a abrir. Está acompañada.

Paladeó las sílabas al decir *acompañada*, disfrutando de cada una de ellas.

—¿Con quién está?

Ahora sí parecía dispuesto a compartir información de sus inquilinos.

—Con un joven —me dijo con un tono que indicaba que a mí ya no me incluía en el mundo de los jóvenes.

—¿Lo conoce? ¿Qué pinta tenía? —pregunté sin poder disimular mi inquietud.

—Un joven bastante más presentable que tú. Bien vestido. Limpio.

Huele muy bien.

Aquello me tranquilizó un poco, no era la descripción que yo haría ni de Altair ni del Rufi, aunque no me agradaba que estuviera acompañada por jóvenes que olían bien. Ni mal. Pensé que sería cualquier primo del pueblo que la había acompañado hasta Madrid

tras el entierro. Tenía dos o tres primos que vestían abrigos guateados, lucían melenitas de pijos rebeldes y usaban perfumes caros. Toqué de nuevo mientras el portero me miraba sonriente.

—¿Ves? No abre. A saber qué están haciendo.

Pero entonces oí su voz por el interfono.

—¿Sí?

—Soy yo, Andrea. Tenemos que hablar.

Silencio. El portero sonrió triunfante.

—¿No ves? No quiere saber nada de ti —me dijo.

—Sube —dijo ella tras unos segundos. Y le dio al interruptor que abría la puerta.

Entonces fui yo, más sorprendido incluso que el portero, quien sonrió.

—¿Qué? ¿Así que no quería verme? ¿Así que estaba con otro? No tiene ni idea. Si dejara de meterse en la vida de la gente, le iría mejor. Ah, y tiene halitosis —le dije, aunque era mentira—. Lo que pasa es que a todo el mundo le da corte decírselo.

El portero me miró con rabia, se dio media vuelta y se retiró a su guarida mientras se echaba el aliento en la palma de la mano y la olía. El espejo del ascensor me devolvió, una vez más, un reflejo que no me gustó. Su luz amarillenta no me favorecía nada, aunque en los últimos días me pasaba lo mismo con la luz del sol y con casi todas las luces. Me veía pálido, ojeroso; mi pelo brillaba, y no porque llevara gomina, y mi barba necesitaba unos retoques urgentes y mi traje estaba aún más arrugado que cuando me lo había puesto, si es que aquello era posible. Recompuse mi aspecto como pude, o sea, malamente, ensayé sonrisas y miradas conciliatorias, o lo que yo tenía por eso, y llegué al cuarto piso. La puerta de su apartamento estaba abierta.

—¡He llegado! —grité desde el umbral, como si no quisiera pedir permiso para entrar en la que había sido mi casa, pero sí avisar de que estaba allí.

—¡Pasa! —dijo ella.

Entré. Seguía sin haber quitado las fotos del pasillo que hice cuando me apunté a un curso de fotografía. Sobre el recibidor teníamos una

de nuestro viaje a Tailandia. Los dos sonrientes en Ko Tao. Una foto iceberg que tras esas sonrisas ocultaba un viaje con muchos días de desencuentros,

gastroenteritis y silencios hostiles en playas demasiado paradisíacas para ser infelices sin sentirse culpables por ello. Interpreté como una buena señal que esa foto siguiera allí, aunque lo más probable era que Andrea no hubiera tenido tiempo para quitarla. Llegué al salón. Ella estaba sentada en el borde de un sillón, inclinada hacia delante, como si se fuera a levantar en cualquier momento. El joven bien vestido del que me había hablado el portero miraba por el ventanal que daba a la calle, de espaldas a mí. Ella estaba ojerosa, llevaba el pelo suelto y vestía su jersey negro de cuello alto, uno que le había tejido su abuela. Un doble luto.

—Me ha contado todo —dijo Andrea, y miró hacia el tipo de la ventana.

Entonces él se giró. Llevaba gafas de pasta de color azul claro, el pelo engominado con la raya marcada a un lado, un traje casi sin arrugas pero con zapatillas Converse, y seguía siendo el Rufi.

—Hola, Jorge. Siento decirte que estoy muy decepcionado. Pensaba que teníass al tanto a Andrea de tus problemass. Era parte del tratamiento, querido.

Sí, era el Rufi, pero ahora no hablaba como si fuera un enemigo de la RAE y de la gramática en general, sino que pronunciaba como un pijo de Serrano al que las eses se le han ido de la mano.

—Mi... mi tratamiento —fue todo lo que alcancé a decir.

—Uno no puede dejar las drogas sin el apoyo de su círculo social, lo hemos hablado muchas veces en terapia, ¿verdad, Jorges?

—Terapia —repitió Andrea con rabia—. Ibas a terapia y me lo has ocultado desde el principio.

Miré desconcertado al Rufi. No sabía qué pretendía, pero sí que no podía ser bueno para mi relación con Andrea.

—Bueno..., yo... —alcancé a decir.

—Ya ves. Mi novio drogadicto y yo sin enterarme —dijo dolida.

—Jorges, ya no es momento de mentiras —dijo el Rufi—. Desde el

principio hablamos de que ella debía estar al tanto. Uno no puede salir de

una politoxicomanía tan grande como la tuya, nivel ocho —especificó mirando a Andrea—, sin el apoyo de su círculo.

—¿Politoxicomanía? —dije.

—¿Nivel ocho? —dijo Andrea.

—Sobre diez —apostilló el Rufi—. Más bien ocho y medio.

Decepcionado. Me siento muy decepcionado —me dijo el Rufi, y al hacerlo se golpeó el pecho con la palma de una mano, como para que comprendiéramos dónde sentía esa decepción.

—Y yo sin enterarme de nada. Tres años y ni coscarme —dijo Andrea

—. ¿Cómo puedo ser tan gilipollas? Claro, ahora comprendo muchas cosas.

—No te culpes, Andrea —dijo el Rufi magnánimo—. A la gente le cuesta ver lo que está pasando cuando se trata de sus seres queridos. No conciben con las cabezas suyas que puedan estar viviendo con seres esclavos de las drogas, del sexo.

—¿Al sexo también? —preguntó Andrea sorprendida.

—No, pero su abuso de las drogas le lleva a comportamientos muy sexuales y compulsivos.

—No será conmigo —dijo ella.

Miré al Rufi pensando si sería buena idea pegarle una paliza allí mismo, pero él ni me miraba, centrado en Andrea.

—¿Qué... qué estás diciendo? —balbucí.

—¡Calla! —me dijo con autoridad—. A veces se da el efecto contrario en la sexualidad de la pareja habitual y disminuyen las cópulas —le explicó a Andrea.

—Ya —dijo ella, como encajando piezas del puzle que era yo ante sus ojos ahora.

—¡Yo no disminuí las cópulas! —dije mirando al Rufi con rabia.

—El individuo puede mostrar también ataques de ira, como se ve ahora.

Eso es porque el abuso de la droga le ha cuajado las meninges —le dijo el

Rufi a Andrea, ignorándome completamente, como si yo fuera un escarabajo al que estaba diseccionando mientras lo comentaba al aula.

—¿Cómo? —dijo Andrea sin terminar de entender el diagnóstico, como yo.

—Que la droga es muy mala —concluyó el Rufi.

—¿Nos puedes dejar a solas un momento? —le dije al Rufi.

—Creo que antes debemos hablar tú y yo muy seriamente —me dijo él

—. Andrea, queridass, ¿nos das un instantes de privacidades?

—Sí, mejor que habléis primero vosotros —dijo ella—. Porque yo... yo...

—Y se fue para la cocina sin terminar la frase, como aturdida tras lo que acababa de oír.

Cuando nos quedamos a solas, me fui hacia el Rufi y lo agarré de las solapas de su americana de terciopelo.

—¿Qué mierda haces aquí? —le dije en voz baja, pero deseando gritarle y estamparlo contra la pared.

—Lo sabes muy bien. ¿Y la bolsa que te di?

—¿Y esta ropa? ¿Por qué ya no hablas como antes?

—Hablo según convienes.

—¿Y este pestazo a perfume? ¿Quién coño eres tú?

—¿Y tu pestazo a alcohol? ¿Vas pedo a estas horas?

—No es asunto tuyo.

—Ahora sí, soy tu terapeutas. ¿Dónde está mi bolsa? ¿Tú sabes la pasta que vale lo que tienes?

—¿Por qué le has contado toda esa mierda de que soy politoxicómano a mi novia? ¿De qué vas?

—No era tu novia cuando llegué. Ahora aún tienes posibilidades variopintas de que vuelva con tu persona. Pero solo si me devuelves lo que te llevaste de comisaría.

—¿Qué le has dicho?

—Que te metes de todo. Que estás en tratamiento y que yo soy tu tutor psicológico.

—¿Tú..., tú mi tutor? Pero si debes ser un camello.

—Distribuidor. Nadie más indicado. Sé mucho de las debilidades humanas.

—¿Quién mierda eres?

—Uno al que tienes que devolverle algo que vale cinco mil euros.

¿Dónde está?

—Me la han robado.

Negó serio.

—No, eso no es verdad.

—Me robaron el bolso. Con mi DNI, con la cartera. Voy sin papeles.

Les di la vuelta a los bolsillos, como en las películas. Se me cayeron varias monedas. Me puse a recogerlas, no estaba para ir tirando el dinero por ahí.

—¿Quién te la ha robado?

—Un taxista. O una asociación de taxistas. ¡No lo sé, pero me han robado!

—¿No quisiste pagar el viaje?

—¡No! ¡Ni siquiera sé si fueron los taxistas!

—Lo de que te lo han robado tal vez me lo podría creer, pero ya no más.

Va a ser verdad que te metes de todo.

—Te digo que es verdad. Estoy trabajando para un sindicato de taxistas y el sindicato enemigo me vigilaba y me robaron el bolso porque creían que llevaba información.

Cuando terminé la frase tampoco a mí me parecía creíble. Últimamente me pasaban cosas que no podía compartir sin recibir miradas de escepticismo. El Rufi me observó en silencio por un momento, como calibrando qué hacer.

—Es una historia abundantemente loca. O piensas que soy gilipollas o...

O igual es verdad.

—Pienso que eres gilipollas. Pero mi historia es cierta.

—¿Qué vas a hacer? No habrás puesto denuncia. Ya has visto cómo nos trata la policía.

—No me metas en plurales junto a ti.

—Te metes tú solo. ¿Qué has hecho para recuperar la bolsa que es perteneciente a mi persona?

—He hablado con otros taxistas, los rivales de los que me robaron. Van a intentar arreglarlo entre ellos y que me devuelvan todo.

—¿Cuándo?

—Hoy mismo los veré, igual me dan una solución.

—Más te vale. Porque, si yo no recupero eso mañana mismo, tendré problemas. Y si yo tengo problemas, tú los tendrás y más gordos. Así que ve pensando en conseguir cinco mil euros mañana mismo *ipso facto*.

—¿Mañana? ¡¿De dónde voy a sacar cinco mil euros mañana?!

—Trabajas en la tele, lo sé, te he buscado en la internet.

—¿Qué te crees? ¿Que todos tenemos sueldos millonarios en la tele?

—Cajeros, familia, amigos. Me da igual. Y ahora vamos a llamar a tu querida novia. Si no quieres perderla, será mejor que yo siga siendo tu tutor psicológico y tú uno que se metía de todo. Así igual le das pena y

no te abandona. Porque, si piensa que eres así porque te sale de los interiores, estás jodido. No acompañarla al entierro de su abuela...

—Eso no es asunto tuyo.

—Ahora sí, que soy tu terapeuta. Ten, mi tarjeta, puedes llamarme ahí.

Me dio una tarjeta. Ernesto Montes, especialista en adicciones.

—¿Ernesto? ¿Ya no eres el Rufi?

—¡Andreas, ven, por favor! —gritó.

Andrea volvió al momento.

—Ya hemos puesto las cosas claras —dijo el Rufi o quien coño fuera.

—¿Me puedes dejar a solas con Ernesto? —me preguntó ella.

—¿Para?

—Por favor, Jorge.

—Está bien —dije resignado. Y salí.

—Jorge, quedarte plantado junto a la puerta no es dejarnos a solas.

Me fui a la cocina y ellos se quedaron hablando en voz baja durante unos minutos. Mi novia que ya no era mi novia y el terapeuta que era un camello.

—¡Ya puedes venir! —me gritó el Rufi unos minutos después.

Regresé. Estaba metiendo unos papeles en un maletín, casi estrujándolos para que entraran. El Rufi ahora llevaba maletín.

—Bien, llegó el momento de marcharse. Recuerda todo lo que te he dicho, Andrea. Va a necesitar mucho apoyo. Inclusive. Pero podréis salir adelante camino al frente.

Me dio un abrazo que hasta parecía sentido. Pese a que apestaba a perfume, me di cuenta de que una ducha no le hubiera ido mal. A mí tampoco.

—Llámame mañana sin faltas. Y llena de amor tu corazón —dijo antes de salir.

Andrea me miraba. Cuando había llegado a su piso, vi rabia en sus ojos, pero ahora era más bien curiosidad, como si yo fuera alguien nuevo a quien acababa de conocer, alguien sorprendente.

—Así que politoxicómano.

Sorprendente y politoxicómano. Podía decirle que todo era mentira. Que el tal Ernesto era un camello, que me había engañado y a ella también. Pero, sí, el Rufi llevaba razón, o eso creía yo en aquel momento. Si le decía la verdad, la perdería, pero, si de pronto era un politoxicómano en tratamiento, podría seguir cerca de ella. Nunca pensé que ese fuese el camino para reconquistar a mi novia, pero no veía otro. La gente ama ayudar al prójimo, yo había leído que los que colaboraban con ONG son más felices. Ahora le estaba ofreciendo a Andrea la oportunidad de ser una ONG en sí misma.

Una con un solo objetivo: salvarme de mí mismo y del Rufi. Para mí no sería tan difícil simular que necesitaba ayuda.

—Pues sí... No sé cómo terminé así.

—Tenías psicólogo de apoyo y todo.

—Ya has visto. Ernesto. Un gran tipo.

—¿Es bueno? ¿Estás contento con él? —me preguntó con cierto tono de desconfianza.

—Sí, mucho. Ha sido una suerte que aparezca en mi vida —dije sin mucha pasión.

Calló. No parecía muy convencida de lo que oía, como yo.

—No... no trabajará en uno de esos centros para drogadictos llevados por sectas, ¿verdad?

—¿Sectas? ¿Tú me ves a mí en una secta?

—Tampoco te veía de politoxicómano, y mira. No sé, me parece un poco raro tu psicólogo.

—Es... es muy... muy peculiar. Pero conecta muy bien.

—¿Con quién? ¿Con los drogadictos? Porque por un momento parecía uno de ellos. Bueno, de vosotros. Y no habla... no habla como un psicólogo.

Habla... habla... No sé, habla raro.

—Trabaja con gente muy diferente, y a veces en barrios de mala muerte.

Su madre es extranjera. Por eso te parecerá raro, tiene... tiene algo de acento

—dije para salir del paso.

Ahí estaba yo, el que quería redimirse, lanzado de nuevo al mundo de la mentira. Pero al menos ahora mentía para intentar recuperarla y ese era un buen fin. Me miró fijamente, como hacía cuando intentaba saber si le decía la verdad. Ella creía que esa mirada le servía para detectar embustes, pero normalmente solo lograba marcarle unas arrugas en el entrecejo.

—No... ¿no será un actor que has contratado para montar este paripé? —

preguntó, aunque lo hizo sin mucha fe, como si la hipótesis fuera tan loca que le costara formularla.

—He caído bajo, Andrea, no te lo voy a negar. Pero ¿hacer algo así? ¿De verdad piensas que podría hacer algo así? —dije intentando parecer dolido.

Y ahora fui yo quien la miró fijamente, como si así fuera a parecer más sincero.

—¿Por qué me miras así? No estarás puesto.

Borré mi mirada sincera.

—No, hace ya tiempo que no me meto.

—Ya te decía que fumabas mucho costo. Sabía que tus colegas pillaban coca algún sábado. Pero politoxicómano...

—Sí, yo no sé cómo llegué a este punto.

Ella se echó el pelo hacia atrás inclinando levemente el cuello a la izquierda. Me gustaba ese gesto suyo. También cuando se hacía una coleta mientras andaba o cómo jugaba a liar las puntas de su melena entre los dedos. Ahora que no estábamos juntos sentía que me gustaba casi todo lo que hacía. Bueno, no todo, pero lo malo, de pronto, me parecía muy llevadero.

—¿Te está funcionando con este psicólogo? ¿Te está ayudando a dejarlo? Me ha dicho que, si te veía puesto, te echara jarras de agua fría y lo llamara por teléfono. No conocía ese método del agua. Un poco... raro, ¿no?

—Es... Es porque al echarte agua fría..., pues tienes que secarte y eso se convierte en tu prioridad, antes que drogarte, y más si es invierno. Además, al mojar la droga se echa a perder. Pero, vamos, que no va a ser necesario.

No dijo nada, pero no parecía convencida.

—Ya sabes cómo son estas gentes. Psicólogos, filósofos... —añadí.

—No, no sé cómo son. Mi prima iba al psicólogo y era un tío bien normal. Y le mandaba ejercicios normales, como llevar un diario, hacer deporte, tener un perro, una rutina... ¿Pero jarras de agua fría?

—Antes se daban duchas frías en los manicomios.

—¿Y? ¿Estás loco y necesitas duchas frías?

—No... Él es que es un poco ortodoxo. Sí, eso.

—¿Tus padres saben algo? —preguntó.

—No, nadie sabe nada.

—¿Ni Matías?

—No.

—Eso es un consuelo. No has confiado ni en tus amigos.

—Cero confianza en el género humano. Así ha sido, por desgracia.

Cabeceó negativamente, suspiró, se acercó a la ventana como para tomar aire, pero no abrió la hoja, solo miró hacia la calle, pegando por un momento la frente contra el cristal. Iba a recordarle que esa costumbre suya dejaba marcas de grasa, pero me callé. Ella volvió a suspirar, pero no decía nada. Al final lo dije yo.

—Estoy... estoy muy avergonzado. Por lo del entierro. Por todo.

Ella se giró, sonrió por un momento.

—Fue lo único divertido de ese día. Es curioso, ¿no?

—¿El qué?

—Que la risa puede aparecer hasta en los días más tristes. Yo me tuve que meter tras la persiana para que no me vieras, porque era muy cómico contemplarte allí con ese ataúd a cuestas.

Sonreí. Yo también era ortodoxo, como el Rufi. Intentaba resolver rupturas sentimentales portando ataúdes de desconocidos o aceptando que me creyeran politoxicómano. Nada que ver con los clásicos métodos de ponerles velas a santos, contratar a hechiceras sudamericanas para que hagan un amarre, enviar patéticos mensajes con el móvil o arruinarme comprando joyas o ramos de flores.

—Es que se muere mucha gente en tu pueblo. Dos entierros en un día.

Su rostro se ensombreció.

—Perdona —dije.

—No, si llevas razón. Se muere mucha gente. Sobre todo cuando llega el frío.

Callamos de nuevo. Yo ya no sabía cómo salvar tanto silencio. Recordé cuando nos conocimos y nos pasábamos horas y horas hablando, contándonos naderías y a veces hasta cosas trascendentes. Por entonces todo lo que tuviera que ver con ella me parecía fascinante: su madre, que bordaba retratos de la familia en paños; el gato de su abuela, que se pasaba medio año ausente y después regresaba muy gordo, sin que nunca llegaran a saber dónde se había metido; su padre, que era cazador y se ponía a imitar el canto de la perdiz en celo cuando se tomaba unos vinos de más. Sí, al principio sentíamos la necesidad de hablar, de contarnos quién éramos, qué pensábamos, hasta que fuimos agotando los temas, las biografías, y nos repetíamos, pero no le recordábamos al otro que lo hacíamos. Ahora me quedaba algo que decirle, pero tenía miedo a la respuesta, si la había. Pero al final me atreví.

—¿Ahora qué? —le pregunté una vez más, como había hecho en su pueblo.

Se sentó en el sofá.

—Ahora... Aún tengo que asumir que me he pasado tres años con un tío al que no conocía.

Me costaba seguir con aquella mentira, pero ya no me atrevía a

decirle la verdad, como si no hubiera vuelta atrás.

—Yo... creía que si te lo contaba me dejarías —le dije.

—¿Por qué no pensaste que te intentaría ayudar?

—No lo sé... Miedo a perderte, igual.

—Politoxicómano —repitió, como si al decirlo varias veces pudiera comenzar a comprenderlo.

—Al principio no era muy poli. Más bien nada. Es que los psicólogos a cualquier cosa la llaman *politoxicomanía*. Te drogas con un poco de variedad y ya está la etiqueta puesta, politoxicómano. Pero si piensas que antes apenas lo era y ahora no tomo nada, no se puede decir que lo siga siendo.

No dijo nada.

—Además, estoy intentando ser mejor persona.

—No te está saliendo muy bien.

—Piensa que comienzo desde muy abajo. Me será fácil progresar.

Sonrió por un momento, apenas una leve curva en sus labios, pero cuando vio que yo también sonreía dejó de hacerlo al momento. Estaba claro que ella no quería que aquello se relajara, que nos sintiéramos a gusto juntos. Se me había dado bien hacerla reír, pero ahora no parecía querer disfrutar de lo poco bueno que yo podía ofrecerle, si es que algo había.

—Mejor verlo así —dijo—. ¿En qué consiste tu terapia?

—Pues... reuniones, consejos.

—¿Como lo de Alcohólicos Anónimos?

—Sí, parecido, pero en drogadictos. Al final todas estas cosas funcionan igual —dije, y cuanto más mentía, peor me sentía.

—Así que eres capaz de contarles a unos desconocidos lo que te pasa, pero no a mí.

—Son desconocidos, ellos no me pueden abandonar. Ya lo he dicho, tenía miedo de que eso pasara porque... porque yo... Porque yo te quiero —

dije, y aunque era sincero, me sentí como el actor de un culebrón malo, porque en el pasado apenas se lo había dicho, y casi siempre bebido.

—Te ha costado decirme que me quieres sin ir borracho. He tenido que echarte de casa y descubrir que eres drogadicto para que te atrevas.

—Ya. Necesito incentivos.

Esta vez no se rio. Me observó en silencio. Iba a tomar una decisión, lo sabía, era de esas personas que se piensan lo que van a decir aunque tengan que quedarse calladas a mitad de una conversación. Tal vez oírme decir que la quería le había afectado, aunque no sabía de qué forma. Me temí que yo, que buscaba amor y perdón, solo daba ya lástima. Y la lástima destroza ese punto de admiración por el otro que ayuda a las parejas a sobrevivir.

—Ernesto me ha dicho que te puedo ser de mucha ayuda.

—Sí..., mucha.

—Me sentiría culpable si no hago nada ahora. Pero no sé cómo puedo ayudarte. Tengo... tengo que pensar. Te haces análisis cada poco, ¿no?

—Sí, bueno, una vez al año en la empresa. Pero estoy sano, no te tienes que preocupar, porque además lo hacemos con condón y...

—Digo análisis de drogas para controlar que no te metes.

—Ah, sí, sí, cada poco. Es... es parte del plan.

—Si en estos días Ernesto me dice que has dado positivo en algún análisis, ya no voy a querer saber nada de ti. Nada, ni te cogeré el teléfono.

—¿Vas a seguir hablando con Ernesto? —pregunté.

—Me ha dicho que me llamará contándome tu evolución, si haces todo lo que él te ordena.

—Ya... No te preocupes, no voy a dar positivo.

—Tú mismo. Ahora me tengo que ir.

—Mientras, ¿qué hacemos? ¿Cuándo nos vemos? —pregunté ansioso.

—No sé..., ya te llamaré.

—«Ya te llamaré.» Te falta decir que quedemos como amigos. Nosotros nunca habíamos usado esas frases.

—Pero ahora toca usarlas. ¿Te vas? —me dijo, y no era una pregunta, sino más bien una orden—. Tengo yoga.

—¿Vas a ver a Altair?

—Eso ya no te importa.

—Sí, sí, perdona.

—¿Habéis discutido cuando viniste a por el disco duro? —me preguntó.

—No. ¿Por qué?

—No sé, luego hablé con él y estaba muy serio.

—Igual es por lo de su novia. Yo también lo vi tristón.

—Puede. Oye, ¿tú no te habrás llevado el cuenco tibetano que nos regaló?

—¿Yo? No, estará en la cocina.

—No, no está.

—Pues no sé —dije.

—Bueno, ya aparecerá. Ahora, si sales...

—Sí, claro, ya me voy. No te olvides de que tengo un nuevo número. Es el que he usado para llamarte últimamente. Lo digo por si ves el número, que sepas que soy yo.

—Ah... Sí... Me está llamando gente por lo de mi abuela, pero casi no cojo el teléfono, y menos los números que no conozco. ¿Por qué tienes un número nuevo?

—Perdí el móvil en tu pueblo, y como también he perdido el DNI, no puedo conseguir que mi compañía me dé una tarjeta con mi número antiguo. Así que me he tenido que comprar un móvil y una tarjeta nueva —

dije pensando que había quedado claro.

—No será por algún lío de drogas —preguntó.

Supe que a partir de ese momento todo lo que me pasara podría atribuirse a un lío de drogas.

—No, no tiene nada que ver con las drogas. Simplemente es eso, lo perdí en tu pueblo.

Me volvió a mirar con pena, y no me gustaba que me miraran así.

Además, ni siquiera era ese tipo de pena que te lleva a querer abrazar a alguien, a consolarlo. Más bien de la pena que se siente por un mendigo que huele mal y al que como mucho te acercas para echarle una moneda y alejarte.

—Mándame tu nuevo número que lo guardo.

—Ya te he mandado varios mensajes.

—Otro, tengo muchos sin leer. Y ahora mejor que te vayas.

Salí del piso sin saber si debía estar contento o deprimido y culpable.

Pero cuando me encontré al portero abrillantando con un pañuelo moquero el pomo de la puerta de la entrada, supe qué sentir. Alegría, aunque fuera

falsa, porque el verme feliz le fastidiaría. Así que le sonreí mientras él me miraba intentando calibrar qué había pasado en el piso de Andrea.

—¿Ve como he vuelto? —le dije.

—Eso es el rebote de la rata muerta.

—¿Qué mierda dice?

—Que si tiras a una rata desde un quinto piso, rebota un poco. Pero al final vuelve a caer al suelo. Yo lo he visto.

—Sí, tal y como cuida el edificio, no me extraña que lo haya visto.

—Recuerda, la rata muerta.

Si volvía a vivir con Andrea, haría que vendiera el piso y nos fuéramos lejos de aquel loco. Entré en el metro. Tenía que ir a hablar con Peter

para que me contara más sobre su discurso para taxistas, me ayudara a recuperar la droga del Rufi y, si podía ser, me diera un adelanto. Que mis tareas cotidianas hubieran pasado en un par de días de bajar a comprar al Carrefour o sacarme el abono de transporte a buscar drogas robadas para evitar chantajes o quedar con una especie de sindicalista del taxi me hacía sentir como dentro de un sueño loco que no podía ser mi vida. Pero lo era.

Yo no quería ver nada y lo vi todo La Asociación del Taxi se encontraba en la planta baja de un edificio de la calle Ferraz. Tenía un cartel en la puerta con esa letra gótica que usan los mesones españoles en los que asan animales. El cartel rezaba *Sindicato Unificado*. En el interfono, tachado, pero aún legible, vi un *Unión Sindical del Taxi*, y al lado, escrito a mano, *Sindicato Unificado*. Aquel timbre era el testimonio de las convulsiones sindicales entre los taxistas. Toqué. No contestó nadie, pero abrieron la puerta.

Pasé. Olía a humedad de sótano mal ventilado y a friegasuelos industrial.

La parte inferior de las paredes estaba protegida por unos paneles de plástico que en algún momento de optimismo alguien decidió que imitaban a la madera. A unos metros, a la izquierda, había un pequeño escritorio tras el que se repantigaba una señora que se parecía al cadáver de Bette Davis anciana en un mal día.

—Buenas. Tengo una cita con Peter —le dije.

Levantó la mirada para observarme, pero al momento se le cayó.

Descolgó el teléfono mientras suspiraba, como si estuviera muy cansada, y tecleó algo en una pequeña centralita telefónica.

—Visita para Peter —dijo con desgana al teléfono, y colgó—. Espere ahí, Peter aún no ha llegado —me dijo señalando un pequeño sofá de escay que podía tener perfectamente cuarenta años.

Me senté. Junto al sofá había una lámpara de pie que parecía rescatada de un hogar de clase media de los sesenta y una mesita sobre la que descansaban unas cuantas revistas de coches. Tenían hilo musical y sonaba

esa música de ascensor que te hace amar el silencio y los lugares abiertos.

La señora comenzó a dar cabezadas frente a su ordenador con pantalla

de tubo y por fin dio una cabezada definitiva y se quedó durmiendo con la barbilla sobre el pecho. Yo tenía ganas de mear, pero en aquel recibidor no se veía ninguna puerta que condujese a unos aseos. Me acerqué a la señora.

—Señora, ¿el baño dónde está? —le pregunté en voz baja, sin querer despertarla de sopetón.

La señora abrió a cámara lenta uno de sus ojos, como si yo no mereciera una mirada de dos ojos, y con un leve movimiento de cabeza señaló el pasillo que comenzaba unos metros más allá y regresó al modo sueño.

Dejé el recibidor y me adentré en un pasillo de techos tan bajos que si levantaba un brazo podía tocarlos. A ambos lados se amontonaban viejos y polvorientos archivadores de cartón de color negro y gris, y de algunos asomaban hojas amarillentas. El pasillo giró a la izquierda y parecía ir descendiendo ligeramente. Encontré una puerta, pero estaba cerrada.

Continué. El pasillo giró ahora a la derecha, de nuevo a la izquierda.

Después comencé a perder la cuenta de los giros mientras mis ganas de mear aumentaban.

En uno de esos giros oí un poco de barullo que surgía de una puerta metálica muy gruesa, como de refugio nuclear, semiabierta. Me acerqué.

Allí, en una gran habitación sin ventanas, había unas treinta personas con micrófonos de diadema sentadas frente a ordenadores. De una de las paredes colgaba una gran pantalla y en ella se veía un mapa de la ciudad con puntos rojos y verdes, algunos detenidos y otros en movimiento.

Hablaban, tecleaban y algunos hasta fumaban, como si en ese cuarto no se aplicaran las mismas leyes que en cualquier otra oficina. Pensé que podían ser las oficinas del teletaxi, pero no comprendía por qué las tenían en ese antro subterráneo.

Una de las chicas me vio plantado en la puerta.

—¿Eres el nuevo?

Dije que sí porque eso pensaba, que era el nuevo.

Se levantó.

—Pasa, anda, que yo te explico.

Iba a decirle que primero tenía que ir al baño, pero no quise parecer un incontinente.

—Ya te habrá contado Peter, ¿verdad? —me preguntó.

—Más o menos.

—El trabajo es muy sencillo. Mira, en aquella pantalla grande tenemos los taxis en rojo con escucha activa. Cada operador sigue la conversación de dos o tres taxis. Muchas veces ni hay conversación, porque sube solo un cliente y ni llama por teléfono. Entonces ese taxi lo descartas. Si hay conversación, pero ves que no están contando nada interesante, la descartas también y pasas a escuchar otro taxi. Si el cliente se conecta al wifi del taxi, te parpadeará una luz naranjita en la esquina de tu monitor. Si navega con nuestra wifi, podemos verlo todo: webs que visita, *mails* que manda, almacenar sus claves... Y esos datos van al servidor y ya no son asunto nuestro, pasan a los analistas. Si tienes clientes hablando en inglés o alemán, sobre todo los que suben en la zona del sector financiero, se los pasas por la extensión siete a ellas —dijo, y miró hacia tres chicas que estaban unos metros más allá, frente a otro monitor. La pelirroja saludó—.

¿Sabes pasar a otra extensión?

—Yo... no mucho.

—Mira, ¿ves la pantalla del ordenador? Es táctil. Le das al menú, a pasar llamada y el número de mesa del compañero. Las conversaciones que más nos interesan suelen ser de clientes que cogemos en el distrito financiero o que se dirigen allí. Ten, este es el manual —me dijo dándome un librito de unas cincuenta páginas—. No lo puedes sacar de aquí, así que ahora te lo lees y, cualquier duda, me preguntas. ¿Lo pillas?

Por mi cara debió pensar que no había entendido gran cosa.

—No te preocupes, a la que lleves dos días verás que es muy sencillito.

¿Cómo te llamas?

—¿Yo? Arturo —mentí, porque ya me había dado cuenta de que yo no era el *nuevo* que esperaban.

—¡Chicos! ¡Chicas! ¡Aquí tenemos a Arturo!

Muchos se giraron para un saludo breve desde sus puestos.

—Bien, voy a seguir, que tenemos mucho curro.

—Esto... ¿los baños?

—Sal al pasillo, te vas a la derecha veinte metros y la primera puerta a la izquierda. Cuando vuelvas, cierras, que esa puerta ha de estar siempre cerrada, la hemos abierto porque nos han llamado de recepción diciendo que llegabas. Supongo que mañana te darán tu tarjeta magnética que te servirá para abrirla.

—Gracias, ahora vuelvo.

Me fui y me puse a buscar la salida de aquel edificio. Aquello no era un servicio de teletaxi, como había pensado al entrar, y no creía que a Peter le gustara saber que yo me había metido allí dentro. Cuando ya llevaba dos curvas por esos pasillos, me crucé con un chaval de unos veintipocos años.

—¿La sala de comunicaciones? —me preguntó.

Le dije que girara donde no debía hacerlo, porque cuanto más tardara él en llegar a esa sala, más tarde descubrirían que se les había colado un intruso. Por fin vi un cartel que indicaba la salida y lo seguí. La señora estaba despierta.

—¿Has encontrado los baños?

—Sí, sí —dije, y me fui para la calle sin darle más explicaciones.

Llegué a la plaza de España. Me sonó el teléfono. Era Peter. No sabía si cogerlo, tal vez ya se había enterado de que me había metido en aquella sala y que sabía a qué se dedicaba realmente su sindicato.

—¿Dónde estás? ¿Por qué no me has esperado? —me preguntó, y noté algo de cabreo en su tono.

—Lo siento, pero me han surgido varios problemas en el curro y me he tenido que ir —le dije.

—¿Dónde estás ahora?

—Por... por el centro, cerca de Callao.

—Espérame en la puerta del teatro donde representan *El rey león*. Te recojo allí.

—Pero tengo que irme.

—Esto urge, Jorge. Espérame y te recojo.

—No he tenido tiempo de comer. ¿Por qué no quedamos en un bar? —le dije, porque pensé que era más seguro para mí que nos reuniéramos en un sitio público, como hace en sus primeras citas la gente que se conoce en internet.

Se lo pensó durante unos segundos.

—Baja hasta Alcalá y te metes en la cafetería del Círculo de Bellas Artes. En media hora estoy allí.

Subí por Gran Vía. Pensé en llamar a Matías y pedirle que, si a la noche no lo llamaba, avisara a la policía. También en coger un tren a Albacete y ocultarme allí. Después pensé que estaba siendo un paranoico y que dentro de una cafetería no podría pasarme nada. Mi móvil sonó de nuevo. Era un número que no conocía y pensé que podría tratarse del Rufi.

—¡Qué nos has hecho con los cerdos, hijo de puta! —me gritaron en cuanto descolgué.

—¿Qué... qué dice? Creo que se equivoca.

—¡Equivocarme! ¿Ahora qué hacemos con ellos? ¡Te vamos a encontrar, vaya si te encontraremos! ¡Y nos vas a dar la pasta, la...!

Le colgué. No sabía a quién había pertenecido ese móvil, pero tenía unos problemas con algunos cerdos de los que no quería saber nada. Yo ya tenía bastante con los taxistas, mis falsas adicciones, el Rufi y Andrea.

No hay sofistas en Albacete

Llegué a la cafetería del Círculo y me senté a una mesa. Abundaban los turistas y las señoras mayores que merendaban junto a algún señor mayor que sobrevivía. Al poco llegó Peter, que miraba a su alrededor como un matón que buscara calibrar si allí encontraría pelea. Se sentó frente a mí sin saludar. La silla crujió bajo su peso y él agarró con sus manazas el borde de la mesa, como para sujetarse si la silla se destrozaba.

—¿Así que has tenido problemas en el trabajo?

—Sí... Igual me despiden y tenía que hablar con un abogado.

—Ya veo —dijo cogiendo la carta que había sobre la mesa—. ¡Amanda!

—llamó a una camarera—. ¿Has pensado algo sobre mi discurso? —me preguntó tras echarle un vistazo a la carta, que dejó con firmeza sobre la mesa.

Me sentí como un niño que acude al colegio sin haber hecho los deberes.

—No mucho. Ya te digo que he tenido líos en mi empresa.

—¿De qué tipo?

—Problemas con mis jefes por mi despido.

—Así que al paro.

—Sí. Creo que es mi destino, no aguantar mucho en ningún trabajo.

—Lo que la gente llama *el destino* no suele ser más que el resultado de su imbecilidad.

Me quedé dudando por un momento si me estaba llamando imbécil.

Pensé que sí.

—No lo digo yo —dijo Peter como para justificar su brusquedad—. Lo dijo Schopenhauer. Pero, qué cojones, es lo que pienso.

—Mi abuelo también decía algo parecido.

—¿Tu abuelo leía a Schopenhauer?

—No, solo el *Marca* y novelas del Oeste.

La camarera se acercó.

—Dichosos los ojos, Peter.

—Buenas, Amanda. ¿Cómo va el asunto?

—Viene más que va —contestó ella.

—Entonces no es todo lo malo.

—¿Qué te pongo?

—Un cortado. No, qué leche, un solo —dijo Peter.

—Otro —dije yo.

—¿No me has dicho que no habías comido? —me preguntó Peter.

—Sí... Un cruasán también —dije.

—¿Qué comida es esa? ¡Tráele un bocadillo de jamón!

Amanda se fue hacia la barra.

—Tengo que darte ya información con la que puedas trabajar el discurso.

Porque el humor necesita información, ¿verdad? No surge de la nada.

—Nada surge de la nada —le dije

—De la nada, nada surge —dijo meditabundo.

Se quedó como absorto durante unos segundos musitando algo que yo apenas podía oír. Seguía serio y me temí que estuviera pensando qué hacer conmigo ahora que yo podía saber a qué se dedicaba su sindicato. Por fin salió de su ensimismamiento.

—Sí, nada surge de la nada, y yo voy a ayudarte, sí, te voy a decir de qué se ríen los taxistas. ¡Amanda, un pacharán! ¡No, que sean dos! —dijo algo exaltado de pronto.

Llegaron los pacharanes y Peter le dio un sorbo al suyo y lo paladeó más de lo que ese anisete dulzón merece paladearse.

—En el taxi llevamos gente de todo pelaje. Hasta pobres —dijo Peter, como asombrándose de que eso pudiera pasar—. La verdad es que cada vez nos reímos menos porque el taxi nos hace cínicos. Y el cinismo espanta a la risa. Es su enemigo. Tú eso ya lo sabrás.

Afirmé, aunque no, no lo sabía.

—Oímos tantas mentiras en el taxi... —continuó—. Y tantas verdades...

Ninguna de las dos cosas es buena. En un día normal puedes escuchar hermanos poniendo verdes a otros hermanos, maridos que les cuentan a sus mujeres que están trabajando cuando los llevamos a un hotelito donde han quedado con la amante, morosos que le dicen a alguien que no pueden pagarles cuando se están alojando en el Palace. El taxi te hace cínico. ¿Tú no me ves a mí cínico?

—Yo... no lo sé.

—No te cortes, hombre. ¿Tú me ves a mí cínico?

—Yo... Sí, un poco sí... O no.

—Tú eres un sofista.

—¿Yo? Si soy de Albacete.

—Ya, eso dicen todos los sofistas.

—¿Que son de Albacete?

—No, pero hoy en día casi todos niegan su condición de sofistas.

Hegeliano no me serás, ¿verdad?

—Creo que no.

—En fin, me da igual lo que seas con tal de que escribas un buen discurso. ¿Sabes lo que hacemos para no amargarnos en el taxi? Fastidiar a los clientes.

—Eso ya lo intuía.

—¿Te crees que es casualidad que la gente cuando sube al taxi encuentre que está puesta la emisora que más odia y a más volumen del necesario?

No, no es casualidad, yo los veo en la acera, veo sus pintas, el periódico que

llevan en la mano, si es que aún ves a alguien con periódico, y les calzo la emisora que menos puede gustarles. ¿Cómo lo ves?

—Yo bien...

—Tú qué vas a saber, si seguro que siempre vas en metro o en Uber y eres sofista. ¡Y de Albacete! —remató, como si eso último fuera escandaloso.

—Ya...

—¿Sabes para qué fastidiamos al cliente? Para ir marcando territorio, para que les quede claro que el taxi no es suyo. Si nos piden que cambiemos la emisora, lo hacemos, pero como un favor. Una concesión. Se ponen tan contentos cuando les haces un poco de caso... Pero muchos tragan quina y aguantan. Tú no sabes qué caras pone esa gente cuando oye lo que no quiere oír. Porque todo el mundo ya se ha acostumbrado a escuchar o leer a los que piensan como ellos, si acaso alguien piensa algo. Solo siguen a los suyos en las redes sociales, en la radio también. Viven en su burbuja y entonces entran en el taxi. Y el taxi ¿de quién es?

—¿Tuyo? —aventuré.

—Es mío, sí. El taxi es del taxista. A no ser que sea un trabajador contratado por horas, que también los hay. ¿Comprendes lo que intento decirte?

—¿Que a los taxistas les hará gracia un discurso en el que os riais de los clientes?

—¡No, hombre, no! —casi gritó—. No estás entendiendo nada. Anda, bébete eso.

Cogió el vaso y se quedó embobado mirando ese líquido marrón.

—A veces nos aburrimos mucho —dijo triste.

Yo le di otro trago a mi pacharán. Comenzaba a gustarme.

—No es que no me guste la idea de reírme de los clientes. También les gustaría a mis compañeros, pero en este discurso no podemos tocar ese

tema porque estará allí la prensa y no quedaría bien. Tú ya habrás oído aquello de «No cagues en la mano de quien te da de comer».

—No muerdas la mano.

—No, morder tampoco, y menos si antes te has cagado. Podrías coger

cualquier enfermedad —dijo.

—Estamos hablando en sentido figurado, ¿no?

—Oye, aquí, mariconadas las mínimas —dijo serio, y tomó aire—. A ver cómo te lo explico... —Miró el techo y cerró los ojos, como para concentrarse antes de seguir hablando—. Quiero un discurso que hable de la unidad en el mundo del taxi. Que hable de lo que nos interesa: ¿mejor Octavia o Prius?

—¿Quiénes son esos?

Suspiró.

—Motores alemanes frente a híbridos japoneses. ¿El gas es una buena opción? ¿Qué neumático conviene? ¿Abrillantar a diario merece la pena?

¿Cómo luchar contra Uber? ¿Abogados? ¿El sabotaje? ¿El asesinato? Y si la respuesta es la última, ¿cómo? Todo eso con humor, claro, con chispa.

Así es que ya te puedes poner a trabajar. Lo necesito dentro de tres días.

—¿Tres? Pero es muy poco tiempo.

—¡En tres días cojo el taxi yo y me planto en Eslovaquia! ¿Qué digo?

¡En San Petersburgo! ¿Y tú me dices que es poco tiempo para escribir tres folios? Pero si eso se escribe con la punta del capullo —dijo un poco cabreado.

Se me pasó por la cabeza lo mismo que pensaba cuando en la prensa alguien escribía una crítica demoledora contra alguna de nuestras series:

¿por qué no la escribes tú? Porque normalmente se paga mejor escribir series que criticarlas, y por entonces tenía la misma opinión sobre los críticos que podía tener una farola sobre los perros que se mean en ella. Si las farolas tuvieran opiniones. Pero era mejor no decirle eso a Peter. No

parecía llevar muy bien las críticas. Además, no lo veía ni escribiendo series ni discursos, aunque fueran para sus colegas.

—¡Amanda, ese bocadillo de jamón que sea para llevar! ¡Y trae la

cuenta! El bocadillo te lo comes entero —me dijo—. Tienes que comenzar a cuidarte, que se te ve muy mala pinta.

Me tranquilizó que se preocupara por mi alimentación, lo vi como una señal de que no sabía que me había colado en aquella sala de su sindicato y por lo tanto no quería matarme, a no ser que practicara algún tipo de canibalismo.

—Gracias, Peter, pero no es que tenga hambre. Llevo unos días muy malos.

—Mira, no soy yo ningún tiquismiquis, pero una ducha no te vendría mal. Porque una cosa es un olor que moleste y otra comenzar a dar asco. Y

tú caminas hacia eso.

—Sí, es por la ropa, está sucia. Pero en cuanto pueda me ducho.

—¿Estás así por la chica esa que te ha dejado?

—Un poco. Oye, Peter, esa mujer que te dejó...

—Julia... —Suspiró con añoranza.

—¿Intentaste que volviera contigo?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no debía. Mira, el amor no es más que un asunto biológico. Al final esto va de que el hombre tenga ayuntamiento con la hembra. A eso se reduce, no hay más. Yo ayunté con otras hembras todo lo que pude, y se me fue pasando.

—Yo últimamente no tenía mucho ayuntamiento, ni con ella ni con ninguna.

—Mejor me lo pones. O peor, no sé. ¿Sabes otra cosa? Cuando te enamores de una mujer, piensa que tras ello no hay lo que los románticos llaman *amor*, ni sentimientos elevados. No..., nada de eso.

—¿Qué, entonces?

—¡La naturaleza! ¡Es la naturaleza la que nos arrastra a ello, porque necesita la reproducción! Eso es lo que está detrás de todo, tener hijos,

y nosotros somos esclavos de la naturaleza. Y de las hipotecas.

—¿Tú tienes hijos?

—No, yo he sabido vencer a la naturaleza. Soy el último de mi estirpe —

dijo mirando hacia el horizonte, que era la barra de enfrente.

—¿Cómo lo has hecho? Lo de vencerla.

—Cuando me entran muchas ganas, pienso en Schopenhauer, me hago una manola y apañado.

Calló meditabundo por unos segundos que dedicó a apurar su pacharán.

Cuando terminó, dejó el vaso con fuerza sobre la mesa y alguna de las señoras nos miró.

—Tú te has dado cuenta de que aquello no eran las oficinas de un teletaxi, ¿verdad? —me preguntó bajando la voz—. Porque tonto no eres.

—No te creas, Peter. Puedo ser muy tonto —le dije—. De verdad. Si hay que ser tonto, se es tonto. Y olvidadizo.

No me contestó, se limitó a pagar y salimos en silencio, yo con mi bocadillo liado en papel aluminio en la mano. En la calle nos esperaba el Palillo en un taxi con las luces de emergencia puestas.

—¡Vámonos, jefe, que ya se me ha acercado dos veces el municipal para decirme que vuele de aquí! —gritó desde el taxi.

—Bueno, pues ya te llamo cuando tenga el discurso —dije yo intentando escaquearme.

—No, tú te vienes al sindicato, tenemos que seguir hablando.

—Pero... si ya está todo hablado —dije—. Ahora tengo que irme a buscar piso, que mi novia me ha echado del suyo. ¿Por qué no mejor mañana?

—Hay tiempo para todo —dijo. Agarró mi brazo con una de sus manazas, que, como una sólida tenaza de carne, me hacía imposible huir—.

Cuanta más información te lleves, mejor para tu discurso.

—¿Qué hay, periodista? —me dijo el Palillo cuando subimos a su taxi.

—No soy periodista.

—Ya, eso dicen todos.

Sin quererlo me vi de nuevo dentro de un taxi y esta vez, aunque no me pusieron antifaz, sí me sentí secuestrado.

Trabaja o muere

El Palillo, antes de arrancar, se giró para mirarme, sus ojillos pequeños de lagarto, su cara de hombre que se ha pasado la vida acodado en barras escupiendo huesos de oliva y hurgándose los dientes, discutiendo por el placer de discutir. Se le veía con ganas de pegarme. Casi siempre parecía tener ganas de darle a alguien, pero ahora, después de que yo me hubiera colado en aquella sala del sindicato, tenía un buen motivo. De nuevo me planteé si me convenía tirarme en marcha de un taxi o era mejor aguantar allí. Cuando veía los ojos amarillentos del Palillo observándome por el retrovisor pensaba que sí, que me debería tirar, pero soy cobarde. Mi única oportunidad era abrir la puerta cuando paráramos en un semáforo y correr, pero, como si me hubieran leído el pensamiento, oí el clic del cierre centralizado cuando el coche se detuvo ante el primer semáforo que nos encontramos en rojo. El Palillo se giró y me sonrió, la primera vez desde que lo conocía, el palillo asomando como un colmillo fino y desbocado.

Peter miraba al frente, serio, en silencio.

Llegamos a la sede del sindicato. Nada más salir del coche, Peter volvió a cubrir mi hombro con su manaza, como quien cierra un cepo. Entramos.

Veía al Palillo demasiado feliz. La felicidad de cierto tipo de personas siempre va unida al sufrimiento de otras, y pensé que era yo quien iba a sufrir. La anciana continuaba en la recepción, ahora despierta o muerta con los ojos abiertos. Podría haber actuado de zombi en cualquier película con muy poco gasto en maquillaje.

—Silvana, vamos a la sala de juntas. Tráenos unos cafés y algo de picar

—le dijo Peter.

Ella afirmó y tocó algún botón en su centralita. Al momento llegó el hombre enorme, y así, escoltado por lo que yo creía la cúpula del sindicato de taxistas, nos adentramos en el pasillo. Sabía que no era necesario que me llevaran allí para hablar del discurso, así que íbamos a otra cosa. Pensé en encerrarme en un baño y llamar al 112, pero aún no me habían hecho nada que me permitiera denunciarlos. Me di argumentos para no entrar en pánico: la gente no mata a los otros por cualquier nimiedad, eso es más cosa de las películas. Pero no dejaba de pensar que en aquel edificio les sería muy fácil hacerme pedacitos y tirárselos a los peces del Manzanares y nadie comenzaría a sospechar nada hasta que pasaran unos días y yo fuera ya parte de una perca.

Mientras andábamos por los pasillos intenté recordar los giros que hacíamos por si tenía que salir de allí corriendo. Por fin, Peter se detuvo ante una puerta, sacó un manojo de llaves y la abrió. Era una sala de reuniones moderna, con una gran mesa y unas quince sillas.

—Siéntate —me dijo.

Abrió un armario y sacó el bolso que me habían robado. Lo dejó satisfecho sobre la mesa, como quien entrega un trofeo de guerra.

—Para que veas que nos preocupamos por quien trabaja para nosotros.

—¿Lo habéis recuperado u os lo llevasteis vosotros? —me atreví a preguntar.

—¡Nosotros no nos llevamos bolsos! ¡No nos gustan los bolsos aquí! —

dijo cabreado el Palillo.

—Calla, Palillo. ¿No miras a ver si está todo? —me preguntó Peter.

Sí, quería mirarlo, pero no ante ellos.

—Ya habrá tiempo —dije.

—No, ahora —dijo Peter, y empujó el bolso hacia mí.

Afirmé y, resignado, cogí el bolso y lo abrí un poco para mirar el interior. Sí, allí estaba la bolsa con la droga del Rufi, que era lo que más me interesaba. Miré en el bolsillo donde guardaba la cartera.

—Falta la cartera.

—No estaba, se la habrá quedado el Rufi —dijo Peter.

—¿Me lo robó él?

—Un colega suyo por encargo. ¿No nos vas a explicar qué es eso que llevas ahí dentro?

—Eso, eso, que explique —graznó el Palillo.

—No tengo por qué explicar nada. Es mi bolso, ya está.

—Sí, pero nosotros lo hemos recuperado. ¿Sabes lo que nos podría haber pasado si nos pillan con esa mierda que llevas ahí?

—No es mía. El Rufi la metió en mi abrigo cuando estábamos en comisaría.

—¿Por qué iba a hacer eso el Rufi? —preguntó Peter.

—Supongo que porque pensaba que lo podían cachear en comisaría si lo detenían.

Tocaron a la puerta, que se abrió sin esperar permiso, y entró Silvana con una bandeja con café y bollos.

—Seguro que la droga es suya, jefe. ¿No ve la cara que tiene de politoxicómano?

Silvana me miró, afirmó para mostrar su acuerdo con el Palillo y se fue.

Nunca pensé que me iban a llamar *politoxicómano* tantas veces en tan poco tiempo

—Te juro que la bolsa era del Rufi, Peter. Yo vivo de la tele, no del trapicheo con drogas. Si vendiera drogas, no estaría sin un duro, como estoy ahora.

—¿Trapicheo? Esto no es trapicheo. ¿Sabes lo que puede valer? —dijo Peter. Y sacó la bolsa y se la mostró a todos.

—Cinco mil euros, según el Rufi. Es lo que le tengo que dar si no se lo devuelvo —confesé.

—Así que ese cabrito quiere pasta.

—Sí. Se podría decir que me está chantajeando.

Peter sonrió. Parecía estar pasándoselo bien. El Palillo, no, pero al ver a su jefe sonreír también lo hizo.

—Chantajeándolo, jefe, está chantajeándolo —dijo contento.

Peter cogió la bolsa, la abrió y comenzó a tirar la droga en la papelera.

—¡No, Peter! —grité, y corrí hacia él para intentar frenarlo. Pero un brazo del hombre grande me dejó pegado a la silla como si hubiera tirado de mí un cable de acero.

—No es coca —dijo Peter—. Ni heroína, ni nada que valga más de treinta euros. Es mierda que usan para cortar la droga. Supongo que el Rufi la llevaba encima y te la pasó en comisaría para ahorrarse problemas.

Después debió llamar a su colega para recuperarla. Pero debieron pensar que era mejor que te la quedaras tú para luego robártela y así poder chantajearte.

—Qué hijo de puta —dijo el Palillo.

—Así que le dijo a su colega, que estaba rondando por la puerta de la comisaría, que te la quitara. Como el amigo del Rufi no tenía coche, te siguió en taxi y te robó eso —dijo mirando hacia la papelera—. A la hora de pagar la carrera, no tenía dinero suficiente y quiso pagarle al taxista en droga. Pero el compañero era un poco toxicómano y vio que esto son poco más que polvos de talco. En fin, que se pelearon y nuestro colega se quedó tu bolso. Ya te dije desde el primer momento que el Rufi no es de fiar. Así que, chaval, me debes una.

—Yo..., gracias.

—No des las gracias. Ahora tienes que pagar lo que hemos hecho por ti.

—¿Cómo?

—Sabes ya mucho sobre nosotros, así que lo único que se me ocurre es que trabajes dentro de la organización.

—No sé mucho, de verdad.

—Sí, sí sabes —afirmó Peter.

—Dinos lo que sabes o te rebano el cuello —dijo el Palillo.

—Palillo, ese es el cuchillo de untar mantequilla —le dijo Peter.

El Palillo miró confuso el cuchillo que había cogido de la bandeja.

—Bueno, ya encontraré con qué rebanarle el cuello. ¿Dónde estará mi navaja suiza? —Y comenzó a buscarse en los bolsillos.

—Yo... apenas estuve en esa sala unos segundos...

—Algo te explicaron de su trabajo. ¿A qué crees que se dedican? —

preguntó Peter.

—¿Al teletaxi? —mentí.

—No, y no nos tomes por gilipollas, sabes perfectamente que no es el teletaxi. Necesito la verdad, ver cuánto sabes, y según eso decidiremos qué hacer contigo.

—Pero..., si sé mucho, igual no me gusta lo que vais a hacer conmigo.

—¿Así que sabes mucho? —dijo el Palillo mientras no dejaba de buscarse su navaja en los bolsillos.

—No sé ni lo que sé.

—Algo parecido escribió Descartes —dijo Peter pensativo.

—¿Quién es ese? ¿Trabajaba para nosotros? —preguntó el Palillo.

—No, Palillo, no trabajaba para nosotros, entre otras cosas porque murió hace muchos años. Dijo que solo sabía que no sabía nada.

—Entonces hicimos bien en no contratarlo, ¿no? Que ya tenemos bastantes ignorantes en la empresa —dijo el Palillo.

—No estamos aquí para hablar de Descartes, sino de ti, Jorge. ¿En qué piensas que trabajan ahí abajo?

—¿Qué me vais a hacer?

—Aún no lo sabemos. Mi navaja tiene muchas utilidades. Hasta sacacorchos —dijo el Palillo, sin conseguir dar con ella.

—Veremos —dijo Peter—. Pero tienes que decirnos qué sabes.

—¿No te han dicho qué me contaron ahí dentro? —pregunté.

—Lo sabe todo —dijo el Palillo—. ¿Dónde mierda estará la navaja?

También tiene sierra y aguja para coser. Muy práctica, puedes serrar a alguien y luego coserlo.

—A ver, dime, ¿para qué crees que espiamos las conversaciones y por dónde navegan los clientes con la wifi de nuestros taxis? —me preguntó Peter.

—No sé bien para qué, solo que guardáis la información.

—¿Se lo vas a contar? —le preguntó el Palillo, como inquieto ante aquella posibilidad.

Peter levantó la mano para pedirle que callara.

—Ahora tienes que elegir: ¿trabajarás para nosotros?

—¿Sin saber nada más?

—Sabrás más si veo que puedo contar contigo.

—¿Qué me pasará si digo que no?

Peter se encogió de hombros. El Palillo seguía buscando su navaja; el hombre armario parecía ausente, como si no le interesara nada de lo que allí estaba pasando.

—Yo... quiero trabajar para vosotros, sí —dije, aunque lo que realmente quería era salir vivo de allí.

—Bien, mejor ir concretando cosas. Ahora vamos a ponerte al tanto de lo que hacemos.

—Pero, jefe...

—Shsss, calla, Palillo. Ya viste que ofrecemos wifi gratis en los taxis.

Mucha gente se conecta, sobre todo los extranjeros. Pero también los españoles. Casi nadie que tiene límite de consumo de datos en su móvil se

resiste. Ya sabes cómo somos en este país, lo gratis nos puede. ¿Has estado en la feria del turismo? ¿En cualquier feria?

—No mucho.

—Tendrías que ir y ver a la gente que va de estand en estand preguntando qué dan gratis. Les puedes dar un abanico de cartón en enero, que se lo van a llevar.

—No era un mal abanico, jefe —dijo el Palillo algo avergonzado.

—¿Y qué sucede cuando lo que se da gratis es comida? —dijo Peter—.

Hay gente que ha muerto en avalanchas. ¿Qué pasa en los viajes del Imserso? Cada año mueren cientos de ancianos en esos viajes por culpa del bufé libre de los hoteles. De hecho, creo que es una forma camuflada de eutanasia que ha instaurado el Estado para ahorrar en pensiones, un holocausto senil. Por eso subvencionan los viajes, para cebar pensionistas y matarlos. Nosotros le damos wifi a la gente, se conectan alegremente y vemos por dónde navegan, con quién, las claves para entrar en sus correos, los mensajes que se mandan, los archivos. Vamos, como las grandes empresas de comunicación, pero no tan finamente como ellos. Así, cada día, en todos los taxis de la Unión Sindical del Taxi. ¿Sabes la información que supone todo eso?

—Pero hay mucha gente que usará su tarifa de datos, no necesita el wifi del taxi.

—Gratis. Es la palabra mágica. Gratis.

—¿Y los que tienen tarifa ilimitada? ¿Y los móviles de empresa?

—Si creemos que el cliente merece la pena, nuestros taxis llevan inhibidores. Deja de funcionarles su conexión de datos, también las llamadas, y algunos terminan por usar nuestro wifi porque ya nadie aguanta unos minutos desconectado. Así conseguimos claves, *mails* de empresas en los que hablan de compras, cotizaciones, ventas y asuntos más turbios. La verdad es que ahora estamos algo desbordados, tenemos más información de la que podemos procesar.

—Yo estoy haciendo un curso de bolsa —dijo el Palillo orgulloso.

—Pero... eso no es legal.

—¿Cómo que no? ¡Me dan título reconocido por la universidad de Juan Carlos I! —dijo el Palillo.

—Palillo, ¿quieres callarte? —le dijo Peter.

Peter me sonrió como lo hace un padre ante un niño que ha descubierto que los trucos de magia son eso, trucos.

—Realmente no hacemos nada muy diferente de lo que hacen las grandes empresas de internet. Además, ¿es legal lo que hacen los políticos de este país? ¿Lo que hacen las grandes compañías para pagar menos impuestos? Igual sí, lo es. Pero ¿es ético? No lo creo, ¿verdad?

—Pero es que lo vuestro no es legal ni ético.

—Me está hinchando las narices, jefe —dijo el Palillo.

—Que sea ético depende del fin que le demos al dinero que ganamos. Ya te digo que es un buen fin, que no es egoísta. ¿Qué me dices, Jorge? ¿Es legal lo que te he contado o no? ¿Eh? ¿Es legal?

—Eso, ¿es legal, eh? ¿Y es legal acostarse con una chavala de dieciséis?

—dijo el Palillo.

Todos lo miramos extrañados.

—Pues... pues no lo es, por si alguien lo duda. O no... no debería serlo o... —balbució.

—¡Calla, Palillo! Lo legal o ilegal en este mundo no emana de la naturaleza, sino de los intereses de los poderosos. Nosotros queremos ser poderosos para que lo que hacemos sea legal.

—Espiar a la gente nunca lo será.

—¿Qué te crees que hacen los Gobiernos? ¿Los vecinos? ¿Los espías?

Espiar. Por ejemplo, los Estados controlan todo lo que pasa por internet.

Todo. ¿Y ha ido a la cárcel algún ministro por ello? ¡Ni siquiera un mal secretario de Estado! Al final, solo van a la cárcel quienes lo han denunciado. Si tienes un móvil, redes sociales, y compras por internet,

terminan por saberlo todo de ti. Tus gustos, qué consumes, con quién te relacionas, tu ideología. Nosotros no estamos sino copiándolos a pequeña escala.

—¿A pequeña? —preguntó el Palillo pesaroso.

—¿Yo qué pinto dentro de todo esto? ¿Para qué me queréis?

—Primero, ya que sabes algo sobre la organización, mejor tenerte dentro. Y segundo, necesitamos gente nueva porque no dejamos de crecer.

Un día nos hace falta un folleto, al otro un discurso... Pronto habrá que poner un *community manager* de esos, crear un departamento de prensa. Si no te damos el trabajo a ti y conseguimos que estés dentro de la organización, no sé qué vamos a hacer contigo. Nada bueno, probablemente. Pero, si formas parte del sindicato, tendrás más motivos para callarte porque cobrarás un buen sueldo y estarás implicado.

—Porque es ilegal —dije.

—Según cierto criterio. Pero piensa que a nosotros no nos empuja el ganar más dinero, que tenemos otra aspiración. Debemos hacernos fuertes antes de que las empresas de aplicaciones, los coches autónomos y los patinetes acaben con nuestro negocio. Necesitamos nuestra parte de poder en el mundo y la necesitamos ya.

—¿Los taxistas?

—¿No comenzaron en garajes los que ahora triunfan en internet? ¿Y

quién comienza cada jornada en un garaje? ¡Miles de taxistas!

—Bueno, muchos empiezan en el bar —intervino por primera vez el hombre grande, que no parecía muy afectado por el discurso idealista de Peter.

—Pero en tu sindicato solo sois unos miles.

—Si gano las elecciones, pronto seremos más y puede que consiga la unificación de todos los sindicatos. Nos extenderemos por el mundo, como lo han hecho el wifi, el yogur helado y la imbecilidad humana.

—Pero cuantos más seáis, más posibilidades de que alguien se vaya de la lengua.

—Cada día que pasa tenemos más información. Y cuanta más información tengamos, más poderosos seremos y mejor podremos frenar los ataques —dijo Peter.

—¿Chantajeáis a la gente? ¿Es eso lo que hacéis?

—Lo haremos si es necesario. Debes firmar esto.

Señaló los folios que había dejado sobre la mesa.

—¿Qué es?

—Tu contrato.

—¿Me lo puedo leer?

—Para eso te lo damos.

Comencé a leer mientras abrían unas cervezas. Pensé que la pena por espiar comunicaciones debía ser menor a la de traficar con cocaína, que era a la que creía enfrentarme hasta hacía unos minutos. Librarnos de males mayores nos hace más valientes ante retos que antes nunca habríamos querido enfrentar. Lo firmé.

—Bien hecho, chavalillo. Ahora vamos a brindar por nuestro nuevo miembro. Puedes sentirte contento, casi nunca cogemos a gente ajena al mundo del taxi. ¡Copas, quiero copas! —le dijo al Palillo, que salió.

Peter abrió una pequeña nevera y sacó una botella de cava que acarició casi con cariño, como si fuera el lomo de una mascota querida. Al momento regresó el Palillo con Silvana, que traía una bandeja con copas vacías. Peter llenó las copas y alzó la suya.

—¡Que las carreras sean largas! —gritó.

—¡Que los atascos sean livianos! —gritó el Palillo.

—Que el gasoil baje siempre —dijo Silvana con desgana.

Alzaron las copas, las bajaron y por fin bebieron. Y yo con ellos.

De yogas, perros y Rufis

Peter se ofreció a llevarme a casa, pero yo ya no tenía casa a la que ir. Aun así, me subí en su taxi y llamé a Lucas. Sí, podía quedarme en su sofá, me dijo. No, no iba a hablarme de su novela. También me dijo que igual no tenía derecho a paro porque la empresa me iba a despedir por no hacer bien mi trabajo. Así que tampoco tendría finiquito.

—¿Te pasa algo? —me preguntó Peter cuando colgué—. Parece que no te han dado buenas noticias.

—Nada que no esperara. Que me van a despedir. Y que me he quedado sin finiquito.

—¿Pero por qué?

—Yo... tuve problemillas con el director.

—La verdad, Jorge; a partir de ahora, la verdad.

—Emborraché a una anciana de noventa años y a su hijo, que igual tiene una deficiencia mental o es poeta, para que ella no pudiera salir en un programa de testimonios que me parecía una basura.

Se rio.

—Pídeles finiquito e indemnización —dijo.

—Pero les jodí el programa de ayer.

—Tenías que haberles jodido la programación entera. Pídeselo. Si te dicen que no te lo dan, amenázalos con contar a los medios que te pidieron emborrachar a una abuela. Aunque somos un país de alcohólicos sociales, no está bien visto que la tercera edad beba y folle, es así. Porque los ancianos practican el sexo, no lo olvides, aunque nunca se muestre en la

tele. La gente ve esa cadena, pero a la vez la odia. Así que tu denuncia tendrá repercusión y seguro que no falta algún tarado que recoja firmas en internet para que quiten el programa. Siempre hay gente que quiere indignarse por algo y recoger firmas, les da la vida.

—Pero..., si hago eso, no podré trabajar más para mi productora. Ni para la cadena.

—La productora te ha despedido dos veces en poco tiempo. No creo que fueras a trabajar de nuevo para ellos. Además, ya tienes trabajo.

—¿Cuánto les pido?

—¿Cuántos años llevas allí?

—Como tres.

—Comienza con diez mil. Baja como mucho hasta ocho mil.

—¿Así?

—Sí, así. Porque así funcionan las cosas.

Lo decía con tanta seguridad que pensé que igual llevaba razón.

Lucas vivía en un apartamento interior de treinta metros cuadrados, el resultado de que un constructor hubiera dividido un piso normal en tres. La única ventana, en el salón, daba a un patio, también interior, al que durante el verano, cuando el sol estaba muy alto, llegaban algunos rayos de sol. El resto del año había que sacar la cabeza por la ventana y mirar el recuadro de cielo que coronaba el patio para saber si el día estaba despejado o cubierto.

La tele, de cincuenta y tantas pulgadas, tapaba casi por entero una de las paredes del salón, y las estanterías, repletas de muñequitos de superhéroes, cómics, videojuegos, DVD y juegos, el resto. Aun así, quedaban unos metros para él y el sofá. Ya había visto pisos parecidos, una reunión de tópicos sobre el guionista friki.

—¿Y tu maleta? —me preguntó al entrar.

—No traigo. Tengo casi todas las cosas en un trastero alquilado.

—Llevas una vida un poco sórdida últimamente. Tienes tus cosas en un trastero, emborrachas ancianas, duermes en sofás.

—Pues sí. Y porque no sabes de la misa la mitad.

—Lo prefiero así.

—Te comprendo.

—Mira —me dijo, y me mostró un vídeo en su móvil.

Eran Elisa y su hijo, que salían bailando y cantando de la productora. No pude evitar sonreír.

—¿Los grabaste tú? —le pregunté.

—Sí, salí a coger una carpeta del coche y me los crucé cuando entraba.

Mira, mira, ahora aparece el médico de la productora intentando agarrarlos y ella le da con el bolso. Lo he subido a mis redes. Fíjate, lleva más de cien mil reproducciones, diez mil retuits y he conseguido casi dos mil seguidores más. ¡Lo estoy petando!

—Al menos ha servido para algo, aparte de para que me despidan.

—A mí me está sirviendo, sí. ¿Qué vas a hacer ahora? Con tu vida,

digo.

—Pedirte cien euros. Es que he perdido las tarjetas.

—¿Estás en el mundo de las drogas?

—¿El mundo de las drogas? ¿Qué es eso?

—Es lo que preguntan mis padres cada vez que vienen. Si estoy en el mundo de las drogas, si me he echado novia y por qué no opósito a algo.

Después de haber comprado este zulo parece que es lo que me queda por hacer en esta vida. Eso y quitarme el *piercing*.

—No, no estoy en el mundo de las drogas, aunque me dan ganas de estar. Pero he perdido el DNI, las tarjetas, el móvil y la novia. Llevo una vida de pérdidas.

Lucas se subió al sofá para alcanzar un casco de Darth Vader sobre una estantería y sacó de él unos billetes.

—Ten.

—Son cincuenta. ¿No podrías prestarme cien?

—Podría, sí, pero estoy leyéndome un libro sobre cómo decir que no.

Creo que, si lo hubiera terminado, ya no te habría dado nada, pero solo voy por el segundo capítulo.

—Es un préstamo, te lo voy a devolver.

—¿Tú sabes cómo está la tasa de morosidad en España?

—No, no lo sé.

—Yo sí. Altísima ¿Pedimos chino? *¿Pizza?*

Cenamos y Lucas puso un capítulo de una serie americana. Lucas se veía los capítulos de casi todas las series a doble velocidad, con subtítulos, porque decía que era la única forma de poder ver todas las series que le interesaban.

—Así no hay manera de entrar en la historia —le dije incapaz de acostumbrarme a su ritmo a doble velocidad.

—Es cuestión de práctica. Piensa que, si haces esto desde ahora, cuando mueras habrás visto el doble de series. La vida sería más intensa si se pudiera vivir a doble velocidad. Por ahora puedo ver series, pero pronto voy a hacer un curso para leer a doble velocidad. En cuanto haga el curso, pienso leerme el *Quijote*, el *Lazarillo*, *La Celestina*, *Fortunata y Jacinta*, *La Regenta*, *La broma infinita* y todo lo que no me leí durante la carrera.

—Pero... ¿tú no habías estudiado Filología Hispánica?

—Sí, pero aquellos años de facultad fueron muy extraños, no sé bien qué hice.

Mientras llegaba la *pizza*, salí a la calle para llamar al Rufi.

—Ya podemos quedar —le dije.

—¿Tienes la pasta?

—Tengo la droga.

Silencio. Estaba claro que no se esperaba esa noticia.

—¿Seguro? No pienses que me la vas a pegar con droga falsa.

No le dije que eso era lo que él había intentado hacer conmigo, timarme con droga que no lo era. Pero tenía ganas de soltarle a la cara que no me iba

a timar. Y de amenazarlo si intentaba hablar de nuevo con Andrea.

—No, no te la pienso pegar.

—Te aviso, mierda traes, novia llamo, así van las cosas. Le cuento que sigues drogándote y te mando a unos amigos para que te den merecidos múltiples.

—No estoy gilipollas, he recuperado lo que perdí. Pásate mañana a las once por el parque del Casino, cerca de la glorieta de Embajadores.

—¿Embajadores? ¿Qué te crees? ¿Que si de verdad me vas a devolver lo mío me voy a recorrer luego medio Madrid cargado de farlopa?

—Yo me recorrí toda una comisaría. Así que a las once en el parque del Casino.

Le colgué antes de que me replicara. Me había comportado como otro

que no era yo y me gustaba.

No quería ir solo a aquel encuentro con el Rufi, pero no sabía a quién pedirle que me acompañara. Lucas era más bajo que yo, gordito, tenía unos pechos que le hubieran permitido llevar sujetador sin problemas y más que intimidar daban ganas de abrazarlo o pellizcarle los mofletes. Matías era más alto y había comenzado a hacer pesas. Siempre sería mejor que ir solo, así que lo llamé para que me acompañara.

—¿Qué haces mañana? —le pregunté.

—Andrea le ha dicho a Marta que eres politoxicómano —me dijo nada más descolgar.

—No lo soy.

—Que estás en algún tipo de *drogadictos anónimos*, que conoce a tu psicólogo.

—No es así.

—¿Te dan metadona? Si te sobra, yo sé dónde venderla. No se paga mal.

—Tío, de verdad, ¿tú me ves a mí pinta de drogadicto?

Hubo un silencio demasiado largo.

—No sé —dijo por fin—. A veces la gente se engancha y no se dan cuenta ni los suyos. Últimamente se te ve muy desmejorado.

—Pues no soy drogadicto. Es una historia larga. Andrea cree que lo soy, sí. Y si se entera de que no es cierto, me dejará.

—Pero si ya te ha dejado. Recuerda que te ha echado de su casa.

—Me dejará más. Definitivamente.

—No entiendo nada. Lo normal sería que te dejara por ser drogadicto, no por no serlo.

—Es complicado, mañana te lo explico. Pero tienes que acompañarme a ver al tipo que ha montado todo este follón y aclarar cuatro cosas con él.

—No será a ver a un camello, ¿no? No quiero rollos raros porque

Marta no está para bromas conmigo.

—No es un camello... No sé muy bien qué es. Pero tengo que aclarar unas cosas con él. Mañana te lo cuento todo tranquilamente y vamos a verlo.

—Mañana tengo mucho lío. Me ha salido una figuración de varios días en *Insolventes*.

—Es que no me fío de ese tío, no quiero ir solo.

—Yo no puedo ir hasta la noche, pero si quieres te dejo a Godo. Para quien no lo conoce, intimida.

—Está bien. Como aún tengo las llaves, mañana iré a por Godo, siempre será mejor que ir solo.

Colgué. Al momento me llegó un wasap. Era de *No coger cinco* y esta vez no me insultaban, tan solo me enviaban un enlace. Y le di. Pero, al hacerlo, el móvil se quedó bloqueado y tuve que reiniciarlo. Pensé que me iba a quedar de nuevo sin móvil, pero volvió a funcionar. Cuando ya entraba en el piso de Lucas, me llegó otro wasap y este no era de ningún *No coger*, sino de Andrea. Lo abrí con miedo a que el Rufi la hubiera llamado para decirle que yo no era drogadicto. Pero no, estaba preocupada por mí y me mandaba un artículo en el que se decía que la meditación ayudaba a

reducir las recaídas de los drogadictos. También me contaba que le habían recomendado a una psicóloga muy buena, que tal vez debería probar con ella. Además me aconsejaba que retomara el yoga. Porque ella aún creía que yo me había apuntado al yoga buscando la paz interior o aliviarme del estrés. No sabía que yo me acerqué al yoga como quien se pasa por un bar aburrido, pero que frecuenta la chica que le gusta. Y la chica era ella.

Aunque tal vez regresar a las asanas, a respirar profundamente, a mis pantalones blancos de lino que nunca estaban blancos podía ser un volver a nuestros inicios, a esos días en los que nos conocimos.

Regresé al piso de Lucas, que seguía ante la tele. Ahora los personajes se movían aún más rápido que minutos antes.

—Es danesa —me dijo—. Las series danesas se pueden ver a triple velocidad.

Deseé poder hacer algo parecido con mi vida, vivir ciertos momentos

a triple velocidad para que pasaran rápido. O todavía mejor, saltármelos, y que con el salto desapareciera la huella que me habían dejado. Pero no podía. Terminamos el capítulo, Lucas se fue a dormir y yo me eché en el sofá, mi cama por esa noche.

Finiquitando el finiquito

A la mañana siguiente conecté el móvil con la esperanza de me llegara algún wasap más de Andrea. Deseaba que ella estuviera detrás de cualquier ruidito o vibración de mi móvil, así que al cabo del día me llevaba un buen puñado de microdecepciones. Añoré tiempos pasados en los que la gente no tenía móviles, algunos ni siquiera teléfono fijo, y la única decepción del día se la daba el ver vacío su buzón al regresar a casa. Pero esos ya no eran mis tiempos y ahora sufría porque no llegaban wasaps de Andrea, tan solo de gente que aparecía como *No coger* en la agenda de aquella tarjeta de móvil que alguien había robado y que ahora llevaba yo. Casi todos los *No coger* mandaban insultos; varios, fotografías de cerdos. Me dieron ganas de preguntarles por qué lo hacían, qué cerdada les había hecho el anterior dueño de ese número, pero pensé que mejor no meterme en más problemas.

Llamé a mi antiguo número. Estaba apagado. Casi mejor, mientras siguiera así, aquel anciano no telefonearía a nadie. Me llegó un wasap de Peter.

«Tienes que venir.» Lo llamé.

—Hay que pulir el discurso —me dijo nada más coger el móvil—. Se va a adelantar el congreso y he de tenerlo cuanto antes.

—¿Pero cómo vamos a pulirlo si aún no he comenzado a escribirlo?

—¿No has hecho nada en toda la noche?

—Aparte de cenar y dormir, no, no he hecho nada.

—Acércate por la sede, hay que ponerse a trabajar ya mismo.

—Pero antes tengo que pasar por mi empresa, quieren rescindirme el contrato y ya te dije ayer que necesito que me den el finiquito.

—Está bien, te llevo a tu empresa y luego vamos a nuestras oficinas, y durante el viaje vamos hablando, que hay prisa.

Me duché, le cogí una camiseta a Lucas y media hora después estaba

en la calle, donde me esperaba Peter.

—¿Crees que debería dejarme bigote? Raimundo Hortaleza lo lleva —

me dijo nada más sentarme en su coche.

Lo miré. Yo no sabía qué debía dejarse ese hombre.

—No... no lo sé.

—Tal vez barba, como tú. Pero la barba es moda. No me gustaría ir a la moda. Una vez me dejé unas grandes patillas, como las de Schopenhauer, y me confundieron con un *rocker* o algún degenerado similar.

—Igual puedes dejarte perilla.

—¿Perilla? —me dijo mirándome como si estuviera loco.

—O ese poco de pelo que se dejan algunos debajo del labio.

Me miró aún peor.

—¿Un rascaclítoris? —me dijo casi enfadado—. ¿Yo, un rascaclítoris?

—Negó, puso música clásica y salimos hacia la productora. Miraba mucho por el retrovisor.

—¿Otra vez nos siguen? —pregunté.

—No, no nos sigue nadie —dijo. Pero no dejaba de mirar por el retrovisor—. Nietzsche llevaba bigote. Y Schopenhauer, barbas. De los griegos se sabe que casi todos llevaban barba. Claro que esos, mucha barba, pero estaban todo el tiempo dándose por culo entre ellos. Una cosa no te lleva a la otra. Claro que si todas las atenienses eran como la mujer de Sócrates, no me extraña que prefirieran la sodomía. ¿No crees?

—Pues... no sé mucho de la mujer de Sócrates.

—La juventud... No sabéis nada.

Cuando llegamos a la productora, Peter se bajó del coche y se puso una americana que llevaba colgada en la parte de atrás.

—¿Dónde vas? —le pregunté.

—Contigo a esa reunión. Eres muy pardillo, no quiero que te estafen.

—Pero no te van a dejar pasar, no tienes acreditación ni he llamado diciendo que iba acompañado.

—Pasaré.

—Hay un guardia de seguridad.

Sonrió y se encogió de hombros, como si eso diera igual. Pensé que al menos el choque Mercado-Peter estaría interesante, aunque era probable que termináramos de nuevo en alguna comisaría.

—Bueno, algo pasará —dije, y nos fuimos hacia la garita de la puerta.

—Vaya, el emborrachaviejas —me dijo Mercado nada más verme.

—Buenas. Tengo reunión.

—¿La acreditación?

—No la encuentro.

Mercado miró a Peter, que estaba un metro detrás de mí.

—¿Viene contigo?

—Yo no voy con nadie y voy con todo el mundo —le dijo Peter.

Mercado lo miró extrañado. Decidió volver a meterse conmigo, se le daba mejor.

—Tendré que comprobar si existe esa reunión. Aunque algo he oído.

Creo que te van a despedir tras lo de ayer.

—No me despiden. Me despido.

Mercado se rio. Sí, era para reírse.

—Claro, claro —dijo mientras descolgaba el teléfono de su garita—.

Aquí Mercado. Pregunta por ahí si Jorge Andrade, el que la lio ayer en *¿Me lo cuentas?* , tiene reunión.

Me miró burlón mientras esperaba que le contestaran.

—He oído que tu novia te echó de su casa.

—¿Quién te ha dicho eso? —pregunté sorprendido.

—Es verdad, ¿no?

—¿Ha sido Lucas?

—No hace falta que me lo diga tu amiguito. En los grupos de WhatsApp de porteros y vigilantes se comenta.

—¿Hay grupos de WhatsApp de porteros?

—Hay grupos de WhatsApp de todo —dijo.

—¿Están hablando de mí en esos grupos?

—Puede.

Alguien le habló por el teléfono.

—¿Sí? Espero, espero.

Peter se adelantó y se inclinó ante la ventanilla de la caseta, hasta que su cabeza hercúlea quedó a pocos centímetros de la de Mercado, que tenía el auricular del teléfono en uno de sus oídos. Le habló al otro suavemente.

—Escuche, estimado guardia de seguridad privada. Mi cliente tiene una reunión concertada desde hace un día. Y ni él ni yo disponemos de tiempo que perder. Así que, como no nos deje pasar ahora mismo, es muy posible que yo lo espose a esa mesa, lo sodomice como Sócrates gustaba de hacer con sus discípulos y después lo libere totalmente desnudo en el centro comercial Xanadú. Ya sé que todo esto le puede parecer algo brusco, pero es lo que va a pasar.

Después sonrió abiertamente. Mercado no sonreía. Más bien se había quedado blanco. Yo casi también. Inclinó su cuello hacia atrás para poder mirar a Peter a los ojos, porque el taxista le sacaba una cabeza.

—Oiga... oiga usted —comenzó a decir intentando parecer ofendido cuando solo estaba muy asustado.

—Oigo. ¿Qué tiene que decir? —contestó Peter.

Mercado nos miró. Miró el teléfono, su *walkie-talkie*, con el que podía pedir ayuda. Miró de nuevo a Peter, que no dejaba de observarlo.

—Pasen..., pasen —dijo por fin.

—Gracias, amable guardia de seguridad. Para ser usted un simple bípedo, razona muy rápidamente —dijo Peter, y entramos mientras Peter se estiraba las solapas de su americana.

—Peter, mejor será que no les hables así a mis jefes o esto puede terminar muy mal —le dije preocupado.

—Sé cómo hay que hablarle a cada cual, no te preocupes, no soy gilipollas.

Pero sí me preocupaba. Igual en ese momento Mercado estaba llamando a sus compañeros seguratas o a la policía y no quería pasarme otra mañana en una comisaría.

Andrés, el responsable de personal, me esperaba en su oficina junto a Jeremías y el director del programa. Estaban tomando café y tenían una caja de dónuts sobre la mesa.

—Estamos muy decepcionados —me dijo Jeremías nada más entrar.

Peter entró tras de mí.

—Nosotros también —dijo.

—¿Este quién es? —dijo Andrés.

Lo miré. Cada vez tenía menos claro quién era Peter.

—Su asesor legal —se presentó él.

Avanzó hacia la caja de dónuts y, tras coger dos de ellos, olisquearlos y tirarlos a la papelera con un gesto de desagrado, se llevó un tercero a la boca mientras los otros tres lo miraban desconcertados ante el espectáculo.

—Umm, muy rico. ¿Pero saben que para quemar las calorías de cada uno de estos tendrían que correr media hora o copular durante hora y pico?

—¿Es que no sabes que no puedes venir acompañado? —me dijo el director del programa.

—¿Cómo lo ha dejado pasar el vigilante? —preguntó Andrés, el de recursos humanos.

—Hemos dialogado a la manera socrática —dijo Peter con medio dónut aún en la boca.

—Esta reunión es privada. Si después de hablar con su cliente quiere ponerse en contacto conmigo, aquí tiene mi tarjeta —le dijo Andrés.

—Peter, igual... —comencé a hablar yo.

—Shsss. Déjame a mí hacer el *talking*.

Peter cogió la tarjeta, la leyó con atención, hizo una bolita con ella, la encestó en el vaso de café del de recursos humanos y se dejó caer con pachorra en una silla.

—Bien, comencemos la reunión para decidir las condiciones del despido de mi cliente y el montante del finiquito.

—¿Finiquito? —dijo Jeremías—. ¡Pero si casi se carga el programa de ese día!

—¿Casi? —dijo el director—. ¡Tuvimos que meter un testimonio repetido para completar el tiempo de emisión! ¿Tú sabes cómo se han puesto en la cadena? ¿Y si a esa mujer le da un síncope aquí dentro?

—Mi cliente lamenta los inconvenientes, pero nada de eso tiene que ver con su finiquito.

—No va a haber finiquito. De hecho, estamos pensando pedirle una indemnización por haber emborrachado a una invitada —dijo el de personal.

—La cadena no quiere pagar por el programa de ese día. ¿Sabes la pasta que eso supone? No, ¿verdad? ¡No tienes ni puta idea! —me gritó el director.

—Va a haber finiquito, vaya si lo va a haber —dijo Peter—. Si no le firman un cheque hoy mismo, mandaremos un comunicado a todas las páginas web sobre el mundo televisivo y a todos los periódicos explicando que obligaron a mi cliente a emborrachar a una pobre anciana para que estuviera más colaborativa durante su programa. A todo el mundo le va a encantar esa noticia. Un programa de los más odiados que se dedica a emborrachar abuelas para arañar unas lágrimas. Mi cliente quiere doce mil euros.

Los tres se miraron desconcertados. Se habían reunido para pasar un ratito entretenido echándole la bronca a un mindundi y allí tenían a

Peter comiéndose sus dónuts y pidiéndoles doce mil euros.

—No vamos a darle ni un euro —dijo el de personal blandiendo unos folios—. ¡Y ahora está despedido por incompetente! ¡Aquí está la documentación!

Peter le arrebató uno de los folios. Lo hojeó con desdén por unos segundos e hizo otra bola con él. El de recursos humanos tapó su vaso, pero Jeremías no, y la hoja terminó dentro del suyo. Pensé que Peter había jugado al baloncesto en su juventud.

—Doce mil euros. Si no, hoy mismo todos los medios tendrán la noticia sobre el programa emborrachaviejas. Ya hemos hablado con la señora y tenemos grabada su versión y seguro que alguna cadena de la competencia querrá entrevistar a mi cliente y a esa mujer. Ahora él y yo vamos a salir fuera durante tres minutos para que ustedes discutan si se le va a pagar en cheque o por transferencia. Preferimos cheque.

Cogió la caja de dónuts, salió, y yo tras él. Se acercó con los dónuts a un rincón, donde se sentaban los chóferes que traían y llevaban actores y presentadores de los platós a sus casas.

—¿Unos dónuts? —dijo—. Cortesía del departamento de recursos humanos.

Los chóferes lo miraron extrañados, porque el departamento de recursos humanos tenía de todo menos cortesías, pero uno cogió un dónut y después los demás se animaron y dejaron la caja casi vacía.

—Volvamos, chaval. Seguro que ya se han decidido.

—¿Y si dicen que no? ¿Qué hacemos?

—No van a decir que no.

Regresamos. Peter dejó la caja sobre la mesa.

—Deliciosos. Pero muy calóricos.

—No le vamos a dar doce mil euros —dijo el de recursos humanos.

—Vámonos, Jorge —me dijo Peter—. Tenemos muchos *mails* que enviar.

Y se dirigió hacia la puerta.

—Espere, espere. Seis mil.

—Doce mil —dijo Peter.

—Ocho mil.

—Doce —insistió Peter.

—Once —dijo el de recursos.

—Doce.

—Está bien. Doce mil euros y un compromiso de silencio sobre este asunto.

—El chaval es muy callado. No dirá una palabra. Yo tampoco.

Preferimos un cheque, por favor.

Poco después salíamos del edificio, yo con un cheque de doce mil euros en la mano, que era más de lo que habían cobrado algunos compañeros por escribir una película. Y lo había conseguido por emborrachar a Elisa. Pensé que había enfocado mal mi carrera. Cuando Mercado nos vio acercarnos a su garita, se metió corriendo en ella. Peter tocó en la ventanilla. Se había llevado la caja de dónuts.

—Tenga, querido vigilante de seguridad. Unos dulces.

Le dejó allí la caja con los últimos dónuts y nos fuimos. Junto a la parada de autobús me encontré con Lucas, que llegaba. Ya a unos veinte metros se veía su sonrisa.

—¡Me publican, me publican! ¡He conseguido quince mil seguidores más! ¡En la editorial han dicho que con esos seguidores vamos para adelante!

Le di la enhorabuena y me sentí contento por él y por mí, porque, pese a todo, aún seguía alegrándome de la felicidad ajena. Lo dejamos con su felicidad de autor novel y subimos al taxi de Peter.

—Bien, chaval, con ese dinero podrás comenzar a ahorrar, que es una cosa muy bien vista por la sociedad —me dijo Peter.

—¿Tú crees que se podrá cobrar? —dije mirando con escepticismo mi cheque.

—Se podrá.

Partimos hacia Madrid. Peter puso una ópera en alemán, lo que me

pareció muy adecuado tras ese momento victorioso. Parecía saberse la letra, porque iba canturreando en voz baja algunas de las partes. Yo lo miraba de reojo. Comenzaba a admirar a aquel hombre. Necesitaba su consejo.

—Oye, Peter, esta tarde he quedado con el Rufi para decirle que sé que intentó timarme y para que nos deje a mi novia y a mí tranquilos.

—¿Pero tienes o no tienes novia?

—Eh..., estamos en un limbo. ¿Podrías acompañarme? Yo creo que a ti te respeta.

—No, no voy a ir a ver a ese sinvergüenza, porque si me lo cruzo igual me dan ganas de golpear su cráneo hasta aplastarlo. Y no quiero verme enfrentado a esos impulsos. Además, tienes que comenzar a desenvolverte solo.

—Pero es que no sé cómo pararle los pies. Ya no me va a sacar dinero por la droga, pero, si se lo propone, me puede joder, puede hacer que pierda la novia que no tengo.

—Si la tenías que perder, la perderás. Pero has de comenzar a ser lo que tienes que ser. Porque lo mejor que un hombre puede ser ha de serlo por sí mismo. Te he ayudado hoy, pero con el Rufi te las has de apañar solo.

Porque tú eres un hombre, ¿no?

—Tengo mis días, pero sí.

—Pues hazle cara, no te achantes, échale testículos. Y dúchate, ya puestos.

—Me... me he duchado.

—Dúchate más. Siempre es mejor excederse en higiene personal que quedarse corto.

Nos fuimos a la sede de los taxistas a hablar de su discurso. En la recepción estaba Silvana dormitando y por su boca medio abierta se escapaba un hilillo de saliva que caía sobre la mesa creando un charquito blanquecino. Sin detenerse, Peter palmeó con estridencia, Silvana dio un respingo que casi la hace caer de la silla y Peter se carcajeó mientras nos internamos por los pasillos hasta llegar a un cuarto pequeñito, con un escritorio y un sofá en el rincón.

—Mi cuarto de pensar, dijo Peter. —Y se dejó caer en el sofá—. Hay una cosa que tienes que saber. No siempre hay que llamar al pan *pan* y al vino *vino*. Porque a veces el pan es una mierda que no merece ese nombre y lo mismo pasa con el vino. ¿Entendido?

—Sí. Pero ¿esto lo quieres en tu discurso?

—¿Qué mierda voy a querer eso en mi discurso? Mi discurso ha de tener gracia, y que el pan ya no sea pan no tiene ninguna gracia. Más bien es algo muy triste.

Cuando solo llevábamos unos minutos hablando del discurso, tocaron a la puerta y el hombre armario ocupó todo el vano con su cuerpo. Le hizo una señal a Peter, que se acercó, y le dijo algo al oído.

—¿Seguro? —preguntó Peter inquieto.

El otro afirmó.

—Tengo que arreglar un asunto —me dijo Peter preocupado—. Puedes irte, mañana nos vemos a la misma hora.

—Si apenas...

Pero ya se había ido. Esta vez conseguí salir del sindicato sin perderme y me fui con mi cheque a la búsqueda de algún banco, sin terminar de creer que podría cobrarlo.

—Quiero ingresar esto en mi cuenta —le dije a la cajera.

Me pidió mi número de DNI, se lo di y al poco me dijo que ya estaba.

—¿Puede darme cuatrocientos euros de mi cuenta? —le pregunté.

—Sí, claro. Déjame el DNI.

—No lo llevo.

—Sin DNI no puedo darte dinero.

—Pero si acaba de ingresarme un cheque sin mostrarle el DNI.

—Es diferente. No te he pedido el DNI porque el cheque está al nombre de un cliente de la entidad que probablemente seas tú y era un cheque para ingresar en cuenta. Pero eso no significa que te pueda dar dinero sin que te identifiques.

—Así que tomar dinero sí pueden, pero darlo no.

—Lo has entendido muy bien. Prueba en el cajero.

—He perdido la tarjeta. Y el DNI.

Se encogió de hombros, como si mi problema no fuera suyo, y no lo era.

—Puedo solicitarte otra tarjeta. Pero no estará aquí hasta dentro de unos días y necesitarás algún documento para recogerla. Aunque también podemos mandarla por correo a tu casa y la activas por teléfono.

—Déjelo, déjelo —le dije, y tras una mañana victoriosa me fui con una sensación de derrota.

Sobre la libertad de la cópula perruna Llegué a la casa de Matías. Aunque me había dicho que Marta no estaría, toqué en el interfono antes de subir. No contestó. Abrí el portal y subí.

Toqué al timbre. Solo oí los ladridos de Godo al otro lado de la puerta.

Cuando abrí y me vio, pareció un poco decepcionado, porque nada más verme se dio media vuelta y regresó al salón. No hay lugar para el disimulo en los animales. Pero lo comprendía. Nuestra relación no había sido nunca muy fluida. A veces él se acercaba a que lo rascara y yo no lo rascaba.

Siempre me ha gustado la reciprocidad en las relaciones y a mí él nunca me había rascado. Pero ese día lo seguí hasta el salón, le rasqué un poco el lomo, después saqué del frigorífico unas lonchas de jamón de York y se las di, y como me pareció que se quedaba con hambre, le abrí una lata de una comida gelatinosa para perros. Cuando terminó con ella, lo rasqué unos minutos más. Tal vez tras todos esos detalles me defendería del Rufi si me atacaba.

Matías decía que el perro era de raza, aunque no era capaz de concretar de qué raza. Pero era lo suficientemente grande como para tener que llevar bozal en la calle, así que decidí no ponérselo. Necesitaba que intimidara algo, aunque era uno de esos perros simpaticones que después de unas caricias mueve el rabo ante cualquier ser viviente, como algunos hombres.

Eso hizo cuando vio que cogía la correa para pasearlo y se la enganchaba al collar.

Llegamos al parque del Casino. El Rufi no estaba. Tampoco era cuestión de esperar puntualidad en alguien así. Pasaron cinco minutos y no asomaba,

y pensé que no iba a hacerlo cuando oí una voz a mis espaldas.

—Tú, drogadicto.

Me giré. Vi a un mendigo con ropas que le venían grandes y una peluca de color negro brillante de las que se compra gente con el criterio estético anulado en la plaza Mayor de Madrid durante la Navidad. Era el Rufi.

—¿Por qué vas disfrazado? —le pregunté.

—No es tu problema. ¿Ahora paseas perros?

—Es mi perro de lucha.

Se rio y se le movió un poco la peluca. Se la ajustó.

—Eso no lucharía ni por un filete. Perrito, perrito, ven, perrito.

Godo se puso a mover la cola e intentó acercarse al Rufi.

—¿Dónde se ha visto un perro que ni a mendigos ladra? Perro de lucha, dice.

Mi táctica defensiva intimidatoria se venía abajo rápidamente.

—Lleva cuidado. Parece lo que no es. O no es lo que parece —le dije.

—Sí, como tú. ¿Y lo mío? ¿Dónde aguarda? —Y miró a su alrededor —.

No lo extraigas aquí, no quiero detenciones consecutivas. Que no sé cómo se te ocurre quedar a doscientos metros de una comisaría.

—No lo he traído. Es más, lo he tirado a la basura.

—¿Qué... qué dices? —preguntó.

—Que lo he tirado a la basura porque eso que me metiste no era droga.

Los taxistas lo recuperaron y lo analizamos, era mierda para cortar droga como mucho.

No se esperaba aquello y por un momento mostró sorpresa en lo que se podía ver de sus ojos entre los mechones de la peluca. Pero reaccionó pronto, y lo hizo al ataque.

—¡¿Has tirado a la basura cinco mil euros?! —dijo con un dramatismo un poco sobreactuado.

—Treinta o cuarenta euros como mucho. Aquí los tienes, aunque no tenía que dártelos.

Le alargué dos billetes de veinte. Pero en lugar de cogerlos me agarró de la pechera y me atrajo hacia él mientras Godo olisqueaba sus pantalones.

—Me debes cinco mil euros. Y los quiero ya.

—No te voy a dar más que cuarenta. Tú sabes que eso que me diste no era coca, yo lo sé y no hay más que hablar.

Me soltó dándome un empellón y cogió los cuarenta euros.

—Ahora me debes cuatro mil novecientos sesenta.

—No va a haber más.

—Entonces lo vas a lamentar.

—¿Qué vas a hacer?

—Tú querías volver con esa tía, ¿verdad? Pues despídete.

—Ni la llames, te aviso.

—Dame la pasta.

—No te voy a dar ni un euro —dije.

—Pues atente a las consecuencias.

Salió del parque por la ronda de Toledo y yo me quedé allí parado, con la cadena de Godo en mi mano y sin hacer nada mientras mi futuro con Andrea quedaba en sus manos.

Se me ocurrían varias formas en las que el Rufi podría acabar para siempre con mi relación y estaba seguro de que a él aún se le ocurrirían más. Podía pagarle lo que me pedía con el dinero de mi cheque, pero sabía que al poco me pediría más. Mi única posibilidad

era explicarle todo a Andrea antes de que él le diera su versión, por muy estrafalaria que fuera mi historia. Existía la posibilidad de que me creyera y me perdonara, pero para eso tenía que cogerme el teléfono. La llamé. Saltó el contestador. No me atreví a dejar un mensaje. Pensé que igual un wasap servía y me senté en un banco y saqué mi libreta de guionista, dispuesto, ya que no escribía mi carta definitiva, a escribir el borrador de mi mensaje de wasap.

—Este es Godo, ¿verdad?

Levanté la vista. Un tipo muy cachas, con una camiseta dos tallas más pequeñas que la suya y unos pectorales que eran casi pechos, la chaqueta *bomber* al hombro desafiando el frío, bien peinado, bien afeitado, bien todo él, estaba frente a mí con un bulldog francés y un galgo.

—Es el perro de Matías, ¿verdad?

—Sí. Soy su amigo, lo estoy paseando.

—¿Y Matías? ¿Va a bajarlo esta tarde?

—No creo. Tiene mucho curro esta semana.

—¿Matías mucho curro? —preguntó extrañado.

—Sí. A veces le pasa.

—¿Te lo puedo contratar a ti? Es que tengo a la perra en celo y está insoportable.

—¿Cuál es la perra?

—La galga, claro. No querrás que Godo se tire al bulldog siendo bulldog francés y macho —me dijo como ofendido.

—A mí me da igual, que se tire a quien tú quieras.

—Matías cobra diez euros, si no ha subido el precio.

—No, creo que ha mantenido las tarifas. Pero ahora a ver si quiere Godo.

—Ese siempre quiere. Mira cómo ya la está oliendo.

Y era cierto, Godo ya olía el trasero de la perra y se había puesto hasta tenso, nervioso, como algunos hombres cuando atisban la posibilidad

de follar.

—Pues nada, que proceda.

El chico llevaba razón. Godo quería. Al momento intentó subirse sobre los cuartos traseros de la perra, que se resistió. Pero la resistencia duró poco y dos minutos después estaban acoplados mientras el dueño de la galga observaba la operación con el desinterés con el que se observan las rutinas necesarias para la vida. En cambio, el bulldog francés los observaba muy atento, y triste, me pareció. Había cimas a las que nunca podría llegar.

—Es curioso —dije.

—¿El qué? —preguntó el cachas levantando la mirada por un momento de la pantalla de su móvil.

—Que esté prohibido que los perros anden sueltos por los parques, o que no lleven chip o estén sin vacunar, o no lleven bozal si son grandes. Pero no hay ninguna ley que les prohíba follar en público.

Me miró inexpresivo, no dijo nada y al momento tecleaba de nuevo en su móvil. Y yo, decidido a no comentar nada más con él, continué con la redacción de mi wasap para Andrea. Igual el Rufi la había llamado ya, pero con suerte ella tampoco se lo habría cogido. Cuando comencé a escribir, vi a una mujer con tacones que se aproximaba. Según se acercaba comenzó a resultarme familiar. Demasiado familiar, porque era Marta. Puse mi libretilla cubriendo mi rostro, pero no daba para cubrir gran cosa. Además, ella reconoció al momento a Godo, y Godo a ella, y lo demostró agitando su rabo sin dejar de copular.

—¡¿Qué... qué coño hace Godo?!

—Hola —dijo el propietario de la perra fornicadora.

Pero Marta ni lo miró y se fue hacia mí con paso de legionario con prisas.

—¿Qué hace mi perro ahí?

—Está bien claro, ¿no? —le dije—. Mira. —Y la invité con un elegante gesto de mano a observar el espectáculo perruno.

—¿Qué haces tú con él?

—Matías me dijo que lo sacara.

—Nunca lo sacamos a estas horas.

—Hoy sí. Estaba nervioso. Igual ha sido por los nervios, pero ha olido a la perra, se han gustado, una cosa te lleva a otra...

—¡Quiero que lo separes ahora mismo! —me gritó cabreada.

—No me parece buena idea —dijo el dueño de la perra galga.

—Si ya debe estar terminando, ¿no? Está durando más que muchos humanos. Si su vida es más corta, ¿no deberían serlo también sus polvos?

—apostillé.

—¡Que lo separes! ¡Puede coger cualquier cosa! —gritó Marta, y se acercó a los perros.

—Oye, que mi perra está muy sana. Además, yo ya he pagado —dijo el dueño.

Marta lo miró incrédula. Yo miré al suelo. Por desgracia, no vi ningún hoyo en el que meterse.

—¿Qué dices de pagar? —preguntó Marta.

—Que he pagado diez euros por el polvo para mi perra.

—¿Que... que cobras a la gente porque Godo...? —comenzó a preguntarme incrédula, sin siquiera poder terminar la frase.

—Es... es... por él, para que disfrute —dije—. Y bueno, si de paso se gana el jornal...

—¿Estás prostituyendo a mi perro? ¿Por diez euros?

—No creo que se pueda pedir mucho más, ¿verdad? —le pregunté al dueño de la galga.

—No, el mercado está así. Tampoco es que sea un adonis —dijo el dueño de la perra.

—¡Separadlos! —le gritó Marta al mundo—. ¡Que los separéis!

—¡Ni de coña! ¡Y que me muerda! —dijo el otro.

—¡Es muy manso, no muerde! ¡Sepáralos! —dijo Marta.

—Sepáralos tú —le contesté.

—¿Yo? ¡Yo no me voy a poner a separar perros follando! —gritó—.

¡Separadlos! —gritó—. ¡Godo no muerde!

—No morderá en el día a día —dijo el cachas—, pero, si lo separan a mitad de un polvo, no le hará ninguna gracia. Además, mi perra puede hacerse daño.

—¡Voy a llamar a Matías y le voy a contar la clase de degenerado que eres! —me gritó Marta—. ¡Es más, se lo voy a contar a Andrea para que no

se le pase nunca más por la cabeza volver contigo, chulo de perros, drogadicto, proxeneta!

El dueño del perro me miró con curiosidad.

—¿A Andrea se le ha pasado por la cabeza volver conmigo? —pregunté esperanzado.

—Cuando yo hable con ella, ya no, te lo aseguro. ¡Y tú, degenerado, llévate a tu perra! —le gritó al otro.

—A mí no me grites, histérica —dijo el dueño de la perra—. Y que sepas que este tío nunca trae al perro para follar. Es Matías quien lo hace.

—¿Qué... qué dices?

—Lo que oyes. Es tu novio quien se dedica a esto desde que le hicieron la vasectomía al perro.

—Pero... no le hicimos la vasectomía. Lo castramos.

—Claro, y ese par de huevos que le cuelgan son de silicona.

—No... No es verdad. Está castrado. Son restos... —dijo inclinando un poco la cabeza para poder observar mejor la anatomía de Godo, que se bamboleaba mientras el animal copulaba.

—Si estuviera castrado, no sería tan follarín.

—No te pongas así, Marta, que esto es un *win win* —dije yo—. Gana Godo, que se desfoga; gana Matías; ganan las perras en celo, que se tranquilizan y no se quedan preñadas. Es lo que dice Matías. De hecho

creo que es un *win win win* —rematé.

—No... No es verdad —repitió Marta, más que a nosotros, a ella misma, como si intentara convencerse de que lo que acababa de descubrir no era cierto—. ¡Pienso denunciarte a la protectora de animales! —gritó mientras avanzaba con precaución hacia los perros.

El bulldog francés se abalanzó sobre Marta ladrando, como para proteger el polvo de su compañera, pero ella levantó el bolso como si fuera a darle y el perro, como buen francés, retrocedió.

—¡Que alguien los separe! —siguió gritando Marta.

—¡Si los separáis, no suelto un euro! —gritó el propietario de la perra.

—Yo no separo nada —dije.

Como Marta vio que nadie le hacía caso, cogió a Godo de los cuartos traseros y se puso a tirar, sin conseguir separarlos ni que Godo detuviera el bombeo de sus caderas. Pero, al moverlos un poco, la perra comenzó a gemir, tal vez de dolor, el bulldog empezó a ladrar y el dueño de la perra a gritar.

—¡Que los dejes que terminen, imbécil! ¡¿No ves que les haces daño?!

Se acercó a Marta y comenzó a tirar de su cintura para que dejara en paz a los perros, formando entre todos un trenecito canino-humano muy curioso, hasta que Marta, que estaba inclinada para agarrar a Godo, dio un traspiés y cayó al suelo. Al levantarse comenzó a sacudirse el polvo de su traje de chaqueta mientras nos insultaba.

—¡Hijos de puta! ¡Os voy a denunciar a todos! ¡A todos!

Entonces, atraídos por los gritos, se acercaron dos tipos jóvenes, también cachas, con riñoneras, los típicos policías secretas de los que todo el mundo sabe que son policías secretas.

—Policía nacional —dijo uno de ellos mostrando una placa, como si fuera necesario que se identificaran—. ¿Qué pasa aquí?

Yo miré a los perros, que seguían a lo suyo. No era fácil explicar aquello, pero Marta lo intentó a su manera.

—Ese está prostituyendo a mi perro —abrevió muy toscamente, y me señaló.

—Señorita, no estamos para bromas —dijo uno de ellos—. ¿Qué está

pasando aquí?

—Que ese —dijo— ha bajado a mi perro a la calle y le está cobrando al otro para que se tire a su perra.

Los policías se miraron, como si buscaran entre ellos algo que decir o hacer ante la situación.

—Se lo voy a explicar ahora mismo, agentes —dije yo con una temeridad muy grande.

—¿Tú quién eres? —me preguntó uno de ellos.

—Yo soy amigo del novio de la señorita, el que ha bajado al perro.

—¡Un chulo de perros! —dijo Marta.

—¿A qué perro has bajado? —me dijo uno de los policías, que era jovencillo y parecía tener un mínimo interés en comprender aquello.

—Al de atrás.

—¡Está prostituyéndolo! —gritó Marta—. ¡Eso tiene que ser delito!

Algunos curiosos se acercaban. Vi a uno que me señalaba, como intentando explicarle a otro qué pasaba. El dueño de la perra miraba su móvil, como si aquello le aburriera mucho y no fuera con él. Los policías no sabían qué hacer. Yo tampoco.

—A ver, a ver —dijo por fin uno de los policías levantando las manos como si pidiera tiempo muerto—. ¿El perro de atrás de quién es?

—Mío —dijo Marta.

—Pero su novio me ha dado permiso. Tengo llave —dije yo.

—¿Llave de qué? ¿Del perro? —preguntó confuso el policía.

—No, del piso.

Para probárselo, saqué las llaves del piso de Matías de mi bolsillo y Marta me las arrebató al momento.

—¿Entonces ese amigo tuyo te ha dado permiso para eso? —me preguntó uno de los policías.

—Se dedica a ello. No es la primera vez que uso el servicio —dijo el

dueño de la perra con desgana, como todo lo que hacía.

—¿Servicio? —preguntó uno de los policías desconcertado.

—¡Es mentira! ¡Mi novio no hace eso! —dijo Marta.

—Y tanto que sí. Vamos, Beyoncé —dijo el dueño de la perra. Y silbó y al momento su perra realizó un movimiento de cadera que la separó de Godo, que siguió por unos segundos culeando al aire.

Miré al dueño de Beyoncé admirado por lo bien amaestrada que tenía a la perra y porque podía haber evitado la bronca desde el principio y no lo había hecho.

—¿Van a dejar que se vaya así? —preguntó Marta a los policías.

—¿A quién, a la perra? —dijo uno de los policías, que no parecía terminar de enterarse.

—¡No, a él! —dijo señalando al dueño de la perra.

—¿Yo qué he hecho, loca? —le dijo el dueño de la perra.

—¿De qué lo acuso? —preguntó uno de los policías bastante desconcertado.

—De favorecer la prostitución canina, claro —dijo Marta.

—Eso no existe hasta donde yo sé —dijo el policía.

—Pues de explotación animal —sugirió Marta.

—Pero entonces habría que detener al dueño del macho, que sería el explotado.

—Pues deténgalo a él que ha sido el que ha bajado el perro —dijo Marta mirándome, empeñada en que alguien saliera de allí detenido.

—Si lo he bajado es porque me lo ha dejado el novio de la señorita.

—Bueno, yo me voy —dijo el dueño de la perra.

—Espere, espere. Déjenos su DNI, que apuntemos los datos —dijo un policía—. Y los vuestros.

—Yo no tengo DNI. Me lo robaron y lo tengo que renovar —dije yo.

—Pues tendrás que venir a comisaría a identificarte.

—Pero... tengo cosas que hacer.

—¿Tú no sabes que no se puede ir por la vida sin DNI? —me preguntó uno de los policías.

—Sí, lo sé, de sobra lo sé, pero no me dan número para sacarme el nuevo hasta dentro de un mes.

—Aquí tiene mi DNI, agente —dijo Marta, que me había quitado la correa de Godo y lo había atado—. ¿Está seguro de que no podría poner una

denuncia?

—Como no sea por actos impúdicos.

—¿De los perros? —pregunté—. ¿Lo siguiente qué será? ¿De las moscas? ¿Se las van a llevar presas? Por este parque también he visto a gorriones tonteando.

—Venga, tú, por graciosete, a comisaría.

—Pero tengo trabajo —dije.

—Me da igual, para que otra vez no te hagas el listillo. Vamos.

—Estarás contenta —le dije a Marta cuando ya marchaba escoltado por la policía.

—Sí, muchísimo. —Pero por su cara se veía claro que estaba todo menos contenta.

Por segunda vez en poco tiempo me fui a la comisaría de Embajadores, esta vez andando, porque estábamos solo a unos metros.

—Me podéis *googlear* para ver que soy quien digo ser —les dije a los policías, en un intento de que me dejaran irme antes de entrar allí—.

Trabajo en la tele, salgo en alguna web, veréis que soy una persona conocida, normal, y que no es necesario detenerme.

—Mira, si encima es famoso —dijo burlón uno de ellos.

—No tanto, pero podéis ver que soy quien digo ser.

Entramos en la comisaría.

—Siéntate ahí y espera, celebridad.

Me senté en un banco de un pasillo. Ante mí de nuevo, el trasiego de policías, delincuentes, gente que iba a poner denuncias o a quitarlas. Pasó un cuarto de hora y los policías no volvían. Pensé que me iban a castigar con una larga espera por no llevar DNI, por estar en medio de un escándalo en un parque y por hablar de coitos de moscas. Mientras yo seguía allí sin hacer nada, Marta ya habría llamado a mi novia para contarle que me dedicaba a la prostitución de perros, más bien de su perro. Era posible que también el Rufi la hubiera llamado. Andrea iba a hablar con todo el mundo

menos con quien realmente tenía que hacerlo, conmigo. La llamé, sin muchas esperanzas de que me lo cogiera. Comunicaba. Tal vez ya hablaba con Marta. Aun así, decidí terminar de escribir el wasap que había comenzado, añadiendo unas frases más para explicar lo del perro. Me iba a quedar muy largo.

—Vaya, ¿otra vez de visita? —oí decir. Era uno de los policías que me había llevado allí tres días antes junto al Rufi—. ¿Qué haces aquí? ¿La has vuelto a tener con tu amiguito?

—No es mi amiguito. Y no he vuelto a tener nada con él —le mentí.

Me miró con pena, que era como me miraba la gente en esos días, salvo Marta, que me miraba con asco. El policía se sentó a mi lado.

—Conozco muchos casos así. Cuesta reconocer que el ser que amas te hace daño, ¿verdad?

Estuve de acuerdo en lo de que el Rufi era un ser, y en que podía hacerme daño (de hecho, estaba a punto de hacérmelo), pero no en lo de amarlo.

—Yo no amo al Rufi.

—Del amor al odio hay un paso —me dijo. Ese hombre se leía las citas cursis que la gente cuelga en internet—. ¿Te ha pegado? Puedes denunciarlo. Has venido a eso, ¿verdad? Pues ahora no te eches atrás.

Por un momento pensé que no sería mala idea. Tal vez así lo detendrían al momento, le quitarían el móvil y lo dejarían incomunicado unas horas.

Pero no, tenía que cortar toda relación con él, sacarlo de mi vida.

—No tengo nada que ver con el Rufi, estoy aquí porque no llevo DNI y me tienen que identificar.

Me miró escéptico.

—Tú verás. Pero piensa que tu destino está en tus manos y no en las de él.

Por desgracia, pensaba que se equivocaba y que todo dependía ahora del Rufi, pero no tenía ganas de explicárselo. Como yo no le daba mucha

conversación ni parecía apreciar su sabiduría de libro de autoayuda, al poco se fue. Pasó otro cuarto de hora sin que nadie viniera a buscarme. Continué escribiendo mi wasap para Andrea. Más que un wasap, comenzaba a necesitar un ensayo para defender tantos flancos sin saber siquiera por dónde me llegaría el ataque. Tal vez el primer golpe vendría con el Rufi esperando a Andrea en la entrada de su edificio, o con una llamada de Marta mientras yo seguía allí sin que nadie se ocupara de mí.

Pensé que los policías no me habían dicho en ningún momento que me detenían, solo que los acompañara a identificarme, y por lo tanto decidí que no sería delito salir de allí. Un español siempre ha de saber interpretar las leyes a su favor, así que me fui hacia la puerta con lo que yo creía que era un aire despreocupado. Creo que logré parecer todo lo contrario, una persona sospechosa, pero, aun así, nadie parecía reparar en mí y ya estaba a tan solo unos metros de la puerta de salida cuando vi que el Palillo entraba desde la calle junto a un policía con uniforme, pero no un policía raso cualquiera, porque en las hombreras de su chaqueta se veían galones. El Palillo reía, lo que no era habitual en él, y el otro lo escuchaba divertido.

Parecía como si hubiera cierta camaradería entre ellos. Me detuve junto a una columna para ocultarme, pero ya era tarde, el Palillo me había visto. Se me acercó serio y me pareció que su piel amarillenta se enrojecía un poco.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó irritado.

—¿Yo? Irme. ¿Y tú?

—Eh... Yo... yo... —Y lo vi sufrir para encontrar una respuesta.

El policía con los galones se había quedado unos metros atrás y nos observaba algo inquieto.

—¿Quién es este? —le preguntó.

—Nada, un conocido del taxi —le contestó—. He venido a poner una denuncia. Me han robado el reproductor de CD —me dijo.

—¿Llevas un coche con reproductor extraíble? —le pregunté sorprendido.

—Pues sí, lo llevo —me respondió seco.

Y se fue con el policía con galones, y yo hacia la calle. Tan solo me quedaba franquear la puerta, donde hacía guardia un policía. Pasé ante él decidido, sin mirar atrás, ni mucho adelante, y por eso casi me la pego al no ver el pequeño escalón de la entrada.

Había encontrado nervioso al Palillo y me extrañó que para una simple denuncia por el robo de un reproductor de CD le acompañara un comisario.

También que su coche llevara un reproductor extraíble, porque ya no se veían apenas. Pero ese día, por desgracia, no le di más vueltas a aquel encuentro porque ya solo tenía en la cabeza hablar con Andrea antes de que lo hiciera el Rufi. Y para verla pensé que lo mejor era irme a buscarla a su trabajo.

Arañando citas

En veinte minutos estaba ante la puerta del edificio donde trabajaba Andrea.

Era la fundación de un banco que organizaba exposiciones y actos culturales con los que desgravarse dinero. No era su trabajo soñado, pero no le daban mala vida. En la puerta había un guardia de seguridad.

—Lo siento, pero la sala de exposiciones no abre hoy.

—Ya, lo sé, pero no vengo a ver la exposición, sino a mi novia, Andrea Lorca. Está en las oficinas.

—No puedo dejarle subir, a no ser que ella baje a por usted.

—¿No me conoce? He venido por aquí antes.

—Entran como mil personas al día, no puedo acordarme de todos. Y

aunque lo conociera, nadie que no sea de la fundación puede subir a las oficinas solo. Llámela y que baje.

—Es que no me lo coge, lo debe tener desconectado.

El hombre suspiró.

—¿Cómo dice que se llama?

—Andrea Lorca. Trabaja en la planta diez.

—Espere aquí.

Se fue hacia un interfono que había unos metros más adentro. Al poco volvió.

—Ya hemos avisado a su planta.

—Pero ¿va a bajar? —pregunté.

—No lo sé, avisados están, puede esperar aquí fuera.

Esperé. Y le mandé un wasap, que no le llegaba. Y la llamé, pero no me lo cogía. Si había hablado con el Rufi o Marta, ya nunca me lo cogería.

Aquello se acababa. Tal vez podría convencerla de que yo no era un chulo de perros, cosa que nunca pensé que tendría que negarle a nadie, pero jamás creería la verdad sobre la historia con el Rufi.

—Oiga, joven —me dijo el guardia al ver que me sentaba en los escalones—, ahí no se puede sentar.

Le vi contento por poder mandarle a alguien, aunque fuera a un pringado como yo. Me levanté, dispuesto a irme a la puerta de la casa de Andrea y hacer guardia allí. Pero cuando ya me iba, ella salió del edificio. Se la veía muy seria. Sentí ganas de gritarle, conforme se acercaba, que todo era mentira, así, en general, como el niño que sabe que se avecina una reprimenda y pretende frenarla como sea antes de que estalle. Pero no lo hice.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó desabrida.

—Tenemos que hablar.

—Te has pasado casi un año en el que apenas abrías la boca y ahora no quieres más que hablar. Y encima hoy, que estoy hasta arriba de trabajo.

—Ya es hora de salir.

—Tengo mucho lío después de dos días fuera.

Habían pasado unos segundos y no me había llamado proxeneta ni politoxicómano. Ni siquiera drogadicto. La cogí de un brazo para alejarnos del vigilante, que nos observaba atento.

—Por favor, serán solo unos minutos.

Pero sonó su teléfono.

—¡No, no lo cojas! —grité casi desesperado.

Me miró extrañada y sin hacerme caso sacó el teléfono de su bolso y, tras mirar quién la llamaba, descolgó.

—Espera un momento —me dijo, y se retiró unos metros, los suficientes para que ni yo ni el guardia pudiéramos oír qué decía, pese a que ambos

teníamos mucho interés. Estuvo hablando unos minutos mientras no dejaba de andar de un lado a otro por la acera, deteniéndose y girando ante muros invisibles. Al rato colgó y se acercó a mí más seria aún.

—¿Quién era? —pregunté.

—Cosas del curro. Ahora no tengo tiempo para hablar.

—¿Era Marta? ¿El Rufi? —pregunté.

—¿Quién? —dijo extrañada.

—Eh... El psicólogo, Ernesto. ¿Era él?

—No era nadie que te importe.

—Entonces, ¿hablamos? Podemos ir a algún sitio. ¿Nos acercamos a la cafetería de la esquina?

—Te digo que ahora no puedo, tengo que terminar unas cosas. Mejor esta tarde a última hora.

—Entonces, ¿quieres que hablemos? —dije sin terminar de creérmelo.

—Que sí, que esta tarde. Ahora no puedo.

—¿No podríamos hablar ahora aunque sea cinco minutos? —le pedí.

—Que no, Jorge, no te pongas pesado. Esta tarde.

—Ya... Está bien. Pero de aquí a entonces no te creas nada de lo que te digan.

—¿Nada de qué? —preguntó seria.

—Sobre mí.

—¿Me van a decir algo?

—Puede, pero después te lo explicaré todo.

—¿Qué has hecho ahora?

—Te prometo que nada, así que no te creas lo que te digan. ¿Te espero aquí?

—No, mejor en mi piso. A las ocho, y no faltes —dijo por fin.

—¿Llevo algo?

—¿Algo de qué?

—No sé, un vino, un postre...

—Tú eres gilipollas —dijo—. No vamos a cenar.

—¿No?

—No. Nos vamos a sentar cara a cara a hablar y ya está.

Se dio media vuelta y regresó a su trabajo. Yo me fui a la casa de Lucas para ducharme, afeitarme y descansar un poco. Necesitaba estar fresco para nuestro encuentro. Fresco, convincente, arrebatador. Todo lo que no era.

Me duché, retoqué mi barba y me tumbé en el sofá con mi libreta en la mano. Hice un esquema de lo que iba a decirle a Andrea para no terminar balbuciendo excusas incomprensibles o una historia desarbolada. Pero cuando lo terminé vi que la historia no era

verosímil. Podía pedir el atestado de la policía sobre el incidente con el Rufi para mostrarle a Andrea que no mentía, aunque mejor no pedirle nada a la policía ahora que podía ser un fugitivo. Tampoco debía mencionar al sindicato de taxistas espías. Como mucho diría que me habían contratado para escribir un discurso para una convención.

Intenté dormir un rato, pero no podía. En unas horas me jugaría la única relación de pareja que me había importado de verdad en la vida. O eso creía entonces. Tal vez mis otras novias también habían sido *la novia definitiva*, pero la memoria es prudente y olvida fácil para hacer más livianos los fracasos.

Toda mi ropa estaba sucia o arrugada o las dos cosas a la vez, así que saqué varias camisas y jerséis del armario de Lucas, aunque él era algo más bajo que yo y tenía más cintura. Me probé varias prendas y me miré en el espejo del minipasillo. Con una de las combinaciones parecía un *hippie* siniestro que se ha vestido con ropa cómoda para regar un huerto de láudano. Después de varias pruebas di con algo con lo que no me sentía muy ridículo y olía a limpio.

Salí a la calle. La gente me pareció demasiado alegre y despreocupada, como si nadie fuera a hacer nada importante ese día, solo yo, que iba a jugarme mi futuro. Llegué ante el portal de Andrea. Toqué el timbre del

interfono, aunque eso iba a alertar una vez más al portero y sacarlo de su garita. Así fue, al momento surgió del fondo y se acercó a la puerta.

Sonreía. Nunca me ha molestado más la felicidad ajena que en el rostro de ese hombre. Llegó hasta el otro lado de la puerta, pero no me abrió.

—Vaya, si tenemos aquí al guionista.

—Y al otro lado al maestro en obviedades —dije, consciente de lo flojo de mi respuesta.

—¿Qué me has dicho?

—Nada que pueda comprender.

—Te creerás muy listo con lo de que trabajas en la tele, ¿no? Como ahora la tele es el nuevo cine. ¡Pues no, no lo es! ¡El cine es el cine y la tele es la tele!

—¿Sí? —oí por el interfono.

—Soy yo, Andrea. Abre rápido, por favor. No aguanto a este hombre.

—¡No te conviene, Andrea! —le gritó.

Pero yo sabía que le convenía e iba a demostrárselo.

Nada de aquello fue como lo imaginé Andrea abrió y esquivé al portero, que me siguió hasta el ascensor ladrándome que los Soprano eran una mierda, que gente como yo era una lacra y que a mí me ponía él en mi sitio. Cuando el ascensor ya iba por el tercero, aún se le oía. Toqué a la puerta del piso de Andrea y al poco abrió ella.

—Pasa —me dijo. Seguía seria, pero me había abierto.

Entré mientras ella cerraba con doble vuelta a mis espaldas. Pensé que esa doble vuelta era una buena señal, no se da doble vuelta para una conversación corta. Nuestras fotos juntos seguían en el pasillo, pero las buenas señales se acabaron cuando entré en el salón. Allí estaban mis padres, Marta, Matías y Lucas. Todos me miraban. Solo faltaba el Rufi. Me giré buscando una explicación de Andrea.

—Yo... lo siento, pero tenía que llamarlos —me dijo algo avergonzada por la encerrona.

—¿Por qué? ¿Qué... qué hacen aquí? —pregunté.

Mi madre se acercó para abrazarme, pese a que nosotros no éramos una familia de abrazos, pero la mujer estaba desconcertada, en ese estado intermedio de las madres que mezcla el enfado y la preocupación por un hijo.

—¿Cómo estás? —me preguntó.

—Bien, mamá, tranquila, estoy bien.

—Pues yo no estoy bien, no lo estoy. Ni tu padre. Y tú tampoco me parece que estés muy bien.

—Se lo he tenido que contar todo, Jorge. Tenemos que hablar contigo —

dijo Andrea.

—¿Tenemos que hablar todos juntos? —pregunté mientras mi madre se apretaba contra mí.

—Sí. Vamos a hacer una intervención —me dijo Andrea.

Matías evitó mi mirada, como si se avergonzara de participar en aquello.

Lucas parecía más bien contento de estar allí. Mi madre, sin dejar de agarrarme por los hombros, se separó de mí para hacerme un reconocimiento visual, creo que buscando los efectos de la drogadicción en su hijo.

—¿Bien, dices que estás?

—Sí, mamá, con algo de sueño, pero bien.

Por primera vez en unos cuantos días tenía un aspecto medio aceptable, aunque a mis padres, poco expertos en hijos drogadictos, no les debió parecer suficiente. Si mi madre siempre me veía delgado, incluso cuando un flotador de grasa desbordaba mi cintura, ¿cómo me iba a ver ahora bien, cuando en unos días de mal comer y mal dormir, de ser casi un delincuente, estaba ojeroso y había adelgazado dos o tres kilos?

—Hijo, estás en los huesecillos. Si te sobra ropa por todos lados —me dijo ella.

—Eso es porque esta camisa no es mía y me está algo grande.

—¿Por qué no es tuya? ¿No tienes ropa? ¿O está toda sucia? ¿No te di en Navidad cincuenta euros para que te compraras dos camisas? —me dijo, siempre capaz de regresar a los asuntos más mundanos en medio del drama.

—Hijo. —Se acercó mi padre emocionado, ahora que mi madre se había alejado un poco de mí. Y también me abrazó. A mi familia aquello de los abrazos les parecía cosa de *hippies*, así que su abrazo fue como los míos, de esos que más bien parecen destinados a quitarte el polvo de la espalda sin molestar mucho que a transmitirte cariño. Pero al tocar mi espalda, mi padre notó algo.

—Jorge, llevas la etiqueta colgando.

—Yo... Será un jersey nuevo.

—La habrá robado —dijo Marta.

—¿Quieres hacer el favor de callarte? —le dijo Matías.

—Tú calla, proxeneta —le contestó ella.

—¿Quién es un proxeneta? —preguntó mi madre—. ¿Tú, Matías?

—No, Rita, no soy proxeneta.

—Prostituye perros. ¡Mi perro!

—Por favor —dijo Andrea—. No hemos venido a hablar aquí de vuestro perro.

—No habrás robado la ropa, ¿verdad? —preguntó mi padre.

—Ese jersey lo ha tenido que coger de mi piso —zanjó Lucas, que observaba todo en un rincón y no parecía tener prisa por resolver los malentendidos. Por un momento me pareció que sacaba su libretilla de apuntar ideas.

—¡Hacerte drogadicto! —dijo mi madre, que quería ir al grano—.

¿Cómo se te ocurre? ¡Drogadicto, a tus años! —Y tal y como me lo dijo parecía que me hubiera apuntado a un curso de *youtuber*.

—¡Yo... yo no soy drogadicto! ¿Para qué los has llamado? —pregunté a Andrea, que no dejaba de mirar la pantalla de su móvil y parecía casi tan agobiada como yo.

—Los tuve que poner al tanto, Jorge. Ernesto me dijo que habías recaído y que era necesario hacer una intervención.

—¿Quién es Ernesto? —preguntó mi padre.

—Su psicólogo.

—Pero... no he recaído.

—Sí, Jorge, no lo niegues, necesitas una intervención. Los que te queremos tenemos que hacerte ver que has de dejar de una vez las drogas

—me dijo Andrea.

—¿Eso quién te lo ha dicho? ¿Ernesto? Pues que sepas que eso de las intervenciones es cosa de películas americanas, que aquí no se hacen.

—Sí que se hacen —dijo Andrea.

—Sí, a veces —dijo Lucas—. Pero suele estar presente el psicólogo para dirigirlas. Y aquí no veo a ninguno.

—Debe estar al caer —dijo Andrea mirando su móvil.

—Qué poca seriedad. ¿Qué psicólogo de tres al cuarto te has buscado?

—me preguntó mi madre—. Siempre sin fijarte en qué te gastas los cuartos.

—Es psicólogo en una ONG que trata drogadictos. Y tiene que estar al caer —dijo Andrea.

—¿ONG? ¿No podías haberte ido a la privada? ¿Eh? —dijo mi madre.

—Es un buen psicólogo —dije—. ¿Y se puede saber qué hace aquí Marta? —pregunté.

—Eso mismo me estoy preguntando yo —contestó ella—. Andrea, yo me voy a ir —le dijo, y cogió su abrigo.

—No, por favor. Serán solo unos minutos —le dijo Andrea.

Marta, resignada, dejó caer con desgana el abrigo sobre una silla. Mi madre suspiró largamente y se sentó, como si no pudiera aguantar de pie todo aquello.

—Hijo, no me lo explico —dijo—. Con la educación que te hemos dado.

—Mamá, fui a la pública.

—Yo tampoco lo entiendo —se sumó mi padre, que siempre iba rezagado en nuestras discusiones.

—Si a ti no te ha faltado de nada. Tuviste moto, inglés en Malta, si ni siquiera has ido a la mili, que era donde antes la gente comenzaba a tomar drogas —dijo mi madre.

—Hijo, ¿qué te pasaba? ¿Por qué te has dado a las drogas? —preguntó mi padre, que leía mucha novela del siglo XIX, lo que a veces le afectaba al lenguaje.

—Os prometo que ya estoy bien.

—Creo que será mejor que esperemos al psicólogo para comenzar con la intervención —intentó pararlos Andrea.

—Mientras, ¿qué hacemos? —preguntó Lucas.

Andrea nos miró. No sabía cómo entretenerlos.

—¿Alguien quiere un cafelito? —preguntó.

Lucas levantó la mano.

—Cortado descafeinado de leche de soja con sacarina.

—Solo tengo café normal y no hay leche. ¿Un solo?

—Perfecto —dijo Lucas.

—A ver, ¿a ti qué te faltaba para tener que hacerte drogadicto? —

preguntó mi madre.

Yo ya no sabía qué contestar. Hasta ese momento estaba dispuesto a pasar por drogadicto, pero solo ante Andrea, no ante mis padres y mis amigos.

—Yo... No es tan grave como parece, mamá. Hace tiempo que ya no me meto nada.

—Ya nos ha contado Andrea que el psicólogo ha dicho que lo negarías todo —dijo mi madre—. Y tú, ¿no podías haber avisado? —le preguntó a Matías—. ¿No te das cuenta de que podrías haber parado esto hace tiempo?

—Pero si yo no me he enterado de que se metía hasta hoy —respondió Matías.

—Este qué se va a dar cuenta —dijo Marta.

—Es que ya podías buscarte amigos más despabilados —dijo mi madre.

—Oiga, señora... —digo ofendida Marta, pero ante la mirada que le dirigió Andrea no continuó.

—¿Cuándo viene ese psicólogo? —preguntó mi padre—. Como no venga pronto, perdemos el último tren a Albacete.

—Ya, tú ahora preocupado por tu tren, en lugar de por tu hijo.

—Es por ir buscando hotel —se defendió él.

—Podemos quedarnos aquí, ¿verdad, Andrea? —preguntó ella.

—Yo..., bueno, sí, claro —dijo resignada Andrea—. No sé, debería estar aquí hace ya unos minutos. Lo he llamado, pero no daba señal. Igual viene en el metro y no tiene cobertura. ¿Entonces solo un café para Lucas?

¿Nadie más quiere tomar algo? ¿Un café? ¿Una cerveza?

—Mi hijo que no tome cerveza —dijo mi madre—. Que con el alcohol los que tienen vicios pierden el control de la voluntad, me lo ha dicho una amiga que jugaba mucho al bingo.

—Sí, el alcohol descartado a partir de ahora —dijo mi padre.

Iba a protestar, pero no me sentía con fuerzas. Deseaba contarles la verdad, pero necesitaba ser el exnovio patético y exadicto. Y por continuar en la vida de Andrea aguantaría aquello, los reproches de mis padres, lo que hiciera falta. No se trataba del típico gesto de amor romántico, pero era el necesario. No me quedaba otra que seguir mintiendo para que no pensaran que les mentía.

—Yo, si no viene pronto ese psicólogo, me voy a ir, que tampoco es que sea ahora íntima de Jorge —dijo Marta, tal vez aburrida porque no estábamos dando mucho espectáculo.

—Yo he visto muchas intervenciones de estas en el cine y en la tele.

Aunque en series españolas creo que no —dijo Lucas—. La mejor secuencia de intervención la vi...

—Basta, Lucas —le cortó Matías, que lo conocía bien y sabía que sus explicaciones sobre secuencias y series podían hacerse interminables.

—De verdad, no hace falta intervenirme —dije yo.

—¿Con qué te drogas, hijo? —preguntó mi padre, que observaba lo poco que asomaba de mis brazos, tal vez buscando señales de pinchazos.

—En mi piso se le cayó un tarro de pastillas. Dijo que solo eran ansiolíticos, pero se puso a recogerlos como si le fuera la vida en ello —dijo Marta.

—¡Es que eran ansiolíticos! —contesté—. ¡Me los pasa mi madre!

—Pero para que los tomes con cabeza —se defendió ella.

—¿Tienes ansiedad, hijo? —preguntó mi padre, que no estaba

enterado de que el resto de la familia se anestesiaba.

—¿Cómo no voy a tenerla? —contesté mirando todo aquel circo que me rodeaba.

—Yo, yo sí que voy a volver a tener ansiedad. A ver, ¿cómo se hacen las intervenciones esas? —preguntó mi madre, que era capaz de comenzar una allí mismo y dirigirla.

—¡Nadie me va a hacer una intervención y menos según las películas!

—dije.

—Ya me dijo el psicólogo que se podría negar —dijo Andrea resignada.

—¿Por qué te has buscado un psicólogo tan informal que no llega a su hora? —preguntó mi madre—. Seguro que has cogido uno barato. Y lo barato sale caro.

—En salud no se escatima —añadió mi padre.

—Irá mal de dinero porque se gastará todo en drogas —dijo Marta.

—Marta, por favor —le dijo Andrea. Me dio alguna esperanza que aún me defendiera ante su amiga.

—Bueno, si hay que ser sinceros en esto de la intervención, tengo que decir que de pasta anda mal, porque a mí me ha pedido últimamente —dijo Lucas.

—Y a mí —añadió Matías.

—Para seguir drogándote, ¿no? —preguntó mi madre.

—Que no, mamá. Tengo dinero en el banco, pero perdí las tarjetas y el DNI. Y sin DNI aquí no es fácil conseguir dinero.

—Igual perdió las tarjetas haciéndose rayas en alguna discoteca —dijo Marta.

—¡No voy a discotecas! ¡Nunca he ido!

—¿Por qué no, hijo? —preguntó extrañado mi padre—. Yo iba.

—Mejor que no vayas, sí —dijo mi madre—. Yo conocí en una a tu padre.

Andrea seguía con el teléfono en la mano intentando contactar con el Rufi. Solo yo sabía que nunca iba a aparecer porque tenía poco que ganar allí, aparte de disfrutar viendo el lío en el que me había metido. Pero entonces tocaron al timbre. Todos parecieron aliviados, menos yo.

—Ya está ahí —dijo Andrea.

—Ay, hijo —suspiró mi madre. Y, nerviosa, cogió mi mano, como para darme apoyo o para que no me escapara.

Todos callaron y Andrea se fue a abrir. Había olvidado que el Rufi no siempre parecía regirse por la lógica y que era capaz de presentarse allí y dirigir una intervención o lo que se terciara. Pero no era el Rufi. Quien entró casi en tromba fue el portero, sin dejar de hablar y seguido, o más bien perseguido, por Andrea. En una mano llevaba una botella de líquido verdoso; en la otra, vasitos de chupito.

—... y es un orujo de manzana silvestre que solo se hace en mi pueblo, y nada más que unos litros al año —decía.

—Se lo agradezco, Marcos, pero no es momento, estamos reunidos.

—Sí, ya me lo imaginaba por el trasiego de gente. Buenas —dijo al entrar al salón —. Soy Marcos Leal, el portero, de León. Traigo licor de manzanas verdes —dijo, como si llegara a una fiesta de un piso de estudiantes, y dejó los vasitos sobre la mesa, dispuesto a servirnos aquel brebaje en cualquier momento.

—Creo que no es el momento, señor portero —le dijo mi madre.

—¿Qué mierda hace aquí? —le pregunté.

—Es un licor muy bueno, casero y natural. ¿Cómo va el zagal? —le preguntó a mi padre ignorándome—. Ha pasado una época mala, ¿verdad que sí?

—¿Quiere irse? ¿O lo echo a patadas? —dije yo cabreado.

—Hijo, no son maneras, no te pongas violento —dijo mi padre.

—¿Por qué dice eso de mi hijo, buen hombre? —preguntó mi madre.

—¿No está usted al tanto? Ella tuvo que ponerlo en la calle el otro día.

—¿Has echado a mi hijo? —preguntó molesta mi madre.

—Yo... tuvimos una discusión —dijo Andrea.

—Esto, como intervención, no está funcionando —dijo Lucas—. Las que yo he visto no son así. No hay porteros con alcohol. Los drogadictos no deben tomar alcohol, aunque no sean alcohólicos, porque recaen.

—¿Qué intervención? —preguntó el portero—. ¿Lo van a operar de drogas?

—Marcos, tiene que irse —le dijo cabreada Andrea.

Entonces sonó el timbre de nuevo.

—Yo abro —dijo mi padre.

Y se fue hacia la puerta.

—No, yo abro, que soy portero —dijo el portero siguiéndolo—. Estas cosas hay que dejarlas en manos de profesionales.

Los demás nos quedamos en silencio, unos esperando que llegara el supuesto psicólogo que debía enderezar aquello; yo, que no asomara el Rufi.

—Sí, aquí está —oí decir a mi padre.

—Estar está, pero ¿traen orden de registro? —oí decir al portero.

—No vamos a registrar nada, es una orden de detención —oímos decir a un hombre.

Mi padre y el portero regresaron acompañando a dos policías. El portero sonreía.

—Que vienen a detenerlo. Ya sabía yo que esto iba a pasar —dijo excitado por todo lo que estaba viviendo.

Uno de los policías miró un folio que llevaba en la mano y a los que estábamos en la habitación.

—¿Jorge Andrade?

—Sí, soy yo —dije.

—Traemos una orden de detención.

—¿Qué has hecho, hijo? —preguntó angustiada mi madre.

—¿Es por algo de drogas? —dijo el portero.

—¿Qué drogas? —preguntó mosqueado uno de los policías.

—Todas —dijo el portero—. Este se mete lo que le den.

—¿Quiere hacer el favor de callarse? —le dijo mi madre, que al fin y al cabo es una madre y puede meterse contigo, pero no consiente que otros lo hagan.

—No es por drogas —dije yo—. Es porque he perdido el DNI y me llevaron a comisaría a identificarme, pero no me atendían y me fui —

expliqué.

—No, no es por eso —dijo el policía—. Pero lo apunto también. —Y

escribió algo en un cuadernillo como los que yo llevaba para apuntar ideas.

—¿Por qué ha dicho usted lo de las drogas? —le preguntó el otro policía al portero.

—Uy, este... —dijo el portero mientras agitaba una mano como para dar a entender no sé bien qué.

—¿Se quiere callar, Marcos? —le dijo Andrea.

—Y si no, su amigo —dijo el portero mirando a Matías.

—¿Qué pasa con su amigo? —dijo Marta.

—Sí, ¿qué pasa? —dijo muy interesado un policía.

—Un día vino con su coche y se llevaron muchas bolsas y además subieron a uno de los que siempre están buscando cundas para irse a comprar droga a los poblados.

Los policías miraron con interés a Matías.

—¡El yonqui se nos subió en el coche! —se defendió Matías mientras Marta lo miraba cabreada.

—¡Y en las bolsas llevamos mis cosas! ¡Andrea me había echado del piso y me tuve que llevar todo! —dije.

—¿Tú por qué has echado a mi hijo drogadicto en la situación en la que se encuentra? —le preguntó mi madre a Andrea—. ¿No tienes corazón?

—Mejor que lo explique él —dijo Andrea.

—Miren, eso ya lo hablan ustedes más tarde, pero ahora nos lo tenemos que llevar —dijo un policía.

—¿Pero por qué me detienen? Eso me lo tienen que decir, ¿no?

—Asociación para delinquir.

—¿Que has hecho qué? —dijo Andrea.

—Yo... no... ¿Asociación para delinquir? ¿Yo? —pregunté.

—¿Es por prostituir perros? —preguntó Marta.

—¿También prostituyes perros? —preguntó uno de los policías, cada vez más asombrado.

—¡No prostituyo nada!

—Si se le veía venir —dijo el portero—. Desde el primer día que lo vi me lo barrunté, este prostituye perros.

—¡Hijo! ¡Pero... ¿qué estás haciendo con tu vida?! —preguntó mi madre muy alterada.

—Nos tenemos que ir —dijo uno de los policías, desbordado por mi historial delictivo. Y me asió con fuerza de un brazo para sacarme de allí.

Al menos parecía que no me iban a esposar.

—¡No he hecho nada! —le dije a Andrea mientras ya me llevaban hacia el pasillo—. ¡Te juro que te lo puedo explicar!

Pero ella ni me contestó, tan solo me miraba muy triste, casi tanto como cuando le dije unos días antes que no iba al entierro de su abuela.

—¡No puede detenerlo sin la presencia de un abogado! —dijo mi madre.

—Sí podemos, señora —dijo el policía, como cansado de gente que ha

visto muchas series y se lía con los conceptos.

—Yo les abro la puerta, soy portero —dijo el portero.

Nos abrió la puerta de la casa y después la del ascensor y se metió dentro con nosotros.

—¿No puede esperarse y bajar luego? —le dijo un policía.

—Hay que ahorrar viajes, que esto gasta. ¿Le pueden caer muchos años?

—preguntó ilusionado.

—Haga el favor de callarse y dele al botón —le dijo uno de los policías.

—¿Un chupito no quieren? —preguntó—. Sabor manzanas verdes. De León.

Subimos en un coche zeta mientras el portero nos despedía en la puerta del edificio. Sonreía. Había sido un día grande para él.

Llegamos a la comisaría de Embajadores. Comenzaba a sentirme allí como en casa. Me dejaron esperando al interrogatorio en un banco del pasillo. Al lado tenía la máquina expendedora de bebidas donde el Rufi no encontraba *Pesis*, un poco más allá los cubículos donde me habían tomado declaración junto a Peter solo tres días atrás, aunque ahora aquello me parecía mucho más remoto, como siempre sucede cuando vives muchas cosas en poco tiempo. Llegó un policía con otro detenido y lo sentó allí.

—Te esperas aquí hasta que te llamen... ¡Coño, tú otra vez!

Era Artiaga, el policía que no era comisario ni lo iba a ser.

—¿Qué ha pasado ahora? —me preguntó.

Pensé que era mejor no dar explicaciones.

—No puedo contar nada por protección de datos.

—¿Estás detenido o vienes a denunciar?

—Protección de datos —repetí.

—Deja a ese hombre. No te va a traer nada bueno.

Afirmé, Artiaga tenía toda la razón del mundo.

Unos minutos después llegó otro policía para llevarme a un cuarto donde interrogarme. Cuando íbamos de camino nos cruzamos con Peter. Lo llevaban esposado, cabizbajo, manso como un buey al que conducía un policía que lo agarraba de un brazo.

—Peter, ¿qué ha pasado? —le pregunté cuando nos cruzamos.

—Todo lo que sucede sucede por necesidad —me dijo.

—A callar —le dijo el policía.

—¡Ha tenido que ser el Palillo! —le grité mientras me llevaban en la dirección contraria—. ¡Lo vi aquí con un policía!

Peter se encogió de hombros, como si ya nada de aquello importara.

Al poco llegó mi abogado, Fernando, un amigo de Andrea, que le había pedido que se acercara por la comisaría. Me interrogaron sobre el sindicato del taxi y sus actividades durante dos o tres horas. Los interrogatorios estaban mal dialogados, como yo, y consistían en repetir una y otra vez las mismas preguntas con pequeñas variaciones. Cuando se aburrieron de oír las mismas respuestas, me llevaron a dormir a una celda en la que no pude dormir nada.

A la mañana siguiente me dijeron que me soltaban porque entre las llamadas que habían grabado durante las últimas semanas entre los taxistas no encontraron ninguna que me incriminara. Solo tenían contra mí el contrato que había firmado con ellos, pero yo aún no había cometido ningún delito, aparte de haber escrito algún chiste malo para el futuro monólogo de Peter. Hasta el día del juicio era un hombre libre.

Cerdos y amores

Andrea y mi abogado me aguardaban en la puerta de la comisaría. Me dieron ganas de abrazarla, pero me esperaba con los brazos cruzados y no parecía compartir esas ganas mías.

—Gracias —le dije, pero ella no contestó.

El abogado sacó un folio.

—Ten. La factura.

Me alargó un papel.

—Pero ahora ... yo... no llevo... —dije.

—Se está riendo de ti, estúpido —me dijo ella seria.

—No, esto es una citación para que acudas al juzgado en dos semanas.

La factura aún no está, ya te la pasaré, no será gran cosa por ahora.

—¿Pinta mal? —pregunté.

—No mucho. Solo tienen ese contrato con los taxistas, pero está recién firmado, aún no habías llegado a hacer nada con ellos. Además, el que parece el líder ha declarado que no pintabas nada, que eras el último mono.

—Qué amable.

—Pero, claro, aunque diga eso, al leer el contrato se ve que ya sabías dónde te metías.

—Pero ¿quién se lee los contratos? ¿Se puede condenar a alguien por firmar un contrato que pide cosas ilegales? —dije.

—Veremos —me contestó.

—Yo solo les iba a escribir un discurso, nada más.

—¿Cómo terminaste trabajando para esa gente? —me preguntó ella.

—No lo sé... Conocí al jefe de los taxistas porque fui testigo de un accidente que tuvo con su taxi. Fuimos a testificar juntos a comisaría, me dijo que necesitaban un discurso para una convención de taxistas y me ofreció escribirlo. Y todo se fue complicando.

—Menuda banda de pirados —dijo el abogado—. Tenían teras y teras de discos duros con datos de la navegación por internet de los clientes en sus taxis, conversaciones telefónicas, claves de cuentas de *mail*. Pero no creo que supieran qué hacer con tanta información.

—Llama a tus padres, que están agobiados —me dijo Andrea.

—No te preocupes por ellos, les acabo de mandar un wasap, saben que me soltaban hoy.

—No, si no me preocupo por ellos, me preocupo por mí. Se han quedado en mi casa a pasar la noche y están todo el tiempo discutiendo, así que, si se van hoy mismo, mejor.

—Lo siento. Que tengas a mis padres en tu casa. Y lo que ha pasado.

—Ya sabemos lo mucho que sientes todo últimamente. Adiós, me voy a mi curro.

—Yo también —dijo su amigo—. Si necesitas cualquier cosa, aquí tienes mi tarjeta, por ahora solo debes acercarte por comisaría cada quince días. Si vas a juicio y quieres que te defienda, ya hablamos.

—Andrea, espera. ¿Podemos hablar?

—Si no vais a tratar asuntos legales, yo me voy —dijo mi abogado.

—No hace falta, Fer, no vamos a hablar de nada, me voy contigo —dijo Andrea.

—Por favor, Andrea, media hora. Te prometo que, si después de esa media hora me dices que te deje en paz, no te molestaré nunca más en la vida. Mi abogado está aquí de testigo.

—Por poco tiempo. Me abro —dijo Fer. Y se fue.

—Está bien, hablemos —dijo ella.

Entramos en la primera cafetería que encontramos. No esperó a que llegara el camarero.

—Habla —dijo ella en cuanto nos sentamos.

Tomé aire, como si fuera a bucear muchos metros, más de los que mis pulmones pudieran aguantar.

—Todo era mentira —le solté.

—¿Todo qué?

—Que yo fuera drogadicto. Que el psicólogo fuera un psicólogo. Todo.

No dijo nada por unos segundos, pero no dejó de mirarme, tal vez intentando saber si ahora mentía o no.

—No... no puede ser verdad.

—No, es mentira.

—¿Lo de antes? ¿Lo que ahora me dices? Yo... ya no sé.

—Lo de antes. Te lo prometo. Todo mentira. No soy un adicto a nada, nunca lo fui.

Por un momento pensé que se iba a levantar e irse corriendo.

—Pero... ¿por qué no dijiste nada ayer, cuando estábamos todos esperando para la intervención? ¿Quién era ese tío si no era tu psicólogo?

¿Un actor? ¿Por qué no me avisaste? No... no comprendo cómo... —Y calló desconcertada.

—Si he mentido fue porque no quería perderte, porque te...

—¡No, calla! —me cortó—. ¡No digas que me has estado mintiendo porque me quieres! ¡Si me quisieras, habrías confiado en mí desde el principio!

Ahora callé yo, y bajé la mirada porque no aguantaba la suya llena de reproche.

—Pero es que es así, no quería perderte —continué—. Y si no quería perderte es porque te quiero. Si no te quisiera, no habría ido a tu pueblo, no habría mentido. Es así de simple, malos actos para buenos fines.

—Así que contratas a un actor penoso para que te ayude a engañarme y encima he de estar agradecida por el gesto.

—No, no le pagué, ni es actor ni sé bien qué es. Cuando se presentó en nuestro piso...

—Mi piso...

—Tu piso..., estaba intentando chantajearme, yo no quería ni verlo.

—Chantajearte. ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Qué habías hecho para que pudiera chantajearte?

—Te lo voy a contar. Y te va a sonar muy raro y estúpido. A mí aún me cuesta pensar que me ha pasado todo esto, pero te prometo que es verdad, ya no va a haber más mentiras. Tengo hasta una declaración policial del día en que lo conocí.

Se levantó, dispuesta a irse, y dejó dos euros sobre la mesa.

—Me largo, me siento gilipollas escuchándote, no voy a tragarme ni

un embuste más.

Saqué de un bolsillo la copia de mi declaración por el accidente del Rufi con Peter, que le había pedido al policía que insistía en que yo estaba liado con el Rufi.

—No te miento. Por favor, léela. —Y se la alargué—. El tipo que saltó del autobús sobre el taxi es mi supuesto psicólogo, Ernesto, aunque no se llama así. Y el dueño del taxi es quien dirigía todo el tinglado del wifi.

La miró recelosa y, sin sentarse, terminó por cogerla y se puso a leer. La prosa era algo cansina, porque el policía usaba muchos gerundios y repetía cada dos por tres *los implicados*, pero Andrea se la leyó allí, de pie, y al terminar volvió a sentarse. Después le conté todo, sin intentar salvarme, sin dejar un resquicio para mi dignidad, y cuando terminé me sentí como un preso que confiesa todos sus crímenes y se queda aliviado, a la espera de sentencia. Ya nada estaba en mis manos, sino en las de Andrea, que removía con la cucharilla lo que quedaba de su cortado.

—Atraes el desastre —dijo devolviéndome el parte policial.

—Últimamente sí. Pero hace un tiempo te atraje a ti.

—Sí, hace un tiempo —dijo, como si hablara de un pasado remoto.

—¿Ya no?

Por fin levantó la vista.

—Ya te dije más de una vez que lo que me atraía era la bondad.

—Y los culos prietos. También te atraían los culos prietos.

—No digas más gilipolleces porque no pienso reírte ni una —dijo seca

—. Ojalá yo tuviera un sentido del humor más sofisticado y no me hicieras ninguna gracia.

—Eso es como decirme «ojalá fueras muy feo para que no me gustaras».

—Pues sí, ese es el concepto. Lo que en realidad me gusta es la gente honesta. Todo lo que tú no has sido últimamente.

—Sí, lo reconozco. Pero si he mentido ha sido solo porque intentaba

arreglar todo, volver a hacer las cosas bien.

—Te has lucido entonces.

—Lo sé. Pero puedo cambiar, de verdad, puedo hacerlo.

—¿Tú crees? —preguntó escéptica.

—Ya lo has visto, cada día soy más desastre. Es un cambio, ¿no?

Me miró enfadada, ese día no iba a reír ni una de mis tontadas. Aunque ya se había bebido su cortado seguía dando vueltas con la cucharilla, como embobada. El camarero puso la radio. Unos periodistas deportivos hablaban sobre fichajes. Ella seguía en silencio y yo no sabía qué decir.

—¿Te acuerdas de un poema que me leíste una vez? Uno de Kavafis, uno muy triste —dijo por fin.

—No..., no caigo ahora.

—Ya... Sí, con el tiempo te olvidaste de leerme poemas, de enviármelos por mail. Y ya veo que también de lo que decían. Hace tres años, cuando comenzábamos, me mandaste un poema sobre un hombre que viajaba para buscar otras tierras, otros mares... Como si ese viaje le pudiera ayudar a cambiar. Pero siempre era el mismo y malgastaba su vida igualmente allá

donde iba. Y eso me parece que te pasa a ti, que nunca serás capaz de cambiar.

—He cambiado mucho, tanto que ya ni me acuerdo de lo que decía Kavafis. ¿No es un primer paso?

—Ya vale de soltar chorradas.

—Lo siento, es una forma de defenderme cuando ya no sé qué decir. Las chorradas te hacen sonreír y eso es bueno. Al reír liberas endorfinas y no sé qué más. Tú y yo nos reíamos mucho juntos, hasta llorar de risa con mis chorradas y las tuyas.

Asintió nostálgica, como si esos momentos de risas compartidas quedaran muy lejanos, aunque no hacía tanto de ellos. Pero los últimos meses habían arrastrado los recuerdos de los buenos días a una época lejana habitada por unos seres felices que ya no éramos nosotros.

—Dicen que los mejores amigos son los que comparten el sentido del humor —dije, y conforme me oía me arrepentí de usar la palabra *amigos*.

—Igual podemos ser eso, ¿no? Amigos —aprovechó ella.

—¿De verdad vamos a caer en lo de la amistad? Los dos sabemos que es un tópico, que no funciona, que no vamos a ser amigos.

—Tampoco el ser pareja estaba funcionando.

—Por mi culpa. Pero ya te lo he dicho, puedo cambiar.

—¿Cuántas veces hemos hablado lo de cambiar? Ya no se cambia con treinta y tantos.

—Te digo que se puede. Hay gente que se reinventa.

—Chorradas. Puedes cambiar de trabajo, de pareja, pero ¿la forma de ser?

—Con una buena lobotomía, seguro que sale algo mejor de mí.

—Deja de intentar ser gracioso, porque no lo eres la mitad de las veces y queda patético, y además no es momento, así que ponte serio de una vez.

—No quiero. Ponerse serio igual nos lleva a que me digas que se acabó, que no quieres seguir viéndome, que ya no eres mi novia. Todo cosas serias.

Y yo quiero que sigas siendo mi novia, nada de mi chica, y acompañarte adonde haga falta, comenzando por los entierros. Aunque sean de primos terceros. No me voy a perder ni uno.

Mi miró más seria aún y recordé aquello de que humor era tragedia más tiempo. Había pasado muy poco tiempo para que le hicieran gracia los chistes de entierros.

—No... no quiero decir que desee enterrar a tu familia. Pero soy un parado, tengo disponibilidad total, no necesito más que pasarme una vez al mes por el INEM y cada dos semanas por comisaría hasta que salga el juicio. Esas son mis nuevas ocupaciones.

—Anda, vamos a la calle —dijo ella levantándose.

—Pero no me has dicho aún qué vamos a hacer.

Pero no contestó y se fue hacia la calle. Dejé unas monedas sobre la mesa y la seguí.

—Vamos a caminar por el paseo del Prado. Pero, por favor, cállate un rato —me pidió.

—¿Vas a decidir qué hacer mientras andamos?

—Eso no es callarse.

—Me callo.

Nos fuimos hacia el paseo del Prado, yo esperanzado porque al menos me permitía estar a su lado durante unos minutos. Sonó mi teléfono. Era *No coger 6*. No lo cogí. Ella me miró, pero no quiso preguntarme quién era.

Entonces oí que gritaban a mis espaldas.

—¡Sí, es él! ¡Le ha sonado el móvil, lo ha sacado! ¡Es él!

Nos giramos. A unos diez metros, dos chicos y una chica, cada uno con un cerdo bien hermoso atado con collar y cadena, como podrían llevar un perro, corrían hacia nosotros con los móviles en la mano.

—¡Tú, para, hijo de puta!

Yo cogí a Andrea del brazo y aceleré el paso.

—Vamos, corre —le dije.

—¿Quiénes son esos? —preguntó Andrea.

—No lo sé —contesté. Pero algo sabía, debían ser los que me mandaban insultos y fotos de cerdos—. Vámonos, igual son de una secta porcina.

Pero ellos seguían gritando y corrían hacia nosotros junto a sus cerdos, que pese a su gordura parecían bastante ágiles.

—¡Tú, desgraciado! ¡Espera, no te vayas! ¡Te mandamos un virus al móvil, te tenemos geolocalizado!

—Parece que te conocen —dijo Andrea.

—Pues yo no los conozco de nada.

Yo iba a seguir andando y me habría puesto a correr de ir solo, pero Andrea se detuvo y me agarró del brazo con firmeza.

—¡Espera!

Se giró hacia ellos, que llegaban corriendo con sus cerdos.

—¿Por qué le gritáis? —les preguntó.

—¡¿Un cerdo vietnamita? ¡¿Tú crees que esto son cerdos vietnamitas?

—me gritó enfadada la chica.

Miré a sus cerdos. No, aquellos bichos grandes y rosáceos no tenían pinta vietnamita alguna.

—Yo... no sé a quién buscáis, pero no tengo nada que ver con estos cerdos, no los conozco de nada.

—Llámalo otra vez —le dijo la chica a uno de ellos.

Al momento sonó mi teléfono de nuevo.

—¡¿Qué?! ¿Eres tú quien nos los vendió o no?

—Os prometo que este no es mi móvil, lo compré de segunda mano.

—Ya, con el mismo número y todo. ¡Tenían que ser vietnamitas y no crecer apenas! ¡Y mira cómo están ya! —dijo uno.

—¡Dice el veterinario que pueden llegar a pesar mucho más de cien kilos! —gritó el otro.

La gente comenzó a detenerse a nuestro alrededor. Algunos sacaron los móviles y hacían fotos o grababan. Andrea estaba aún más desconcertada

que cuando me arrestó la policía.

—¿Vendes cerdos? —me preguntó.

—¡No vendo nada, el móvil al que llamáis no es mío, lo compré de segunda mano!

—Ya, con la tarjeta y todo, ¿no? No hay quien se lo crea —dijo uno de ellos.

—¡Sí, con la tarjeta! Igual se la robaron al dueño, o se deshizo de ella, no lo sé, pero no es mi número.

—¿Pero por qué coño compras una tarjeta robada? —me preguntó Andrea cabreada.

—¡Porque no me daban una sin DNI!

—¡Miente, no ha hecho sino mentir desde el día en el que colgó un anuncio vendiendo una camada! —gritó uno de ellos.

—¿Cuándo os he visto yo? ¿Cuándo me he reunido con vosotros para venderos nada? —me defendí.

—Mandaste a los cerdos con un mensajero. ¡Pero hablamos contigo, tú te llevaste el dinero! ¡Una pasta por unos cerdos vietnamitas que no son vietnamitas!

—Que os digo que no soy yo, que no me dedico a timar a la gente con cerdos.

—Ahora cuando venga la policía se lo cuentas.

—¿La policía? ¿No podemos arreglar esto sin la policía?

—¿Y cómo?

—Vendéis vuestros cerdos a alguien que los necesite y ya está. Yo conozco a un carnicero que...

—¿Venderlos para que los maten? ¡Hemos criado a estos cerdos desde hace semanas! ¡Los queremos!

—Pues seguid queriéndolos, pero yo me voy. Vamos, Andrea.

—¡Tú no te vas a ningún sitio! —dijo el más grande de ellos, y me agarró del brazo y su cerdo comenzó a gruñirme, como si quisiera defender

a su amo, al que yo no estaba atacando.

—¡Que me sueltes!

—Ahora, cuando venga la policía —dijo la chica, que ya estaba llamando por teléfono.

Uno de los cerdos comenzó a chillar; la chica, a insultarme. Me giré.

Vi que Andrea se alejaba despacio, la mirada en un suelo salpicado de hojas amarillentas.

—¡Andrea, espera! ¡No tengo nada que ver con estos cerdos! ¡No los conozco de nada!

Pero ella no se detuvo.

—¿Policía? Mire, hemos pillado a un estafador y lo tenemos retenido.

—¡Andrea! ¡Vuelve!

Pero no volvió, tan solo se giró un instante para mirarme como me miraba en los últimos tiempos, llena de pesar. Pudo verme rodeado de gente que me agarraba y me gritaba, de un cerdo que me gruñía y otro que chillaba, eso fue lo último que vio antes de girar por la cuesta de Moyano.

Al poco llegó la policía. Pensaba que con miles de agentes en Madrid era muy difícil repetir, pero allí estaba uno de los que me había visto trabajando con Godo.

—Vaya, el chulo de perros. ¿También prostituyes cerdos? —dijo al verme.

Los dueños de los cerdos me miraron sin comprender nada.

De cómo acaban las cosas

Andrea ya no quiso cogerme el teléfono y me bloqueó hasta en el LinkedIn.

Un día me llené de valor y fui a la puerta de su edificio para intentar hablar con ella y al verme se puso los cascos y se metió dentro apresurada, sin mirarme, mientras el portero me gritaba que en su portal no quería drogadictos. Cobré el paro durante unos meses y después conseguí trabajo de guionista en un programa de niños que cocinaban y cantaban a la vez.

Me mudé a Orcasitas, a una pequeña casa de planta baja con patio. Ahí, Sifrig, el cerdo que terminé por adoptar, es feliz. Yo no, pero ya he asumido que no hay por qué ser feliz en esta vida, en este planeta. Basta con buscar la felicidad sabiendo que es difícil encontrarla. Leo mucho, aprendo francés porque mi psicólogo me ha dicho que es bueno tener objetivos en la vida, saco a pasear a Sifrig algunas noches de frío, cuando no hay casi nadie por la calle. Aun así, casi todo el

mundo en el barrio sabe que tengo un cerdo y sé que me llaman *el moderno con cerdo*. Un grafitero pintó en una pared del barrio un retrato mío y de Sifrig de cuerpo entero. Está bonito y yo parezco más alto de lo que soy. Las señoras me miran con simpatía y alguna vecina mayor hasta me da bolsas con verduras mustias y pan duro para Sifrig y me dicen que mi cerdo está muy hermoso, pero que yo debería comer más. Una de ellas me repite que me va a presentar a su nieta en cuanto salga del sanatorio donde la tienen ingresada. Estoy en tratos con varias protectoras de animales para que adopten a Sifrig, pero por ahora no admiten cerdos.

De todas formas, ya no sé si quiero separarme de él. Hay noches en las que fantaseo con que Andrea se entera de lo bien que me porto con mi cerdo,

vuelve a mí y paseamos los tres por Orcasitas bajo la luz de la luna o de las farolas, pero sé que eso no va a pasar. Le escribo cartas que nunca le mando y me he apuntado a clases de boxeo porque tengo una necesidad muy grande de que alguien me parta la cara. Visité tres veces a Peter en la cárcel.

Sigue leyendo a Schopenhauer.

Durante la última visita me dijo que estar allí solo en su celda casi todo el día no era tan malo y le encontraba dos ventajas: estar consigo mismo y no estar con otros. Me dijo también que en soledad un hombre es realmente libre, y que si los hombres han inventado la vida en sociedad es porque les es más fácil soportar a los demás que soportarse a sí mismos. Pero que él se lleva muy bien consigo mismo, dijo, salvo cuando tiene gases. Me dijo también que ahora disponía de tiempo para pensar y escribir y no tanto para leer. Leer mucho es de vagos que no quieren pensar por sí mismos, me dijo.

En la última visita me dio un sobre.

—Esto es un monólogo, plumilla, un buen monólogo, y no la mierda que hacéis en los programas de la tele —me dijo.

También me dijo que no es fácil encontrar la felicidad dentro de uno mismo, pero que es imposible encontrarla en los demás. No he vuelto por allí.

Discurso de Peter

Compañeros taxistas, bípedos varios, buenas tardes. Os escribo porque se está jugando el porvenir del taxi, que tendrá lugar en el futuro. Ese

porvenir nos importa, porque es el pan de nuestros hijos, los vermús de nuestras queridas, las lentejas de cada día. Pero no hablemos de lentejas, a veces son flatulentas y en nuestro trabajo eso es un problema.

El taxi, compañeros, es uno de los grandes avances de la civilización, tal vez un avance demasiado progresista, pues permite que por unos minutos un pobre tenga chófer. ¿Se merecen los pobres tener chófer? Si pagan, sí. Y

hasta ahora pagaban.

El hombre, desde que es hombre, siempre quiso ir de un sitio a otro, y por eso tiene dos piernas y casi todos pueden andar, aunque conociendo a algunos congéneres aún me sorprende que sean capaces de ello. Y el hombre, después de tener piernas, tuvo carromatos y, más tarde, taxis, la forma más elegante de transporte tras la calesa. Pero los tiempos están cambiando y nuevas formas de transporte amenazan nuestro negocio. Se ven cada vez más personas estrambóticas encaramadas en bicicletas eléctricas, en patinetes, en monociclos, y hay gente que camina en exceso por las calles mientras la Administración no hace más que conceder licencias de chófer, licencias que no requieren ni de un certificado de penales. ¿Cuántas carreras de buenos taxistas se han visto truncadas por no poder conseguir ese certificado que ahora no se le exige a la competencia?

Pero lo peor no es eso. Dicen que pronto llegará el coche autónomo. ¿El coche autónomo puede entrar en la glorieta de Cibeles sin pegar un frenazo,

hacer una pirula en Gran Vía por el bien del cliente y evitar a los ciclistas y motoristas descerebrados que se nos cruzan a cada poco? Y yo os digo: no puede ni podrá.

Por eso, compañeros, tenemos la obligación de luchar para que el dislate no vaya a más. El destino es el que baraja las cartas, sí, pero somos nosotros quienes las jugamos.

Gracias, bípedos míos.

PETER RODRÍGUEZ FASBINDER

La vida de cada individuo, realmente, es una tragedia; sin embargo, si se la examina en detalle, tiene el carácter de una comedia.

ARTHUR SCHOPENHAUER

Agradecimientos

Gracias a las Arenas Sisters, Cristina y Toñi, por leerse el manuscrito y por sus consejos. Y también a Agustín Martínez, Rosa Aliaga, Ani Ble, Alberto Manzano, Isabel Berruga y Alberto Sánchez. A Santiago Díaz, por su apoyo para mover la novela, a Andrés García, a Puri Plaza, mi editora, por su entusiasmo, y a las editoriales como Planeta que siguen recibiendo manuscritos y leyéndoselos.

Yoga a primera vista

Félix Jiménez Velando

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de la cubierta, Planeta Arte & Diseño

© de la ilustración de la portada, Ed

© Félix Jiménez Velando, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): julio de 2020

ISBN: 978-84-08-23268-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

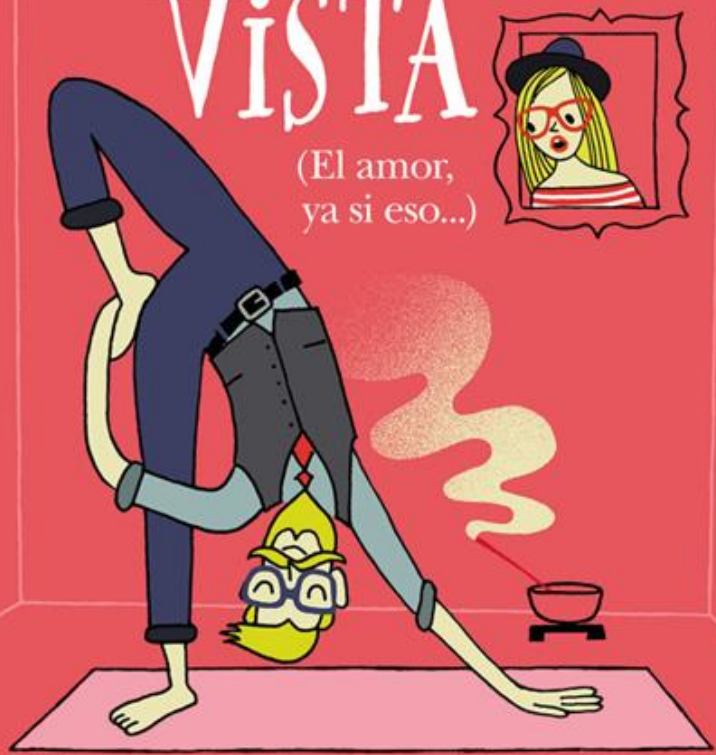
¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!

FÉLIX JIMÉNEZ VELANDO

YOGA A PRIMERA VISTA

(El amor, ya si eso...)



Planeta

Document Outline

- Portada
- Sinopsis
- Portadilla
- Dedicatoria
- Cita
- Cuando la conocí
- Primeras lecciones
- El retiro
- Y así pasó
- Pequeñas formas de resquebrajar todo
- Muestra breve de un hundimiento
- Un amigo es un refugio
- En la sierra entierran mucho
- De cómo lo conocí yo, que nunca quise conocerlo
- No traficarás en las comisarías
- No hay amor por el humor surrealista
- Perdiendo todo demasiado rápido
- Tres mudanzas equivalen a la muerte de un familiar
- Si estás vivo, no digas nunca que ya nada puede ir a peor
- Breves entrevistas con hombres taxistas
- Mi querida enemiga
- No beberás con nonagenarias
- Ser lo que no era
- Yo no quería ver nada y lo vi todo
- No hay sofistas en Albacete
- Trabaja o muere
- De yogas, perros y Rufis
- Finiquitando el finiquito
- Sobre la libertad de la cópula perruna
- Arañando citas
- Nada de aquello fue como lo imaginé
- Cerdos y amores
- De cómo acaban las cosas
- Discurso de Peter
- Agradecimientos
- Créditos
- ¡Encuentra aquí tu próxima lectura!